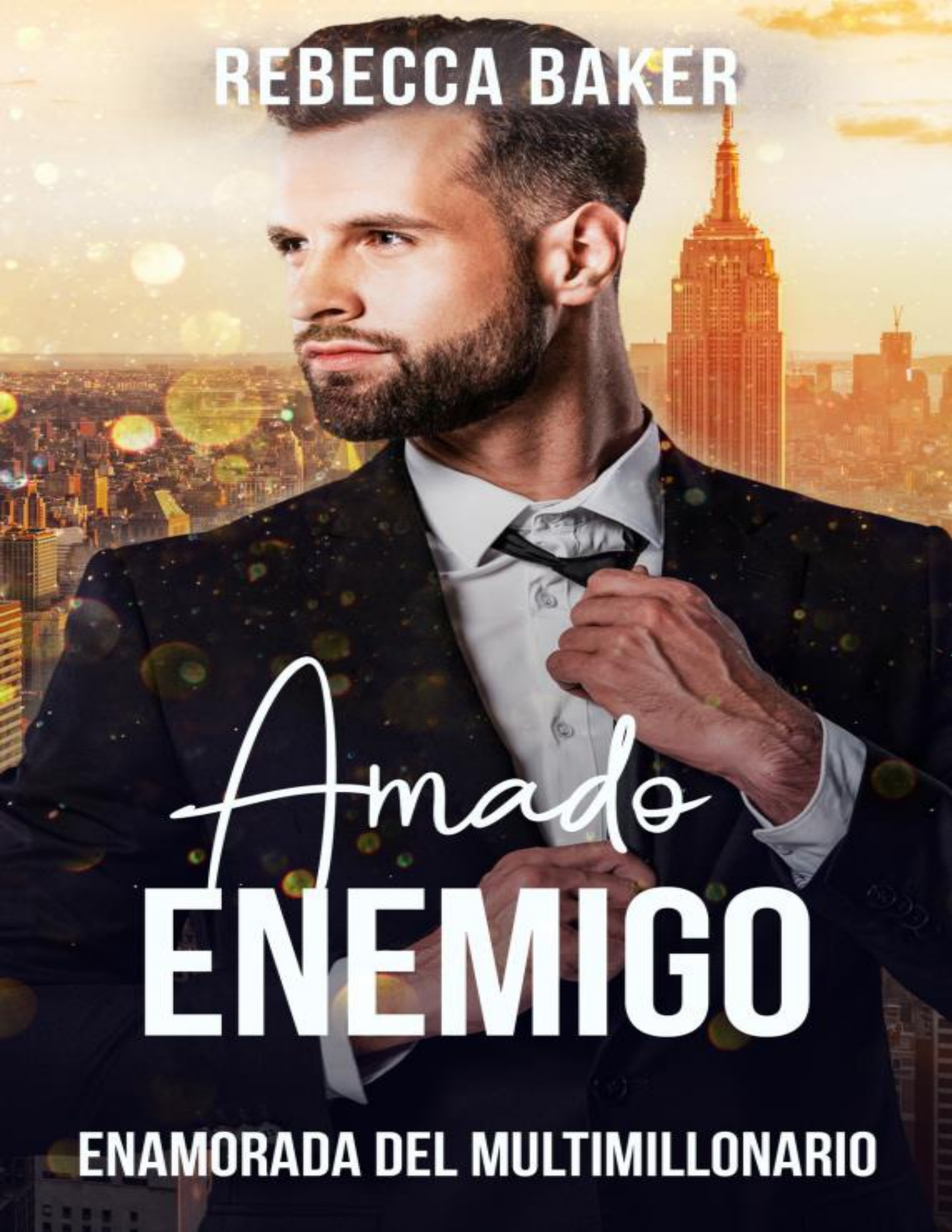
REBECCA BAKER
Amado
ENEMIGO
ENAMORADA DEL MULTIMILLONARIO

Amado enemigo

Enamorada del multimillonario

Rebecca Baker

Copyright © 2025 Rebecca Baker

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin el permiso por escrito de la autora.

Traducido por: Heartbeat Publishing / www.heartbeat-publishing.de

***

Boletín: **https://www.subscribepage.com/rebecca-espanol**

Índice

Descripción
Capítulo 1 ~ Carly ~
Capítulo 2 ~ Brent ~
Capítulo 3 ~ Carly ~
Capítulo 4 ~ Brent ~
Capítulo 5 ~ Carly ~
Capítulo 6 ~ Brent ~
Capítulo 7 ~ Carly ~
Capítulo 8 ~ Brent ~
Capítulo 9 ~ Carly ~
Capítulo 10 ~ Carly ~
Capítulo 11 ~ Brent ~
Capítulo 12 ~ Brent ~
Capítulo 13 ~ Carly ~
Capítulo 14 ~ Carly ~
Capítulo 15 ~ Brent ~
Capítulo 16 ~ Carly ~
Capítulo 17 ~ Brent ~
Capítulo 18 ~ Carly ~
Capítulo 19 ~ Brent ~
Capítulo 20 ~ Carly ~
Capítulo 21 ~ Brent ~
Capítulo 22 ~ Carly ~
Capítulo 23 ~ Carly ~

Capítulo 24 ~ Brent ~
Capítulo 25 ~ Brent ~
Capítulo 26 ~ Carly ~
Capítulo 27 ~ Brent ~
Capítulo 28 ~ Carly ~
Capítulo 29 ~ Brent ~
Capítulo 30 ~ Carly ~
Capítulo 31 ~ Brent ~
Capítulo 32 ~ Carly ~
Capítulo 33 ~ Brent ~
Capítulo 34 ~ Carly ~
Capítulo 35 ~ Brent ~

Descripción

¿Una relación falsa con un atractivo multimillonario? Suena tentador...
Luego, el impacto: Es el hombre que arruinó a tus padres, y estás embarazada de él...
¿Qué hacer ahora?

Despedida y desalojada en dos horas: Carly Moore se enfrenta a un desastre. ¿Cómo pagará sus deudas?

El primer trabajo que encuentra la lleva al carismático y atractivo multimillonario neoyorquino Brent Riggs. Brent necesita urgentemente a alguien que cuide su mansión mientras está de viaje de negocios.

Cuando Brent regresa inesperadamente antes de su viaje y sorprende a Carly usando su jacuzzi y su coche contra todas las reglas acordadas, Carly ya se ve de nuevo en la calle.

Sin embargo, el ardiente Brent tiene otra idea y le hace una oferta: Carly puede quedarse, pero solo si finge ser su esposa ante sus socios comerciales. Carly duda al principio, pero acepta cuando Brent le menciona el pago, con el cual puede deshacerse de todas sus preocupaciones de un solo golpe.

Lo que al principio se siente extraño, poco a poco pone el mundo de Carly patas arriba. Se siente atraída por Brent y él también parece disfrutar que los límites de la relación falsa se expandan cada vez más...

Pero, ¿en qué negocios están involucrados Brent y sus socios? ¿Por qué necesita una esposa de mentira?

Entonces, el impacto: ¿Qué tiene que ver él con el hecho de que los padres de Carly hayan perdido su hogar en el lejano Texas? Justo cuando quiere pedirle explicaciones, se da cuenta de que tiene un retraso... ¿Qué debe hacer ahora?

Capítulo 1 - Carly -

Exhausta, rebusqué la llave en mi bolso para abrir la puerta del apartamento. Estaba tan cansada que apenas podía mantenerme en pie. Después de un día agotador, ahora sentía la urgente necesidad de esconderme en mi cama. Trabajaba como asistente del jefe en la *Emky Corporation* y mi jefe, Emmett Kershaw, me había estado correteando de una tarea a otra todo el día. Apenas había encontrado tiempo para comer un bocado entre tareas para mantenerme con fuerzas, tomar aire y charlar cómodamente con una compañera. De algo así solo podía soñar en mi trabajo. Hoy, el Sr. Kershaw incluso me había buscado cuando estaba en el baño. Al recordar cómo su voz retumbante había resonado por el pasillo, solo pude sacudir la cabeza. Ni siquiera en el baño tenía paz. Trabajaba para un tirano y me habría encantado renunciar a mi trabajo. Pero no podía permitirme dejar el puesto sin tener otro a la vista.

Hacía apenas una hora que por fin había terminado mi jornada y ahora abría la puerta de mi hogar, cansada y hambrienta. El pequeño apartamento de dos habitaciones en el que vivía estaba en el décimo piso de un antiguo rascacielos de Nueva York, era frío y con corrientes de aire en invierno, sofocantemente cálido en verano y mal iluminado en todas las estaciones. No podía decir que me gustara vivir aquí, pero con mi salario no podía permitirme nada mejor que una habitación en este piso compartido. Compartía la cocina y el baño con mi compañera de piso, Paige, a quien pertenecía el apartamento y quien, para mi pesar, decidía lo que sucedía o no aquí. Emmett no era el único tirano en mi vida.

Pero ahora tenía suerte. En el apartamento reinaba un silencio casi paradisíaco, lo que solo podía significar que Paige no estaba en casa. Normalmente, de su habitación salía una música ensordecedora que hacía imposible relajarse, leer o hablar por teléfono. Puntualmente a las 22:00, la hora de descanso, Paige bajaba el volumen de la música, anticipándose así a las quejas de los vecinos indignados. Aunque tomaba nota de mis protestas, no cambiaba su comportamiento.

Si Paige no estaba... tendría la cocina para mí sola y podría prepararme tranquilamente mis amados espaguetis a la carbonara. Y la versión con huevo, no la versión barata que solo llevaba nata. Me encantaba cocinar platos rápidos y sencillos que, sin embargo, tenían un sabor sofisticado. Los espaguetis a la carbonara eran definitivamente uno de mis platos estrella. Justo

lo que necesitaba ahora después de un largo día de trabajo para levantar mi ánimo. Siempre tenía los ingredientes para una carbonara en la nevera.

Con una sonrisa de anticipación en los labios, entré en la cocina. Pero ante la vista que se me presentó, retrocedí horrorizada después de dar un solo paso.

¿Qué era esto?

En silencio, observé el caos que reinaba en el pequeño espacio. En el fregadero se apilaban platos sucios, vasos y cubiertos con restos de comida pegados. Sobre la estufa había una olla con una pasta blanquecina que probablemente solo se podría quitar con martillo y cincel. La mitad de la encimera estaba cubierta de migas y manchas indefinibles, la otra mitad de las migas estaba en el suelo. Sobre todo esto flotaba el olor agrio de leche fermentada.

En resumen: se veía peor que nunca.

Era asqueroso.

Olía asqueroso.

A diferencia de mí, Paige no le daba mucha importancia al orden y la limpieza, y no tenía ninguna consideración por mi necesidad de ello en nuestros espacios comunes. Ya había ocurrido a menudo que yo limpiaba el baño aunque, según el plan, le tocaba a Paige. Mi amiga Joanna a menudo me reprochaba que era demasiado amable y condescendiente. Quizás tenía razón, pero la mayoría de las veces estaba simplemente demasiado agotada para discutir con Paige. Después de un largo día de trabajo, solo quería tener paz.

Sin embargo, ahora el desorden había alcanzado una nueva dimensión. Apenas anoche había lavado los platos y limpiado la encimera después de calentarme una pizza. ¿Cómo podía Paige haber dejado semejante caos en la cocina en tan poco tiempo? ¿Y quién era yo para ella? ¿Una señora de la limpieza que encima pagaba alquiler?

Rechinando los dientes, cerré la puerta de la cocina.

Desde fuera.

No, no iba a limpiar este caos. Ya era bastante malo tener que compartir el apartamento con Paige y que esta noche, quiera o no, tendría que volver a quitar el borde de suciedad y los restos de pasta de dientes del lavabo si quería lavarme los dientes y la cara sin asco.

Pero esto iba demasiado lejos.

Era una bofetada en la cara.

En mi habitación todavía tenía un paquete de barritas de cereales para emergencias y eso es exactamente lo que cenaría esta noche. Y cuando Paige llegara a casa, le pediría que limpiara el caos de la cocina.

No eres su señora de la limpieza, Carly, no eres su señora de la limpieza.

Repetía estas palabras en silencio en mi cabeza. Había llegado a Nueva York literalmente con diez dólares en el bolsillo y me había alegrado de encontrar este trabajo y esta habitación, que había sido, con diferencia, la más barata de todos los anuncios de apartamentos en Nueva York. Cuando miraba esta cocina, también sabía por qué. Desafortunadamente, mis ahorros no habían crecido notablemente en los últimos meses y, por lo tanto, incluso después de medio año en Nueva York, no podía permitirme nada mejor. Así que tenía que tener cuidado cuando le pidiera a Paige que hiciera su parte del trabajo. No podía aceptarlo todo, pero de ninguna manera podía arriesgarme a que me echaran.

Suspirando, di los pocos pasos por el pasillo destartalado y maloliente hacia mi habitación cuando oí que se abría la puerta del apartamento a mis espaldas. A pesar de mis intenciones de hablar con Paige, me habría gustado esconderme inmediatamente y fingir que no estaba allí. Pero eso solo habría pospuesto el problema, no lo habría resuelto. Así que me di la vuelta.

—¡Aquí estás, maldita zorra! —La voz chillona de Paige me hizo quedarme paralizada una vez más. ¿Me hablaba a mí?—. ¡Que tengas la cara de poner un pie aquí, ladrona sin escrúpulos! —Paige se abrió paso por la puerta y se abalanzó sobre mí. Apenas me di cuenta de que su novio John entraba en el apartamento detrás de ella. Paige me agarró por los hombros y empezó a sacudirme, haciendo que mi cabeza se moviera de un lado a otro. Agarré sus muñecas y las sujeté. La sacudida se detuvo.

—¿Qué pasa? —pregunté cuando pude pensar con claridad de nuevo.

Paige se rió con desdén y finalmente me soltó. —¿Todavía lo preguntas? ¡Realmente eres un caso especial!

—Sí, lo pregunto, porque no tengo ni idea —dije con calma. Vivir con Paige y trabajar para el Sr. Kershaw me habían enseñado cómo manejar este tipo de provocaciones. Lo mejor era no contraatacar, sino intentar examinar la situación más de cerca y desactivarla.

—Sucia mentirosa —me espetó Paige con una risa estridente—. Sabes perfectamente lo que pasó. Vamos, dime, ¿qué hiciste con el dinero?

—¿Con qué dinero? —pregunté.

—¿Con qué dinero? —repitió Paige incrédula—. Con MI dinero. Con el dinero que estaba en mi bolso anoche cuando John y yo nos fuimos a la cama y que ya no estaba esta mañana cuando me fui al trabajo. 100 dólares. Han desaparecido. Tú los tomaste. ¡Admítelo, miserable ladrona!

Tragué saliva. —No sé dónde está tu dinero.

—Ya me lo imaginaba. Probablemente ya te lo has gastado. ¿Cómo más podrías llegar a fin de mes? Tu dinero siempre desaparece misteriosamente a fin de mes. Luego solo comes pasta con salsa. Nunca compras ropa y tampoco sales. ¿Qué HACES? ¿Tomas drogas? —Paige acercó su cara a la mía y olfateó. Me llegó un olor ligeramente agrio, muy similar al olor de la cocina.

—Por supuesto que no tomo drogas —solté enojada y retrocedí para no tener que seguir oliendo a Paige.

—Entonces todavía debes tener mi dinero. ¡Devuélvemelo ahora mismo!

—¡No lo tengo! ¡No lo tomé, así que no puedo devolvértelo!

—¡Dame el dinero! ¡Y luego recoge tus cosas y lárgate!

Tragué horrorizada. ¿Debía recoger mis cosas? Eso no podía ser. ¿Adónde iría? Tenía que calmar a Paige. —Paige, por favor, hablemos con calma. No tomé tu dinero. Tal vez te robaron en otro lugar. ¿De compras o algo así?

—No fui de compras. No fui a ningún lado. Solo aquí. Mi dinero desapareció aquí. ¡Y eso significa que solo tú puedes haberlo tomado!

—No lo tomé. Puedes... puedes registrar mi habitación y mis cosas si quieres. —Di un paso a un lado e hice un gesto invitándola. La idea de que Paige revolviera mis cosas con sus dedos sucios me hizo estremecer, pero no veía otra opción. No podía permitirme perder esta habitación.

¿Dónde viviría si Paige me echaba ahora? No tenía a nadie que pudiera acogerme, así que tenía que convencer a Paige de que era inocente. Aunque eso significara que tocara mis cosas.

Pero ella no hizo ningún ademán de entrar en mi habitación. —¿Crees que voy a caer en tus trucos estúpidos? Por supuesto que el dinero no está en tu habitación. Ni en el bolso. Ni en ningún lugar donde yo pudiera encontrarlo. No soy tan tonta.

Me quedé callada. ¿Qué podía decir ahora? No podía hacer nada más que volver a asegurar mi inocencia. —No tengo tu dinero. ¿Tal vez lo perdiste en algún lado?

—¡Mentirosa! —Paige tomó aire—. John, di algo. ¡Ayúdame! —Lo miró expectante.

John parecía incómodo con la situación, pero después de que Paige le diera un empujón, hizo lo que le pedía. —¡Ya basta, Carly! Tus excusas son cada vez más estúpidas. O nos devuelves el dinero ahora mismo o Paige y yo presentaremos una denuncia a la policía.

Se me heló la sangre. Problemas con la policía era lo último que necesitaba. Por supuesto, Paige no podría probar que yo había tomado el dinero, pero aun así me causaría inconvenientes. Si Emmett se enteraba de que tenía problemas con la policía, también perdería mi trabajo.

—No, por favor. —Odiaba el tono suplicante en mi voz. Pero ¿qué podía hacer? Estaba sola. En ese momento, deseé fervientemente tener un hombre que estuviera a mi lado ahora y me defendiera frente a Paige y John.

—¡Entonces devuélvele el dinero! —John dio unos pasos hacia mí y me miró amenazadoramente desde arriba. Su cuerpo masivo parecía aún más ancho en el estrecho pasillo y me hubiera encantado huir a través de la puerta detrás de mí hacia mi habitación.

—¡No tengo nada que darle! —Eso era cierto. No había tomado el dinero de Paige. 100 dólares era una suma con la que solo podía soñar. Nunca llevaba tanto dinero conmigo de una vez.

—¡John, haz algo! —La voz de Paige sonaba exigente.

—Mira, Carly. —John avanzó un paso más y ahora estaba entre Paige y yo. Me agarró del brazo y me sacudió ligeramente—. Te diré algo: Tienes exactamente 30 minutos. O apareces en la habitación de Paige con el dinero o presentamos una denuncia. Además, te irás de este apartamento. No importa si nos das el dinero o no. Paige manda aquí. —John ahora apretaba mi brazo con tanta fuerza que me costaba no gritar de dolor. Pero no quería darle esa satisfacción. Apreté los dientes.

—¿Me has entendido? —John apretó un poco más fuerte.

—Sí —dije con dificultad, mientras reprimía un gemido.

—Bien. —John finalmente me soltó y me empujó de vuelta hacia la puerta de mi habitación.

Genial Carly, simplemente genial. ¿Por qué cediste otra vez? ¿Por qué no le dijiste que te soltara?

Porque él era el más fuerte en el apartamento y podía aplastarme contra la pared como a una mosca si quería. Porque tenía miedo. Miedo de que me golpeara o me hiciera daño de otra manera.

Agarré el pomo de la puerta detrás de mí, entré de espaldas a mi habitación, cerré la puerta rápidamente y giré la llave. Afuera oí a John y Paige reír con sorna.

—30 minutos. ¡Luego derribaré la puerta!

No respondí. ¿Qué debía hacer ahora? ¿A dónde podía ir?

Por un momento, cerré los ojos y respiré profundamente. Hace unos minutos, pensaba que no podía perder mi alojamiento de ninguna manera. Ahora había llegado el momento. Estaba en la calle o, mejor dicho, estaría allí en 30 minutos con poco más que la ropa que llevaba puesta. Me froté el brazo dolorido que John había apretado tan brutalmente y saqué mi bolsa de viaje de debajo de la cama. Mejor empezar a empacar ya. No dudaba que John cumpliría su amenaza y derribaría la puerta.

Pero, ¿adónde iría?

Cogí mi teléfono móvil, que estaba en la mesita de noche junto a mi cama. Cama, mesita de noche y armario: no había nada más en la diminuta habitación que había ocupado durante meses.

—Hola Carly, ¿qué pasa? —La alegre voz de mi amiga Joanna llegó a mis oídos.

—Joanna, yo... estoy en un lío. —Mi voz tembló ligeramente al pronunciar estas palabras—. ¿Puedo quedarme en tu casa esta noche?

—¡Carly! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás? ¿Estás bien? —Joanna me disparó un montón de preguntas.

—Estoy en casa. Todo está bien. Solo que... tengo que mudarme.

—Yo no llamaría a eso "todo bien". ¿Qué ha pasado?

—Paige dice que le robé 100 dólares y los quiere de vuelta.

—¿Qué? ¿Cómo puede ser?

—Debe haber perdido el dinero en alguna parte. Ahora me llama ladrona. Y su novio me ha agredido. Me están amenazando. Tengo miedo, Joanna. Me dicen que me vaya. Y yo también quiero irme de aquí. Ya no puedo más.

—Por supuesto que puedes quedarte aquí. Por una noche no habrá problema. Pero ya sabes...

—Sí, lo sé. —Asentí, aunque Joanna no podía verme. Ella también vivía en un pequeño piso compartido donde no se veía con buenos ojos a los huéspedes nocturnos. De hecho, estaban prohibidos.

—Por esta noche puedo colarte aquí. Tal vez después las cosas se hayan calmado en tu casa.

—No lo creo. Paige y John incluso querían ir a la policía. —Ante este pensamiento, la desesperación que había sentido antes volvió a apoderarse de mí. Pero una pequeña parte de mí también se sintió aliviada. Ya no tendría que lidiar con lavabos sucios, pelos en el desagüe de la ducha y montañas de platos apestosos en el fregadero. Y ya no tendría que tener miedo. Hace dos semanas, ya me había encontrado con John en el pasillo cuando iba de la ducha a mi habitación envuelta solo en una toalla y con el pelo mojado. En sus ojos había brillado un destello de lujuria. El recuerdo me incomodaba. Me estremecí.

—¿A la policía?

—Sí.

Joanna gimió. —Ya te he dicho hace tiempo, Carly, que ese no es un buen piso compartido y que deberías buscar algo más.

—He estado mirando de vez en cuando, pero todos los demás pisos compartidos eran tan caros —me defendí—. Simplemente no puedo permitirme un alquiler más alto.

—Sé que tienes que ahorrar, pero eso no significa que tengas que vivir en un agujero sucio con personas que te aterrorizan. —Joanna me dio un pequeño sermón que ya había oído antes.

—No es fácil encontrar algo mejor que pueda pagar.

—Lo sé —suspiró Joanna—. Podemos mirar algunos anuncios juntas más tarde y hacer algunas llamadas. Ya sabes que me encantaría alojarte aquí hasta que encuentres algo, pero...

—Está bien. Gracias por dejarme venir, al menos. —El compañero de piso de Joanna, a diferencia de Paige, era muy estricto con la limpieza y el orden. Esto tenía la desventaja de que insistía firmemente en el cumplimiento de todas las reglas. Y entre ellas estaba que no se permitían huéspedes nocturnos. Joanna no tenía idea de por qué existía esta regla, pero como su compañero de piso era el propietario del apartamento y por lo demás se llevaba bien con él, no le quedaba más remedio que aceptar su exigencia—. Entonces ahora empacaré el resto de mis cosas. Hasta luego.

—Hasta pronto, Carly.

Terminé la conversación, abrí la puerta del armario y saqué una pila de ropa tras otra, guardándolas en mi bolsa de viaje. Después de 10 minutos había terminado. Con cuidado, giré la llave en la cerradura de la puerta de la habitación y escuché. Afuera todo estaba en silencio. Paige y John evidentemente habían desaparecido en la habitación de Paige y, excepcionalmente, habían renunciado a poner música. Me deslicé hasta el baño y recogí mi cepillo de dientes, pasta de dientes, champú, gel de ducha y algunas otras cosas que me pertenecían. Tan silenciosamente como pude, volví a mi habitación, lo tiré todo en la bolsa de viaje y cerré la cremallera. Listo.

En ese momento, mi teléfono vibró.

¿Quién era?

Esperaba que no fuera Joanna diciéndome que no podía ir después de todo. Contuve la respiración con ansiedad. Por primera vez, me di cuenta realmente de que estaba... sin hogar. Mis reservas apenas alcanzaban para una noche en un hotel. ¿Qué haría si no pudiera quedarme con Joanna? No quería meterla en problemas de ninguna manera. Al final, ambas terminaríamos en la calle.

En ese momento me di cuenta de que, lógicamente, mis reservas tampoco alcanzarían para dejar un depósito de alquiler para otra habitación. Desesperada, cerré los ojos.

Mi teléfono seguía vibrando persistentemente.

Abrí los ojos de nuevo y lo cogí.

Emmett Kershaw.

El nombre de mi jefe parpadeaba en la pantalla.

¿Qué querría?

Rápidamente contesté la llamada. Era mejor no hacerlo esperar demasiado, o al final también me quedaría sin trabajo. Y entonces sí que estaría en un verdadero lío.

—¿Carly? —me ladró el Sr. Kershaw.

—Sí.

—¿Por qué tardas tanto en contestar?

—Estaba en la cocina un momento —mentí. Era tarde y mi jornada laboral había terminado

hacía tiempo. Pero el Sr. Kershaw era inaccesible a tales argumentos.

—Tienes que venir inmediatamente. Tengo una cita urgente. Te espero lo antes posible. —El Sr. Kershaw gruñó esta instrucción por teléfono y luego terminó la llamada sin esperar mi respuesta. Las horas extras sin remuneración eran algo que daba por sentado y que esperaba de sus empleados en cualquier momento. Al menos de mí. Si quería conservar mi trabajo, no me quedaría más remedio que ir primero al trabajo.

Abrí WhatsApp y le escribí un breve mensaje a Joanna diciéndole que llegaría más tarde. Luego, levanté la maleta del suelo. No pesaba mucho, lo cual no era sorprendente, ya que no poseía demasiadas cosas. Lenta y silenciosamente, me deslicé por el pasillo y salí del apartamento que había sido mi hogar desde mi llegada a Nueva York. En aquel entonces, había llegado con grandes sueños.

Ahora me encontraba literalmente en la calle.

No tenía apartamento, no sabía dónde encontrar uno nuevo y debía hacer horas extras por la noche.

Mi vida solo podía mejorar a partir de aquí.

Capítulo 2 - Brent -

¡Esto es una mierda! —Furioso, presioné el botón del teléfono inalámbrico con tanta fuerza que oí el plástico crujir amenazadoramente bajo mis dedos. Aunque era un amante del progreso tecnológico y daba la bienvenida a cada novedad, en ese momento lamenté no tener un teléfono anticuado en el que pudiera golpear el auricular contra la base para expresar mi ira. Eso me habría sentado bien en ese instante. La presión violenta del botón no había sido suficiente, así que lancé el teléfono contra la pared. Cayó al suelo, pero como por arte de magia, solo se abrió el compartimento de la batería y las dos pilas recargables rodaron por el parquet cuidadosamente pulido.

—¿Es que en todas partes solo trabaja gente incompetente? —le gruñí a la pared después de mi lanzamiento y sentí cómo la vena de mi sien comenzaba a hincharse lentamente. Para mi desgracia, no había nadie a mi alcance con quien pudiera desahogar mi ira. Miré fijamente las dos baterías que yacían en el suelo. También tendría que recoger esas malditas cosas yo mismo al final.

Era uno de los hombres más ricos de todo Nueva York, incluso de toda América. Había ganado miles de millones con mis negocios y seguiría haciéndolo. Y ahora no había nadie que recogiera estas miserables baterías por mí. ¡Nadie! ¡Aunque incluso pagaría por ello! ¡Y bien!

—¡Esto es realmente el colmo! —grité de nuevo para desahogarme. Lleno de rabia, me levanté del sillón de cuero del despacho, caminé los diez pasos a través de mi espaciosa oficina hasta la pared, recogí el teléfono y las baterías y lo llevé todo a mi escritorio para volver a montarlo.

Me encontraba en mi despacho de la mansión urbana que había comprado después de mis primeros éxitos profesionales. La casa era una joya, como pocas veces salían al mercado en Nueva York. Los áticos se podían adquirir en cualquier momento en Nueva York, siempre que se dispusiera del dinero necesario. El aspecto financiero no era un problema para mí, podría haber pagado sin problemas cualquier ático que estuviera en el mercado. Pero yo quería una casa con jardín. Una como la de mi abuela, donde me crié en el campo. Ese tiempo pertenecía a los más hermosos de mi vida. Así que encargué a casi todos los agentes inmobiliarios de la ciudad que

me encontraran un hogar adecuado. Mi perseverancia dio sus frutos: al final tuve éxito y pude comprar esta mansión. Tres plantas, cinco baños, seis dormitorios, una biblioteca, un despacho y un maravilloso jardín en el que algo crecía y florecía en cada estación del año.

En resumen: vivía en el paraíso.

¡Solo que no tenía a nadie que se ocupara de este maldito paraíso y lo mantuviera en orden para mí!

¡Nadie!

¡No podía encargarme de eso yo mismo ni con la mejor voluntad del mundo!

¡Tampoco tenía ganas!

Bueno, sí, por supuesto que había una ama de llaves, pero una vez más estaba de vacaciones, como tan a menudo. ¿Cuándo no estaba de vacaciones esta mujer? Constantemente tenía que visitar a su sobrina o algo así. Bueno, eso en sí no me molestaba. Que resolviera sus asuntos familiares. Hacía un trabajo excelente cuando estaba aquí y me cuidaba bien, así que debería tomarse sus merecidas vacaciones. Ese no era el problema.

El problema era esta maldita agencia a la que había encargado que me enviara un sustituto durante las vacaciones. No eran capaces de encontrar a alguien que se ocupara de todo aquí. ¿Cómo podía ser? Mis empleados recibían un salario justo y luego no había nadie que quisiera trabajar aquí. Porque no solo mi ama de llaves estaba de vacaciones, sino que el maldito jardinero también había renunciado hace unas semanas para mudarse con su hija a Montana. ¡Montana! ¿No nevaba allí metros y metros durante la mitad del año? Su hija debía ser muy importante para él como para aceptar eso y mudarse allí sin perspectivas de trabajo.

En cualquier caso, la agencia tampoco lograba enviar un reemplazo para él. Y eso que incluso estaba dispuesto a contratar a esta persona de forma permanente si demostraba su valía. ¿Es que hoy en día nadie quiere trabajar? Sacudí la cabeza ante tal mentalidad.

O la agencia simplemente era incapaz de conseguir personal, aunque ese era en última instancia su trabajo. *We Care for Your Home*, así rezaba el eslogan con el que se empapelaban regularmente espacios publicitarios en toda Nueva York.

We Care for Your Home.

Enojado, miré alrededor del cuidado despacho.

¿Qué más podía destruir?

Tic tac tic tac. La casa estaba ahora tan silenciosa que podía oír el tictac del viejo reloj de péndulo al otro lado de la pared en el vestíbulo de entrada. En esa cosa al menos se podía confiar. Este reloj lo había comprado mi abuela cuando era una jovencita con su primer dinero duramente ganado y nunca se separó de él, ni siquiera cuando insistió en pasar sus últimos días en una residencia de ancianos. Me había ofrecido a contratar un equipo de cuidadores para que mi abuela pudiera seguir viviendo en casa si lo deseaba. Pero ella se negó. *Necesito un poco de compañía de gente de mi edad, Brent*, me explicó y no se dejó disuadir de su decisión de mudarse a una residencia.

Así que al final solo me quedé con Max, el labrador de la abuela. En realidad, nunca había querido tener un perro. Pero por mi abuela habría hecho cualquier cosa. Así que Max vivía conmigo en la mansión desde que mi abuela se mudó. Me esforzaba sinceramente por quererlo, pero como constantemente mordisqueaba alfombras, lamía paredes que debían oler tentadoras para su nariz canina y, además, siempre se aseguraba mi lugar favorito en el sofá tan pronto como pasaba una noche en casa, la convivencia se hacía difícil. Normalmente, mis empleados se ocupaban de Max, pero ahora no estaban aquí.

No habría tenido el corazón para deshacerme de Max, pues era todo lo que me quedaba, además del reloj, para recordar a mi abuela. Después de algunos hermosos años en la residencia, finalmente falleció pacíficamente mientras dormía hace medio año. Aunque prefería no pensar en eso ahora.

El teléfono que había lanzado con tanta rudeza contra la pared antes volvió a sonar apenas había insertado las baterías.

—¿Sí? —Contesté la llamada sin fijarme en el número que aparecía en la pantalla. Seguramente sería el gerente de la agencia que quería disculparse por la conversación anterior. Y era lo apropiado, de lo contrario perdería a un cliente que pagaba bien. Yo.

—Brent, viejo amigo, ¿cómo estás? —Solo había una persona en todo el mundo que se atrevía a llamarme "viejo amigo", y ese era mi hermano menor, Logan.

—Bien —gruñí.

—Suenas tan alegre como aquella vez cuando éramos niños y le di tu pastel de cumpleaños al predecesor de Max. —Al recordar ese incidente, no pude evitar reírme. Eso era lo que me gustaba de Logan: siempre tenía un comentario desenfadado en la punta de la lengua que mejoraba mi humor.

—Eso suena mucho mejor —dijo Logan satisfecho—. ¿Estarás en casa mañana? Podríamos ver el partido juntos.

—No, tengo que ir a Texas.

—¿Texas? ¿Qué vas a hacer allí?

—Ocuparme de un trato prometedor.

—¿Ah, sí? ¿Me afecta a mí? —Logan se mostró interesado, lo cual me complació. Llevaba un tiempo trabajando en mi empresa y yo aún estaba enseñándole los fundamentos del negocio. Primer fundamento: nunca pierdas una buena oportunidad. Sin embargo, primero hay que saber reconocer las oportunidades. Logan acababa de demostrar que iba por buen camino para aprender esta lección.

—Aún no puedo decirlo.

—¿De qué se trata exactamente? —La pregunta era válida, ya que invertíamos en muchos campos. Tan pronto como se presentaba una oportunidad rentable, yo la aprovechaba, sin importar el sector. Mi negocio eran las inversiones.

—Petróleo.

—¿Petróleo? —repitió Logan—. ¿No están ya explotados todos los yacimientos?

—No diría eso. Ya sabes, algunos yacimientos de petróleo se conocen desde hace muchos años o incluso décadas, pero nadie se ha ocupado de ellos porque no era económicamente rentable. Demasiado pequeños, demasiado complicados de extraer, ya que requieren el uso de tecnologías costosas. Pero desde que el precio del petróleo ha subido, también es rentable explotar campos que antes se dejaban de lado. Y de eso se trata aquí.

—¿Y por eso tienes que ir a Texas?

—Por un lado, quiero hacerme una idea de la situación por mí mismo. Eso es importante.

—Entiendo.

—Y por otro lado, esto es algo especial. No es solo mi negocio.

—¿No es solo tu negocio? ¿Te estás metiendo en un trato conjunto con alguien? Pensé que ya no querías hacer eso. —Hasta ahora, con una excepción, había sido el único inversor en todos mis negocios. Así es como me gustaba. Por experiencia, rara vez se podía confiar en otras personas. Pero esta oportunidad era tan buena que estaba dispuesto a tirar por la borda todos mis principios por ella—. ¿Quién más está involucrado? —continuó preguntando Logan.

—Un consorcio árabe. Ya son dueños de la tierra bajo la cual se encuentran los yacimientos de

petróleo.

—¿Y por qué quieren otro inversor? Seguramente no les falta dinero. —Otra buena pregunta que demostraba que Logan iba por buen camino para convertirse en un hábil hombre de negocios que dominaba su oficio.

—Tienen más que suficiente dinero. Si he entendido bien, por razones políticas quieren tener a un estadounidense a bordo que les ayude a acelerar el proceso. Voy a indagar más sobre esto en la reunión en Texas.

—Tu nombre seguramente les abrirá todas las puertas.

—Así es —gruñí satisfecho.

—¿Y por qué estabas de tan mal humor hace un momento? —preguntó Logan.

—Porque es malditamente imposible encontrar un reemplazo para Mariana durante sus vacaciones. Por no hablar de un nuevo jardinero. Esta agencia, que se anuncia por todo Nueva York diciendo que proporciona personal doméstico, simplemente no encuentra a nadie que quiera venir aquí ni siquiera para presentarse. Ni siquiera hablo de alguien competente. Solo presentarse. —Mientras hablaba, mi ira contenida volvió a surgir. Antes me había calmado un poco gracias a las preguntas distractoras de Logan.

—¿Es tan urgente encontrar a alguien ahora?

—El año pasado hubo dos intentos de robo aquí. No quiero dejar la villa deshabitada ni siquiera dar la impresión de que estará deshabitada por unos días mientras estoy en Texas. Hace apenas dos días hubo un robo dos calles más abajo. Estas bandas están cada vez más alertas y parecen saber de antemano dónde se presentará la próxima oportunidad, al menos eso parece.

—Sí, entiendo que en estas circunstancias prefieras tener a alguien en la casa.

—¿No quieres vivir aquí unos días y cuidar de todo?

—No, gracias. Ya sabes que Max y yo no nos llevamos muy bien. —Logan tenía razón en eso. Mientras que Max solo reclamaba mi lugar en el sofá y mordisqueaba las alfombras conmigo, a Logan generalmente lo recibía con ladridos furiosos y ya había salido de la casa con dos agujeros en los pantalones que Max le había mordido. Así que dejar que Logan cuidara de Max no era realmente una buena idea.

—Necesito a alguien urgentemente. Aunque solo sea por Max.

—Hmm. —La respuesta de Logan no decía nada.

—¡Esta agencia es realmente lo último! Con los precios desvergonzados que cobran por proporcionar personal calificado, deberían poder encontrar a alguien. ¡Cualquier estudiante podría hacer esto! Sacar a pasear perros, ¡eso es lo que hacen los escolares como trabajo de medio tiempo! —Volví a enfurecerme. Si había algo que no podía soportar, era el trabajo descuidado, cuando alguien no entregaba los resultados que me había prometido. Como gerente, dependía de que otros hicieran lo que les pedía y lo que me prometían. Los perdedores no tenían lugar en mi equipo.

—¿Y por qué no contratas a un estudiante? —preguntó Logan con razón—. Un escolar, bueno, son un poco jóvenes, pero a un estudiante universitario le encantaría vivir en la villa por unos días.

—¿Dónde voy a encontrar a alguien tan rápido que tenga una verificación de antecedentes? Solo quiero a alguien con un historial absolutamente limpio aquí. Entre otras cosas, es por eso que pago la suma exorbitante a la agencia. Todos los empleados en su registro tienen un certificado de antecedentes penales sin anotaciones. Sabes que mi mobiliario es bastante valioso. Además, tengo información confidencial sobre mis negocios actuales y futuros en la caja fuerte. ¡No puedo tener aquí a alguien en quien no pueda confiar!

—Claro —dijo Logan—. Pero seguramente se puede encontrar a alguien que cumpla con esos requisitos.

—¿Hasta mañana? —pregunté escéptico—. Ya es de noche.

—¿Por qué hasta mañana? —replicó Logan.

—Bueno, mañana me voy a Texas. Ya te lo había dicho.

Logan soltó un gemido. —Tío, no lo pones nada fácil. —Tras una breve pausa, añadió—: Pero tengo una idea de cómo puedes resolver tu problema a corto plazo. De dónde conseguir a alguien con un historial limpio que se quede unos días en la villa y cuide de Max.

—¿De dónde? —No tenía ni idea de lo que Logan estaba hablando.

—De una página web de cuidadores de casas —dijo Logan triunfante.

—¿De una qué? —Creí haber oído mal.

—De una página web de cuidadores de casas —repitió Logan.

—Ya te había entendido. ¿No creerás en serio que voy a dejar que se quede aquí cualquier persona de internet que ni siquiera tiene casa propia? ¡Un historial limpio es importante, te lo acabo de explicar!

—Estas personas tienen un historial limpio. Puedes elegir quién quieres que venga. Hombres, mujeres, parejas, familias, con antecedentes penales, personas a las que les gustan los animales, a las que no les gustan... hay de todo. Solo tienes que mirar. Además, por lo general son personas que ya han cuidado varias veces las villas y casas de extraños como cuidadores y tienen buenas reseñas si han demostrado ser de confianza.

—¿Y crees que encontraré a alguien para mañana?

—¡Vale la pena intentarlo!

Miré el reloj. —No me queda mucho tiempo. Y tengo que ir urgentemente a ver a Emmett Kershaw. Ya sabes, el tipo con el que invertí conjuntamente en bienes raíces. Él me hizo abandonar mi principio de invertir siempre solo. Y de inmediato echó a perder el trato. Cómo se puede fabricar semejante mierda, no tengo ni idea. Es un milagro que el tipo no esté ya en bancarrota.

—¿Qué hizo exactamente?

—Confió en el vendedor y no contrató a un tasador. La super inversión en la mejor ubicación del puerto resulta que son solo unas cuantas barracas podridas que tendremos que amortizar con más pérdidas. ¡Había confiado plenamente en él y luego esto! ¡Ahora necesito urgentemente un proyecto rentable!

—Ah, por eso el trato en Texas es tan importante para ti.

—Sí. Por eso incluso estoy intentando trabajar de nuevo con los árabes. Después de todo, ellos aportan la mayor parte del capital al asunto, yo más bien los contactos. Así que no tengo mucho riesgo. En cualquier caso, no quiero tener nada más que ver con Emmett Kershaw. Cuanto antes lo sepa, mejor. Hace un rato le anuncié mi visita y ahora mismo voy a pasar por su casa.

Logan suspiró. —Ya he oído tu petición de ayuda, hermano.

—¿A qué te refieres?

—No tienes tiempo para crear el anuncio en la página web de cuidadores de casas. Ni para escribirle a alguien allí.

—Bueno... —balbuceé. Logan siempre me calaba. Así era cuando habías crecido juntos.

—Puedo hacerlo por ti, si quieres.

—¿Harías eso? —pregunté aliviado. No había querido admitirlo, pero no tenía ninguna gana de familiarizarme con los detalles de una página web así y publicar un anuncio. Normalmente, mi asistente se habría encargado de eso, pero ella, por supuesto, ya había terminado su jornada por hoy.

—Claro que sí. Mañana tendrás un cuidador de casas en tu puerta. Confía plenamente en mí.

—Eres un verdadero hermano. Al menos en ti se puede confiar —dije entusiasmado—. Entonces me iré a darle una buena reprimenda a ese Emmett. —Mientras pronunciaba la última frase, sentí cómo mi ira volvía a surgir.

¿Acaso estaba rodeado solo de idiotas?

Capítulo 3 - Carly -

Poco después de las 21:00, abrí lentamente la puerta de mi oficina en la *Emky Corporation*. Había conseguido el trabajo como asistente del jefe Emmett Kershaw pocos días después de mi llegada a Nueva York y, como resultó, había tenido mucha suerte. Sí, el puesto estaba mal pagado, las horas extras eran la orden del día y a veces también de la noche, y Emmett me regañaba por cada pequeñez. Incluso me regañaba cuando no había cometido ningún error. Entonces encontraba algo que no le gustaba o que, en su opinión, no había hecho lo suficientemente bien y tenía un ataque de ira que yo solía soportar en silencio. Al principio, había intentado contradecirle con frecuencia y demostrarle que no había hecho nada mal, pero eso por lo general solo aumentaba la ira de Emmett. Después de un tiempo, me había rendido y generalmente solo esperaba que estos momentos pasaran lo más rápido posible.

Sin embargo, había tenido suerte. Al menos había conseguido un trabajo, y bastante rápido. No tenía cualificaciones especiales. Después de graduarme de la escuela secundaria, había ido a la universidad durante un año, pero tuve que dejarla sin graduarme. Mis padres aún no habían pagado el préstamo de su granja y, por lo tanto, no podían seguir financiando mis estudios. Mis notas eran buenas, pero no lo suficientemente buenas para una beca. El banco no quería darme un préstamo y los ingresos de mis trabajos como camarera apenas alcanzaban para el alquiler y la comida, pero no para la matrícula. Financieramente, estaba contra la pared y finalmente tuve que dejar la universidad con gran pesar.

Al principio, seguí viviendo con mis padres y me mantuve a flote con todo tipo de trabajos. Seguí trabajando de camarera, trabajé como secretaria en el aserradero local, repartí periódicos y paseé perros. No me avergonzaba de nada, pero no había ni un solo trabajo que me gustara ni remotamente y en el que viera algo parecido a un futuro. No quería hacerme cargo de la granja. Me encantaba tratar con personas, palabras y números, y eso era exactamente lo que quería hacer todos los días.

Después de un tiempo, decidí hacer realidad el sueño de mi infancia e ir a Nueva York. Allí todo era posible, ¿verdad? Allí cualquiera podía hacer su fortuna y pasar de lavar platos a ser millonario. Ese era el sueño americano y yo también quería vivirlo.

Pero Nueva York tampoco me esperaba precisamente con los brazos abiertos. Tuve que tomar lo que se me ofrecía, que era la habitación con Paige y el trabajo con Emmett.

Cerré lentamente la puerta de la oficina y escondí la bolsa de viaje con mis cosas detrás de mi escritorio. Si Emmett veía que llegaba aquí con todo mi equipaje, seguramente se enfadaría. Simplemente le gustaba enfadarse, sin ninguna razón en particular. Pero antes de que pudiera darme la vuelta, ya estaba abriendo la puerta de su oficina.

—¡Por fin estás aquí! —gruñó.

—Buenas noches, señor Kershaw —dije tan educadamente como pude y volví mi rostro hacia él.

—¿Qué estás escondiendo ahí?

—Yo... eh... —Me había colocado de manera que la bolsa de viaje quedara lo más oculta posible por mi cuerpo, pero precisamente por eso Emmett se fijó en ella. Respiré hondo—. Estaba de camino para llevar algunas cosas cuando usted llamó. Como quería estar aquí lo más rápido posible, simplemente traje la bolsa con las cosas conmigo. Me la llevaré a casa más tarde cuando terminemos aquí.

—¡Esto no es un almacén!

—Lo sé, es solo por hoy, excepcionalmente —me defendí.

—Debería cobrarte una tarifa extra por traer tus cosas personales aquí. Si usas un casillero afuera, también cuesta dinero.

—Sí, señor Kershaw —respondí con la cabeza baja. Por dentro estaba furiosa. ¿Quién se creía que era este tipo? Debería estar agradecido de que a esta hora yo apareciera en el trabajo por segunda vez en el día para hacer horas extras. Horas extras no pagadas. En lugar de darme las gracias, quería cobrarme extra por traer una bolsa. ¡Una bolsa! ¡Que no molestaba a nadie aquí!

Pero sabía que si decía algo, Emmett me amenazaría con despedirme y tal vez lo haría. Y sin el trabajo, estaría completamente perdida, porque entonces ya no tendría ingresos. Ya sería bastante difícil encontrar una habitación asequible con mi mísero salario. La granja de mis padres ya no producía lo suficiente para pagar el préstamo de la casa después de la sequía de los últimos años, así que cada mes les transfería parte de mis ingresos para ayudarlos. Me habían criado con mucho amor y habían hecho todo lo posible por mí. La granja lo era todo para ellos y para mí era natural estar ahí para ellos ahora.

Si solo ganara más... pero los trabajos con mejores salarios estaban reservados para los graduados universitarios. Para las que habían abandonado los estudios con grandes sueños, solo

había unos pocos puestos mal pagados. En eso, Nueva York no era diferente a Texas.

—Ahí en tu escritorio hay un montón de documentos sobre el proyecto del puerto. Haz copias de ellos y prepara una segunda carpeta que podamos entregar a la autoridad supervisora cuando venga a inspeccionarlo todo.

—Sí, señor Kershaw —dije simplemente, aliviada de que Emmett hubiera cambiado de tema y ya no hablara de la bolsa.

—Además, la señora de la limpieza ha ventilado demasiado y el viento ha desordenado los documentos del proyecto del río Hudson. Ordénalos cuando hayas terminado con las copias.

—Sí, señor Kershaw —repetí mis palabras.

¿En serio me había citado este tipo tan tarde en la noche para que hiciera copias y organizara el archivo? Sin embargo, recordé que quería mantener mi trabajo y no protesté en ese momento. En su lugar, tomé la primera pila de papeles que había sobre mi escritorio y me giré hacia la fotocopiadora, que estaba en diagonal detrás de mí. Por supuesto, el anticuado aparato no tenía alimentador automático. Emmett era extremadamente tacaño y jamás se le habría ocurrido comprar algo que facilitara el trabajo de sus empleados. Probablemente la persona de la limpieza debía considerarse afortunada de no tener que traer sus propios productos de limpieza.

Coloqué la primera hoja en la fotocopiadora, cerré la tapa y presioné el botón de inicio. El resto de las hojas estaban grapadas, así que abrí el cajón del archivador junto a la fotocopiadora, saqué el pequeño quitagrapas y las separé.

—Asegúrate de tener cuidado de que todo quede grapado y archivado en el orden correcto después.

—Sí, señor Kershaw —fue todo lo que dije.

A mis espaldas, sentí cómo Emmett me observaba en silencio durante un momento. Cuando coloqué la siguiente hoja en la fotocopiadora, finalmente escuché cómo se daba la vuelta, volvía a su oficina y cerraba la puerta.

Suspiré aliviada. Este trabajo se volvía cada vez más insoportable, pero realmente no tenía otra opción.

¿O sí?

Recordé la última llamada telefónica con mi madre, que había transcurrido más o menos como todas las llamadas desde que vivía en Nueva York. Mi madre solía responder con un profundo

suspiro a mis informes regulares sobre la emocionante ciudad, los muchos lugares de interés que visitaba (aunque generalmente solo desde el exterior, ya que no tenía dinero para la entrada) y las personas que me gustaba observar mientras me sentaba en los parques y leía libros que tomaba prestados de la biblioteca.

—Ojalá no vivieras tan lejos, Carly.

—Me gusta Nueva York, mamá. Es una ciudad maravillosa. Algún día tenéis que venir a visitarme.

Hacía esta invitación regularmente porque sabía muy bien que mis padres no tenían suficiente dinero para venir aquí. Por supuesto, me habría encantado verlos, pero de ninguna manera quería que se dieran cuenta del sucio apartamento en el que vivía.

Bueno, eso ya no importaba ahora. Miré la bolsa de viaje que estaba segura bajo el escritorio. Actualmente ya no tenía apartamento. Esperaba que Joanna no se enojara porque llegara tan tarde a su casa. Me habría gustado sacar el teléfono de mi bolso para ver si había respondido a mi mensaje. Pero no me atrevía. Emmett tenía la desagradable costumbre de salir de la oficina justo cuando menos lo esperaba. Ni siquiera quería pensar en la reprimenda que me daría si me pillaba con el teléfono durante el trabajo.

Coloqué la siguiente hoja en la fotocopiadora.

De nuevo escuché la voz de mi madre en mi cabeza.

—¿Te gusta tu trabajo, Carly?

—Sí, estoy aprendiendo mucho.

—¿Es realmente mucho mejor que aquí?

—Es completamente diferente, mamá. Ojalá pudiera explicártelo mejor, pero me resulta difícil. No se puede comparar con la oficina del aserradero de nuestro pueblo.

—Jason preguntó por ti.

Esta declaración siempre me provocaba un profundo suspiro. Jason era mi novio de la secundaria. De hecho, nos conocíamos desde el jardín de infantes. O en realidad, incluso desde nuestro nacimiento, porque los padres de Jason vivían cerca de nuestra granja, solo a un cuarto de milla por la carretera. En Nueva York, a nadie se le ocurriría llamar vecino a alguien que viviera a un cuarto de milla de distancia. En Texas era diferente. Los padres de Jason eran nuestros vecinos y habíamos crecido juntos. Desde que teníamos 12 años, Jason había sido mi

"pretendiente" y siempre lo había seguido siendo. Para él estaba claro que algún día estaríamos juntos.

Lamentablemente, yo nunca lo había visto así, pero como apreciaba mucho a Jason, nunca me había atrevido a decírselo. Al final, eso resultó ser un error. Recordé la escena que tuvo lugar dos semanas antes de mi partida. Jason me había mirado con ojos suplicantes.

—Cásate conmigo, Carly. Sé mi esposa.

—Jason...

—Sé que quiero pasar el resto de mi vida contigo. Me harás muy feliz. Y yo te haré feliz a ti.

—No puedo. Es demasiado pronto.

Le había explicado a Jason que primero tenía que ir a Nueva York. Encontrarme a mí misma. Vivir mi vida. Por supuesto, también le había dicho que no debía esperarme. Tenía derecho a encontrar una mujer que lo amara tanto como él a ella. Esa mujer no era yo. Quería a Jason como a un hermano y siempre lo habría ayudado si estuviera en problemas. Pero no tenía sentimientos más profundos por él. No lo amaba como una mujer debería amar a un hombre. No lo deseaba.

La propuesta de Jason me había reafirmado en mi decisión de mantenerme firme y dejar Texas. Él debía ser libre. Y yo también quería ser libre.

Detrás de mí se abrió la puerta del pasillo. Me di la vuelta sobresaltada. ¿Quién venía por aquí a estas horas? Cuando había llegado antes, todo estaba oscuro. Solo el guardia nocturno estaba de servicio en su cabina de portería, leyendo un libro como siempre y saludándome con una sonrisa comprensiva. Él sabía que a menudo tenía que hacer horas extras por la noche para Emmett.

Por la puerta entró... el hombre más atractivo que jamás había visto.

Alto.

Bien formado.

Atlético.

En forma.

Con un rostro marcado.

Cabello oscuro.

Una ligera sombra de barba oscura.

Ojos oscuros que parecían profundos e insondables.

—Buenas noches, señorita.

Una voz profunda.

Melodiosa.

Completamente masculina.

Completamente... excitante.

—Ejem... —me aclaré la garganta y me sonrojé de inmediato. No pude articular palabra. Cuando me di cuenta de esto, el rubor en mis mejillas se intensificó aún más.

—¿Está todo bien? —preguntó el desconocido.

Cerré los ojos brevemente y respiré hondo.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

Por fin pude hablar. —Sí, gracias. Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarle?

El desconocido me sonrió brevemente y ese pequeño movimiento de sus sensuales labios hizo que mi corazón se acelerara. Mis labios comenzaron a hormiguear.

Contrólate, Carly. Esto es tu trabajo.

—¿Es usted la asistente del Sr. Kershaw?

—Sí, lo soy.

—Lo llamé hace una hora para anunciar mi llegada. Mi nombre es Brent Riggs.

¡Brent Riggs! Todo el mundo en Nueva York conocía ese nombre. Empresario exitoso.

Millonario hecho a sí mismo. ¿O multimillonario? No estaba segura. En cualquier caso, había logrado construir una fortuna de la nada. Un imperio.

Lo miré con asombro. En el artículo que había leído sobre Brent Riggs, lo describían como un astuto inversor y empresario. No mencionaban que fuera una persona amable que tratara a los demás con cortesía. Sin embargo, eso era exactamente lo que hacía. A diferencia de Emmett, era más que agradable. El comportamiento de ambos hacia mí no podría haber sido más diferente. Eran como el día y la noche.

¿Qué querría Brent Riggs aquí? Hasta ahora no había visto ningún documento que lo relacionara con Emmett, pero eso no significaba nada. Había muchas cosas a las que no tenía acceso aquí y muchos documentos de los que solo hacía copias sin leerlos. Emmett era un jefe extremadamente desconfiado y se aseguraba de que tuviera poco tiempo para profundizar en los procesos.

—¿Podría anunciarme con él, por favor?

—¿Cómo? Oh sí, claro.

Bien hecho, Carly. El tipo más caliente del año aparece aquí y te comportas como una adolescente de 14 años que acaba de ver a su ídolo. Como si hubieras aparcado tu cerebro en otra parte. Ahora contrólate. Solo falta que empieces a gritar como una groupie que acaba de presenciar un concierto de su banda favorita. Eres una adulta, trabajas aquí, esta es una visita de negocios, así que compórtate profesionalmente, por favor.

Me moví lentamente alrededor de mi escritorio. A pesar de mis palabras de advertencia a mí misma, me sentía como en trance. Mientras pasaba junto a Brent Riggs, él me siguió hasta la puerta de la oficina de Emmett. Un débil aroma a sándalo lo envolvía y me hizo estremecer ligeramente. De la manera agradable que te hace desear más. De repente, deseé... sí, ¿qué deseaba? Que el Sr. Riggs y yo estuviéramos juntos en otro lugar donde pudiera conocerlo mejor. Eso es lo que deseaba.

Con las rodillas temblorosas y el corazón palpitante, puse mi mano en el pomo de la puerta de Emmett cuando esta se abrió repentinamente desde dentro. Estaba tan nerviosa que ni siquiera me había dado cuenta de que se acercaban pasos desde el interior. Normalmente, escuchaba cada movimiento en la oficina de Emmett para estar preparada en caso de que saliera. Pero ahora estaba tan absorta por el carismático Sr. Riggs que no había oído nada.

—¡Carly! —me gritó Emmett apenas abrió la puerta. Aún no había notado a Brent Riggs, ya que este no había cerrado la puerta del pasillo detrás de él y estaba parcialmente oculto por ella.

—¿Sí, Sr. Kershaw?

—¿Qué haces aquí parada, estabas escuchando detrás de la puerta?

—No, Sr. Kershaw, yo quería...

Emmett me interrumpió.

—¡Ahórrate tus excusas! Mejor explícame, ¿qué significa esto?

—¿A qué se refiere exactamente, Sr. Kershaw?

—¿Qué es esta mancha de café en la copia de ayer?

¿Mancha de café? Seguramente no era mía. Nunca tomaba café en el trabajo. No tenía tiempo para eso.

—Lo siento, Sr. Kershaw —dije simplemente, sin defenderme más. Era mejor que asumiera la culpa. Las discusiones con Emmett no llevaban a nada. Además, si yo no había causado la mancha de café, solo quedaba Emmett mismo como responsable... Pero no podía decirle eso sin arriesgar mi trabajo.

—No puedo entregar esta copia a mis socios comerciales en este estado. Nunca más me entregues un trabajo tan descuidado —me siseó Emmett.

—Por supuesto, Sr. Kershaw —respondí con la cabeza baja.

—Espero que nos hayamos entendido.

¿Cuántas veces tenía que repetirme? Pero solo respondí: —Entendido, Sr. Kershaw.

—Espero que esto mejore.

En ese momento, Brent Riggs salió de detrás de la puerta del pasillo. Por un momento había olvidado por completo su presencia, pero ahora la sangre volvió a subirme a la cara.

—Hola Emmett —dijo Brent Riggs con calma—. Parece que hoy no es precisamente tu día más cortés. ¿No crees que deberías ser un poco más amable con tu asistente?

Capítulo 4 - Brent -

Miré fijamente al hombre pequeño con la cabeza calva brillante y los ojos de cerdo. El tipo era realmente lo peor. ¿Cómo trataba a sus empleados? Estaba destrozando por completo a esta dulce chica y tenía la impresión de que parecía disfrutarlo. Aunque yo ciertamente creía que un jefe debería exigir un buen trabajo a sus empleados, eso no incluía humillarlos cuando cometían un error insignificante. O ningún error en absoluto. ¿Qué había hecho mal la asistente?

—Brent —gruñó Emmett, saliendo por la puerta de su oficina hacia la antesala y examinándome con sus ojos pequeños—. ¿Te estás escondiendo de mí últimamente?

Ahora sentí cómo la vena de mi sien comenzaba a palpitar. ¿Quién se creía que era este tipo? ¿Acaso quería atacarme estúpidamente como a su asistente? Tal vez podría intimidar a la dulce pequeña de largo cabello castaño y ojos inusuales. Probablemente ella dependía de este trabajo. Sin embargo, yo no dependía en absoluto de Emmett. Al contrario, estaba aquí para decirle que nuestros caminos se separarían a partir de ahora. Por lo tanto, no necesitaba mostrar una falsa cortesía.

—No me estoy escondiendo de ti. En tu descuido, probablemente no me viste —respondí y luego apreté mis mandíbulas para no decir demasiado. No quería que la atractiva asistente pagara por mis palabras una vez que hubiera dejado la oficina. Emmett parecía exactamente el tipo de persona que desahogaba su ira en sus inocentes semejantes.

Ahora me tendió la mano sin entusiasmo. La tomé de mala gana y la estreché. Floja y húmeda. ¿Acaso Emmett estaba nervioso?

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó Emmett y parecía distraído. Puse los ojos en blanco internamente. Solo teníamos un proyecto en marcha juntos. ¿Por qué más estaría aquí entonces?

—Se trata del asunto inmobiliario en el puerto —respondí e intenté no dejar ver nada de mi irritación.

—¿Qué pasa con eso?

—Bueno, hasta ahora no ha ido precisamente bien. —Eso era un gran eufemismo, pero como la asistente de Emmett aún estaba de pie junto a nosotros observando la escena con ojos grandes, no quería ser demasiado explícito.

—¿A qué te refieres?

—Creo que es mejor si lo discutimos en tu oficina. —Lancé una mirada de reojo a la atractiva asistente. ¿Cómo la había llamado Emmett? ¿Carly?

—Entonces entra.

Emmett se dio la vuelta abruptamente y marchó hacia su oficina. Le dediqué una sonrisa a la asistente y me sorprendí cuando ella también elevó las comisuras de sus labios. La sonrisa pareció iluminar su rostro y tocó algo dentro de mí que no había sentido en mucho tiempo. Me quedé mirándola fijamente. Tenía un pequeño lunar junto a la boca que también se movía cuando sonreía.

—¿Vienes o no? —La voz de Emmett no sonaba precisamente amistosa. La pequeña asistente se encogió de hombros como diciendo "así es él" y me miró con sus grandes ojos verdes. ¡Qué color! Ni siquiera podía definirlo con exactitud. En algún punto entre esmeralda y aguamarina. Cuando pasé junto a ella hacia la oficina, percibí un ligero aroma que me recordó a un prado de flores en verano. Inconscientemente, respiré profundamente varias veces para guardar el aroma en mi memoria.

—¿Qué puedo hacer por ti ahora? —preguntó Emmett apenas hube cerrado la puerta de su oficina detrás de mí.

—¡Nada más! —Mi voz sonó tan brusca como lo había pretendido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—El proyecto inmobiliario en el puerto ha sido un completo desastre. ¿Cómo pudiste adquirir unos barracones podridos a un precio tan inflado?

—Eso no estaba claro en el momento de la compra —se defendió Emmett.

—¿Qué no estaba claro? —pregunté bruscamente y luego me reí con desdén—. ¿El estado de la propiedad? Vamos, Emmett, llevas años en el negocio. ¿Y me quieres decir que no sabes en qué hay que fijarse cuando se invierte en bienes inmuebles? Eso cuéntaselo a tu abuela. —Pensé brevemente en mi abuela, que nunca había tolerado que yo sirviera historias mentirosas

fácilmente detectables.

—Sé que no eres tan bueno en los negocios como yo, pero eso no es realmente una excusa. Tienes suficiente experiencia —añadí. Esta pequeña pulla era necesaria. De todos modos, quería terminar la relación comercial con Emmett y antes solo había sido considerado para no arriesgarme a que la dulce asistente recibiera otra reprimenda. Pero aquí dentro ahora diría lo que quisiera.

—Los errores ocurren —respondió Emmett simplemente. Ni rastro de una disculpa.

—Puede ser, pero errores como este no deben ocurrir. Me retiro del negocio. Asumo la pérdida. No tengo ganas de invertir más dinero en un pozo sin fondo. Mejor un final con horror que un horror sin final.

Emmett se puso rojo como un tomate. —Pero no puedes hacer eso así sin más.

—Claro que puedo —repliqué con calma—. ¿Acaso no leíste los contratos con atención? Acordamos una cláusula de salida para mí si las pérdidas se vuelven demasiado grandes. Se ha superado ese umbral.

—¿No puedes darme otra oportunidad para arreglarlo? —De repente, Emmett se volvió más accesible.

—¿Cómo piensas lograrlo? —pregunté, ahora genuinamente curioso. Una pérdida así no se podía recuperar. Las propiedades estaban en un estado lamentable, ¿qué quería cambiar Emmett al respecto? Seguro, podíamos renovar, pero los costos serían tan altos que el proyecto nunca sería rentable.

—Me aseguraré de que los responsables rindan cuentas. Y asumiré los costos adicionales de la renovación.

—¿Por qué quieres asumir los costos adicionales? —La oferta sonaba tentadora, así que tenía que haber alguna trampa. Ningún hombre de negocios hacía tales ofertas por pura caridad. El negocio sería una gran pérdida para Emmett.

—Para mostrarte cuánto valoro nuestra sociedad.

Arqueé las cejas y no dije nada. En la jerga de negocios, eso significaba una cosa: Emmett esperaba algo a cambio de mí. Algo que no debía pagar con dinero. Probablemente quería que le abriera algunas puertas en círculos a los que hasta ahora no había tenido acceso.

Lástima que yo no hiciera ese tipo de cosas por dinero. Solo lo hacía por personas que me

agradaban o que se habían ganado mi reconocimiento con mucho esfuerzo. Personas de las que estaba convencido. Ese no era el caso de Emmett. Al contrario, el tipo me repugnaba.

Ahora parecía interpretar mi silencio como aprobación y abrió la puerta de la oficina.

—¡Carly! —ladró. Así que sí había recordado correctamente el nombre de la dulce asistente. Ante la idea de que pronto entraría aquí, creí volver a sentir el aroma floral de su perfume en mi nariz. ¿Qué me pasaba? Mi mente sabía que solo podía ser imaginación, pero en mi mente veía un colorido prado de flores en verano.

—¿Señor Kershaw? —La asistente apareció en la puerta con bloc y lápiz en mano.

—¡Entra! —ladró Emmett en un tono que me hizo apretar la mandíbula nuevamente para no reprenderlo. Primero quería saber qué planeaba, así que me concentré en la agradable visión de Carly. La hermosa asistente no era muy alta, pero sí bien proporcionada. Sus piernas eran delgadas y largas para su estatura. Bajo su camiseta podía distinguir unos senos grandes y firmes, y cuando se colocó entre Emmett y yo, dándome la espalda, tuve una vista de primera clase de su trasero. Respingón. Justo como me gustaba.

—¡Por fin! —gruñó Emmett a la hermosa Carly—. ¿Por qué tardas tanto siempre?

Eché un vistazo discreto a mi reloj de pulsera. Era mucho después de las 9 de la noche y Emmett regañaba a su asistente porque tardaba un poco más. Debería estar agradecido de que aún estuviera trabajando. Claro, yo también pedía horas extras a mis empleados cuando era necesario. Quien quería llegar lejos tenía que trabajar duro. Pero la esclavitud hacía mucho que había sido abolida.

—Disculpe, señor Kershaw —murmuró Carly solamente. Lamenté solo poder ver su espalda. Me hubiera gustado saber qué emociones se reflejaban en su rostro en ese momento.

Brent, ¿qué te pasa? ¿Desde cuándo piensas en lo que ocurre dentro de una mujer?

Esta pregunta que me hacía a mí mismo estaba más que justificada. Normalmente, con las mujeres solo pensaba en lo exterior. Lo que pensaban o sentían no me interesaba. Tampoco tenía por qué hacerlo. Sin relaciones cercanas, esa era mi estricta regla número uno en mi trato con las mujeres.

Por supuesto que tenía sexo. Mucho. Con gusto. Y exclusivamente con mujeres a las que no les entregaba mi corazón. Incluso prefería a las mujeres a las que pagaba por sus servicios. Así no existía el peligro de que se enamoraran de mí, me acosaran con sus exigencias y al final no pudiera librarme de ellas. Además, así se esmeraban mucho más en satisfacerme sin que yo tuviera que ofrecer una contraprestación equivalente.

¿Qué hombre diría que no a una felación?

Con ese pensamiento, mi miembro palpitó en mis pantalones. ¿O era el pensamiento de Carly lo que provocaba esto? Rara vez una mujer me había excitado tanto.

Ni siquiera Leticia.

Al pensar en mi ex, apreté los dientes por un momento.

Después de lo que pasó con ella, había decidido no volver a entregar mi corazón jamás. Había estado perdidamente enamorado de la temperamental mexicana. Ella había venido a Nueva York para trabajar en Wall Street y nos habíamos conocido en una recepción. Esa misma noche pude comprobar que era una verdadera bomba en la cama. Parecía la mujer perfecta para mí: atractiva, interesada en el sexo, no dependiente de mi fortuna y con ambiciosas metas en la vida.

Después de dos meses, estaba tan enamorado de ella que le propuse mudarse conmigo. Cuando Leticia apareció en mi puerta con sus maletas, creí haber encontrado mi felicidad.

Solo una semana después, llegué a casa antes de lo esperado de una recepción y esperaba una noche apasionada con Leticia. Al abrir la puerta de entrada, descubrí que Leticia ya estaba teniendo una noche apasionada. Sus gemidos llenaban toda la casa. Sonreí, pues aún creía que se estaba satisfaciendo a sí misma en mi ausencia y me imaginé cómo la sorprendería en un momento. Me desvestí y me dirigí sigilosamente al dormitorio.

Allí estaba Leticia.

Y mi mejor amigo Owen, que la estaba follando con devoción.

Me quedé desnudo en la puerta y tuve que ver cómo mi novia se dejaba follar a cuatro patas por mi amigo mientras gemía: "Más fuerte. Dámelo".

Leticia se mudó esa misma noche. Nunca volví a ver ni a ella ni a Owen.

Y desde esa noche, no me involucro más en historias inciertas con mujeres. El sexo es igual de bueno o incluso mejor cuando pago por él. No espero nada de la otra parte y ellas no esperan nada de mí. Es un negocio, ni más ni menos.

Tampoco tengo un mejor amigo. Logan es mi confidente más cercano. Mi hermano nunca me traicionaría.

—¿Por qué no contrataste al perito para el proyecto del puerto como se te indicó? —le espetó

Emmett a Carly, trayendo mis pensamientos de vuelta al presente.

—¿Qué perito? —preguntó Carly con voz que sonaba insegura.

—¡El perito que contratamos cada vez para los proyectos inmobiliarios! ¡Por Dios! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —Emmett estaba ahora a punto de gritarle a Carly. Su rostro había adquirido un tono rojizo poco saludable que se extendía hasta su calva, que brillaba de manera poco atractiva bajo la luz de las lámparas.

—Hasta ahora nunca he contratado a un perito —dijo Carly sorprendida. Su voz sonaba como si estuviera diciendo la verdad. Ahora se giró a medias, de modo que pude verla de perfil, y me lanzó una rápida mirada en busca de ayuda.

Me sorprendí pensando que me encantaría besar el lunar junto a su boca.

—¡Pero esta vez tendrías que haberlo hecho! —gritó Emmett—. ¿Acaso estoy rodeado solo de malditos idiotas?

—Disculpe, señor Kershaw, pero hasta ahora eso no ha sido parte de mis tareas... —Carly no pudo terminar su frase. Emmett la interrumpió y bramó—: ¿No puedes pensar por ti misma ni una vez?

Ya había tenido suficiente.

¿Qué era esto?

¡Mal estilo!

¡Y muy mal estilo!

Emmett intentaba traspasar la responsabilidad de sus errores a sus empleados. Claro, los empleados cometían errores, eso ocurría en todas las empresas. Pero un buen jefe se ponía delante de ellos en estos casos y buscaba juntos las causas para mejorar las cosas, en lugar de enfurecerse y buscar culpables.

¿Y quién había cometido el error en este caso?

—¿Cómo podría haber sabido Carly que esta vez tenía que contratar a un tasador? ¿Acaso es una experta inmobiliaria? —pregunté con calma. Carly me recompensó con una mirada agradecida.

—Lleva trabajando aquí el tiempo suficiente como para saber cómo deben funcionar las cosas.

—Tú eres su jefe. Por lo tanto, es tu deber darle las instrucciones correctas y asegurarte de que lo ha entendido todo. —Ahora Carly se estremeció.

—¡No voy a dejar que me digas cómo debo dirigir mi empresa! —Ahora la ira de Emmett también se dirigía hacia mí.

—Nada más lejos de mi intención —respondí con calma—. Pero tal vez agradezcas algún consejo sobre cómo evitar tales pérdidas horrendas en el futuro.

—Sé exactamente cómo evitarlo en el futuro.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo? —Ahora estaba realmente intrigado. ¿Qué diría Emmett? Lo observaba solo por el rabillo del ojo, porque mi atención estaba en Carly. Ella estaba de pie entre Emmett y yo, siguiendo nuestro intercambio de palabras como un juego de ping-pong. Su cabeza iba de un lado a otro y su lenguaje corporal mostraba lo tensa que estaba.

—¡Carly! —ladró Emmett.

—¿Sí, señor Kershaw?

—¡Estás despedida! Toma tu estúpido bolso y vete. ¡Y no vuelvas a aparecer por aquí nunca más! ¡Puedes considerarte afortunada si no te reclamo la pérdida que vamos a sufrir por tu descuido!

—Pero señor Kershaw...

—¡FUERA!

—¡Pero necesito el trabajo! —La voz de Carly sonaba ahora suplicante y pude oír que le costaba contener las lágrimas. Cuando me lanzó una rápida mirada, pude ver la pura desesperación en sus ojos verdes. Realmente debía necesitar con urgencia el trabajo con este imbécil para reaccionar así. Yo, en su lugar, probablemente habría encendido una hoguera de alegría ante la perspectiva de no tener que volver a trabajar para Emmett.

—¿No quieres reconsiderarlo? —le pregunté a Emmett con voz tranquila.

Emmett me sonrió con malicia. —Solo si reconsideras tu salida de todos nuestros negocios.

—La decisión está tomada. —¿Qué era esto? ¿Qué creía Emmett de mí? No iba a dejar que me chantajeara moralmente para seguir haciendo negocios con él para que no despidiera a su asistente. Aunque me gustaba extraordinariamente, no la conocía. E incluso si fuera así: mis

decisiones seguían siendo mis decisiones. Emmett podía hacer lo que quisiera.

—Entonces, lamentablemente no tengo otra opción que despedir a Carly.

Carly respiró hondo. El sonido era como si tuviera dificultades para respirar. Me hubiera gustado consolarla, pero preferí contenerme para no empeorar aún más su situación.

—Por favor, sin el trabajo... necesito el dinero... —Rompió en llanto—. Por favor, señor Kershaw, deme otra oportunidad. Prometo que no volveré a cometer ningún error.

¿Sabía lo que estaba prometiendo?

No volver a cometer un error era algo imposible.

—Lárgate de una vez —siseó Emmett—. Si no te has ido en 30 segundos, llamaré a seguridad.

Carly sollozó en voz alta y huyó por la puerta hacia la antesala.

—¿Siempre tratas así a tus empleados? —pregunté fríamente.

—Los trato como me place. Trabajan para mí y yo les pago, así que yo decido qué pasa con ellos y cuándo. Si ya no me gustan, tienen que irse. Así de simple.

Hice una mueca de disgusto.

—¿Qué pasa ahora con nuestros negocios?

—No, gracias —dije fríamente—. Mi abogado se pondrá en contacto contigo para arreglar todo por escrito. Como dije, haré uso de la cláusula de salida. Y no estoy interesado en futuros negocios contigo. —Eso ya era así antes de la cita, pero después de haber visto con mis propios ojos cómo Emmett trataba a Carly, definitivamente no quería tener nada más que ver con él. Quien cambiaba a sus empleados a su antojo como si fueran una imagen en un marco intercambiable, seguramente tampoco obtendría ganancias a largo plazo.

—Adiós, Emmett —dije fríamente y me dirigí lentamente hacia la puerta de la oficina por la que acababa de desaparecer llorando la dulce Carly.

—No te deseo lo mismo —disparó Emmett con malicia.

Abrí la puerta sin mirar atrás.

La antesala estaba vacía.

La hermosa Carly había desaparecido sin dejar rastro.

Qué lástima.

Me sorprendí pensando que me habría encantado echar otro vistazo a sus ojos verdes.

Capítulo 5 - Carly -

Entre sollozos, agarré la bolsa de viaje que había dejado detrás de mi escritorio y corrí hacia afuera tan rápido como pude.

¡Solo quería irme de allí!

Lo que más deseaba era volver inmediatamente a Texas, con mis padres, y meterme en mi cama. Al día siguiente, mi madre me llevaría una taza de chocolate caliente, me levantaría, tomaría mis libros e iría a la escuela secundaria, donde Jason y mis otros amigos me estarían esperando.

Sí, retroceder en el tiempo sería genial.

Desafortunadamente, eso era imposible. Igualmente imposible era el segundo pensamiento que me pasó por la cabeza. Deseaba que Brent Riggs saliera de la oficina de Emmett, me mirara, tomara mi mano y saliera conmigo. La forma en que Emmett había intentado chantajearlo era realmente terrible. Sin embargo, Brent Riggs había querido apoyarme, así que ahora soñaba con que él...

Carly. Deja de fantasear.

Frente a la oficina, presioné el botón junto al ascensor. Tuve suerte y las puertas se abrieron inmediatamente. Entré apresuradamente y presioné mi dedo contra el botón de la planta baja. Cuando las puertas se cerraron de nuevo, saqué un pañuelo y me soné la nariz a fondo. Ya me sentía un poco mejor, aunque la situación no había cambiado en absoluto.

El ascensor había llegado abajo y me apresuré a salir por el vestíbulo. El portero nocturno levantó la vista de su libro sorprendido y me gritó un rápido "Ciao, Carly". No respondí. Normalmente siempre me tomaba tiempo para una pequeña charla, pero hoy no estaba de humor. Que pensara lo que quisiera. De todos modos, nunca lo volvería a ver.

Con este pensamiento, mis rodillas se debilitaron. No por el portero nocturno, que era un amable señor mayor con sobrepeso y una esposa que le cocinaba amorosamente todos los días.

No, mi despido significaba... que estaba definitivamente arruinada.

Ya no tenía nada.

Sin apartamento.

Sin dinero.

Sin trabajo.

¿Qué iba a hacer?

Afuera me recibió una ligera llovizna. Me alegré de que ya estuviera oscuro, porque así ninguno de los transeúntes que pasaban apresuradamente podía ver las huellas de lágrimas en mi rostro. No es que a alguien en Nueva York le importara mucho. Esto no era un pueblo de Texas donde todos se ayudaban entre sí. Esto era Nueva York. Aquí cada uno se ayudaba primero a sí mismo. Ayudar a otros podía ser incluso peligroso, después de todo, más de una mujer había sido atacada por alguien que se hacía pasar por un mendigo necesitado. Quien estuviera en apuros en esta ciudad tenía que confiar en amigos y conocidos.

Agradecida, pensé en Joanna.

Mientras tanto, había llegado a la estación de metro más cercana y tomé la escalera mecánica hacia abajo. Los pasillos estaban bien iluminados, pero como era de esperar, nadie me prestaba especial atención.

Cuando salí del metro menos de un cuarto de hora después, le envié un mensaje a Joanna.

Estaré ahí en un momento.

El compañero de piso de Joanna no solo era quisquilloso con los invitados que se quedaban a dormir, sino que tampoco le gustaba que alguien llamara o tocara el timbre tarde por la noche. El apartamento de ambos estaba en el quinto piso de un edificio antiguo. Rápidamente abrí la puerta del vestíbulo y me metí en el estrecho ascensor. Normalmente no habría podido entrar al edificio tan fácilmente, pero el cierre de la puerta de entrada llevaba más de un mes roto y nadie se ocupaba de repararlo. Mi suerte.

Arriba, Joanna ya me estaba esperando en la puerta abierta.

—Rápido, entra —susurró sin más saludo, tirando de mi manga hacia el apartamento y señalando el pasillo hacia su habitación. Me deslicé junto a ella y oí cómo cerraba la puerta del apartamento lo más silenciosamente posible detrás de mí. Lo mismo sucedió unos segundos después con la puerta de la habitación.

Puse la bolsa de viaje en el suelo y me senté en la cama de Joanna. Y entonces empecé a sollozar de nuevo.

—Oh Carly, ¿tan mal? —Joanna se sentó a mi lado, puso su brazo compasivamente alrededor de mis hombros y me meció suavemente de un lado a otro.

—Ay, Joanna... —lloré. Ella alcanzó una caja de pañuelos que estaba en su mesita de noche y me la ofreció. Saqué uno y lo empapé de lágrimas. Y luego otro.

—Carly, todo va a estar bien. Esta noche te quedas aquí primero y luego encontraremos otro lugar para ti. De hecho, ya tengo algo en mente.

—No es solo eso —lloré.

—No te preocupes por la policía. Seguro que Paige no denunciará nada. Eso fue solo una amenaza tonta para asustarte. E incluso si va a la policía y cuenta allí algunas historias: No tiene pruebas. Cero. Nada. Probablemente ni siquiera pueda probar que alguna vez tuvo 100 dólares en el bolso.

—Su novio testificará todo lo que ella quiera.

—Aun así. No te preocupes tanto.

Me soné la nariz ruidosamente y miré a Joanna. —No me refería a eso ahora. Yo... —Al recordar lo que acababa de suceder en el trabajo, las lágrimas volvieron a brotar. —Acaban de despedirme —solté y empecé a sollozar tan fuerte que todo mi cuerpo temblaba y los mocos me corrían por la nariz.

—¿Qué? —La exclamación horrorizada de Joanna solo me hizo llorar más fuerte. Joanna me acarició la espalda. —¿Qué pasó? —preguntó entonces con más calma.

—Ay, mi jefe solo necesitaba un chivo expiatorio a quien culpar por sus propios errores. Y ese fui yo —solté entre fuertes sollozos.

—¿Te despidió porque él cometió un error?

—Así me pareció. Tenía que justificarse ante un socio comercial y me usó a mí como escudo.

—Debe ser un imbécil. Ambos, tu jefe y el socio comercial.

—Ah, el... el socio comercial quiso defenderme, al menos así lo sentí. —Al recordar cómo Brent había intercedido por mí, mis lágrimas cesaron y mi rostro finalmente se relajó—. Él no tuvo la culpa.

—Estás sonriendo —observó Joanna.

—Él... bueno, en realidad era bastante atractivo —murmuré insegura, levantando la cabeza.

Ahora Joanna se rio. —¡Carly encuentra atractivo a un hombre! Creo que voy a marcar este día en el calendario. Esto nunca había pasado desde que estás en Nueva York.

—Bueno, hasta ahora no había tenido tiempo para eso —me defendí—. Ya sabes que tengo que trabajar mucho. Necesito el dinero. Por eso la situación es tan mala para mí ahora. ¿Cómo voy a seguir apoyando a mis padres? Sin mí, nunca podrán pagar las cuotas del préstamo. Entonces no solo yo me quedaré sin hogar, sino también ellos. Me necesitan.

—¿Cómo es que la granja no es rentable después de tantos años?

—Papá simplemente no tiene mano para esas cosas. Mamá tampoco. Los dos aman a los animales y la agricultura, pero en cuanto a las finanzas, son como niños pequeños. Aun así, siempre se las arreglaron bastante bien, pero luego vino esta sequía y...

Joanna suspiró. —Sí, eso es realmente mala suerte. —Me miró a los ojos y puso sus manos sobre mis hombros—. Estas son las condiciones perfectas para un nuevo comienzo, Carly. Un nuevo apartamento y un nuevo trabajo. Ya verás, tu vida será mucho mejor en unos meses que ahora.

Desanimada, bajé la cabeza. —No encontraré un nuevo trabajo, Joanna. Al menos no uno mejor que repartir periódicos y freír hamburguesas. Estudié unos semestres sin graduarme y ahora he trabajado unos meses. Eso es todo. Seguro que Emmett no me escribirá una recomendación ni dirá unas palabras amables si un futuro empleador lo llama para pedir referencias sobre mí.

—Hmm... —murmuró Joanna.

—Ya no tenía las mejores perspectivas después de la universidad, pero ¿ahora? Esto es peor. Todos pensarán que no valgo nada.

—Carly, bueno... —Joanna no pudo continuar con lo que fuera que iba a decir, porque en ese

momento alguien golpeó fuertemente la puerta desde afuera.

—¡Joanna! —gritó una voz masculina autoritaria—. Oigo perfectamente que aún tienes visita. Es hora de que se vaya a casa. Recuerda nuestras reglas.

Levanté la mirada con temor. Joanna me miró y puso los ojos en blanco. —¡Es una emergencia, Patrick! —gritó enérgicamente en respuesta.

—¡Las emergencias no están previstas en las reglas!

—Tal vez deberíamos preverlas. ¿O quieres que le diga a mi mejor amiga que duerma esta noche en Central Park?

Entonces la puerta se abrió y el rostro ancho de Patrick se asomó. —Seguramente tendrá dinero para una habitación de hotel.

Joanna se levantó y se paró frente a Patrick. —¡No, no lo tiene! ¿O por qué crees que está aquí? ¿Porque la colchoneta frente a mi cama es un lugar tan cómodo para dormir?

—Esto es un piso compartido, no se puede hacer lo que uno quiera.

—Es solo por una noche.

—Eso dices ahora. Si hoy no tiene dinero para una habitación de hotel, ¿de dónde lo va a sacar mañana?

—Su nuevo apartamento estará disponible mañana y tuvo que mudarse hoy del antiguo debido a un daño por agua. Esto no estaba previsto —mintió Joanna. Yo contenía la respiración detrás de ella. Nunca se me ocurrían ideas así cuando se trataba de influir en una situación a mi favor. Admiraba a Joanna, pero al mismo tiempo me preguntaba qué haría si se descubría su mentira.

—Eso lo puede decir cualquiera. —Patrick no se conformaba con eso.

—¿Qué quieres, una foto del daño por agua? —Joanna sonaba enojada, pero luego suspiró—. Está bien, soy consciente de que esto va contra las reglas. Excepcionalmente, asumiré tu turno de limpieza la próxima semana. ¿De acuerdo?

—Solo por esta vez —gruñó Patrick—. La próxima vez, será mejor que te adhieras a las reglas.

—Lo haré —dijo Joanna y cerró la puerta.

Cuando se volvió hacia mí, puso los ojos en blanco y susurró tan bajo que apenas pude oírlo: —Qué burócrata.

La miré impotente. —¿Y qué voy a hacer ahora? No tengo idea de dónde voy a dormir mañana.

Joanna me sonrió cálidamente. —Carly, cariño, confía en mí. Te dije antes que tengo algo en mente.

—¿Qué?

—Con tanta preocupación por tu trabajo y tu futuro, ni siquiera has notado las buenas noticias. Y te digo: son muy buenas noticias. —Ahora Joanna sonaba casi entusiasmada. Y yo estaba completamente confundida.

—¿Muy buenas noticias? —¿De dónde podrían venir? Estaba sin dinero y el mercado inmobiliario de Nueva York era el mercado inmobiliario de Nueva York. No había muchas opciones para personas con poco dinero.

—He buscado alojamiento para ti en un sitio web de cuidadores de casas —anunció Joanna triunfante.

—¿En qué tipo de sitio web?

—Un sitio web de cuidadores de casas. Allí, las personas que se van de vacaciones o estarán fuera por un tiempo buscan a alguien que viva en su casa por un tiempo y cuide las plantas y los animales, mantenga todo en orden y demás.

—Nunca había oído hablar de eso.

—Entonces ya es hora.

—¿Ya lo has hecho antes?

—No, pero Izzy sí. —Izzy era Isabella, la hermana de Joanna, quien parecía estar en un viaje permanente alrededor del mundo desde hacía años. Visitaba los lugares más improbables y se alojaba en los hospedajes más hermosos. ¿Y todo esto era posible gracias al housesitting?

—¿Simplemente dejan que un extraño viva en su casa? —pregunté incrédula.

—No eres una completa extraña. A menudo, los propietarios quieren conocerte antes de irse. Y cuando regresan y todo está en buen estado, te dejan una buena valoración en tu perfil. Así, otros

que buscan un housesitter saben que eres de confianza. Es similar a un hotel. Miras lo que han dicho otros y sabes si es limpio y ordenado.

—Pero nadie ha dicho nada sobre mí todavía.

—Es cierto. Pero sí sobre Izzy.

—¿Sobre Izzy? —repetí sin entender.

—Carly, no seas tan ingenua —suspiró Joanna—. Izzy está ahora en un monasterio en India y seguramente no está activa en la web. Así que me he conectado con su contraseña y he buscado si alguien necesitaba urgentemente un housesitter en Nueva York a partir de mañana. ¡Bingo! Tienes un nuevo alojamiento. ¡Y qué alojamiento! —Me miró radiante.

—¿Tienes la contraseña de Izzy? —fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Para emergencias —explicó Joanna—. Nunca se sabe qué se puede perder durante un viaje.

—Entonces... ¿a partir de mañana viviré en el apartamento de alguien? —Aún no podía creer lo que estaba pasando.

Joanna se rio a carcajadas. —¿En el apartamento? Oh no, Carly Moore. Vas a residir en una mansión. No nos conformamos con menos. Mira esto. —Joanna tomó su móvil de la mesita de noche, abrió una aplicación, tocó la pantalla tres veces rápidamente y me tendió el teléfono. Incrédula, miré fijamente las fotos de una mansión en Nueva York. Con jardín. Algo absolutamente raro aquí.

—¿Voy a vivir ahí?

—¡Vas a vivir ahí! —sonrió Joanna—. ¿No estás ni un poco emocionada?

—Yo... eh... —No sabía qué decir—. ¿Y si se dan cuenta de que no soy Izzy?

—Probablemente nadie lo notará. ¿Cómo podrían? Nunca han visto a Izzy. Sabes cómo mantener una casa en orden y puedes comportarte adecuadamente. No vas a robar nada, así que todo está bien.

—¿Sí?

—¡Carly! Es hora de que seas un poco más segura de ti misma. Sí, tuviste que abandonar tus estudios. Pero no por mal rendimiento o por consumir drogas. Sino porque te quedaste sin

dinero. ¡Eres capaz! Repítete eso una y otra vez, y encontrarás un nuevo trabajo.

—Sí...

—Y eres una persona agradable y guapa, con la que es muy fácil llevarse bien. ¡No tienes por qué dejar que una Paige te intimide! Ahora vas a cuidar esta mansión durante una semana, y después quizás otro apartamento, y luego habrás encontrado un piso compartido agradable donde estarán encantados de tener una compañera de piso tan estupenda como tú. —Joanna sonaba más enérgica de lo que nunca la había oído.

—Tal vez tengas razón... —respondí vacilante.

—No solo tal vez tengo razón, estoy completamente segura. ¡Siempre te infravaloras! ¡Por eso tampoco has encontrado un hombre todavía!

—Simplemente no he tenido tiempo para eso —me defendí. ¿Por qué pensaba de repente en Brent Riggs?

—Tienes que atreverte más. Y mañana empiezas con eso.

Tomé el móvil de Joanna y miré de nuevo la foto de la imponente mansión. Después de unos segundos, levanté la mirada. —Está bien, lo haré.

—Lo sabía —dijo Joanna con aire triunfal.

—¿A quién pertenece la casa?

—Oh, a algún hombre de negocios rico que tiene que ir a Texas por una semana. Él te explicará todo mañana. Después de eso, no tendrás nada más que ver con él.

—Eso suena bien. —Si había algo que necesitaba desesperadamente después de todo el drama con Paige y Emmett, era tranquilidad.

Quería simplemente no ver a nadie que me desequilibrara internamente por un tiempo. Tenía que concentrarme en mi búsqueda de trabajo.

Capítulo 6 ~ Brent ~

¿Qué hay, viejo amigo? —Logan estaba frente a mí cuando abrí la puerta temprano en la mañana. Puntual como siempre. Podía contar con él.

—Me alegro de que estés aquí —dije simplemente y me hice a un lado para dejar entrar a Logan a mi mansión. Solo un segundo después, Max salió disparado de la cocina ladrando fuertemente y haciendo ademán de lanzarse sobre Logan.

—¡Max! —grité con un volumen que habría despertado a cualquier otra persona en la casa—. ¿No puedes comportarte NI UNA SOLA VEZ cuando viene Logan? —Para diversión de todos, hablaba con Max como si fuera una persona y apelaba constantemente a su sentido común. Todavía no había perdido la esperanza de que me escuchara y decidiera un día seguir mis instrucciones. Ahora se detuvo en medio del gran vestíbulo, plantó sus patas en el suelo de mármol y ladró con todas sus fuerzas. Al menos no intentó morder a Logan. Quizás sí había aprendido algo después de todo.

—No me lo puedo creer. Ladras como si quisieras despertar a todo el vecindario cuando viene Logan, pero cuando alguien intenta entrar a robar, te quedas roncando en tu cesta. ¿Qué te pasa? —Max, por supuesto, no me dio ninguna respuesta, sino que siguió ladrando imperturbable. Lo agarré por el collar y lo llevé a través de la gran sala de estar hasta que estuvimos frente a la puerta de la terraza.

—¡Ya está! Ahora te quedas afuera un rato y te desahogas allí. Cuando Logan se haya ido, podrás volver a entrar. —Empujé a Max con firmeza pero con cariño a través de la puerta hacia el jardín y la cerré detrás de él. Los ladridos se hicieron más débiles. La mera separación física de Logan parecía calmar a Max.

—¿Puedes creerlo? —dije pasándome la mano por el pelo—. Uno pensaría que el perro habría tenido tiempo suficiente para hacerse amigo tuyo.

—Evidentemente no quería hacerlo —sonrió Logan.

—Solo queda esperar que el cuidador de la casa se lleve bien con él.

—Es una cuidadora. Y supuestamente tiene buena mano con los animales.

—Bueno, eso ya lo veremos. —Todavía me mostraba escéptico respecto al experimento con la cuidadora, pero como quería estar sentado en el avión rumbo a Texas en dos horas, no tenía otra opción que aceptarlo.

Estaba deseando hacer el viaje, porque como siempre, volaría en mi propio avión. Volar era mi hobby. Mi pasión. Mi vocación. Estar en el aire, ver la tierra debajo de mí, ya fuera el vasto paisaje del Medio Oeste, las montañosas Rocosas o el panorama de Manhattan, me daba una sensación de satisfacción que no encontraba en ningún otro lugar. Además, era el método más rápido para ir de un lugar a otro. No había nada que odiara más que los aviones comerciales, y la perspectiva de ser observado durante horas por alguien más, aunque estuviera sentado lejos de mí en primera clase, me hacía estremecer.

Al principio de mi carrera empresarial, alquilaba un avión con piloto incluido para mis viajes de negocios cuando lo necesitaba. Eso tenía la desventaja de que no podía planear mis viajes de forma espontánea. Finalmente, me compré mi propio avión y contraté a un piloto. Pero entonces descubrí que disfrutaba pilotando la aeronave yo mismo. Hoy en día, un helicóptero, un planeador y una Cessna formaban parte de mis máquinas. Podía usarlas cuando quisiera.

—¿Cuándo viene esta cuidadora? —pregunté con impaciencia.

—En 10 minutos —respondió Logan.

Antes de que pudiera responder, mi teléfono vibró.

—¿Sí? —contesté la llamada.

—¿Señor Riggs? —preguntó una voz que me resultaba vagamente familiar.

—Sí.

—Soy Tom de *Aircraft Maintenance and Repairs*. —Era la empresa que había contratado para mantener mi Cessna y el helicóptero en buen estado. ¿Qué querrían?

—Buenos días.

—Me acabo de enterar de que quiere volar a Texas en una hora.

—Así es. —En realidad serían más bien dos horas, ya que quería conocer a la cuidadora antes de partir. Pero Tom no necesitaba saber eso.

—Eh... hay un pequeño problema.

—¿Qué ha pasado? —Ahora Tom tenía toda mi atención. Odiaba los problemas. Y odiaba aún más a los empleados y proveedores de servicios que no podían resolver los problemas y venían a mí con ellos. No les pagaba para eso. Les pagaba para que trabajaran de manera que los problemas ni siquiera surgieran o, al menos, se resolvieran antes de que yo me enterara.

—Ayer queríamos instalar una pieza de repuesto, un filtro de aire. Lo pedimos hace una semana, pero la entrega se retrasó.

—¿Eso qué significa? —Logan, que seguía la conversación, me miró con las cejas levantadas al oír estas palabras, lo que era señal de que mi voz no sonaba particularmente amistosa. Bien.

—Bueno... —titubeó Tom—. Por suerte, la pieza se entregó esta mañana.

—¿Y?

—Todavía tenemos que instalarla antes de que pueda volar a Texas. Tardará unas dos horas. Lo siento, señor Riggs, pero no podrá despegar en una hora.

—¿Qué quiere decir? ¿No están cumpliendo con nuestro contrato? Les pago para que mi Cessna esté lista para volar en cualquier momento. ¡EN CUALQUIER MOMENTO!

—La entrega simplemente se retrasó... —Tom repitió su excusa.

—Es SU trabajo elegir a los proveedores adecuados. ¡Aquellos que entreguen sus piezas a tiempo y sin retrasos! ¡Entonces volaré a Texas con el viejo filtro de aire!

—Lamentablemente, eso no es posible, señor Riggs —dijo Tom, y ahora su voz también sonaba bastante decidida—. El viejo filtro de aire ya se retiró anteayer por la noche. Queríamos instalar el nuevo lo antes posible ayer para que la máquina estuviera lista para despegar, como se garantiza en el contrato. En este momento, no hay ningún filtro de aire en la Cessna. Sin él, lamentablemente no puedo permitirle despegar.

—¡Es solo un maldito filtro!

—Lo siento, señor Riggs, somos responsables de su seguridad. El avión estará listo en dos horas. No puede despegar antes.

Aunque de todos modos había cambiado mis planes para salir en dos horas, no se lo dije a Tom. Definitivamente no le debía ninguna explicación. Su empresa me debía un trabajo de primera clase y en este caso no lo había entregado.

—Si esto vuelve a ocurrir, perderán el contrato de mantenimiento de mis aviones —amenacé—. Llegaré tarde a una cita importante y podría perder un negocio de millones. ¿Entiende? Millones. Se trata de mucho dinero.

—Sí, señor Riggs —respondió Tom simplemente—. No volverá a suceder.

—Eso espero —gruñí—. Estaré allí en dos horas para un despegue puntual. —Con estas palabras, terminé la conversación sin esperar una respuesta de Tom.

Logan me miró. —¿Qué pasa?

—Era la empresa de mantenimiento de la Cessna. No puedo despegar hasta dentro de dos horas.

—Pero si de todos modos ibas a salir en dos horas.

—¿Y qué? Ellos no tienen por qué saberlo. Su trabajo es mantener mi avión, no confiar en que mis planes cambien para ajustarse a su conveniencia.

Logan suspiró. —Eres igual que Max.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Cuando algo no te gusta, saltas ladrando sobre la primera persona que encuentras.

—Cometieron un error.

—Los errores a veces se pueden perdonar. Nuestra abuela siempre lo decía.

Logan tenía razón. Pero jamás lo admitiría en este caso. Como en ese momento sonó el timbre de la puerta, no tuve que responder.

—Debe ser la cuidadora de la casa. —Me dirigí a mi escritorio, me incliné sobre mi PC y con dos clics obtuve la imagen de la cámara ubicada sobre el timbre.

—Hmm... —murmuré al reconocer el perfil de una mujer pequeña con cabello castaño y una figura espectacular. Lamentablemente, no se podía ver bien su rostro—. ¿Es ella?

Logan se acercó y se inclinó sobre mi hombro. —Aparentemente.

—¿Qué quieres decir con aparentemente? ¿No sabes cómo se ve?

—Aparentemente significa que no la elegí de un catálogo de modelos. Sino de un sitio web de cuidado de casas. Ahí importan otras cualidades.

—Está bien, está bien —refunfuñé y di la orden electrónica al sistema de seguridad para abrir la puerta del jardín. La mujer de cabello castaño desapareció de mi vista. Cuando se movió, tuve una sensación extraña. La conocía. Sí, estaba bastante seguro. Pero ¿de dónde? Mentalmente, repasé todas las mujeres pequeñas de cabello castaño que había conocido en los últimos años. No eran muchas, porque desde que prefería pagar por sexo, me inclinaba por el cabello claro. Rubio. Pelirrojo. Teñido. El cabello oscuro me recordaba demasiado a Leticia y definitivamente no quería pensar más en ella.

Sacudí la cabeza. Probablemente solo era mi imaginación. Seguramente no conocía a la mujer. Seguido por Logan, atravesé el vestíbulo para abrir personalmente la puerta principal. Segundos después, miré su rostro.

Un par de ojos de color indefinible me miraron fijamente.

Un color que estaba entre el esmeralda y el aguamarina.

Ya los había visto antes.

Anoche.

Frente a mí estaba la dulce asistente de Emmett Kershaw.

A la que había despedido sin muchos miramientos.

Ella estaba obviamente tan sorprendida como yo, porque me miraba con la boca abierta.

Logan no notó nada de esto, dio un paso adelante y dijo: —Hola. Soy Logan. Nos escribimos ayer por el sitio web. Este es mi hermano Brent, cuya casa vas a cuidar.

—Yo... hola. —Un breve carraspeo—. Soy Carly.

—¿Carly? —Logan frunció el ceño—. En el perfil decía Izzy, ¿no?

—Eh... lo explicaré en un momento. ¿Puedo entrar? —preguntó Carly.

Logan me lanzó una mirada alentadora.

—Buenos días —dije rígidamente y me hice a un lado para que Carly pudiera entrar. Cuando pasó junto a mí, volví a percibir ese ligero aroma a prado de flores en verano. Seguí a Carly y pocos segundos después choqué con ella cuando se detuvo abruptamente. Ella tropezó ligeramente hacia adelante y yo instintivamente la rodeé con mi brazo para evitar que cayera al suelo y se lastimara. Por un segundo, presioné su cuerpo cálido y suave contra el mío. Sentí sus pechos bajo mi brazo. Grandes. Firmes. Justo como me gustaban. Me hubiera encantado mantener a Carly en el abrazo por más tiempo para seguir sintiendo su cuerpo. Me hubiera encantado explorar más ese cuerpo.

¡Brent! ¡Ella trabajará para ti a partir de ahora! Piensa en tus reglas. Sexo solo por pago y nunca, nunca con una mujer que sea tu empleada o que conozcas de algún lado y posiblemente puedas volver a ver.

Solté a Carly tan rápido como pude. Ella me lanzó una mirada tímida.

—Disculpe. Es solo que... todo esto es tan impresionante. —Con su brazo señaló el amplio vestíbulo.

—¿Nunca has hecho cuidado de casas en una mansión? —Soné brusco y descortés y me maldije por ello. Pero era la única manera de controlar mi confusión.

—Yo... bueno... en realidad nunca lo he hecho —confesó, mientras sus mejillas se teñían de un rojo intenso. Abrió ligeramente la boca y pasó su lengua sobre el pequeño lunar junto a sus labios. ¿Tendría idea de lo erótico que eso parecía?

¡Brent! ¡No te distraigas!

—¿CÓMO? —Me concentré nuevamente en el presente. ¿Qué acababa de escuchar? ¿No tenía idea sobre el cuidado de casas? Si Logan y yo hubiéramos estado solos ahora, le habría preguntado en qué estaba pensando al contratar a una principiante así.

—Eso no es lo que decía en el sitio web —dijo Logan en ese momento—. Tu perfil tenía bastantes evaluaciones. Muy buenas evaluaciones.

—Yo... bueno... es que tengo un problema con mi apartamento y ayer una amiga se ofreció a ayudarme a encontrar alojamiento. Ella arregló esto para mí. A través del perfil de su hermana —

Las mejillas de Carly ahora estaban de un rojo intenso y su mirada estaba fija en las puntas de sus pies. Al menos parecía arrepentirse de su mentira. Sin embargo, en ese momento, lo que más deseaba era darle unas nalgadas.

Con este pensamiento, sentí una reacción absurda. Mi miembro comenzó a palpitar en mis pantalones.

—Ya veo —dije fríamente, sin dejar que se me notara nada—. ¿Y cómo podemos saber entonces que estás a la altura de esta tarea?

—Yo... yo me encargaré de todo y lo haré todo como usted quiera —prometió Carly, levantando lentamente la mirada. Sus ojos verdes parecían sinceros y de nuevo quise...

¡Brent!

Me llamé al orden internamente. Lo mejor sería no mirar más a esos ojos.

—Bueno, vamos a ver. Vayamos a la sala —Sin prestar más atención a Carly, me adelanté hasta llegar a la puerta de la terraza. Quería poner a prueba a Carly. Cuando abrí lentamente la puerta de la terraza, Max entró corriendo. Se dirigió hacia Logan, pero cuando vio a Carly, que estaba dos pasos detrás de mí, se detuvo abruptamente. No se movió de su lugar y parecía estar considerando si debía ladrar o no.

—Hola, ¿qué perro tan hermoso eres tú? —dijo Carly con una voz que no le había oído ni ayer ni hoy. Suave. Halagadora. Y aun así, de una manera que dejaba claro que ella era la jefa.

Max ladró una vez brevemente, se acercó trotando a Carly, quien le rascó detrás de las orejas por un momento, y luego se tumbó a sus pies en el suelo. Carly se enderezó de nuevo. —Qué animal tan maravilloso —sonrió radiante—. Nueva York es fabulosa, pero echo terriblemente de menos a los animales de la granja de mis padres.

Solo asentí. —Bien, entonces eso está resuelto y podemos discutir todo lo demás —Logan me miró sorprendido. Sí, normalmente no le habría dado una oportunidad a una mentirosa aquí dentro. Pero primero, el tiempo apremiaba. Tenía que ir a Texas sin falta, o perdería el negocio con los árabes. Segundo, al menos ya conocía a Carly, aunque solo fuera como la asistente de Emmett. Era improbable que fuera una estafadora. Y tercero, se llevaba bien con Max.

Y cuarto... bueno, cuarto, tenía un ligero sentimiento de culpa. Si no hubiera despedido a Emmett ayer, Carly habría conservado su trabajo. Tenía la absurda sensación de deberle algo.

Así que Carly tenía el trabajo de cuidadora de la casa. Bajo estrictas condiciones.

—Primero —comencé, levantando un dedo—. No usarás ninguno de los coches que están aquí. Ni el Porsche ni el SUV con el transportín para perros. Puedes pasear a Max por esta zona.

Carly solo asintió.

—Segundo, puedes sentirte como en casa aquí, pero los dos jacuzzis están absolutamente prohibidos. Tanto el del jardín como el del baño —Ocasionalmente uso los jacuzzis para divertirme con las mujeres de mi elección y no quería de ninguna manera pensar en que Carly también había estado en ese jacuzzi la próxima vez que tuviera sexo. Posiblemente desnuda.

—¿Está claro?

—Sí, señor Riggs, no hay problema —dijo Carly con entusiasmo.

—¿Tienes alguna pregunta más?

—¿Cuándo viene el personal? Es decir, la ama de llaves, me refiero. Seguramente tiene una, ¿verdad? ¿Y hay un jardinero?

Mi frente se nubló ante esta pregunta. —Tú eres el personal. Por eso estás aquí. ¿Es eso un problema?

—¿Entonces estaré completamente sola aquí?

—Max te hará compañía.

Carly le sonrió al perro.

—Y que quede claro: las visitas están prohibidas. Estrictamente prohibidas. Tanto durante el día como por la noche. ¿Nos hemos entendido? —De ninguna manera quería que la dulce Carly se divirtiera aquí con su novio. ¿Tendría uno? Sentí el impulso de preguntarle, pero lo reprimí inmediatamente.

—Entendido, señor Riggs —Carly me sonrió ahora. Observé sus labios carnosos. Maldita sea. Esta mujer. Sabía que me volvería loco si me quedaba aquí ahora.

Menos mal que volaba a Texas.

Capítulo 7 - Carly -

Respiré aliviada, aunque también algo decepcionada, cuando finalmente se cerró la puerta detrás de Brent y Logan. Ahora estaba sola en la enorme mansión. No solo era más grande que cualquier casa en la que hubiera vivido, sino también más grande que cualquier casa que hubiera visitado. Estaba claro que Brent y yo no veníamos de los mismos círculos. Eso me hacía aún más curiosa sobre este mundo desconocido que me esperaba aquí.

Cuando Brent me había interrogado, me había sentido un poco incómoda y por eso había dicho lo menos posible. Me había resultado difícil interpretarlo. Parecía estar enojado, pero de una manera muy diferente a Emmett ayer. Me dio la impresión de que no estaba realmente enojado conmigo, sino un poco consigo mismo.

¿Pero por qué?

¿Tendría algo que ver con que Emmett me había usado ayer para presionar a Brent? Si Brent no se hubiera retirado del proyecto inmobiliario en el puerto, yo habría conservado mi trabajo, así había dicho Emmett.

Pero al final había sido Emmett quien me había despedido. Brent no tenía la culpa. Así que ese no podía ser el motivo de su extraño humor.

Desconcertada, me encogí de hombros.

No conocía lo suficiente a Brent como para saber lo que pasaba por su mente. En los últimos minutos había evitado mirarlo demasiado de cerca. Su mirada había sido tan intensa que, al recordarlo, aún ahora sentía que mis mejillas se sonrojaban y mis labios comenzaban a hormiguear ligeramente. Me alegraba de poder estar sola los próximos días.

Aunque...

Sí, aunque fuera en su casa.

Estaría en las habitaciones que Brent normalmente ocupaba. Comería en la mesa donde él normalmente se sentaba. Cuidaría de su perro. Dormiría en la habitación de invitados, donde tenía todo lo que necesitaba, incluyendo mi propio baño. Pero si quisiera, podría acostarme en la cama de Brent e imaginar que su cuerpo atlético estaba ahora a mi lado...

Con este pensamiento, el hormigueo en mis labios se intensificó y se extendió lentamente por todo mi cuerpo.

Carly, contrólate de una vez. Este hombre juega en una liga completamente diferente a la tuya. No tiene ningún interés en ti y nunca lo tendrá. Deja de fantasear como una adolescente. Eso solo te distraerá. Necesitas urgentemente un nuevo trabajo, no lo olvides.

Mi propia advertencia no sirvió de mucho. Parecía haber perdido el control sobre mi cuerpo.

—Guau —sonó a mi lado.

Agradecida por la distracción, miré hacia abajo. —¿Tienes hambre, chico?

—Guau.

Fui a la gran cocina y encontré inmediatamente la comida para perros. Estaba en medio de la encimera, que por lo demás estaba vacía y tan pulida que parecía que nunca se hubiera cocinado nada allí desde que se instaló la cocina. De hecho, toda la cocina parecía vacía y estéril.

Extraño.

Alguien como Brent seguramente podría permitirse una ama de llaves Y una cocinera, ¿no? Pensativa, vertí un poco de comida del paquete en el cuenco de Max. El labrador se abalanzó sobre ella con la lengua colgando y comenzó a comer pacíficamente. Sacudí la cabeza. ¿Qué había dicho Brent? ¿Un perro difícil? ¿Qué podía tener de difícil?

Peaches de Justin Bieber y una ligera vibración en el bolsillo trasero de mis vaqueros me sacaron de mis pensamientos. Mi teléfono.

Debía de ser Joanna, queriendo saber si había llegado bien. Tal vez podría hacer un recorrido por la casa y el jardín con ella por teléfono. Durante la rápida introducción de Brent y Logan, no había visto muchas cosas con detenimiento. La lujosa ducha de lluvia incluso en el baño de invitados. La enorme bañera y el fantástico jacuzzi en el baño principal. Sí, no se me permitía usarlos, pero aun así... Soñar no estaba prohibido, ¿verdad? También había un segundo spa en el hermoso jardín. Seguramente se podría pasar alguna que otra agradable velada romántica aquí.

Sin embargo, cuando tuve el teléfono en la mano, no apareció el nombre de Joanna en la pantalla.

Mamá y Papá decía allí.

Mis padres seguían viviendo en Texas en la granja donde yo había crecido, y yo los apoyaba cada mes con dinero. Unos años antes de mi nacimiento, habían visto la granja en ruinas, se habían enamorado espontáneamente de la zona y se la habían comprado al antiguo propietario a un precio totalmente inflado, para empezar una nueva vida y vivir de los ingresos de la granja.

Sacudí la cabeza al pensar en tanta ingenuidad.

Papá era completamente ingenuo en asuntos financieros. Solo mi madre era una soñadora aún mayor. Los primeros años se las habían arreglado más o menos y habían invertido sus ahorros en la granja. Pero cuando estos se agotaron y las cosechas se volvieron cada vez más magras debido a una sequía, tuve que abandonar mis estudios y ponerme a ganar dinero.

Lo hacía con gusto, porque amaba la granja. Siempre sería mi hogar.

Solo deseaba que mamá y papá tuvieran un poco más de sentido de la realidad en lo que respecta a la planificación del futuro.

Mi teléfono seguía sonando insistentemente y respondí rápidamente a la llamada.

—Carly. —La voz de mi madre—. ¿Te interrumpimos en el trabajo?

—Hola, mamá. Me alegro de que llames. No, no molestáis, estoy en un descanso —mentí. De ninguna manera podía decirles a mis padres que había perdido mi trabajo. De lo contrario, entrarían en pánico por la próxima cuota del crédito que vencía.

—Carly, hoy hemos recibido una carta. —Mi madre sonaba emocionada.

—Qué bien, mamá, ¿qué decía?

—Te conté que hace un tiempo nos contactaron porque habían encontrado petróleo bajo la granja.

—Lo recuerdo. —Lo que mamá decía no era del todo correcto. Que había petróleo bajo la granja se sabía desde hacía mucho tiempo. Ya lo sabíamos cuando yo estaba en la escuela primaria. Solo que nunca había sido económicamente viable extraer ese petróleo. Sin embargo, esto había cambiado gracias a los modernos métodos de extracción y al aumento del precio del petróleo, y

mis padres habían recibido en algún momento la noticia de que un consorcio estaba interesado en la extracción del petróleo.

—Ahora ha llegado otra oferta concreta. Nos ofrecen dinero.

—¿Cuánto? —pregunté automáticamente. Y eso a pesar de que estaba de acuerdo con mis padres. Vender los derechos de extracción no era una opción. Eso cambiaría la granja para siempre. Ya no sería el oasis verde con el huerto de verduras y hierbas y los animales felices correteando por ahí. Se convertiría en una industria.

—Suficiente para siempre —respondió mamá.

Tragué saliva. —¿Y qué quieren hacer?

—Nada. Queremos quedarnos aquí.

—También pueden hacerlo cuando empiecen a extraer el petróleo —dije. Aunque la idea me pesaba en el corazón, no quería influir en la decisión de mis padres. La granja era mi hogar. Pero ellos la habían creado—. O pueden comprarse un bonito terreno en otro lugar y vivir allí tranquilamente.

—No queremos eso, Carly —dijo mi madre con firmeza—. Este es nuestro hogar. Esta granja es nuestro sueño. Cuando tu padre y yo recién nos casamos, la encontramos y decidimos que nos quedaríamos aquí para siempre.

—Lo sé. —Conocía bien esa historia.

—Además, ya sabes cuál es nuestra postura sobre la industria petrolera. No queremos extracción de petróleo porque estaríamos apoyando a un montón de empresas que solo buscan beneficios y no hacen nada por el medio ambiente. Sabes que para nosotros la vida sostenible es más importante que cualquier otra cosa.

—Sí, lo sé.

—También te estamos muy agradecidos por apoyarnos.

—Lo hago con gusto, mamá.

—No todo el mundo lo haría.

No dije nada. No había nada que decir. Las palabras de mamá me recordaron mi segundo

problema. Aunque ahora tenía alojamiento para la próxima semana, y uno inimaginablemente lujoso, no me quedaba ni un centavo. Vivía en el lujo y al mismo tiempo era pobre. Probablemente esta noche cenaría pasta con salsa. O lo que pudiera encontrar en esa cocina vacía y estéril.

Necesitaba urgentemente un trabajo.

¿De dónde más iba a sacar el dinero para ayudar a mis padres el mes que viene? Sin mí, perderían su hogar.

A partir de mañana, tenía que recorrer urgentemente las agencias que daban trabajo a empleados de oficina. Tal vez volvería a tener tanta suerte como con el cuidado de la casa. Siempre había alguien que se enfermaba o se quedaba embarazada. Seguro que alguien me necesitaría.

—También nos alegraría que volvieras a casa —dijo mamá en ese momento—. Y sabes que a Jason también le encantaría.

—Mamá... —dije con voz atormentada.

—De verdad no sé qué tienes en contra de él. Es un joven tan agradable y te trataría como a una reina.

—Seguro. —Sí, si me casara con Jason, todos mis problemas se resolverían al instante. Pero entonces tendría un nuevo problema. Pasaría mi vida con alguien a quien no amaba. Y eso me parecía un problema bastante grande.

Involuntariamente, pensé en Brent Riggs. En su estatura. Sus músculos. Sus insondables ojos oscuros y la forma en que hablaba.

Y de nuevo, un pequeño escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

¿En qué proyectos estaría trabajando Brent Riggs ahora?

Qué lástima que no tuviera un trabajo que ofrecer. Trabajar para él seguramente no sería fácil. Estaba segura de que sería un jefe muy exigente. Pero al mismo tiempo estaba segura de que se podría aprender mucho con él y que me trataría mejor que Emmett.

—Me encantaría ir a visitaros, mamá, pero el viaje en autobús es tan largo —dije ahora.

—Qué pena que tengas ese miedo a volar —suspiró mamá—. No sé de dónde viene.

—Yo tampoco. —Nunca había volado en mi vida y aun así tenía un miedo terrible a subir a un avión. ¿O tal vez precisamente por eso? Me encogí de hombros. Los miedos no eran algo que se pudiera explicar racionalmente.

—¿No quieres hacer un seminario para superar el miedo? He buscado en Google, existen cosas así.

—Lo pensaré. —Lo pensaría en cuanto tuviera el dinero. Mamá evidentemente no tenía idea de lo que ganaba alguien con estudios sin terminar en Nueva York y lo que costaba vivir aquí. No me quedaba dinero para extras como un seminario contra el miedo a volar. Vivía en un piso compartido y compraba toda mi ropa en tiendas de segunda mano. A fin de mes comía pasta con salsa.

Si alguna vez me sobraba un centavo, lo primero que haría sería comprarme algo de ropa que nadie hubiera usado antes.

En ese momento, el timbre de la puerta me liberó de la conversación. Me gustaba hablar con mi madre, pero quería mantener en secreto mi tensa situación financiera para que no se preocupara. También por eso siempre posponía una visita a Texas.

—Tengo que volver al trabajo, mamá.

—Adiós, Carly. Y... gracias por seguir apoyándonos.

—Adiós, mamá. —Rápidamente terminé la conversación.

El timbre de la puerta sonó de nuevo.

Corrí hacia el vestíbulo de entrada, donde había una pantalla conectada a la cámara sobre el timbre. Brent me había explicado que podía ver la imagen en cualquier momento en su PC en el estudio, pero al mismo tiempo me había prohibido usarla. Así que ahora estaba en el vestíbulo de entrada y toqué la pantalla plana empotrada en la pared.

La imagen se formó.

Involuntariamente, pensé que Brent debía haberme visto así cuando llegué aquí hace unas horas. ¿Qué habría pensado? ¿Me habría reconocido? Después de todo, no nos habíamos visto mucho tiempo anoche en casa de Emmett. Pero de alguna manera... intensamente.

Volví la cabeza hacia la pantalla. En ese mismo momento, me sobresalté y creí haberme equivocado. Me pellizqué el brazo, cerré los ojos y los volví a abrir poco después.

La imagen no había cambiado.

Emmett.

Definitivamente era Emmett quien estaba frente a la puerta.

¿Qué quería aquí?

No quería hablar con él de ninguna manera.

—Abre de una vez, Riggs —gritó en ese momento, y tan fuerte que probablemente se le podía oír bien incluso en la villa vecina.

Miré a mi alrededor, indefensa. ¿Qué debía hacer? Estaba completamente sola en la enorme villa, me di cuenta de ello una vez más en ese momento. Max tampoco era de ayuda, porque no se le veía por ninguna parte. Probablemente ocupado con su comida.

—Quiero hablar contigo. Tengo una idea de cómo puedo enmendar mi error —bramó Emmett.

Yo seguía sin moverme del sitio.

—Vamos, abre ya.

No dije nada.

—Si quieres, hasta vuelvo a contratar a la chiquilla. Ayer te enfadaste mucho porque la había despedido.

Me quedé mirando fijamente la pantalla.

La chiquilla era yo.

Si quería, podía recuperar mi trabajo con Emmett.

¿Quería eso?

En ese momento, volví a pensar en los ojos inescrutables de Brent Riggs y en lo cortés que había sido conmigo durante su visita a la oficina de Emmett.

No.

No, no quería recuperar el trabajo con Emmett. En algún lugar ahí fuera había algo mejor, estaba segura. De una manera extraña, el recuerdo de la mirada de Brent me daba esa seguridad.

Me incliné hacia adelante, presioné el botón del interfono y dije con una voz que hice sonar una octava más grave de lo habitual: —Soy el ama de llaves. El Sr. Riggs no está en casa. Se encuentra en una cita urgente. Por favor, concierte una cita con su asistente.

Luego solté el botón y me aparté. Ya no podía soportar la imagen de Emmett.

No, ya no quería trabajar para él.

Pero tenía que encontrar algo mejor rápidamente.

De lo contrario, estaría en un aprieto aún mayor del que ya estaba.

Y mamá y papá conmigo.

Capítulo 8 - Brent -

Al bajar de mi avión en el aeropuerto del oeste de Texas, me golpeó una ráfaga de aire cálido y seco. El clima aquí era bastante desértico y no se podía comparar con Nueva York. Respiré profundamente y disfruté de la atmósfera diferente que me rodeaba en la pista. El asfalto brillaba con el calor y a lo lejos podía distinguir una cadena montañosa de color ocre en el horizonte. Aquí no había rascacielos a la vista. Aunque volaba con regularidad, siempre me asombraba cómo, gracias a mi Cessna, podía llegar a un entorno completamente diferente en tan poco tiempo.

Caminé lentamente por la pista y entré en el edificio de la terminal. En este lado del aeropuerto se estacionaban los aviones privados, en el otro lado los aviones de pasajeros de las diferentes aerolíneas.

—¿Señor Riggs? —Apenas había dado mis primeras respiraciones en el aire acondicionado de la terminal cuando un hombre de apariencia árabe se dirigió a mí. Llevaba la típica túnica blanca larga de un jeque, junto con un tocado blanco largo sujeto por un anillo negro. En resumen: se veía exactamente como los jeques petroleros que ocasionalmente aparecían en las noticias nocturnas de televisión. Era la primera vez que me encontraba frente a alguien así, ya que hasta ahora solo había tratado con socios comerciales estadounidenses.

—Sí, soy Brent Riggs —asentí.

—Mi nombre es Abdallah Fakhoury. Hemos hablado por teléfono varias veces.

—Me alegro de conocerlo, señor Fakhoury —respondí, ocultando mi sorpresa de que mi interlocutor apareciera vestido tradicionalmente incluso aquí en los Estados Unidos. Ciertamente, cada uno podía vestir como quisiera, pero un traje probablemente le abriría al señor Fakhoury puertas que permanecerían cerradas con la túnica blanca. Desafortunadamente, el mundo de los negocios aún funcionaba de manera que se daba gran importancia a las apariencias.

—Llámame Abdallah —respondió el señor Fakhoury, tomó mi mano y la sacudió larga y vigorosamente mientras me examinaba.

—Con gusto, Abdallah. Yo soy Brent.

—Mi hermano está esperando afuera en el coche. Podemos irnos ahora mismo y visitar el terreno, si te parece bien.

—Por supuesto, para eso he venido aquí.

Agarré mi pequeña maleta con ruedas, sin la cual nunca viajaba, y juntos atravesamos el edificio de la terminal. Cuando salimos, el aire caliente y seco de Texas me golpeó nuevamente la cara. El sol brillaba con una fuerza inesperada desde un cielo azul sin nubes.

—Aquí, Brent. —Abdallah señaló una limusina Rolls-Royce. —Nos hemos tomado la libertad de alquilar un coche un poco más cómodo para el tiempo que estemos aquí, para que podamos tener reuniones sin problemas.

—Una buena idea —dije aprobatoriamente, aunque a mí nunca se me habría ocurrido algo así. Yo prefería inspeccionar mis proyectos de negocios cuando nadie sabía aún que era un inversor potencial. Por lo tanto, una limusina era demasiado llamativa para mí. Pero una oficina móvil también tenía sus ventajas.

El conductor se inclinó y abrió la puerta trasera para Abdallah y para mí. Entramos. En el interior había realmente un paisaje de oficina: una mesa de conferencias fija para cuatro personas con dos bancos y un sistema informático, así como una gran pantalla plana. En uno de los bancos estaba sentado un hombre que se parecía mucho a Abdallah. ¿O solo me lo imaginaba porque también vestía como un jeque árabe?

—Brent, este es mi hermano Ali.

—Encantado, Ali —dije y tomé su mano extendida. Ali sacudió mi mano tan persistentemente como lo había hecho Abdallah antes. Abdallah y yo nos sentamos a la mesa de conferencias y el Rolls-Royce se puso en marcha.

Ali hizo clic tres veces con el ratón que tenía en la mano y apareció un mapa en la gran pantalla plana.

—Estamos aquí. —El cursor del ratón se movió por una carretera. Pude ver las pistas de despegue y aterrizaje del aeropuerto y asentí.

—El campo petrolero está aquí. —El cursor del ratón rodeó una llanura entre el aeropuerto y las

montañas de color ocre que había visto antes a lo lejos. —Aquí hay petróleo almacenado en varias capas de roca. Nunca se extrajo porque era de difícil acceso. Pero ahora, con una combinación de nuevos métodos de fracking y perforación, eso ha cambiado. Esta región está sentada sobre un tesoro. El yacimiento durará al menos 10 años. Con unos ingresos estimados de 100 millones anuales.

Contuve la respiración y esperé que Ali y Abdallah no notaran mi tensión.

¡Qué negocio!

La suma total superaba las dimensiones de todos los negocios que había hecho jamás.

No podía dejar pasar esto de ninguna manera. Un negocio así no solo me traería una riqueza inmensa, sino también un lugar entre los grandes hombres de negocios de los Estados Unidos. Probablemente incluso en todo el mundo. Hasta ahora mi nombre era conocido en Nueva York, pero más allá de eso solo unos pocos conocedores sabían lo que hacía. Aquí se abrían oportunidades completamente nuevas.

—Nos gustaría incluir a un estadounidense en nuestro proyecto. Para los extranjeros sin ciudadanía estadounidense no es fácil hacer negocios en los Estados Unidos, especialmente en el sector petrolero.

—Eso es bien sabido —asentí.

—Nuestro gobierno no quiere dejar pasar esta oportunidad. Aunque también tenemos grandes reservas de petróleo en nuestro propio país, estamos interesados en tener tantas participaciones como sea posible en diferentes lugares del mundo.

—Comprensible —dije. Así mis interlocutores podían reducir el riesgo de que todos sus yacimientos se agotaran de la noche a la mañana y se quedaran en seco. Yo también seguía esta estrategia: hoy y mañana estaría con Abdallah y Ali, y en los días siguientes con dos estadounidenses que también querían entrar en el negocio del petróleo y buscaban un socio comercial.

Si ambos proyectos salían bien, sería un hombre hecho. Entonces, una gran parte del poder de decisión en la industria petrolera estadounidense estaría en mis manos y seguramente recibiría más ofertas lucrativas sin tener que esforzarme por conseguirlas. En mi mente, ya veía mi imagen en las portadas de importantes revistas económicas estadounidenses.

Sí, no quería dejar pasar esta oportunidad de ninguna manera.

A una señal de Ali, el conductor detuvo la limusina.

—Aquí comienza el campo —anunció Ali.

Miré hacia afuera. Tierra plana y reseca.

—¿Quieres examinar la cosa más de cerca, Brent?

—No es necesario —decliné cortésmente—. Yo mismo no estoy muy familiarizado con la composición del suelo en los campos petrolíferos. Me fío completamente de los informes de los geólogos. El petróleo se encuentra a tanta profundidad que no se puede ver nada desde aquí, sino que dependemos de los resultados de las perforaciones de prueba.

—Nos pasa exactamente lo mismo —rio Abdallah—. Aunque tratemos con petróleo todos los días y estemos en los campos, no podemos verlo a simple vista.

—Eso me tranquiliza —comenté.

Ali le hizo una señal al conductor y la limusina se puso en marcha de nuevo. De vez en cuando echaba un vistazo por la ventana. Sin embargo, el paisaje no cambió en los siguientes kilómetros.

—Ahora, sobre nuestro asunto: ya hemos comprado la tierra. Nos pertenece. Así que podríamos empezar con la extracción.

Asentí y le di a entender en silencio a Abdallah que estaba escuchando y que debía continuar.

—En este caso, nos pertenece significa que la tierra pertenece a un consorcio respaldado por el gobierno de nuestro país. Ya lo había mencionado.

Volví a asentir.

—Por eso tememos que, si cambia el clima político entre nuestros dos países, podríamos sufrir desventajas. Un aumento de impuestos. Una expropiación parcial o total, porque el gobierno estadounidense no quiere que los extranjeros jueguen un papel central en su industria petrolera. —El temor no era infundado, ya que siempre había tensiones entre Estados Unidos y los países de Oriente Medio y Próximo.

—Por eso hemos decidido traer a bordo a un socio comercial. Esto va totalmente en contra de nuestra filosofía habitual. Normalmente preferimos hacer nuestros negocios solos, así tenemos el control total sobre ellos.

—Puedo entenderlo perfectamente —respondí. Esta declaración me hizo simpatizar aún más con Ali y Abdallah, y ahora quería hacer negocios con ellos incluso más que antes. Parecían tener los

mismos principios que yo, ya que yo también prefería hacer mis negocios solo. El fracaso en el negocio inmobiliario con Emmett Kershaw confirmaba esta opinión. Pero si quería participar en este lucrativo negocio petrolero, tenía que volver a aceptar una colaboración.

Ali y Abdallah ya poseían la tierra, así que sin ellos me quedaría fuera.

La ganancia potencial parecía valer el riesgo de volver a trabajar con alguien.

—¿Cómo se os ocurrió pensar en mí? —pregunté.

—Leímos un artículo en el *New York Times* donde te mencionaban de pasada. Luego, a través de nuestro abogado en Nueva York, hicimos más investigaciones y obtuvimos información sobre tus empresas. —Ali sonrió a modo de disculpa—. Esperamos que no estés enojado, pero era importante para nosotros no perder el tiempo reuniéndonos con cualquiera. Sino con alguien que probablemente encajara con nosotros.

Asentí de nuevo. Este enfoque tenía sentido. El tiempo era escaso y valioso, y ningún hombre de negocios quería desperdiciarlo en reuniones sin sentido.

—Pero no solo nos importa qué negocios has hecho hasta ahora —intervino Abdallah de nuevo en la conversación.

—¿Sino? —pregunté. ¿Qué más podía ser importante para estos dos y su gobierno? ¿Si tenía un certificado de antecedentes penales limpio? En ese caso, podría tranquilizarlos. Nunca había cometido ninguna falta. Incluso me había saltado el típico consumo de drogas en la universidad. Odiaba perder el control y por eso nunca había tomado drogas.

—Tu vida privada también es relevante. Sobre eso no pudimos encontrar ninguna información —observó Abdallah.

—Tengo un historial impecable. Sin antecedentes penales —aseguré de inmediato.

Ali se rio. —Eso lo imaginábamos. No, nos referimos a otra cosa.

—¿A qué? —No tenía ni idea de lo que estaban hablando.

—No encontramos ninguna información sobre tu esposa.

—¿Sobre mi...? —No terminé la frase porque estaba tan sorprendido que en ese momento todavía creía haber oído mal.

—Sobre tu esposa —repitió Ali pacientemente—. Como sabes, en nuestro país prevalecen ideas muy conservadoras. Nuestro gobierno se niega a hacer negocios con un playboy. No pudimos encontrar información sobre ese tipo de actividades tuyas. Así que asumimos que tienes una esposa. Después de todo, todo hombre tiene necesidades. Los hombres solteros siempre son poco serios y no entran en consideración como socios para nosotros.

Rara vez me quedaba sin palabras en las negociaciones comerciales, pero ahora era el caso.

¿Mi esposa? ¿Mis necesidades?

¿Para estos dos hombres y su gobierno era necesario que yo tuviera una esposa para que hicieran negocios conmigo?

En primer lugar, no tenía esposa y, en segundo lugar, ciertamente no cometería el error de casarme rápidamente solo para satisfacer a estos dos. Si ese era el caso, renunciaría a este trato y solo firmaría con el segundo consorcio, cuyos representantes aún quería conocer en los próximos días.

—Yo tengo... —El timbre de mi teléfono me interrumpió.

—Disculpen, debo atender esto. —El número de este teléfono de negocios solo lo conocían unas pocas personas, así que podía asumir que la llamada era importante. Tan importante que tuve que interrumpir la conversación con Ali y Abdallah por ello. De todos modos, ya no era tan importante, porque con la mención de una esposa, el trato había muerto para mí. ¡No iba a dejar que dos socios comerciales me dictaran cómo debía ser mi vida privada!

Mi teléfono mostraba un número desconocido. Fruncí el ceño. ¿Quién podría ser?

—Brent Riggs.

—Hola, señor Riggs. Soy Alex Morrison de *Carter & Morrison*. —La empresa cuyos representantes quería conocer en los próximos días para firmar el segundo acuerdo petrolero—. Lamentablemente, debo cancelar nuestra reunión de pasado mañana —continuó el señor Morrison.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté, cuidando mis palabras. No quería que Ali y Abdallah se enteraran de que estaba en negociaciones con un competidor.

—El proyecto ha muerto.

—¿Por qué razón?

¿Muerto? ¿Cómo podía morir un proyecto petrolero? Todos estos eran altamente lucrativos. Nadie cancelaba algo así sin más.

—Un grupo de ecologistas ha intervenido. Intervenido con éxito, lamento decir. A partir de hoy, la tierra está bajo protección ambiental. Todas las actividades para la extracción de petróleo están ahora prohibidas allí. Perforaciones de prueba, perforaciones normales, fracking, todo. Con eso, estamos fuera. Y usted también, por supuesto. Lo siento, señor Riggs.

Rechine los dientes e intenté ocultarlo lo mejor posible de Ali y Abdallah.

Maldita sea.

Trato fracasado.

Ahora solo quedaba el trato con Ali y Abdallah. El trato para el que necesitaba una esposa.

—Si surge un nuevo proyecto, por supuesto que volveremos a contactarlo, pero por el momento no hay nada a la vista —dijo el señor Morrison.

—Entiendo. Muchas gracias por la información —me despedí. Terminé la llamada y guardé mi teléfono.

—Disculpen la interrupción. Era muy importante —me excusé con Ali y Abdallah.

—¿Noticias desagradables? —preguntó Abdallah con rostro impasible, observándome muy de cerca.

—Un poco. Nada dramático —minimicé.

Con estos tipos, es mejor mentir solo un poco, Brent. Por cómo te mira, sabe más de lo que dice. Ahora puedes hacer cualquier cosa. Solo este trato, es el que no puedes poner en peligro. De lo contrario, el viaje a Texas habrá sido en vano y al final te quedarás sin nada.

Con esta idea, sentí escalofríos.

—¿En qué estábamos? —pregunté.

—Queremos conocer a tu esposa, Brent. Un hombre con una buena mujer es un buen hombre de negocios.

Yo lo veía completamente diferente. Un hombre que tenía una mujer y la escuchaba,

generalmente no era un buen hombre de negocios. Pero me cuidé de decírselo a Ali y Abdallah.

—Estaremos en Nueva York la próxima semana y podríamos arreglarlo para encontrarnos con ustedes. —Ali hizo una propuesta concreta.

—¿La próxima semana ya?

—¿Es un problema?

—No, no —me apresuré a asegurar. Y de hecho, no era un problema, porque después de la cancelación del señor Morrison, podía acortar mi viaje a Texas. Molesto. Solo porque quería quedarme más tiempo, había contratado a la cuidadora de la casa.

Carly.

La mujer con el sexy lunar.

Inmediatamente aparté el pensamiento de ella.

—Dile a tu esposa que cocine algo bonito, así comemos todos juntos.

Esto también. Odiaba la cocina refinada. Una hamburguesa de *McDonalds* era más de mi gusto. O *Kentucky Fried Chicken*. Sí, tenía una cocina bien equipada y una ama de llaves que estaría encantada de cocinar para mí, pero prefería comer comida rápida fuera.

—Es una idea excelente —me oí decir. No podía dejar escapar este negocio de ninguna manera. Si tenía que presentar buena comida y una esposa para ello, lo haría. Con dinero todo se podía arreglar. Era lo suficientemente rico como para encontrar una solución a este asunto.

Logan había encontrado a alguien de un día para otro en un sitio web que cuidara mi casa. ¿No sería un problema encontrar una mujer que cocinara algo una noche y fingiera ser mi esposa? Ciertamente no, especialmente con el pago adecuado.

Pero, ¿en qué sitio web se ofrecían tales servicios?

¿Y por qué tenía que volver a pensar en la dulce Carly justo ahora?

Capítulo 9 - Carly -

Cerré la puerta de la mansión con determinación. Había dormido estupendamente. La cama era maravillosa: ni muy blanda ni muy dura, ni muy caliente ni muy fría. La ropa de cama desprendía un aroma afrutado a naranja y melocotón. En el baño había encontrado toallas limpias y gel de ducha caro. Los huéspedes en esta casa claramente disfrutaban del mismo servicio que en un hotel de alta categoría.

Sin embargo, esto no se aplicaba a la cocina, donde solo encontré un mísero paquete de cereales que comí con zumo de naranja. No había leche disponible y me pregunté inmediatamente cuándo comía Brent Riggs en esta cocina. Y qué. Y quién se aseguraba de que tomara una comida nutritiva todos los días. Sí, ¿quién cuidaba de este apuesto hombre?

Me encantaba comer bien y cocinar. Anhelaba una porción de espaguetis a la carbonara. Rápidamente calculé cuánto efectivo llevaba encima. Sí, debería ser suficiente. De camino a casa, pasaría por un supermercado y compraría todos los ingredientes necesarios.

Pero ahora tenía una misión más urgente. En mi teléfono tenía guardada una larga lista de agencias de empleo en las que quería registrarme hoy. Había descubierto una fotocopiadora en la oficina de Brent y allí había hecho suficientes copias de mi currículum para entregar una a cada agencia. Después de todo, Brent no me había prohibido hacer copias y me ahorraba mucho dinero y tiempo, ya que no tenía que ir a una copistería y pagar por cada copia individualmente.

Caminé rápidamente calle abajo hacia la estación de metro más cercana. Estaba bastante lejos para los estándares de Nueva York, pero no me sorprendió en absoluto en este vecindario: en las elegantes mansiones y casas de ciudad que componían este barrio, probablemente vivían exclusivamente personas que podían permitirse al menos un coche por miembro de la familia o conducían un coche de empresa. O ambos. O incluso tenían un chófer. Difícilmente dependían del transporte público. Probablemente ni siquiera sus hijos, ya que o bien los padres los llevaban ellos mismos a la escuela o lo hacía la niñera o el chófer.

Mientras tanto, había llegado a la estación de metro y bajé las escaleras. Era un hermoso día de

verano y lamenté por un breve momento tener que separarme del cielo azul y los árboles verdes. Sí, en este vecindario no había rascacielos que obstruyeran la vista inmediata.

Cuando salí del metro unos minutos más tarde y volví a la luz del día, las cosas eran diferentes. Estaba en medio del distrito financiero de Manhattan. Los rascacielos se elevaban a mi alrededor hacia el cielo, que aunque seguía siendo azul, de repente parecía estar mucho más lejos que antes. También busqué árboles en vano en esta calle. Estos solo habrían estorbado a los transeúntes que se apresuraban por la calle. Siempre con prisa, siempre rápido, siempre en camino a la próxima oportunidad. Eso era Nueva York.

Ya había llegado a la primera agencia cuyo nombre estaba en mi lista.

The Right Job for You.

Sonaba prometedor y las reseñas en internet también eran buenas. Respiré hondo, esbocé una sonrisa que esperaba que pareciera muy profesional, alisé la chaqueta de mi traje de segunda mano, enderecé mis hombros y entré en la oficina en la planta baja de un rascacielos a través de las puertas correderas de cristal.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarte?

Apenas había dado los primeros pasos sobre el parquet gris claro cuando me saludó una amable recepcionista que parecía ser solo un poco mayor que yo y estaba sentada detrás de un mostrador con un estampado gris claro y rojo. Gris claro y rojo era también el logo de la empresa, que se exhibía en grande en la pared detrás del mostrador.

—Buenos días —respondí, esperando que no se notara mi inseguridad—. Mi nombre es Carly Moore. Estoy aquí para... bueno... porque estoy buscando trabajo.

Bien hecho, Carly. Ahora sabe lo insegura que estás. No podrías haberte trabado más. Y tampoco has planteado tu petición de manera muy hábil.

—¿Has traído tu currículum? —preguntó la recepcionista, ignorando completamente mi tartamudeo.

—Sí —dije y saqué algunas hojas de la carpeta que llevaba en mi bolso. Había resumido mis logros profesionales, escolares y universitarios en tres páginas. La recepcionista, cuya placa la identificaba como Hailey Madden, tomó las hojas y les echó un vistazo rápido.

—Estudiaste dos semestres, pero no terminaste tus estudios.

—Sí, eso es correcto. Desafortunadamente, no tenía suficiente dinero para seguir estudiando

hasta graduarme. —Sonreí a modo de disculpa.

—Y tus notas no eran lo suficientemente buenas para una beca.

—No exactamente. —Mientras pronunciaba estas palabras, sentí cómo un ligero rubor de vergüenza cubría mis mejillas. Para obtener una beca, uno tenía que tener un rendimiento muy bueno. El mío había sido bueno, pero no muy bueno. Había trabajado como camarera y ayudado en la granja para llegar a fin de mes. ¿Eso no debería contar también? Después de todo, gracias a estas experiencias, podía tratar bien con personas y animales.

—Tuviste un puesto aquí en Nueva York en *Emky Corporation*. ¿Por qué ya no trabajas allí? —quiso saber Hailey Madden, mirándome severamente.

—Desafortunadamente, ya no había suficiente trabajo para todos los empleados y como fui la última en llegar... —No terminé mi frase y me encogí de hombros. Esta excusa la había preparado anoche. Tenía que decir algo.

—¿De verdad? —La mirada severa de Hailey Madden se volvió aún más dura—. Muy extraño. *Emky Corporation* nos encargó ayer que les buscáramos una secretaria ejecutiva. ¿No es ese el puesto que tenías?

—Yo... eh... sí. —Si las personas podían ponerse más rojas que el rojo, eso me estaba pasando ahora mismo.

—¿Así que hace unos días no había suficiente trabajo, por lo que tuviste que irte, pero hoy están buscando una nueva empleada? ¿Tu... reemplazo?

—Bueno... —me retorcí y pensé desesperadamente qué podía decir ahora—. El Sr. Kershaw y yo... no nos llevábamos muy bien.

Mierda, Carly. Había un punto que querías ocultar. ¿Y qué haces? Se lo sueltas a esta mujer y además te pillan mintiendo. En la próxima agencia tendrás que encontrar una mejor explicación de por qué ya no trabajas para Emmett. Es posible que haya encargado la búsqueda a varias agencias.

Esperé en silencio la respuesta de Hailey Madden.

—¿Es usted una... empleada difícil, señorita Moore?

—No, no lo soy —dije con firmeza—. Creo que soy como la mayoría de las personas. Me llevo bien con algunas personas y con otras no.

Hailey Madden solo asintió. —¿Entonces supongo que no deberíamos pedir una referencia al señor Kershaw?

—Preferiría que no lo hicieran.

—Entiendo. —La mirada aguda había desaparecido de los ojos de Hailey Madden. En su lugar, ahora me miraba con comprensión—. Ya hemos colocado a varias empleadas como secretarias ejecutivas con el señor Kershaw. La mayoría... —aquí Hailey Madden echó otro vistazo a mi currículum y continuó—: La mayoría de ellas trabajaron allí menos tiempo que usted, señorita Moore. Eso habla bien de usted.

Me quedé perpleja. ¿Hailey Madden sabía cómo era trabajar para Emmett? ¿Sospechaba lo que una tenía que soportar como su empleada?

Obviamente, mi asombro se reflejaba en mis ojos, porque Hailey Madden sonrió. —Clientes como el señor Kershaw nos pagan, señorita Moore. Pero eso no significa que seamos ciegos a sus posibles defectos.

Solo pude asentir. Tenía que digerir lo que acababa de escuchar.

—Sin embargo, no quiero ocultarle que será difícil para usted, señorita Moore. Para ser exactos: Lamentablemente, no podré incluirla en nuestra base de datos.

Tragué saliva. Justo cuando había albergado una chispa de esperanza, y ahora esto.

—Pero ¿por qué no? Si usted sabe que... —No terminé la frase, confiando en que Hailey Madden entendería mi pregunta. Si ella sabía cómo era Emmett y por qué sus empleados siempre se iban, ¿por qué no había una oportunidad para mí en ningún otro lugar?

—La combinación es demasiado desfavorable, señorita Moore. Unos estudios universitarios sin terminar, independientemente de las razones, siempre son un gran punto negativo. Al menos si se quiere trabajar en una oficina, y eso es lo que usted quiere, ¿verdad?

Asentí.

—Además, los nuevos empleadores por lo general nos exigen que hayamos verificado al menos una referencia por teléfono. Tenemos que confirmarlo por escrito. En su caso, eso significa que tengo que llamar al señor Kershaw y exponer lo que me ha dicho. Si mintiera aquí, podría costarme mi trabajo.

—Entiendo —dije y volví a tragar saliva.

—Lo siento —se lamentó Hailey Madden.

Cerré los ojos. Todo a mi alrededor había empezado a dar vueltas. Buscando apoyo, me apoyé en el mostrador de color gris claro y rojo. ¿Qué iba a hacer? Necesitaba un trabajo y con urgencia. En dos semanas vencía el siguiente pago del préstamo de mamá y papá. Para entonces tenía que volver a ganar dinero. De lo contrario, en algún momento tendrían que ceder la granja al banco. ¿En algún momento? En unas pocas semanas, así parecía.

—¿De verdad no hay ninguna posibilidad? Haré lo que sea. Una suplencia por vacaciones. O tal vez alguien se ha quedado embarazada. Eso pasa todo el tiempo. —Miré a Hailey Madden suplicante.

Ella negó con la cabeza con simpatía. —Lo siento, señorita Moore. Incluso en estos casos, tengo que rellenar los papeles correspondientes tal como se lo he explicado.

Suspiré fuerte y miré al suelo.

—Si necesita dinero con urgencia, solo puedo recomendarle que busque fuera del ámbito de las oficinas. Los restaurantes están desesperados por encontrar personal auxiliar. Sé que el pago es malo y probablemente no es el trabajo que tiene en mente, pero siempre es mejor que nada.

Asentí abatida. ¿El pago en los restaurantes era malo? Había trabajado lo suficiente como camarera para saber que eso era quedarse corto. Estábamos en los Estados Unidos. El personal de servicio vivía principalmente de las propinas, no de su salario. Si quería ganar suficiente dinero para seguir ayudando a mamá y papá, tendría que conseguir un trabajo en un restaurante MUY bueno, con muchos clientes pudientes. Los restaurantes muy buenos no buscaban desesperadamente personal de servicio, y mucho menos personal no cualificado que solo tenía un poco de experiencia en un restaurante de comida rápida en la provincia de Texas.

—Muchas gracias, señorita Madden.

—Buena suerte, señorita Moore.

Me retiré por el parqué gris claro y volví a estar en la calle entre gente que pasaba apresuradamente, todos con aspecto de dirigirse a su próxima cita urgente. Todos parecían tener un trabajo. Como si fueran mejores que yo.

Saqué mi teléfono del bolsillo y me dirigí a la siguiente agencia de mi lista.

Cinco horas más tarde estaba exhausta, cansada, hambrienta y sedienta. Y altamente frustrada. Había recorrido diez agencias y no había conseguido ni una sola vez colar mi currículum más allá de la recepcionista hasta el escritorio de alguien que pudiera colocarme en un trabajo.

Lamentablemente, no tiene las calificaciones necesarias...

¿Por qué no termina primero sus estudios...?

Actualmente hay muchos candidatos altamente calificados en el mercado...

No incluimos en nuestra base de datos a candidatos sin referencias...

Tal vez tendría mejores oportunidades en Texas...

Mis oídos retumbaban con todos los rechazos y consejos que había recibido en las últimas horas.

En ese momento, mi teléfono vibró en el bolsillo de mi chaqueta. Rápidamente me retiré a la entrada de un edificio.

El nombre de Joanna apareció en la pantalla.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Oh, bueno, pues...

—¿No va bien lo del cuidado de la casa? —preguntó Joanna preocupada.

—No, eso va perfectamente. La mansión es genial.

—Eso es maravilloso —se alegró Joanna.

—Sí...

—¿Qué pasa?

—Estoy buscando un nuevo trabajo.

—¿Y?

—No hay nada para mí, Joanna. ¡Nada! ¡Nada! Ni siquiera un trabajo de vacaciones. —Mi voz se elevó a alturas insospechadas y sonaba cada vez más desesperada. Pero nadie lo escuchó, porque todos los transeúntes que pasaban por la entrada de la casa estaban absortos en sus propios pensamientos o tan apresurados que nadie me notó.

—Tranquila, Carly.

—¿Cómo puedo estar tranquila cuando sé que mamá y papá pronto necesitarán dinero? Y también tengo que encontrar un apartamento. Con un trabajo a tiempo parcial en un restaurante ni siquiera puedo pagar el alquiler.

—Encontraremos un nuevo trabajo de cuidado de casas. ¿Con quién estás ahora? ¿Es el tipo tan rico como parece?

—Probablemente más rico —dije.

—¿Y es agradable?

—Sí, eso creo. —Me esforcé por sonar particularmente indiferente.

—¿Te gusta? —A Joanna no podía engañarla.

—Bueno... es bastante atractivo.

—Eso ya lo has dicho antes. Sobre el visitante en la oficina de Emmett. Parece que finalmente estás saliendo de tu letargo invernal y volviendo a percibir el mundo a tu alrededor.

—Es él.

—¿Quién es qué?

—Brent Riggs. Es el dueño de la villa y es el visitante de anteayer por la noche en la oficina de Emmett.

—¿QUÉ?

—Sí, yo también me quedé bastante sorprendida —mentí. O mejor dicho, lo subestimé, porque al decir estas palabras sentí un ligero hormigueo en el estómago.

—Vaya coincidencias —murmuró Joanna y luego continuó en voz más alta—: ¿Por qué no le preguntas a él?

—¿Qué le debo preguntar?

—Pues si tiene algún trabajo disponible. Si hace negocios con Emmett, probablemente haga algo

similar y tenga puestos parecidos. Y si mantienes bien su casa, tal vez no le importe mucho qué títulos tienes. También sabe que Emmett te despidió injustamente, él mismo estuvo presente.

—Hmmm...

—No tienes nada que perder.

—Es cierto. —Recobré el ánimo—. Sí, es una buena idea. Gracias, Joanna.

—Y eso también te dará tiempo suficiente para pensar en lo que realmente quieres hacer en la vida.

—Después de la experiencia de hoy: dirigir una agencia de empleo. Eso estaría bien. Entonces también le daría una oportunidad a personas que quieren trabajar, aunque su currículum tal vez no sea exactamente como se espera generalmente.

—No es mala idea —dijo Joanna con aprobación—. Pero ahora tienes que pensar en una estrategia para la conversación con Brent Riggs. Y piensa en lo que puedes hacer en la casa para ganar puntos con él.

Ganar puntos con él.

¿Por qué revoloteaban mariposas en mi estómago ante este pensamiento?

Capítulo 10 - Carly -

Ganar puntos. Joanna lo decía como si fuera fácil, pensé mientras estaba de pie en la cocina de la villa, que parecía nueva, ligeramente adormilada a la mañana siguiente. ¿Cómo se suponía que iba a ganar puntos en esta casa? Todo estaba pulido y reluciente, cada manija de puerta brillaba, cada baldosa estaba cuidadosamente limpia. Mi presencia aquí traía más desorden y suciedad que mejoras. Ayer volví a recorrer lentamente todas las habitaciones y conté seis dormitorios y cinco baños, uno de ellos con el jacuzzi que no debía usar y que me sonreía tan tentadoramente.

Nunca en mi vida había estado en un jacuzzi. Y aquí había uno que podía tener solo para mí. Sin que nadie se diera cuenta. Después de todo, Brent Riggs no estaba. Pero me contuve y le di la espalda al jacuzzi. Sin embargo, en ninguna habitación encontré algo que necesitara mejoras. La villa era simplemente perfecta.

¿Cómo podría alguien como yo hacerle un favor a un hombre como Brent Riggs?

No solo tenía todo lo que necesitaba, tenía más de lo que jamás necesitaría.

Sin embargo, en cierto modo, también no tenía nada.

Ayer llegué a casa con los ingredientes para mi carbonara y descubrí que en la cocina reluciente literalmente no había nada con qué preparar una comida. Ni vinagre, ni aceite, ni especias.

¿Qué demonios comía este hombre?

¿Acaso pasaba algún tiempo en esta gran casa, aparte de dormir y ducharse?

Si no comía aquí, ¿al menos usaba el jacuzzi? ¿Disfrutaba de su lujo? ¿Miraba el hermoso jardín en flor? ¿Quién mantenía el jardín en forma si no había jardinero? ¿Y quién se aseguraba de que todo en la casa estuviera tan limpio y ordenado si no había ama de llaves? Brent Riggs

seguramente no lo hacía él mismo.

Ante ese pensamiento, tuve que sonreír. No, un hombre con su riqueza y su carisma definitivamente no hacía ese tipo de cosas él mismo.

Brent Riggs, el atractivo hombre de ojos oscuros y aura misteriosa, el hombre que no había salido de mi mente desde la primera vez que lo vi, parecía ser un hombre que tenía una casa, pero no un hogar.

Al menos así me parecía la villa.

Pero, ¿qué le faltaba?

¿Qué podía darle yo?

¿Acaso quería un hogar?

Pensativa, tomé el paquete de comida para perros del armario y llené el brillante cuenco plateado de Max. Luego tomé el segundo cuenco con el nombre de Max y lo llené de agua. Antes, vacié el agua del día anterior en el fregadero. Extraño. Max parecía haber comido y bebido muy poco ayer. Normalmente, ambos cuencos estaban vacíos por la mañana, al menos eso me había explicado Brent, y ayer también había sido así. Pero esta vez quedaba casi la mitad de comida y agua.

¿Dónde estaba Max, de todos modos?

Ayer ya estaba parado impacientemente frente a su lugar en la cocina, esperando que le diera de comer y beber. Hoy no había ni rastro de él por ninguna parte.

—¡Max! —llamé y escuché. Ningún trote.

—¡Max! —Otra vez nada. Ni un ladrido ni un gemido.

Salí al gran vestíbulo de entrada. Este se extendía por todos los pisos de la villa, por lo que mi voz se escucharía bien en todas las habitaciones.

—¡Maaahhhaaaax!

De nuevo, no se veía ni se oía nada de Max.

¿Dónde estaba? ¿Y cuándo fue la última vez que lo vi?

Tenía una canasta en el pasillo que conducía del vestíbulo al estudio de Brent. Fui rápidamente a ver. La canasta estaba vacía. Puse mi mano sobre la suave manta verde claro que había dentro. Fría. Así que debía hacer un tiempo que Max no estaba acostado allí. ¿Había dormido en su canasta anoche?

La última vez que lo vi anoche fue cuando se arrastró a la cocina para beber algo. La puerta de la cocina siempre quedaba abierta para que Max pudiera llegar a su canasta en cualquier momento. Le había dicho "buenas noches" a Max y luego me había ido arriba bostezando. El recorrido por la ciudad, donde había visitado todas las agencias de empleo que consideraba prometedoras, había sido agotador. El hecho de que solo hubiera recibido rechazos me había frustrado completamente y estaba muerta de cansancio cuando finalmente llegué a casa.

A casa. A la villa.

Era el único hogar que tenía, aunque solo fuera la cuidadora de la casa.

Aparté ese pensamiento.

¿Dónde estaba Max? Tenía que encontrarlo. Si no hacía bien mi trabajo, entonces caería en desgracia con Brent Riggs. De una vez por todas.

—¡MAX! —grité con un volumen que casi hizo temblar las paredes. Escuché. ¿Había oído un débil gemido o me lo estaba imaginando?

—¿Max? —Ahí. Un gemido. Sin duda. Parecía venir del estudio. Corrí apresuradamente por el pasillo. La puerta del estudio estaba entreabierta. ¿Me había olvidado de cerrarla ayer cuando hice las copias de mi currículum?

¿Cómo puedes ser tan descuidada, Carly? Si algo le ha pasado a Max aquí ahora...

Entré en el estudio. No se veía nada.

—¿Max?

Otro débil gemido que venía de detrás de la fotocopiadora.

¿Max no estaría atrapado allí, verdad?

Solo eran ocho pasos hasta la fotocopiadora, pero se sintieron como una eternidad.

En efecto. Detrás de la fotocopiadora estaba Max. Pero no estaba atrapado, simplemente estaba

tirado en el suelo y parecía incapaz de levantarse.

—¿Max? —Me arrodillé junto a él y acaricié su pelaje marrón. Se sentía caliente—. ¿Qué te pasa, guapo?

Max me miró lastimeramente con sus ojos marrones y gimió impotente.

—¿No te sientes bien? —Otro gemido impotente.

—Ven, vamos a la cocina. Cuando hayas comido y bebido algo, te sentirás mejor enseguida. —Ayer, al oír la palabra "cocina", Max habría saltado alegremente detrás de mí ladrando. Hoy simplemente se quedó tumbado, mirándome con apatía. Volví a poner mi mano en la frente de Max y lo acaricié. Parecía estar ardiendo.

—¿Max? ¿Puedes levantarte? —Esta vez también obtuve solo un débil gemido como respuesta. Ahora estaba realmente preocupada. Max estaba enfermo. Pero, ¿qué tan grave era? Los perros de nuestra granja solían ser muy saludables y generalmente morían de vejez. Suponía que Max ya no era tan joven, pero tampoco parecía tan viejo.

—Amigo, no me falles ahora —susurré al oído de Max mientras me inclinaba más hacia él. Su respiración era trabajosa y olía un poco a podrido. Eso no era una buena señal.

—¿Puedo mirar en tu boca? —susurré e intenté separar las mandíbulas de Max. Cuando Max entendió lo que quería, abrió un poco la boca. Una nube de olor fétido me golpeó y me hizo retroceder. Contuve la respiración y acerqué mi cara de nuevo a la boca de Max. Lo mejor que pude, examiné su paladar y sus dientes. Todo parecía completamente normal, no pude ver heridas ni nada parecido. Volví a acariciar la cabeza de Max. Indiferente, cerró la boca y siguió respirando con dificultad.

¿Cuánto tiempo llevaba así?

¿Había ido siquiera a su cama anoche o había pasado la noche detrás de la fotocopiadora, demasiado débil para arrastrarse hacia adelante?

¿Y qué debía hacer yo ahora?

Ante la idea de que Max pudiera estar gravemente enfermo, se me formó un nudo en el estómago. Solo llevaba dos días aquí, pero ya le había cogido cariño a Max. Era un perro hermoso que, al menos en mi presencia, era fácil de cuidar. No podía imaginar por qué el hermano de Brent tenía tantos problemas con él. Tal vez Logan se parecía a alguien que una vez le había hecho daño a Max.

Max gimió desgarradoramente.

—Amigo, vamos a la clínica veterinaria. —Recordé que Brent me había dicho que en el escritorio habría una lista con direcciones de emergencia, incluido el número de teléfono de Logan. Me levanté apresuradamente y corrí hacia el escritorio. Encima había una lista: Logan, bomberos, emergencias, fontanero. Al final, para mi alivio, también descubrí el punto "Clínica veterinaria".

Tomé el auricular del teléfono fijo del escritorio y primero marqué el número de Logan. Seguramente era mejor preguntarle a él primero qué hacer. Brent me había prohibido casi todo, no usar el jacuzzi, no usar el coche... no quería hacer nada mal. Mientras estos pensamientos pasaban por mi mente, escuchaba el tono de llamada. Después del décimo timbre, tuve que enfrentarme a la verdad: Logan no contestaba el teléfono.

—Maldita sea, ¿qué hago ahora?

Max oyó mis palabras y volvió a gemir. Podía oír que le costaba cada vez más respirar. Con determinación, tomé la lista en mi mano y marqué el número de la clínica veterinaria. Aquí alguien contestó al primer timbre.

—*Animal Clinic*, ¿en qué puedo ayudarle? —Al oír la amable voz femenina, se me quitó un peso de encima. Ni siquiera me había dado cuenta de lo tensa que estaba.

—Sí, hola, mi nombre es Carly Moore. Tengo aquí un perro al que le pasa algo. No quiere comer ni beber, ya desde anoche, está tumbado en el suelo sin reaccionar y su respiración es difícil y huele a podrido... —Nerviosamente, enumeré la lista de síntomas de Max—. No sé qué hacer.

—Es difícil decirlo a distancia —respondió la voz amable—. Con estos síntomas, su perro podría tener cualquier cosa. Tendríamos que examinarlo.

—¿Cuándo puedo ir?

—¿Su perro ya es paciente nuestro? Me temo que su nombre no me suena.

—No es mi perro, solo lo estoy cuidando. Pertenece a Brent Riggs. —Al pronunciar el nombre de Brent, sentí un escalofrío como siempre.

—Ah, ¿Max es el paciente?

—Sí, exacto.

—¿Y dice que está tan mal desde anoche?

—Sí, y no mejora. Más bien empeora. —Max gimió lastimeramente cuando pronuncié estas palabras.

—Bien, entonces lo mejor es que venga ahora mismo.

Anoté la dirección de la clínica veterinaria y colgué.

—Max, vamos a la clínica veterinaria. Allí te ayudarán. —Max gimió de nuevo, pero levantó ligeramente la cabeza cuando me miró.

—Vuelvo enseguida. —Rápidamente me dirigí al vestíbulo, donde había visto un pequeño cuenco sobre una mesa antigua. Contenía un montón de llaves. No tuve que buscar mucho hasta encontrar la llave del SUV. Brent Riggs podía prohibirme usarlo diez veces. Ahora se trataba de su perro, que era mucho más importante que cumplir con cualquier regla. Brent seguramente lo vería así también.

Abrí la puerta de entrada. Para mi suerte, el SUV estaba justo frente a la puerta principal, con el motor hacia la puerta del jardín. Rápidamente desbloqueé todas las puertas y abrí el maletero, donde había una jaula de transporte para Max firmemente instalada. Para mi alivio, la jaula ya estaba acolchada con una cómoda manta, así que no tenía que preparar nada más. Solo tenía que ir a buscar a Max.

Corrí rápidamente de vuelta al despacho.

—Vamos, Max, ven. —Max solo gimió.

—Levántate, vamos a hacer una excursión. —Max no se movió.

—Solo tienes que caminar hasta el coche. Vamos a la clínica veterinaria. Allí te pondrán bien. —Max levantó la cabeza con interés, pero enseguida la dejó caer de nuevo al suelo.

—Max. —Miré alrededor desesperada. ¿Qué debía hacer?

Max gimió una vez más.

Carly, por favor. ¿Te criaste en una granja o no? Solo porque esta sea la casa de un hombre muy rico y muy guapo, no significa que se apliquen reglas diferentes para tratar con animales. Simplemente haz lo que siempre has hecho.

Corrí al pasillo, cogí la manta verde claro de la cesta de Max, me apresuré de vuelta con él, extendí la manta sobre su cuerpo y lo levanté. Lo logré, pero me tambaleé bajo su peso. Max no era un perro pequeño. Di los primeros pasos fuera del despacho y me moví por el pasillo. —Ahora todo estará bien, cariño —susurré. Max respiraba con dificultad. El olor fétido volvió a invadir mi nariz. Contuve la respiración, temiendo que me mareara. Al llegar a la puerta principal, creí que mis brazos estaban a punto de romperse.

Unos pasos más, Carly. Aguanta.

Por fin logré meter a Max en el coche de manera segura. Aliviada, sacudí mis adoloridos brazos. Max me miró lastimeramente.

—Ya nos vamos —le prometí. Me aseguré de tener todo lo que necesitaba y corrí alrededor del coche hasta la puerta del conductor.

En camino a la clínica veterinaria.

Cuando subí las escaleras de la villa unas horas más tarde, estaba más agotada de lo que había estado en mucho tiempo. Estaba sola. Max tuvo que quedarse en la clínica. Después de numerosos exámenes, le habían diagnosticado una sepsis causada por un diente infectado. Se lo extrajeron de inmediato, pero Max seguía muy débil y aún no podía volver a casa. Querían seguir observándolo. No había peligro inmediato para su vida, al menos eso me habían asegurado, pero Max estaba recibiendo medicamentos por vía intravenosa.

Mi teléfono vibró en mi bolso.

—Hola, Joanna.

—Hola, Carly, quería saber cómo estabas. ¿El día te ha traído alguna nueva información?

—Qué amable de tu parte. No hay nada nuevo.

—¿Qué has hecho hoy?

—Max está enfermo.

—¿Quién es Max?

—El perro. Tuve que llevarlo a la clínica veterinaria y aún está allí —expliqué.

—Oh, vaya, eso no suena bien —dijo Joanna con compasión.

—Estoy completamente agotada. Primero, tuve que cargarlo hasta el coche y me duele todo el cuerpo. Segundo, bueno, aún no está fuera de peligro. Espero que esté de vuelta antes de que Brent regrese. De lo contrario, me hará la vida imposible.

—Pero no es tu culpa que el perro esté enfermo. ¿Qué tiene?

—Un diente infectado que le causó una septicemia.

—Bueno, eso nadie podría haberlo previsto. Estas cosas pasan.

—Aun así. No me siento bien. Y estoy muy tensa.

—¿Sabes qué? Ahora mismo vas a darte un buen baño. Te lo ordeno. En esa villa seguro que hay un montón de baños y una bañera enooorme. Puedes meterte en ella. Con mucha espuma. —Joanna me hizo su propuesta tentadora. Cerré los ojos con anhelo e imaginé un baño relajante.

—¿Y bien? —insistió Joanna.

—Sí, suena genial. Incluso hay un jacuzzi.

—¿Un jacuzzi? —chilló Joanna—. Si las visitas no estuvieran prohibidas, iría ahora mismo para acompañarte.

—Incluso me ha prohibido usar el jacuzzi.

—¿Quién? ¿Brent Riggs?

—Exacto —dije un poco triste.

—Vamos, Carly, hoy has salvado a su perro. Te has ganado el derecho a relajarte en ese jacuzzi. Nadie se dará cuenta. Te metes, te quedas todo el tiempo que quieras y sales. Estás sola en la casa. ¿Quién se va a enterar?

Lo pensé. —Tienes razón. Ahora me prepararé algo de comer y luego me meteré en el jacuzzi.

Joanna soltó una risita. —Nunca he estado desnuda en un jacuzzi.

—Yo tampoco —dije y no pude evitar sonreír.

Desnuda en el jacuzzi de Brent.

El escalofrío que recorrió mi cuerpo en ese momento fue cálido.

Muy cálido.

Capítulo 11 - Brent -

Satisfecho, dirigí la Cessna hacia Manhattan. Aunque no había pasado ni una semana desde que dejé Nueva York, como Alex Morrison había cancelado nuestra reunión, ya no tenía motivos para quedarme más tiempo en Texas. Todo estaba hablado con los hermanos Fakhoury. Vendrían a Nueva York la semana siguiente para cenar conmigo y mi esposa.

¡Mi esposa!

Mi satisfacción se esfumó de golpe y miré con el ceño fruncido el panorama de Manhattan que se extendía lentamente ante mis ojos. El Empire State Building. El Chrysler Building. El One World Trade Center. Había visto el horizonte decenas de veces y me encantaba cada vez. Pero hoy, a pesar del sol rojo ardiente que ya estaba bajo en el horizonte y bañaba todo con una luz fantástica, me resultaba bastante desagradable.

Después del desastre con Leticia, me había jurado no dejar entrar a otra mujer en mi vida. Casarme estaba totalmente fuera de cuestión. Y ahora tenía que fingir ante dos hombres de negocios árabes que tenía una esposa amorosa. Ante la idea, rechicé los dientes. Pero, ¿qué no haría uno para no perderse el negocio de su vida? Por eso, incluso me conseguiría una esposa. Sin embargo, me aseguraría de que esta "relación" se mantuviera estrictamente platónica. No podía surgir ningún tipo de complicación. Esposa sí, sentimientos no.

Esta resolución me calmó de inmediato y dirigí la Cessna más allá de la punta de Manhattan hacia Long Island. ¿Dónde podría encontrar a una mujer dispuesta a aceptar tal trato? Tenía que ser una mujer con clase, así que los sitios web donde normalmente reservaba a mis acompañantes quedaban descartados.

En la torre del aeropuerto John F. Kennedy, decidí anunciar un pequeño desvío sobre Long Island. No tenía prisa por llegar a casa, ya que nadie me esperaba allí, y a menudo se me ocurrían las mejores ideas mientras volaba.

Lentamente, guié la Cessna sobre la alargada isla frente a la costa este americana. Long Island llevaba su nombre con razón, algo que hoy me llamaba especialmente la atención. Cuanto más volaba hacia el noreste, más rural se volvía la zona. Una casa de campo aquí sería algo muy agradable. Tendría un poco de variedad y Max seguramente disfrutaría de un jardín más grande donde corretear.

¡Brent! Piensa en lo que tienes justo delante. Tienes que encontrar una dama que haga de tu esposa para la semana que viene. ¡Y de manera convincente!

Debajo de mí pasaban volando las largas playas de arena de la costa atlántica de la isla. Sí, era imposible contratar a cualquier mujer que viniera solo por un día. El riesgo de que se descubriera el engaño era demasiado grande. Probablemente hasta un ciego se daría cuenta de que no éramos especialmente cercanos. Ali y Abdallah eran hombres de negocios astutos. Se darían cuenta de inmediato de tal mentira y entonces el trato se habría arruinado en cualquier caso. No podía arriesgarme a eso de ninguna manera.

Pero, ¿qué mujer conocía lo suficientemente bien como para fingir cierta intimidad pero al mismo tiempo mantener la distancia necesaria que deseaba?

Pensativo, miré fijamente la puesta de sol que teñía el cielo sobre Manhattan de los más hermosos tonos de rojo y naranja. La Cessna era definitivamente el mejor lugar para observar este espectáculo. Seguramente había otros lugares hermosos en Nueva York, pero no tenía una vista tan grandiosa como aquí en ningún otro sitio. Y en ningún otro lugar estaba tan solo como aquí.

Cuando el sol desapareció tras el horizonte, aterricé en el aeropuerto John F. Kennedy. Después de completar todas las formalidades y estacionar mi Cessna de manera que el personal pudiera encargarse de ella por la mañana, me dirigí a mi Porsche, que había dejado en uno de los estacionamientos VIP durante el viaje.

Con tráfico normal, el viaje desde Queens a Manhattan tomaría alrededor de media hora a cuarenta y cinco minutos. Tiempo suficiente para seguir pensando en los próximos pasos. Pero después de un rato, decidí que era hora de buscar algo de ayuda al respecto.

—Llamar a Logan —instruí a mi teléfono por comando de voz.

Al tercer timbre, mi hermano contestó.

—Hey Brent. ¿Te aburres allá abajo en Texas?

—Ya no estoy en Texas —respondí.

—¿No? Pensé que te quedarías una semana entera.

—Esa era la idea. Pero ahora estoy conduciendo del JFK a casa. El segundo trato se cayó.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Logan.

—Unos malditos ecologistas —gruñí mientras cambiaba al carril más externo de la carretera para avanzar más rápido. Aunque no podía aprovechar todos los caballos de mi Porsche en Manhattan, eso no significaba que tuviera que estacionarme en la calle si había un espacio libre en otro lado. Con las luces largas, le indiqué al conductor delante de mí que cambiara de carril y me dejara pasar.

—Idiota —murmuré.

—¿Qué?

—No es contigo. El tipo delante de mí simplemente no quiere dejarme pasar —gruñí.

Logan solo se rio. —¿Y el primer trato? ¿El de los árabes?

—Eso se ve bien —respondí—. He revisado todos los mapas e informes y he inspeccionado el terreno. Por supuesto, no había mucho que ver allí, al menos no para mis ojos. Pero los informes son todos de expertos estadounidenses e internacionales reconocidos y coinciden. Este es el yacimiento de petróleo más prometedor descubierto en suelo estadounidense en los últimos 20 años.

Logan silbó con admiración. —Entonces eres un hombre hecho.

—Siempre y cuando firmemos los contratos, sí.

—¿Hay algo que lo impida?

—Bueno... una mera formalidad.

—Suena como si no fuera un problema.

—Necesito una mujer.

—¿CÓMO DICES? —Logan alzó la voz brevemente, pero luego se calmó de inmediato—. Esto es una broma, ¿verdad? Me estás tomando el pelo. —Volvió a reír, esta vez a carcajadas. Yo me mantuve serio.

—Desafortunadamente no. Los árabes son muy conservadores y solo quieren hacer negocios con... bueno, con alguien de una situación estable.

—¿Y de dónde vas a sacar una mujer?

—Eso es lo que quería preguntarte a ti.

—¿A mí? ¿Acaso parezco un traficante de mujeres? —Logan ahora sonaba un poco ofendido.

—No, por supuesto que no —lo tranquilicé—. Para nada. Pero me conseguiste una cuidadora de casa en menos de 24 horas. Pensé que tal vez tendrías otra buena idea ahora.

La cuidadora de casa.

Carly.

¿Por qué de repente me alegraba pensar en ella y que estaría en casa en unos minutos?

—Así de pronto no se me ocurre nada, hermano.

Giré hacia la calle donde estaba mi villa. —¡Maldición! Es realmente urgente. Los dos quieren venir la próxima semana y también necesito un poco de... bueno, tiempo para conocer a la dama.

Logan se rio de nuevo. —Lo has pensado todo.

—Sí. Solo que no sé dónde encontrar a una mujer así. Tiene que tener clase. No puedo presentar aquí a una prostituta. Tiene que parecer natural. Una actriz maquillada se notará.

—Lo pensaré, viejo amigo.

—Sí, por favor hazlo. —Me detuve frente a la puerta de mi propiedad y activé el abridor eléctrico que estaba en mi Porsche. Lentamente, la puerta se deslizó hacia la derecha en el muro, revelando la vista de la villa.

Y la vista del SUV estacionado frente a ella.

—¡Maldita sea!

—¿Qué pasa?

—Acabo de llegar a casa.

—¿Y?

—Le prohibí a esta mujer usar mi auto. Y ahora llego aquí y ¿qué es lo primero que veo? El SUV estaba estacionado marcha atrás cuando me fui. Ahora está estacionado hacia adelante ¡y de una manera que apenas puedo pasar para entrar al garaje! —Golpeé el volante con furia. ¿Qué se creía esta mujer? ¡Nadie desobedecía mis órdenes sin castigo! ¡Nadie!

Oh, tenía muchas ganas de poner a esta cuidadora de casa con su cara dulce y sus grandes pechos sobre mis rodillas y azotarle el trasero hasta que brillara de rojo. Con ese pensamiento, mi miembro comenzó a palpitar en mis pantalones.

Con los dientes apretados, maniobré el Porsche hacia el garaje. El tema de las mujeres me estaba volviendo loco en todos los sentidos.

—Cálmate, tal vez hubo una buena razón que la llevó a ignorar tus instrucciones.

—¿Razón? —Resoplé indignado.

—No todas las mujeres quieren hacerte daño, Brent. Ya es hora de que lo aprendas. No todas son como Leticia.

—Cierra la boca —le espeté a mi hermano mientras finalmente entraba a mi casa por la puerta de conexión entre el garaje y la villa. No quería hablar ni pensar en Leticia.

No quería pensar en ninguna mujer y sin embargo... la imagen de la cuidadora de casa volvía a primer plano. Pronto me encontraría con ella. Durante el tiempo en Texas, había logrado bloquear con éxito lo atractiva que me había parecido ya en la oficina de Emmett. Había estado ocupado. Pero ahora lo recordaba todo. Su figura esbelta, sus grandes y firmes pechos, el lunar junto a su boca que ya quería besar en nuestro primer encuentro. Y los ojos de color indefinible que seguramente fascinaban a cualquier hombre y lo hacían querer no mirar a ningún otro lado.

¡Brent! Recuerda que acaba de demostrar que no le importan tus instrucciones. Absolutamente nada. Apenas sales de casa, parece que hace lo que quiere aquí.

—¡Hola! —grité al entrar a la casa. Aún no había terminado la llamada con Logan, pero él guardaba silencio. Caminé lentamente por el vestíbulo hacia la sala de estar. Aquí todo parecía como siempre. Excepto que la sala estaba vacía. Luego entré en la cocina. Tampoco aquí pude notar cambios. En el aire flotaba un aroma apetitoso. ¿Acaso esta mujer sabía cocinar? Yo nunca había preparado o hecho preparar una comida aquí. Gracias a mi duro entrenamiento diario, nadie notaba que me alimentaba principalmente de comida basura y que regularmente pasaba con

mi Porsche por los diferentes autoservicios de la ciudad. Ni siquiera Leticia había podido cambiar este hábito, aunque se había esforzado honestamente. Rápidamente aparté el pensamiento de ella.

La cocina estaba vacía. Ni siquiera Max estaba aquí. Sus platos estaban medio vacíos. Carly se había ocupado de él, noté con satisfacción. Al menos algo.

—¿Dónde está esta mujer? —gruñí al teléfono.

—Ya volverá a casa si no está ahí ahora. Entonces podrán hablar de todo —dijo Logan alentadoramente—. Hermano, lamento dejarte ahora, pero tengo una cita.

—¿Una cita?

—Sí. Ya sabes, una de esas reuniones donde un hombre y una mujer se encuentran para ver si se caen bien.

—Sé lo que es una cita —gruñí.

—Pensé que lo habías olvidado —me provocó Logan—. Tal vez deberías considerar hacer algo así de nuevo.

—Necesito una esposa, no una cita. —Mi humor no había mejorado.

—Hablamos mañana.

Me forcé a decir un "Diviértete" y terminé la llamada. Para entonces ya estaba en el estudio. También estaba vacío. ¿Dónde diablos estaba esta mujer? ¿Había salido? Max tampoco parecía estar aquí, así que tal vez habían salido juntos.

Quedaba una posibilidad. Subí lentamente por la amplia escalera curva con baldosas de mármol hasta el segundo piso. Aquí estaban los dormitorios y los baños. La habitación de invitados que le había asignado a Carly era la primera a la izquierda. Golpeé enérgicamente la puerta.

—¿Carly?

Sin respuesta.

Volví a llamar, esta vez más fuerte. De nuevo, sin respuesta. Finalmente, abrí la puerta y eché un vistazo dentro de la habitación. Vacía. Aparte de la maleta de viaje, no se podía notar que alguien la estuviera ocupando. Carly había hecho la cama con más esmero que cualquier servicio de

limpieza. En la mesita de noche había un cargador para su teléfono. Era el único objeto personal visible allí.

Apreté los dientes. No me quedaba más remedio que esperar a que Carly apareciera. Mi dormitorio estaba al final del pasillo. A su derecha se encontraba el gran baño con el jacuzzi. Cuando pasé por delante, noté una delgada franja de luz que se filtraba por debajo de la puerta.

¿Qué era eso?

Me detuve y escuché.

Y entonces lo oí. Un suave chapoteo, como el que se produce cuando alguien usa el jacuzzi. Cuando contrataba a mujeres para tener sexo variado, a veces les ordenaba que fueran al baño, se desnudaran y me esperaran desnudas en el jacuzzi.

Otro chapoteo se escuchó y luego una risita suave.

¡Una risita!

¡Risitas!

¿Acaso esta mujer había invitado a alguien aquí para divertirse en el jacuzzi? ¡Esto no podía ser cierto! La sangre me subió a la cara y la vena de mi sien comenzó a palpitar. ¿A quién diablos había invitado a mi casa?

¡Esto tenía que terminar ahora mismo!

Hirviendo de rabia, abrí la puerta del baño de un tirón y entré precipitadamente.

—¿Qué demonios...? —Me interrumpí a mitad de la frase y me quedé sin habla ante la escena que tenía delante.

Carly estaba en el jacuzzi.

Sola.

Desnuda.

Sostenía su pecho derecho con la mano y acariciaba su pezón. Al menos, eso es lo que había estado haciendo hasta hace un momento. Ahora bajó la mano y me miró asustada con sus grandes ojos verdes. El rubor subió a su rostro y pensé por segunda vez que ese color rojo le

sentaba realmente bien.

Mi miembro se puso duro.

Capítulo 12 ~ Brent ~

Segundos después, seguía allí de pie, contemplando ese cuerpo perfecto. Y Carly seguía inmóvil en el jacuzzi, mirándome con esos ojos grandes. Su boca se crispó ligeramente, pero no hizo ningún intento de moverse o salir del jacuzzi. Después de lo que pareció una eternidad, colocó un brazo sobre sus pechos y otro sobre su entrepierna para cubrir su desnudez.

—Yo... eh...

—¿Dónde está tu toalla? —la interrumpí con voz ronca. Ver a Carly tocando sus pechos con el brazo me estaba volviendo aún más loco de lo que ya estaba. El movimiento no tenía nada de obsceno o provocativo, pero la mera idea de que pudiera ser MI brazo el que estuviera sobre sus pechos, tocándolos, bastaba para que mi miembro se pusiera aún más duro. Daría cualquier cosa por poder tocar a esta mujer ahora mismo. Pero me contuve.

—No traje una toalla. —Una mirada indefensa de sus ojos verdes me alcanzó. Carly se lamió los labios nerviosamente, pero este gesto solo la hacía más atractiva. Su lengua se detuvo en el lunar que tenía justo al lado de la boca, lo acarició y jugó brevemente con él. Ya había visto esto antes. Probablemente Carly lo hacía siempre que estaba nerviosa o tensa. Y probablemente ya había vuelto locos a muchos hombres con eso. Yo, al menos, estaba a punto de perder la cabeza.

Para evitarlo, me di la vuelta y me dirigí rápidamente al pequeño armario junto al lavabo. Saqué una toalla esponjosa de color azul oscuro, lo suficientemente grande como para envolverse cómodamente en ella, y la coloqué junto al jacuzzi. No era una toalla de invitados. Todas mis toallas de invitados eran beige, para no confundirlas nunca con mis propias toallas. Pero no quería que Carly usara una toalla de invitados. Quería que envolviera su cuerpo perfecto en una de mis toallas. En una toalla con la que yo me había secado antes y que había tocado las partes más íntimas de mi cuerpo. Ahora ella la pasaría por las partes más íntimas de su cuerpo.

En ese momento ocurrió lo que creía imposible: con ese pensamiento, mi miembro se puso aún más duro.

Maldita sea, Brent, así no puede ser. Piensa en tus principios. SOLO te involucras con mujeres a las que pagas por sus servicios. Todas las demás están FUERA de cuestión, porque inevitablemente saldrá mal y terminará con un corazón roto para ti.

Mi miembro no se inmutó ante esta advertencia que me hice a mí mismo. Solo esperaba que Carly no notara lo que me estaba pasando. Rápidamente puse la toalla en el borde del jacuzzi y me di la vuelta.

—Tenemos que hablar —dije bruscamente, dándole la espalda a Carly. No quería volver a mirar ese cuerpo perfecto bajo ninguna circunstancia.

Tonterías.

Quería volver a mirar ese cuerpo perfecto bajo cualquier circunstancia.

Y no solo eso.

Quería sentirlo.

Quería explorarlo con mis manos, mimarlo con mis labios y con mi lengua...

—¿Qué hacías en el jacuzzi? —pregunté, todavía de espaldas a Carly. Oí un chapoteo detrás de mí. Carly salía del jacuzzi. Un ligero temblor reveló que estaba desplegando la toalla —MI toalla — y ahora se estaba secando con ella. Dios, ¿a qué hombre no excitaría esa idea?

—Lo siento, señor Riggs —dijo Carly en voz baja. Esta frase me recordó un poco a las palabras que le había dicho a Emmett en nuestro primer encuentro. Esperaba que el hecho de que Carly hablara así no significara que yo me estaba comportando como ese imbécil. ¿O sí? Tenía que cambiar eso rápidamente.

—Puedes llamarme Brent —dije de forma alentadora.

¿Qué te está pasando, Brent? Hace cinco minutos estabas hirviendo de rabia porque Carly no solo había usado tu coche, sino que también se había puesto cómoda en el jacuzzi, ¿y ahora eres la personificación de la amabilidad? ¿De repente quieres que se sienta cómoda?

Me encogí de hombros. No me reconocía. No tenía ni idea de lo que me estaba pasando.

—Sé que no debería haber entrado en el jacuzzi, Brent, pero estaba tan agotada. Tan cansada. Max está enfermo y eso...

—¿Max está enfermo? —Al hacer esta pregunta, me di la vuelta. Yo no me ocupaba muy a menudo de Max, pero aparte del viejo reloj, era lo único que me quedaba de mi abuela. No podía pasarle nada malo.

—Sí, hoy tuve que llevarlo a la clínica veterinaria. Por eso usé tu coche. Seguro que te has dado cuenta. No soy muy buena aparcando marcha atrás, así que simplemente estacioné la camioneta de frente delante de la casa. Normalmente no conduzco y no quería que se estropeara nada.

Apenas escuché la disculpa de Carly. —¿Dónde está Max? ¿Qué tiene?

—En la clínica veterinaria a la que tú lo llevas normalmente. Él... tenía un diente infectado y al final provocó una sepsis. Pero dicen que llegué con él a tiempo. Tiene que quedarse allí un tiempo en observación. Luego podrá volver a casa.

—Una sepsis. —Me dejé caer pesadamente en la silla de mimbre que estaba entre el jacuzzi y el armario de las toallas. —Eso podría haber acabado mal. —Escondí mi cara entre mis manos.

Solo un segundo después, de repente, unos dedos aún ligeramente húmedos rodearon mi muñeca. —Oye, todo va a estar bien. —Carly estaba arrodillada frente a mí. Solo su otra mano evitaba que se le cayera la toalla. Max desapareció de repente de mi mente y solo podía pensar en el cuerpo perfecto de Carly que había podido contemplar tan detenidamente antes. El contacto de su mano envió una pequeña onda de choque por todo mi brazo, sobre mi pecho y... hasta mi miembro.

Me puse duro al instante.

—¿Quieres que te prepare una carbonara antes de irme?

—¿Una carbonara? —Me quedé mirando fijamente esos ojos verdes de color indefinible. ¿Esmeralda o aguamarina?

—Siempre me hace bien. Me encanta cocinar.

Así que no me había equivocado cuando creí percibir un aroma apetitoso en la cocina hace un momento.

Y de repente, hizo "clic" en mi cerebro.

La situación estaba clara.

Necesitaba una mujer que pudiera presentar a Ali y Abdallah. Una mujer que supiera cocinar. Al

fin y al cabo, los dos querían venir a una cena donde se debía preparar un menú.

—¿O debería irme ya?

—¿Irte? No podía irse. De ninguna manera. —¿Por qué quieres irte?

—Bueno, primero, solo fui contratada como cuidadora de la casa. Como has vuelto, supongo que ya no necesitas una cuidadora. Y segundo... —Carly tomó aire profundamente antes de continuar —: No he seguido las reglas acordadas. Está bien, necesitaba el coche por Max, pero lo del jacuzzi no era estrictamente necesario. Así que si quieres que me vaya ahora, puedo entenderlo perfectamente, Brent. —Me gustaba cómo pronunciaba mi nombre. En ese momento, Carly retiró sus dedos de mi muñeca. El lugar donde me había tocado aún hormigueaba ligeramente. Por mí, sus dedos podrían haberse quedado allí más tiempo.

—No, no es necesario que te vayas ahora. Posiblemente tenga otra tarea para ti. Déjame pensar un momento.

Carly asintió, se levantó y se sentó en el borde del jacuzzi. Todavía estaba envuelta en mi toalla azul oscuro y ahora me imaginaba que eran mis brazos los que la rodeaban así.

¡Brent!

Me llamé al orden por tercera vez esa noche. Conscientemente por tercera vez. Inconscientemente, probablemente por la trigésima vez. Levanté los dedos y me masajeé las sienes, porque necesitaba pensar un momento. Pero mi pene erecto no me lo estaba poniendo nada fácil.

Carly era la solución a mi problema. La contrataría. Debería quedarse a vivir aquí en la villa durante la próxima semana, encargarse de todo y fingir ser mi esposa ante Ali y Abdallah. Seguramente podría organizar la comida, que en caso de necesidad podría encargarse a un servicio de catering.

Contratar a Carly ofrecía varias ventajas. En primer lugar, sabía que estaba disponible. Sabía que estaba buscando desesperadamente un trabajo, pues acababa de enterarme de que Emmett la había despedido. Probablemente no tenía suficientes reservas financieras para aguantar mucho tiempo sin trabajo.

Además, Carly era guapa, más aún, era la mujer más atractiva que había conocido jamás. Estaba seguro de que Ali y Abdallah también sucumbirían a su encanto y entonces no harían demasiadas preguntas extrañas. Tal vez no harían ninguna pregunta en absoluto, porque Carly parecía sobre todo una cosa... parecía auténtica.

Si contratara a una actriz novata de Broadway o a una dama de una agencia de escorts para que interpretara a mi esposa, tarde o temprano se descubriría. Se podía interpretar muchas cosas en un escenario e incluso fingir sentimientos, pero en un entorno diferente, ese tipo de tapadera acababa por descubrirse tarde o temprano. Carly ya vivía aquí en la villa y conocía bastante bien el lugar. Podría utilizar los próximos días para familiarizarse un poco más con el entorno.

Y podríamos conocernos un poco mejor. Con este pensamiento, mi pene volvió a latir en mis pantalones. Conocernos mejor.

No le pondrás un dedo encima, Brent.

No lo haría. Carly y yo tendríamos una relación puramente profesional. Era demasiado valiosa como para ponerla en la fila de mujeres cuyos servicios había utilizado. Si le pagaba a Carly para seguir teniéndola cerca, en este caso significaba que no la tocaría. Ante este pensamiento, se me escapó un gemido.

—¿Está todo bien, Brent? ¿Puedo hacer algo por ti?

Sí, puedes hacerme una mamada. Ahora. Inmediatamente. Entonces me sentiré mejor.

—No, no, todo está perfectamente. Me gustaría hacerte una propuesta.

—¿Una propuesta? —Los ojos verdes de Carly se agrandaron aún más de lo que ya eran. Bajé la mirada hacia sus pies, pero la levanté inmediatamente. En el suelo, bajo los pies de Carly, se había formado un pequeño charco de agua. En ese momento, otra gota caía de debajo de la toalla. Me imaginé el camino que debía haber recorrido por el cuerpo de Carly...

Brent.

Por cuarta vez esa noche, me llamé activamente al orden. O tal vez por cuadragésima vez.

—Yo, em, estoy a punto de firmar un contrato con un socio comercial árabe. Será un trato bastante grande, muy importante para mi futuro.

Es el maldito trato más grande de los últimos años y quiero estar absolutamente en él. TENGO que estar absolutamente en él. Después, mi nombre será conocido en todas partes.

—Oh, eso suena... agradable. Felicidades. —Carly parecía perpleja.

—Para cerrar este trato con éxito, tengo que cumplir una condición más.

Carly guardó silencio, expectante.

—Necesito una mujer. —Ya está, lo había dicho. Los ojos de Carly se agrandaron y su boca se abrió, pero no emitió ningún sonido. Espero que no malinterprete esta frase. Me apresuré a continuar—. Quiero decir, necesito a alguien que finja ser mi esposa ante estos socios comerciales. Quieren venir aquí la semana que viene, ultimar los detalles en una cena y conocer a mi esposa.

Pasaron unos segundos que me parecieron interminables.

—Vaya. —Carly se aclaró la garganta—. Quieres que yo...

—Como he dicho, solo fingirías ser mi esposa. Nada más. Tendrías que organizar la cena y asegurarte de que todo esté impecable y que los dos se vayan satisfechos de la casa.

—Pero... —Carly se interrumpió. Parecía confundida. Finalmente, tomó un nuevo impulso—. ¿Por qué no les dijiste simplemente que no tienes esposa?

Una pregunta lógica. Sonreí un poco. —No pude. Los dos vienen de una cultura en la que es normal que un hombre esté casado. Allí, un hombre suele tener incluso varias esposas.

—Hmmm... —dijo Carly.

—Estar casado allí es un signo de seriedad. Quien no está casado no es tomado en serio en el mundo de los negocios y no tiene oportunidad de conseguir los mejores tratos —hice una breve pausa, luego miré a Carly a los seductores ojos verdes y dije—: Te compensaría bien por ello.

—¿Cuánto? —La pregunta directa me hizo estremecerme por un momento. Una parte de mí deseaba que Carly me dijera que se quedaría en la villa conmigo incluso sin compensación...

¡Brent! No seas ridículo. Esto es un negocio y un negocio implica un pago. ¡Eso es lo que tú mismo quieres!

La siguiente advertencia para mí mismo.

¿Qué tenía esta mujer que me hacía perder el control sobre mí mismo una y otra vez?

—Diez mil dólares —lancé la cantidad al aire. Como Carly no dijo nada, añadí—: Es una suma bastante buena por una semana de trabajo. Como dije, no tienes que hacer nada. Solo seguir viviendo aquí, organizar las comidas y actuar de manera convincente como mi esposa esa noche.

—Eso es... mucho dinero —La voz de Carly apenas era un susurro. Me miró. Sus ojos parpadearon. ¿Quería negociar? ¿O qué tramaba?

—Yo... la oferta me ha sorprendido bastante.

Asentí. Era comprensible. No todos los días se recibía una oferta así.

—Yo... bueno, me gustaría pensarlo antes de darte una respuesta. ¿Está bien si lo duermo y te lo hago saber mañana por la mañana?

No. No, no está bien. Quiero que me digas ahora mismo que te quedarás aquí conmigo y fingirás ser mi esposa. Más aún, quiero que digas que lo harás con gusto.

Cerré mi mano en un puño y luego la relajé lentamente. La tensión abandonó mi cuerpo.

—Sí, por supuesto que está bien.

Carly asintió y salió del baño, todavía envuelta en mi toalla azul oscuro.

Me volvía loco.

Esta mujer simplemente me volvía loco.

Quería ponerla sobre mis rodillas tanto como cuando había llegado a casa antes. Pero esta vez por razones completamente diferentes.

Odiaba esperar.

¿Qué me respondería?

¿Por qué tenía que pensar siquiera en una oferta así?

¿Acaso tenía un novio con quien quería discutirlo todo?

Capítulo 13 - Carly -

Quiere que yo finja ser su esposa.

Esta frase daba vueltas una y otra vez en mi cabeza mientras caminaba por el pasillo desde el baño hacia la habitación de invitados donde me estaba quedando durante mi estancia aquí.

Su esposa.

Aún incrédula, negué con la cabeza. Al cerrar la puerta de mi habitación detrás de mí, primero me apoyé contra ella y respiré profundamente. ¿Por qué esta propuesta me desconcertaba tanto?

Estaba bien remunerada. 10.000 dólares por una o dos semanas. De un golpe me libraría de bastantes preocupaciones. Nunca en mi vida había visto tanto dinero de una sola vez, ni en realidad ni en mi cuenta bancaria. Brent también había dejado claro que... bueno, que no me exigiría nada que yo no estuviera dispuesta a hacer. Así que la oferta sonaba ideal.

Entonces, ¿por qué dudaba?

Encendí la luz, pero los focos del techo esparcían demasiada claridad en la habitación. Inmediatamente volví a presionar el interruptor y me quedé en la penumbra, iluminada solo por el resplandor de las farolas de la calle. Así me sentía mucho más cómoda. En la luz todo parecía tan claro. Tan sobrio. En la penumbra había espacio para la incertidumbre. Para sentimientos encontrados.

Porque eso era lo que sentía respecto a la oferta.

Y, si era honesta conmigo misma, también tenía sentimientos encontrados hacia Brent. Sentí cómo me volvía a sonrojar al pensar en cómo me había sorprendido en el jacuzzi.

Al principio había chapoteado alegremente allí, disfrutando la sensación de tener una piscina así toda para mí. Después de haberme regodeado con deleite durante algunos minutos, sin embargo, me aburrí un poco. En esos momentos mi imaginación siempre se disparaba. También esta vez. Me había imaginado que el dueño de la casa estaba en el jacuzzi conmigo.

Brent.

El atractivo Brent de pelo oscuro, que me había tratado con tanta amabilidad en la oficina de Emmett y cuyos ojos oscuros ejercían una atracción magnética sobre mí.

Sí, me había imaginado que Brent yacía desnudo a mi lado y acariciaba mi cuerpo. Eso me había excitado y finalmente había empezado a tocarme. Cuando acariciaba mi pecho e imaginaba que estaba sentada en el regazo de Brent y que mi mano era su mano, de repente la puerta se abrió y Brent apareció en medio del baño.

Me había asustado tanto que no me moví del sitio.

Y estaba tan excitada que me preguntaba si Brent podía notar esta sensación.

Sí, si tal vez podía notar que justo había estado pensando en ÉL.

Y lo peor de todo: una parte de mí deseaba que mi sueño se hiciera realidad inmediatamente. Que Brent se desnudara y se metiera conmigo en el jacuzzi.

¡Carly! Esas cosas solo pasan en las películas. Contrólate. Este hombre puede tener a cualquier mujer. ¡CUALQUIERA! ¿Por qué iba a quererte precisamente a ti?

Brent me había examinado de arriba abajo con sus misteriosos ojos oscuros. No tenía ninguna duda de que ahora conocía cada centímetro de mi cuerpo. Desde lejos. Pero entonces, de repente, se había dado la vuelta, me había dado una toalla y me había hecho la propuesta con voz fría. Una propuesta puramente comercial, según me aseguró.

¿No había deseado hace poco que el guapo millonario me ofreciera un trabajo? ¿No había ideado una estrategia con Joanna sobre cómo podría conseguir que me considerara para un trabajo?

Sin embargo, no había pensado en este tipo de trabajo.

¿Por qué no contrataba a una actriz para que se hiciera pasar por su esposa ante estos socios comerciales? Había tantas actrices desempleadas que hacían trabajos similares al mío para llegar a fin de mes. Seguramente habría encontrado una candidata adecuada.

Las especulaciones no me llevaban a ninguna parte. Mi cabeza daba vueltas. Necesitaba consejo urgentemente. Lentamente, caminé sobre la alfombra mullida que estaba en el suelo frente a la cama. De mi bolsa de viaje saqué mi desteñida camiseta de dormir y los pantalones cortos que usaba por la noche en la cama. Los había vuelto a esconder en mi bolso esta mañana y también ayer. Me parecían demasiado viejos y gastados para estar sobre la cama en una habitación de invitados tan perfectamente amueblada.

Rápidamente, puse la toalla sobre la cama y me puse mi ropa de dormir. Luego retiré las sábanas y me metí debajo. Me hubiera gustado cerrar los ojos, pero sabía instintivamente que no podría conciliar el sueño.

No ahora.

No antes de haber tomado una decisión.

Pero para eso primero tenía que hablar con alguien.

Abrí el cajón de la mesita de noche y saqué mi teléfono móvil.

—¿Carly?

—Joanna, qué bueno que todavía estés despierta —suspiré aliviada—. Necesito hablar contigo urgentemente.

—¿Qué ha pasado? Suenas muy confundida. ¿Se ha desbordado el jacuzzi? —Con estas palabras, Joanna se rio un poco y yo también me reí involuntariamente. Joanna a menudo tenía un comentario relajado en los labios. Era una de las cosas que más me gustaban de ella—. Así me gustas mucho más. Si te ríes, no puede haber pasado nada realmente malo —dijo ahora.

—Bueno... —respondí lentamente y acomodé las grandes almohadas blancas en la cama para sentarme cómodamente. Mis ojos estaban bien abiertos y en la penumbra podía ver los contornos de los muebles. Un armario elegante, una hermosa estantería en la que, junto a artículos decorativos, había algunos libros que quizás los huéspedes quisieran leer. Una mesa pequeña y dos cómodos sillones.

—¿Qué significa "bueno"? Por favor, no me vuelvas loca, Carly. Me llamas tarde después de que querías relajarte en el jacuzzi y estás de un humor muy extraño. ¿Qué demonios está pasando?

—Él regresó y me sorprendió en el jacuzzi —solté sin más preámbulos.

Joanna permaneció callada por un momento. —¿El dueño de la casa? —preguntó finalmente.

—Sí. De repente estaba parado en medio del baño, Joanna.

—¿Te vio en el jacuzzi?

—Sí, eso es lo que acabo de decir.

Joanna volvió a reírse, pero enseguida se puso seria de nuevo. —¿Y?

—¿Qué y?

—Bueno, ¿qué dijo él?

—No mucho. Primero me miró fijamente y luego... bueno, me dijo que saliera.

—¿Te despidió? ¿Por qué ha vuelto tan pronto?

Ignoré la segunda pregunta. —No, me hizo una oferta.

—¿Una oferta? No entiendo nada.

—La semana que viene tiene unos importantes socios árabes de visita y quiere que finja ser su esposa para ellos.

—Fingir ser su esposa —repitió Joanna, que obviamente tenía dificultades para comprender el significado de lo dicho.

—Sí. En una cena de negocios. Eso es todo. Me pagará 10.000 dólares por ello.

—¡10.000 DÓLARES! —El grito de Joanna en la línea fue tan fuerte que temí que Brent pudiera oírlo desde el otro extremo del pasillo—. Eso es... Dios mío, creo que nunca he ganado tanto dinero. Ni siquiera lo he tenido en mi cuenta. Es una locura, Carly.

—¿Entonces lo harías?

—¿Aún lo preguntas? Por supuesto. Y en tu situación, sin duda. —Joanna guardó silencio un momento y luego añadió con voz normal—: ¿Por qué dudas? Si no recuerdo mal, a ti también te parecía bastante atractivo.

—Sí, es cierto. —Me alegré de que Joanna no pudiera verme en ese momento. Me caía muy bien y éramos buenas amigas, pero lo que había hecho y pensado exactamente en el jacuzzi quería

guardármelo para mí—. Es... muy atractivo —dije solamente.

—¿Entonces cuál es el problema? Con 10.000 dólares todos tus problemas se resolverían de golpe. Imagínate todo lo que podrías hacer con eso.

—Usaría una parte para la fianza cuando encuentre un nuevo apartamento. Y por supuesto, tendría suficiente dinero para ayudar a mamá y papá por un tiempo.

—Aun así, quedaría bastante.

—No tengo trabajo, el dinero se gastaría rápido.

—Ya encontrarás trabajo. O ¿por qué no tomas un trabajo temporal, aunque sea en McDonald's, y usas los 10.000 dólares para hacer un curso de secretariado? Al menos tendrás un papel que demuestre lo que sabes hacer y será mucho más fácil encontrar un trabajo que te interese.

Ni siquiera había pensado en esa posibilidad. Lo que Joanna decía sonaba tentador. Estaba sentada sola en la penumbra y de repente vi un futuro brillante ante mí.

—Ni siquiera había pensado en eso.

—¿Por qué dudas siquiera? Tienes que atreverte más, Carly. ¡En todos los aspectos de la vida!

Guardé silencio un rato y finalmente me atreví a decir: —Es tan condenadamente guapo.

—Bueno, ESO realmente no debería ser un problema —se rió Joanna.

—Me... examinó bastante de cerca cuando estaba sentada en el jacuzzi.

—Quieres decir... que no solo quiere que finjas ser su esposa.

—No lo sé, Joanna. Yo...

—Te parece atractivo. ¿Cuál es el problema?

Me quedé en silencio.

—Maldita sea, Carly. Hace demasiado tiempo que no te diviertes. Si un hombre guapo se te pone a tiro, aprovecha la oportunidad. Y si resulta que no quiere nada, ¿cuál es el problema? En cualquier caso, serás 10.000 dólares más rica.

—Tal vez me sentiría como una prostituta.

—Tonterías. —Podía imaginarme vívidamente a Joanna poniendo los ojos en blanco en ese momento—. Tienes que separar las cosas. El dinero lo recibes por fingir ser su esposa ante esos socios. Si pasa algo más, no tiene absolutamente nada que ver con eso. Simplemente míralo así.

—Hmmm... —dije, aún indecisa.

—Algunas oportunidades en la vida solo se presentan una vez. ¿Qué pasará si no aceptas la oferta? ¿Qué harás mañana?

—No lo sé.

—Te diré lo que harás: vendrás a refugiarte a mi casa y me darás la lata lamentándote por no haber aceptado la oferta.

—Tiene que haber alguna trampa. Uno como él puede tener a cualquier mujer. ¿Por qué sigue soltero?

—¿Tal vez no ha conocido a ninguna que quisiera?

—Entonces debe tener estándares muy altos.

Joanna suspiró. —Carly, nada de eso debería ser tu problema. ¿Por qué te haces estas preguntas? Te está ofreciendo una salida perfecta a tu dilema. Con este dinero tienes más posibilidades que nunca. Piensa en hace unos días. Te habrías muerto por una oferta así.

Cerré los ojos y me vi de nuevo saliendo de la oficina de Emmett y del piso compartido. Joanna tenía razón. Esa noche habría hecho cualquier cosa por una oferta así.

—Seguro que no hay ninguna trampa. Simplemente pídele el dinero por adelantado. Que te lo transfiera mañana mismo. Para él es una nimiedad y tú estarás del lado seguro.

Lo pensé. —Tienes razón —dije finalmente—. Eso es exactamente lo que haré. Pero le daré mi respuesta mañana.

Joanna se rió con indulgencia. —Ay, Carly. Siempre cautelosa. Siempre en guardia. Alégrate por esta oferta. Y luego ve qué pasa.

—Eso haré. Gracias, Joanna. Buenas noches.

—Buenas noches.

Terminé la llamada, puse mi móvil en la mesita de noche y me recosté en la cama. Quería darle mi respuesta a Brent mañana para poder entregarme tranquilamente a los sueños más salvajes esta noche.

Para poder seguir soñando donde lo había dejado en el jacuzzi.

Esa era la verdad.

Capítulo 14 - Carly -

A la mañana siguiente, salí con cuidado de la cama. Me sentía como si me hubiera pasado un camión por encima. ¿Entregarme a los sueños más salvajes? ¿Continuar soñando donde lo había dejado en el jacuzzi? Sí, había funcionado. De hecho, había funcionado tan bien que apenas había dormido. Mis fantasías me habían mantenido despierta toda la noche y no había caído en un sueño inquieto hasta el amanecer.

Lentamente, me dirigí al baño adjunto a esta habitación de invitados y me metí en la ducha. El agua era vigorizante, pero aún no estaba del todo despierta. Finalmente, me obligué a poner la palanca en "frío" durante los últimos 30 segundos. Jadeé sorprendida cuando el chorro de agua fría me golpeó, pero aguanté valientemente. En casa, en el calor de Texas, a menudo me duchaba con agua fría. En Nueva York, sin embargo, ya no lo hacía, pues había llegado en pleno invierno y no estaba acostumbrada a las bajas temperaturas. Temblando, finalmente cerré el agua y cogí la toalla. Mientras me secaba, sentí cómo todo mi cuerpo comenzaba a irradiar un agradable calor. Tan agradable como el que había irradiado toda la noche.

Posiblemente me había marcado un gol en propia puerta con la ducha fría. La perspectiva de enfrentarme a Brent en breve no ayudaba a disipar el calor de mi cuerpo. Al contrario. Me tomé mi tiempo para aplicarme crema y cepillarme los dientes. De mi maleta saqué un vestido informal de lana. No tenía nada mejor conmigo. ¿Cómo diablos iba a recibir a los socios comerciales en unos días? ¿Las esposas de los multimillonarios llevaban vestidos de lana? Si era así, seguramente no provenían de una tienda de segunda mano.

Finalmente, no pude esconderme más en mi habitación. Respiré hondo, me pasé la mano por el pelo, abrí la puerta y me dirigí a la derecha hacia las escaleras. Mientras bajaba los primeros escalones, vi a Brent de pie en el vestíbulo.

—Carly.

—Buenos días, Brent —miré directamente a sus ojos. Oscuros. Misteriosos. Justo como ayer. Al recordarlo, sentí cómo el color subía a mi rostro y rápidamente aparté la mirada.

—¿Has podido pensar en mi oferta?

—Yo... sí...

—Vamos a mi despacho —sin esperar, Brent se apresuró por el vestíbulo y abrió la puerta de su oficina. Me apresuré a seguirlo. ¿Qué significaba esto? ¿Teníamos que discutir este asunto en el despacho para que quedara claro que se trataba de un acuerdo puramente comercial? Bien, si eso es lo que quería. Pensé en todo lo que Joanna me había dicho en los últimos días. Definitivamente era hora de que me atreviera más. Esta era una excelente oportunidad para practicar, ya que Brent obviamente quería que YO fuera su esposa y nadie más. Así que tenía todas las cartas en la mano.

Brent se sentó detrás de su escritorio y señaló con la mano una de las modernas sillas de conferencia frente a él. De hecho, me sentí como si estuviera en una entrevista de trabajo.

—Me gustaría aceptar la oferta —abrí la conversación con determinación. Brent no movió un músculo—. Sin embargo, con una condición —añadí.

—¿Y cuál sería? —Con estas palabras, el rostro de Brent finalmente mostró algo de movimiento. Sus ojos se endurecieron un poco y vi que involuntariamente cerraba su mano derecha en un puño. Algo parecía no gustarle.

—Me gustaría la mitad de la suma como adelanto.

—¿Adelanto? ¿Dónde se ha visto eso? Un empleador también te paga tu salario al final del mes, cuando ya has realizado tu trabajo.

—Pero este no es un trabajo normal —me sorprendí de mi nueva persistencia. Hace unos días, probablemente habría aceptado sin más lo que Brent acababa de decirme. Escuché el sonido de mi propia voz y continué—: Hasta ahora no tenemos un contrato escrito y si alguna vez lo tuviéramos, entonces... bueno, no sé si nos ofrecería suficiente seguridad a ambos. El asunto es demasiado inusual. Tú necesitas mi servicio. Yo necesito el dinero y quiero todo el dinero. Con el adelanto, me aseguro. Tú también, porque quiero la segunda parte de la suma.

Brent me miró fijamente con sus ojos. Me alegré de estar sentada en la silla de conferencia, porque con esa mirada mis rodillas se debilitaron. —Eres bastante inteligente —dijo Brent con una mezcla de renuencia y reconocimiento—. Creo que Emmett Kershaw no tenía idea de todo lo que eres capaz de hacer.

—Puede ser —dije y sonreí. El cumplido de Brent desencadenó en mí una sensación de felicidad desconocida. Hacía mucho tiempo que nadie admiraba mi inteligencia.

—La sonrisa te queda bien —ante este comentario de Brent, mi corazón se detuvo por un momento, para luego continuar latiendo al doble de velocidad. Lo que Brent pensaba, no podía decirlo, porque ni siquiera me estaba mirando, sino que en ese momento sacó una tablet del segundo cajón del escritorio—. Bien, entonces dame tu número de cuenta y te transferiré 5000 dólares ahora mismo.

Observé cómo Brent realizaba la transferencia.

—Pero a cambio espero un trabajo de primera clase.

Asentí con entusiasmo.

—Si necesitas algo, házmelo saber. Todo debe estar impecable.

—Bueno... he comprado algunas cosas, pero no mucho. Solo para mí. Eso no es suficiente para una cena de negocios con dos hombres importantes. Tengo que conseguir varias cosas. En la cocina también hay poco... equipo básico.

—No como aquí a menudo.

—¿Dónde entonces? —se me escapó.

Brent me miró brevemente. Por un momento pareció que quería reprenderme por esta pregunta, pero luego respondió: —No me importa mucho la comida. Generalmente me compro una hamburguesa.

Miré incrédula sus ojos oscuros. ¿Un multimillonario que comía hamburguesas? ¿Me estaba tomando el pelo? Pero Brent no movió un músculo. Me atreví a examinar de nuevo su torso bien entrenado, al menos lo que podía ver detrás del escritorio. Brent definitivamente no parecía alguien que se alimentara de comida chatarra. Él pareció notar mi mirada. —Entreno mucho.

—Ah —fue todo lo que dije.

—Puedes comprar lo que quieras. Aunque apenas lo uso, tengo una cuenta de cliente en la tienda gourmet de la esquina. Viene... de otros tiempos —Brent pareció sumirse en sus pensamientos por un momento. Luego continuó—: Solo di que estás comprando para mí y todo se cargará automáticamente a mi cuenta bancaria.

—Suena bien —asentí para mí misma—. Hoy compraré algunas cosas básicas y en los próximos días pensaré qué es lo mejor para servir a los invitados.

Nosotros.

¿Habría notado Brent que dije "nosotros"?

Pero él parecía estar en otro lugar con sus pensamientos. —¿Con quién hablabas por teléfono ayer? —Aparentemente había escuchado mi conversación con Joanna.

—Con una amiga.

Asintió. —¿Y qué dice tu novio sobre este... compromiso?

Miré a Brent sorprendida. —No tengo novio —¿Acaso no era obvio? Seguramente no estaría cuidando la casa de un extraño si tuviera pareja.

Algo brilló en los ojos de Brent por un instante. ¿O me lo había imaginado? Ahora volvió a asentir. —Tengo que trabajar.

Cuando terminé de guardar mis compras en la cocina reluciente esa noche, contemplé satisfecha mi obra. Poco a poco, este lugar comenzaba a parecer un sitio donde la gente disfrutaba estar, donde les gustaba cocinar, reír y comer. Aunque seguramente no comeríamos con los socios de Brent en la mesa de madera de la cocina, sino que usaríamos el comedor de al lado, quería que cada habitación pareciera como si la villa fuera un hermoso hogar con una esposa cariñosa. Al fin y al cabo, para eso me pagaban.

Justo estaba colocando macetas recién compradas de albahaca, orégano, mejorana y romero frente a la ventana de la cocina, disfrutando del aroma de las hierbas, cuando sonó el timbre. Fruncí el ceño. ¿Quién podría ser? Para interpretar de manera convincente a la esposa de Brent, debería estar familiarizada con todas las personas que entraban y salían de la casa.

Me dirigí al vestíbulo, donde Brent en persona abrió la puerta. ¿Cómo había entrado esta persona a la propiedad? ¿No estaba cerrada la reja?

—¡Mariana! —La voz de Brent expresaba una alegre sorpresa, y desde el otro extremo del vestíbulo vi cómo dejaba entrar a una mujer y la abrazaba cariñosamente—. ¿Qué haces aquí tan pronto? ¡Te esperaba dentro de dos semanas!

—Ay, my boy, fue horrible. Oh, mi familia me sacó de quicio. Son todos tan... tan ruidosos, tan mexicanos. No, no podía pasar tres semanas allí. Prefiero volver y descansar aquí trabajando. —La mujer también abrazó a Brent y yo... sentí una oleada de celos que me invadía.

¿Quién era ella?

¿Qué hacía aquí?

En ese momento, me vio. —¿A quién tienes de visita?

Ahora estaba ansiosa por escuchar la respuesta de Brent. Yo era una visita... pero al mismo tiempo no lo era. Brent se aclaró la garganta. —Mariana, permíteme presentarte a Carly. Carly, esta es Mariana, mi ama de llaves.

El ama de llaves. Suspiré aliviada y la tensión que ni siquiera había notado hasta ahora abandonó mi cuerpo. Crucé el vestíbulo. Al acercarme, vi que no tenía nada de qué preocuparme. Mariana parecía más bien la madre joven de Brent y definitivamente no era alguien que esperara en secreto que él descubriera su corazón por ella.

¿Esperaba yo en secreto que descubriera su corazón por mí? Aparté esa pregunta y me dirigí al ama de llaves. —Hola Mariana. Encantada de conocerte. —Le tendí la mano. Mariana la tomó, pero inmediatamente miró a Brent y preguntó—: ¿Y quién es ella exactamente?

—Es mi esposa. —Al oír esto, contuve la respiración bruscamente. Así que no solo interpretaría el papel de esposa de Brent frente a sus socios, sino también frente a Mariana. Eso hacía mi tarea mucho más difícil. Después de todo, ella conocía a Brent muy bien, mucho mejor que yo. Pero entendía por qué no quería decirle el acuerdo que existía entre nosotros. Cuantas menos personas lo supieran, menor sería el riesgo de que se descubriera el secreto y los socios se enteraran. Porque en ese caso, el trato seguramente se vendría abajo.

—¿¡¿¡¿Tu esposa??????!?! —La voz de Mariana alcanzó alturas insospechadas—. ¿¡¿Qué?? No habías mencionado nada de esto cuando me fui hace dos semanas. —Lo miró fijamente—. ¿Qué secretos le ocultas a la buena Mariana? ¿Qué está pasando realmente aquí? —Secretos. Mariana parecía ser muy perspicaz.

—No tengo secretos, Mariana. Carly está aquí ahora y te está conociendo.

—Así que es eso. Esperaste a que me fuera para presentarme con hechos consumados a mi regreso. —Mariana era decidida, eso tenía que reconocérselo. Estaba ansiosa por ver cómo reaccionaría Brent—. ¡Casado! ¡Tú! ¡Precisamente tú!

Brent parecía sentirse algo incómodo. —Bueno, así son las cosas, Mariana. Carly y yo nos conocemos desde hace tiempo y quería presentártela desde hace mucho, pero simplemente no se dio la oportunidad. Y ahora... bueno, de alguna manera me di cuenta de que ya no quería estar sin ella. Así que le pregunté si quería casarse conmigo y dijo que sí. —Brent le sonrió radiante a Mariana—. Sabes que no soy un hombre que espere mucho cuando está seguro de algo.

—¿Por qué no me llamaste? ¡Siempre quise estar presente en tu boda!

—Te merecías tus vacaciones. No quería molestarte. Y Carly se ha encargado maravillosamente de todo. Te sorprenderás de cómo se ve la cocina ahora.

Mariana me lanzó una mirada furiosa y pasó como un rayo junto a mí a través del vestíbulo. Brent y yo la seguimos a cierta distancia. Él me susurró: —Es su temperamento mexicano. Se calmará tan rápido como se ha enfadado. No te preocupes.

—¡Madre mía! —Mariana estaba en la cocina abriendo armarios y cajones—. Al menos no has cambiado nada de lugar. —Las palabras fueron seguidas por una mirada de reproche hacia mí—. My boy, ¿acaso crees que yo no podría haber hecho algo así? —Hizo un gesto hacia el estante de especias bien surtido, el alféizar de la ventana rebosante de hierbas y la estantería donde acababa de guardar mis compras.

—Claro que sí, Mariana, por supuesto que podrías haberlo hecho. Pero hasta ahora simplemente no me había interesado tanto por... por todo esto. Eso empezó con Carly.

—¿Desde cuándo se conocen? ¡Hace unas semanas todavía te detenías en Burger King! Y nunca se mencionó a Carly. ¿Qué se supone que voy a hacer yo aquí?

—Alguien tiene que encargarse también del jardín —Brent me miró—. El jardinero se mudó a Montana hace unas semanas. Necesito encontrar urgentemente a alguien que se ocupe del jardín.

—Así que quieres deshacerte de mí mandándome al jardín. Madre mía, ya conoces mi cruz. ¿Qué voy a hacer allí? ¿Quieres que me vaya? ¿Es eso? —Mariana se estaba alterando cada vez más y Brent evidentemente no podía manejar la situación.

—Pero no, Mariana —intervine—. Nadie ha dicho eso. Quizás podamos hacer un plan juntas para el jardín y encontrar a alguien que se encargue de él. Y ver qué más se necesita en la cocina. Brent necesita toda la ayuda que pueda conseguir. —Al decir estas palabras, Brent me miró agradecido de reojo. Le sonreí y él me devolvió la sonrisa.

—¡Ayuda! Sí, eso es lo único para lo que sirvo ya. —Mariana no era fácil de calmar.

—¡Pero eso es bastante! —insistí—. Todos necesitamos ayuda, yo también. De hecho, voy a necesitar mucha. La semana que viene hay una cena importante con socios de Brent y tenemos que tenerlo todo listo a tiempo.

—Ayuda —gruñó Mariana de nuevo—. Y tengo que sacar a pasear a Max. —Miró a su alrededor con desconfianza—. ¿Dónde está, por cierto?

—En la clínica veterinaria —dijo Brent—. Tenía un diente infectado y una sepsis. Fue bastante crítico, pero Carly lo encontró y lo llevó al médico a tiempo.

Mariana me miró. En su mirada pude leer ahora cierta admiración.

—Brent me ha hablado mucho de ti, Mariana. Te ha elogiado muchísimo y ha hablado maravillas de ti. Me alegro tanto de conocerte por fin. —Al decir estas palabras, tomé a Brent del brazo para enfatizar la credibilidad de lo que decía. Yo misma me sorprendí de mi audacia. Desde que Brent me había hecho esta oferta, estaba descubriendo facetas de mí misma que ni siquiera sabía que tenía. Facetas buenas. Facetas positivas.

Sin embargo, la cercanía del cuerpo de Brent hizo que perdiera rápidamente mi serenidad. Mi piel hormigueaba de pies a cabeza. Tragué saliva e intenté ignorarlo lo mejor que pude, sobre todo porque Brent parecía completamente imperturbable ante mi cercanía. Claro. Solo teníamos un acuerdo de negocios.

—Hmm... —dijo Mariana con desconfianza. Me examinó de pies a cabeza—. ¿Y tratas a mi Brent tan bien como se merece?

—Por supuesto —respondí con una sonrisa.

—Lo conozco desde hace mucho tiempo, al fin y al cabo, trabajé para su abuela.

—Sí —confirmó Brent—. Conozco a Mariana desde que tengo uso de razón. Cuando mi abuela aún vivía, solo tenía a alguien que venía ocasionalmente a limpiar. Pero ahora Mariana ha tomado el mando. —Mando parecía ser la palabra adecuada. Mariana era más la señora de la casa que el ama de llaves.

—Por eso, chica, si no tratas bien a mi Brent... o si me doy cuenta de que solo vas tras su dinero... —Mariana no terminó esta frase.

Ajá.

Así que por ahí iban los tiros.

Mariana creía que me había colado aquí para acceder a la fortuna de Brent.

Bueno, su suposición no estaba tan equivocada.

De hecho, yo estaba aquí por el dinero.

Pero de una manera completamente diferente a la que ella creía. Y eso nunca debía descubrirlo.

—Carly es honesta, Mariana —dijo Brent en ese momento, poniendo un brazo alrededor de mí y

dándome un beso en la coronilla.

Mi centro comenzó a arder.

Capítulo 15 ~ Brent ~

Está bien si ella es honesta. Pero ahora yo sobro aquí. Después de haberte cuidado todos estos años como si fueras mi propio hijo. Incluso he tolerado tu manía por la comida chatarra —Mariana me miró agitada.

—Sabes que aprecio eso especialmente, Mariana. Y no sobras. Nunca lo harás —le sonreí cálidamente. No, de ninguna manera quería que Mariana se fuera. Después de todo, junto con Max y el viejo reloj, era lo único que me quedaba para recordar a mi abuela. Con ella podía ocasionalmente rememorar las noches en que mi abuela me preparaba chocolate caliente y me leía un libro emocionante.

—Si ahora tienes una nueva mujer... —Mariana sonaba malhumorada. Internamente, puse los ojos en blanco. Solo las mujeres podían ser tan complicadas, ¿verdad? ¿Qué tenía de malo que Carly estuviera aquí? Incluso si se quedaba más tiempo, habría más que suficiente para que Mariana hiciera y nadie dudaría de ella. Excepto ella misma.

—Carly no te está reemplazando, Mariana. Simplemente se está uniendo a nosotros.

—Mmm —la desconfianza de Mariana aún no se había aplacado—. Le prometí a tu abuela que te cuidaría bien. Ella no quería que nadie te rompiera el corazón —asentí. Mi abuela había conocido a Leticia y se había dado cuenta de lo mal que me sentía después de nuestra separación. Por supuesto, había ocultado las circunstancias exactas.

—Carly es honesta, Mariana. No es como otras mujeres.

—Ah, ¿qué sabes tú de mujeres? —Mariana me miró agitada—. Nunca has traído a una a casa —noté que Carly me miraba asombrada ante este comentario. Le apreté el brazo de manera tranquilizadora. Sentir sus hombros delgados pero firmes bajo mi brazo se sentía completamente natural.

—Conozco lo suficiente a las mujeres para saber que Carly es honesta —dije firmemente. No quería más discusiones sobre este tema. Mariana seguía mirando a Carly con desconfianza.

—Eres como un hijo para mí, Brent. Te conozco desde hace muchos años, desde que entré por primera vez en la casa de tu abuela. Sabes que solo quiero lo mejor para ti.

—Carly es lo mejor para mí, Mariana. La vi y fue... amor a primera vista —me esforcé por parecer lo más embelesado posible al decir esto. Maldita sea. Ahora incluso tenía que convencer a mi propia ama de llaves de que realmente sentía algo por la mujer que había contratado hoy para que fingiera ser mi esposa. ¿Debería contarle a Mariana sobre el acuerdo que había hecho con Carly?

Después de todo, Mariana estaba demostrando en este momento que era absolutamente confiable, ya que estaba muy preocupada por mi bienestar. Por otro lado, esto era un buen ejercicio. Si lograba convencer a Mariana de que lo de Carly era real, entonces la cena de negocios con Ali y Abdallah sería pan comido. Y además, no estaba seguro de cómo reaccionaría Mariana. Como mexicana devota, odiaba las mentiras de cualquier tipo. No, me mantendría con mi estrategia. Era mejor para Mariana si no se enteraba de la verdad ahora. Entonces no le resultaría difícil encontrar las palabras correctas durante la cena con Ali y Abdallah. Ya pensaría más tarde en lo que le diría cuando terminara el acuerdo con Carly.

Ahora tenía que convencer a Mariana, así que apreté a Carly más contra mí. Ella siguió el juego y presionó su cuerpo contra el mío. Podía sentir sus firmes pechos a un lado de mis costillas, tan cerca estábamos ahora. La imagen de Carly desnuda en el jacuzzi aún estaba clara en mi mente. Tan clara que mi pene comenzó a palpitar en mis pantalones. Recordé cómo Carly había jugado con su pezón. Nunca había visto algo más excitante.

Oh, maldita sea. Tenía que tener a esta mujer. En el fondo, lo había sabido desde el momento en que yacía desnuda frente a mí. ¿O lo había sentido incluso antes? ¿En la oficina de Emmett?

—Sí, vi a Brent y supe de inmediato... este es el hombre que he estado esperando toda mi vida —dijo Carly en ese momento, dirigiéndose a Mariana y apretándose aún más contra mí—. Fue amor a primera vista —sonaba tan sincero que inmediatamente me pregunté si Carly también se había sentido atraída por mí esa noche en la oficina de Emmett. Ahora me miró y me sonrió con esos ojos cuyo color aún no había podido determinar exactamente. ¿Esmeralda? ¿Aguamarina?

Miré esos ojos, recorrí con mi mirada ese dulce rostro bajo el cabello castaño y finalmente me detuve en los labios carnosos. Y en el seductor lunar justo al lado. ¿No había una supermodelo que tenía un lunar exactamente en ese lugar? Pero en este momento, Carly me parecía infinitamente más seductora que cualquier supermodelo.

—Si son una pareja tan feliz y se aman tanto, entonces demuéstraselo a tu Mariana. Entonces estaré tranquila y podré informar a tu abuela esta noche en mis oraciones que te he cuidado bien

—Mariana no solo era religiosa, sino que también me había contado a menudo que aún mantenía un diálogo con mi abuela y que había recibido instrucciones de ella sobre qué hacer en la casa o qué decirme. Generalmente solo asentía cortésmente, porque aunque apreciaba mucho el recuerdo de mi abuela y me gustaba hablar de ella con Mariana, no creía en voces del más allá. Más bien sospechaba que Mariana usaba a mi abuela como excusa para imponer sus propios intereses. Tal vez no siempre, pero al menos a veces.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Por favor. ¿Tengo que decirte cómo mostrarle amor a una mujer? —Mariana puso sus manos en sus caderas—. Bésala de una vez. Un beso siempre me ha mostrado cómo están las cosas entre una pareja. Si se aman. O si es más bien un cálculo.

¿Mariana creía que podía ver en un beso lo que era el amor? En ese caso, sería mejor no besar a Carly. Después de todo, solo nos unía un acuerdo.

—Mariana, esto es ridículo. No tengo que probarte nada.

—Ah, ¿por qué no? No tiene nada de malo. —Miré asombrado a Carly, de quien habían salido estas palabras. Sus misteriosos ojos verdes me miraron con un destello. Rápidamente, para que Mariana no se diera cuenta, Carly me guiñó un ojo. Luego sonrió y su lengua se deslizó sobre el lunar junto a su boca, tal como lo había hecho la noche anterior. Y entonces ya no pude resistirme más. Me incliné hacia ella y presioné mis labios contra su suave boca. Carly no retrocedió. Al contrario, sentí cómo se ponía de puntillas para acercarse a mí. Con mi brazo libre, agarré su cabeza y la apreté aún más contra mí. Mi lengua exploró sus labios y finalmente pidió entrada a su boca. Y Carly la concedió de buena gana. Cuando abrió sus labios, mi lengua se sumergió en la cálida y suave cavidad detrás y se encontró con su lengua. Nos entrelazamos apasionadamente. Carly envolvió sus brazos alrededor de mi cuerpo y se apretó contra mí. Mientras me sumergía más y más profundamente en su boca, las manos de Carly recorrieron mi espalda y finalmente se detuvieron en la hendidura justo encima de mi cinturón.

Mi polla se puso dura. Más dura que antes.

Dios mío, ¿no le había prometido a esta mujer esta mañana —o había sido anoche?— que no pasaría nada que ella no quisiera? Pero esto parecía que sí lo quería. Y yo también lo quería. Y vaya que sí. No podía tener suficiente de Carly y absorbí ávidamente su sabor. Un suspiro apasionado escapó de Carly y presionó sus caderas contra mí.

Ahora podía sentir lo dura que estaba mi polla. Pero esto no pareció asustarla en lo más mínimo, al contrario, frotó ligeramente sus caderas contra las mías.

Eso me volvió loco.

¿Quién era esta mujer que me había parecido tímida como un ratoncito en la oficina de Emmett, a quien luego había encontrado en una posición sumamente excitante en mi jacuzzi contra todas las instrucciones, que después había negociado fríamente un adelanto, como si cada semana fingiera ser la esposa de alguien... y que ahora me besaba como si no hubiera un mañana?

¿Quién era ella?

Rompí el beso.

Lentamente separé mis labios de los de Carly, recorrí su cuello hasta su oreja y susurré: —Esto pide más. —Carly no respondió, pero pasó sus manos una vez más por mi espalda antes de alejarse un poco de mí y ambos miramos a Mariana.

—Bueno, ¿estás satisfecha ahora? —pregunté irónicamente—. Y sobre todo: ¿cómo estamos ahora? Ahora estoy ansioso por escuchar tu respuesta.

Mariana cruzó los brazos sobre su pecho. Me miró desafiante. —Oh, tienen sentimientos el uno por el otro. Hasta un ciego podría verlo.

—Muchas gracias —dije, todavía con ironía. De ninguna manera le diría a Mariana que Carly y yo estábamos unidos solamente por un... bueno, un contrato verbal. Y... bastante pasión, como acababa de quedar demostrado.

No había nada más.

—Pero algo... algo es diferente. —Mariana miró de Carly a mí. Maldita sea, realmente tenía un buen instinto. Por supuesto que algo era diferente—. Simplemente no puedo identificarlo —dijo pensativa.

—No lo pienses demasiado —dije—. No hay nada que encontrar.

Después de estas palabras, tomé a Carly de la mano y la saqué de la cocina. Apenas estuvimos en el vestíbulo, presioné a Carly contra la pared. Quería besarla de nuevo. Por fin no había más espectadores a quienes tuviera que probar algo. Por fin podía dar rienda suelta a mi pasión. Y Carly parecía pensar lo mismo. Acarició mi mejilla con su mano y me miró profundamente a los ojos.

—Brent —murmuró y trazó los contornos de mis labios con sus dedos. Abrí mi boca, pasé mi lengua por las puntas de sus dedos y finalmente agarré su muñeca para llevar dos de sus dedos entre mis dientes. Mordí suavemente mientras sus otros dedos acariciaban mi barbilla. El toque era tan suave que apenas lo sentía y precisamente eso me volvió completamente loco. Aparté la mano de Carly y me incliné hacia ella. Con mi lengua tracé los contornos de sus labios, seguí su

sexy curva y finalmente penetré en su boca. Allí nuestras lenguas comenzaron una danza apasionada. Presioné mi cuerpo contra el de Carly. La pared detrás de ella le impedía retroceder. Pero ella tampoco parecía querer hacerlo. Al contrario, se arqueó ansiosamente hacia mí y frotó nuevamente su centro contra mis caderas.

Cuando separé mis labios de los de Carly, se le escapó un gemido apasionado. Ya había considerado cómo convencer a Carly de compartir el dormitorio conmigo. Habitaciones separadas habrían reavivado las sospechas de Mariana y esta vez no se me habría ocurrido ninguna excusa. Pero como resultó, no necesitaba convencer a Carly. La agarré por las caderas y la levanté. Ella envolvió sus brazos alrededor de mis hombros y me dirigí hacia arriba con mi dulce carga.

—Oh sí, esto es lo que he estado deseando todo el tiempo —murmuró Carly en mi oído y comenzó a besar suavemente mi cuello. Después de lo que pareció una eternidad, finalmente llegamos a mi dormitorio. Bajé a Carly y cerré la puerta cuidadosamente. Para estar seguro, también giré la llave dos veces. Por fin tocaría este cuerpo perfecto. Nada ni nadie debía interrumpirme.

De repente, Carly pareció algo insegura y tensa.

—Todo está bien, cariño —susurré y me acerqué a ella para abrazarla. Suavemente amasé su trasero y de inmediato sentí cómo Carly se relajaba de nuevo en mis brazos. Mi mano subió por la espalda de Carly hasta la cremallera del vestido de lana gris que llevaba hoy. Finalmente tuve el pequeño cierre en mi mano y lo bajé completamente. El vestido de lana cayó al suelo. Presioné a Carly contra mí y disfruté sintiendo aún más de su piel desnuda contra mi cuerpo. Los dedos de Carly se movieron entre nuestros cuerpos y sentí que estaba ocupada con mi camisa. Me la quité tan rápido como pude.

Carly acarició suavemente mi torso tonificado y suspiró con placer. La atraje hacia mí nuevamente, esta vez para desabrochar su sujetador. Por fin. Por fin podía tocar esos pechos que había visto anoche en el jacuzzi y que me habían perseguido hasta en mis sueños húmedos. Con mi mano derecha, agarré el pecho de Carly y lo amasé suavemente. Mi pulgar estimuló su pezón hasta que ella echó la cabeza hacia atrás y comenzó a gemir suavemente. Me incliné sobre ella y comencé a besar sus pechos y a succionar su pezón. Los gemidos de Carly se hicieron más fuertes y sin duda eran el sonido más excitante que había escuchado jamás. Mi pene se ponía cada vez más duro. Lentamente, empujé a Carly hacia la cama.

La giré y froté mi pene contra su trasero. Dios, se sentía tan bien. Mi mano se deslizó dentro de sus bragas y encontró su clítoris. Comencé a masajearlo suavemente. Carly abrió sus piernas de buena gana para darme mejor acceso. Cuando sentí su humedad, mi pene se puso más duro de lo que jamás hubiera creído posible. Continué masajeando a Carly y sus gemidos llenaron toda la habitación.

Finalmente, no pude aguantar más. Le arranqué las bragas a Carly, la giré de nuevo y la arrojé

sobre mi cama. Sus ojos verdes de un color indefinible estaban ahora velados por el deseo y la excitación, y me miraban fijamente. Me quité el resto de mi ropa y me acerqué a Carly nuevamente. Ella miró con avidez mi pene erecto y levantó su mano para masajearme también. Me arrodillé a su lado, cerré los ojos y me entregué por completo a la caricia de su mano.

Cuando sentí que no podía aguantar más, me coloqué encima de Carly y finalmente penetré en ella. Inmediatamente, ella envolvió sus piernas alrededor de mí y comenzó a moverse a mi ritmo. Carly empezó a gemir fuertemente de nuevo. Empujé más y más profundo dentro de ella mientras observaba su rostro con los labios entreabiertos.

El lunar junto a ellos invitaba como siempre a besarlo. Empujé tan profundo en Carly como nunca antes y justo en el momento en que me incliné para besar su lunar, ella se estremeció, apretó sus piernas aún más alrededor de mí y gimió —Oh Brent—. Se apretó contra mí mientras su orgasmo se apoderaba de todo su cuerpo. Las contracciones de su vagina elevaron mi excitación a niveles inconmensurables y cuando finalmente besé su lunar, yo también llegué al clímax.

Capítulo 16 - Carly -

Cuando abrí los ojos, me tomó un momento darme cuenta de dónde estaba. No era la cama en la que había despertado los últimos días. Esta era una habitación diferente y una cama distinta. La enorme cama king-size de Brent, donde había pasado la noche con él. ¡Y vaya noche! El recuerdo hizo que mis mejillas se sonrojaran. Nunca en mi vida me había sentido tan deseada y querida. Mi cuerpo aún hormigueaba al recordar el placer que había experimentado anoche. Brent había despertado en mí sentimientos que ni siquiera sabía que existían.

Carly. Ten cuidado. Esto es solo un acuerdo verbal. Ayer te transfirió 5.000 dólares y te transferirá la misma cantidad cuando termine la cena de negocios para la que te contrató. Al final, esto es solo un juego y debes tener cuidado de no perder tu corazón en el proceso.

Pero, ¿podría ser fingida la pasión que había sentido en Brent anoche?

Aparté ese pensamiento, me levanté y salí sigilosamente de la habitación. Mi cepillo de dientes y todas mis otras cosas seguían en la habitación de invitados. No quería que Mariana me viera de camino allí. Aunque, por otro lado, ella conocía esta casa como la palma de su mano y se daría cuenta de que había usado la habitación.

Cuando abrí la puerta veinte minutos después para bajar, Mariana venía subiendo las escaleras. Me miró con desconfianza.

—Buenos días, chica. ¿Ya tienes tu propia habitación después de una semana?

—Buenos días, Mariana —sonreí—. Hace dos días tuve migraña, así que no quise molestar más a Brent y me quedé en la habitación de invitados. Dejé mis cosas aquí. Un baño propio es bastante práctico y aquí hay espacio de sobra. —La segunda parte de la excusa no sonaba convincente ni a mis propios oídos, pero por suerte Mariana no preguntó más, solo dijo:

—Me alegro de que te sientas mejor. Brent parecía muy descansado esta mañana. Al parecer, le

haces bien.

¿Descansado? ¿Cómo podía ser eso? No habíamos dormido mucho esa noche...

Le sonreí a Mariana y pregunté:

—¿Brent está en la cocina?

—En el estudio, chica, pero aún no ha empezado a trabajar. Puedes entrar tranquilamente. —Mariana parecía conocer las costumbres de Brent al dedillo. Los dos debían tener una relación muy especial.

Crucé el gran vestíbulo de entrada, que no dejaba de impresionarme cada vez que lo veía. Nunca había visto algo así en ninguna casa. Solo en la televisión. Cuando llegué a la puerta del estudio de Brent, llamé suavemente. Aún no lo conocía tan bien como Mariana y no quería molestarlo de ninguna manera.

—¿Sí? —Ante la respuesta de Brent, abrí la puerta con cuidado. Estaba sentado detrás de su gran escritorio, mirando fijamente una de las pantallas de su PC. ¿Se veía descansado? No podía decirlo con certeza. Se volvió hacia mí.

—Buenos días, Carly. —La mirada de sus ojos era inescrutable. ¿Estaría pensando en la noche anterior en ese momento? ¿En cómo había empujado su miembro más y más profundo dentro de mí, arrancándome gemidos apasionados?

—Buenos días, Brent.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó.

—Yo... necesito ir de compras urgentemente. No tengo nada apropiado que ponerme para la cena.

—No tiene que ser algo nuevo. Puedes simplemente traer algo de tu apartamento.

—No hay más ropa allí. Todo lo que poseo está en mi bolsa. —Cuando terminé esta frase, Brent alzó las cejas sorprendido. Alguien tan inmensamente rico probablemente no podía imaginar que existieran personas como yo, que casi no poseían nada.

—Entonces, que te diviertas de compras —fue todo lo que dijo.

—Yo... —Lo que tenía que decir ahora me costaba mucho—. No tengo dinero para ir de

compras. —Ya está, lo había dicho. Brent me había pagado 5.000 dólares ayer y hoy ya tenía que pedirle más dinero. Me sonrojé ligeramente. Brent me miró con expresión impasible. Después de medio segundo, que sin embargo me pareció más bien media hora, abrió un cajón de su escritorio, metió la mano y sacó una tarjeta y un pequeño papel.

—Aquí tienes una de mis tarjetas de crédito. Con ella puedes comprar todo lo que necesites. El PIN está en el papel.

—Gracias —dije y tomé la tarjeta y el papel. Cuando mis dedos tocaron la mano de Brent, fue como si recibiera una pequeña descarga eléctrica. Un rayo de excitación recorrió todo mi cuerpo y mi centro comenzó a arder ligeramente. Rápidamente me aparté—. ¿Debo tener en cuenta algo sobre el código de vestimenta?

—Creo que algo más bien conservador es apropiado. Nada con un escote demasiado pronunciado. —Brent sonrió—. Aunque seguro te quedaría estupendo.

Me sonrojé de nuevo.

—Sí... bueno, entonces me pongo en marcha. Hasta esta noche. —Con estas palabras, me di la vuelta y salí de la oficina. Rápidamente me apresuré por el vestíbulo de entrada para buscar mi bolso.

—Chica, ¿a dónde vas así sin desayunar? —La voz de Mariana me hizo detenerme. ¿Desayuno? ¿Era esta oferta una señal de que había aceptado mi presencia en la villa? Me di la vuelta.

—Oh, qué amable de tu parte querer prepararme el desayuno —sonreí radiante.

—Por supuesto, chica, ya estás demasiado delgada. —Yo no lo veía así, pero me cuidé de contradecir a Mariana.

—Tengo que salir urgentemente a comprar algunas cosas. Prometo que compraré algo por el camino. Un croissant y un café.

—Ayer me dio la impresión de que sabes apreciar una buena comida.

—Lo haré —volví a sonreír—. Mañana desayunaremos juntas aquí. Pero ahora tengo que irme. Hasta luego, Mariana.

Poco después, abrí la puerta y salí. Mientras la puerta eléctrica del jardín se cerraba lentamente detrás de mí, saqué mi teléfono del bolsillo. Hacía mucho tiempo que no iba de compras y podía usar un poco de ayuda y asesoramiento. Después de todo, no se trataba de comprar un nuevo pantalón de chándal, sino de un atuendo elegante y representativo para una cena de negocios.

Tenía que causar una buena impresión. Al fin y al cabo, Brent me pagaba mucho dinero por ello.

Joanna respondió al primer timbrazo. —Carly, ¿cómo estás?

—¿Qué planes tienes hoy? ¿Cuándo entras a trabajar? —Joanna trabajaba por turnos, así que a veces tenía libre durante el día.

—Hoy no empiezo hasta la tarde.

—¿Te apetece ir de compras conmigo ahora?

—¿De compras? ¿Has decidido gastar tu anticipo de una vez? —Joanna se rio divertida—. Eso no es propio de ti.

—No, no es así. Necesito algo que ponerme para esta cena de negocios con los árabes. Algo elegante, pero que a la vez parezca más bien conservador. Brent lo paga.

—No está mal. —Joanna silbó suavemente entre dientes.

—Bueno... Para ser honesta... hace tanto tiempo que no voy de compras que podría usar un poco de ayuda. ¿No quieres venir conmigo?

—Por supuesto que iré. ¿Cuándo y dónde nos encontramos?

—Hmm... ¿En la Quinta Avenida?

—Suena bien. ¿Dónde exactamente?

—No lo sé. Ni siquiera sé a qué tienda deberíamos ir.

—Hay una boutique que dicen que es lo último. *Your Perfect Dress*. A dos manzanas de la estación de metro. ¿Qué te parece allí, en cuarenta y cinco minutos?

—Suena perfecto. —Eso me daría tiempo suficiente para conseguir un croissant y el café. Estaba especialmente emocionada por eso. Hacía mucho que no me permitía un pequeño extra, ya que mi saldo bancario no lo permitía.

Casi una hora después, Joanna y yo abrimos la puerta de la boutique donde supuestamente toda mujer encontraba lo que buscaba. *Your Perfect Dress*.

Cuando la puerta se cerró detrás de nosotras, miré a mi alrededor impresionada. Aunque ya llevaba algún tiempo viviendo en Nueva York, nunca había entrado en una tienda como esta.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlas? —Una señora bien vestida de mediana edad se apresuró hacia Joanna y hacia mí. De no ser por la placa que la identificaba como empleada, la habría tomado por una clienta.

—Yo... eh, busco un vestido... o algo así... bueno, algo que pueda ponerme para una cena de negocios. —Balbuceé avergonzada. Con mi falda de segunda mano y la camiseta del color de la penúltima temporada, me sentía completamente fuera de lugar aquí.

—Tenemos una gran selección y seguro que podremos ayudarla —dijo la vendedora—. Por favor, tomen asiento aquí. ¿Puedo ofrecerles un café, agua o alguna otra bebida?

—Un agua estaría genial.

—Dos aguas —añadió Joanna.

La vendedora se alejó. —Dios mío, ¿a qué tienda me has traído? —le susurré a Joanna—. ¿Algo de beber? Nunca había oído algo así. —Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos pudiera oír—. Los precios deben ser astronómicos.

Joanna se rio y me llevó hacia dos sillones que parecían cómodos, donde nos sentamos. —Querida, ahora estás comprando en otra categoría. ¿No dijiste que tenías su tarjeta de crédito?

Asentí.

—Bueno, para él esto son cacahuetes. Ahora simplemente disfruta de esto. —Joanna me sonrió alentadoramente. Respiré hondo y me recosté en el sillón. Joanna tenía razón. Esta era una experiencia única. Poco a poco me fui relajando.

Justo cuando la empleada volvía hacia nosotras con una pequeña bandeja con dos vasos, la puerta se abrió de forma algo brusca. Una persona entró en la tienda. Me quedé paralizada. ¿Era posible? ¿Qué hacía ella aquí?

—Aquí tiene su agua, querida. —Apenas me di cuenta de cómo la empleada colocaba la bandeja en una pequeña mesa entre los dos sillones. Empujé a Joanna bruscamente.

—Joanna, vámonos.

—¿Pero por qué? —Joanna me miró sorprendida con sus ojos azules. Aún no se había dado

cuenta de la nueva clienta que acababa de llegar. O tal vez no reconocía a la mujer, después de todo no la había visto muy a menudo.

Pero la mujer me reconoció, al igual que yo la reconocí a ella.

—¿Estás gastando aquí tu botín? —La voz estridente de Paige resonó por toda la tienda. Me hice tan pequeña como pude en mi sillón. Me hubiera gustado simplemente desaparecer. Joanna agarró mi mano.

—Paige —dijo—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

Paige ignoró completamente a Joanna y siguió gritando: —Así que también has traído a una cómplice. Para que no pueda probar nada contra ti. Probablemente ELLA se haya guardado mis 100 dólares ahora.

Entonces me enderecé en el sillón. No iba a seguir tolerando estas acusaciones. —¡Yo no robé tu dinero!

—¡Ladrona! —gritó Paige de nuevo, señalándome con el dedo.

La empleada que me había traído el agua se había alejado rápidamente ante la primera acusación de Paige y ahora volvía con un hombre pequeño vestido con un traje oscuro que llevaba un botón en la oreja.

—Soy el encargado de la seguridad y el orden aquí. ¿Qué está pasando?

—¿Que qué está pasando? ¡Esta mujer me robó dinero hace unos días y ahora se lo está gastando! ¡O está robando más! Acabo de pasar por la calle y la vi entrar aquí. ¡Me siento obligada a advertir a todos!

—No he robado nada —dije en voz baja. Sin embargo, no pude evitar sonrojarme. El hombre del traje me miró con desconfianza.

—No lo ha hecho —afirmó Joanna.

—Ustedes dos están confabuladas —Paige no se rendía.

El hombre del traje negó con la cabeza. —Señoras, este no es un lugar para resolver sus disputas personales. ¿Puedo pedirles que se calmen y resuelvan este asunto más tarde entre ustedes? No somos competentes para esto y nos gustaría venderles algo a todas.

Solo asentí.

—Deberían sentirse competentes. Esta mujer —al decir esto, Paige me señaló con el dedo— apenas tiene dinero para pagarme el alquiler. ¿Qué hace aquí? No puede permitirse esta ropa.

—Sí puede —dijo Joanna fríamente.

El hombre del traje nos examinó detenidamente a Joanna y a mí. Podía imaginar vívidamente lo que pensaba. Con nuestra ropa informal, no parecíamos en absoluto las típicas clientas de esta tienda. Y mucho menos parecíamos pertenecer a la clase alta, que podía permitirse gastar una cantidad de cuatro cifras al pasar rápidamente por aquí.

—Señoras —sonrió disculpándose—, lamentablemente es frecuente que tengamos clientas que no pueden permitirse nuestros precios y se van de la tienda sin ropa después de una consulta. También hemos tenido clientas que nos han inventado historias sobre maridos que vendrían más tarde a pagar, pero que nunca aparecieron. Naturalmente, queremos evitar esto a toda costa.

—Puedo pagar —se me escapó espontáneamente.

—¿Ah, sí? Entonces demuéstralo —chilló Paige. Ya había tenido suficiente. La miré furiosa, agarré mi bolso y saqué la tarjeta de crédito que Brent me había dado esta mañana junto con el PIN. —Aquí. Es una tarjeta de crédito Platinum. Con saldo suficiente para comprar toda la tienda.

—Probablemente también robada —se rió Paige con desdén.

El hombre del traje se colocó en diagonal detrás de mí para poder leer el nombre en la tarjeta. —Brent Riggs. ¿No es usted, verdad? —Dio un paso adelante y me miró.

—No, por supuesto que no. Actualmente... vivo con el Sr. Riggs —murmuré algo avergonzada. ¿Cómo podía describir la relación entre Brent y yo sin contar demasiado? Hasta ahora, ni siquiera le había confiado a Joanna que Brent y yo habíamos pasado la noche juntos. Con este recuerdo, la sangre volvió a subirme a la cara y el hombre del traje me miró aún con más desconfianza.

—Entonces seguramente no tendrá inconveniente en que llame al Sr. Riggs para asegurarme de que todo está en orden —dijo.

¿Llamar a Brent? No quería de ninguna manera que Brent se enterara de la situación en la que me encontraba. Posiblemente el detective —ya no tenía dudas de que el hombre del traje era un detective de la tienda— también le contaría que Paige me acusaba de haber robado 100 dólares.

Si Brent se enteraba de esto... seguramente me consideraría inmediatamente inadecuada para el trabajo. Necesitaba una esposa con una reputación intachable. En mi mente, me vi a mí misma siendo echada de la mansión por Brent y reclamándome los 5.000 dólares. No podía permitir que eso sucediera de ninguna manera. Necesitaba el dinero, necesitaba el trabajo.

—No, por favor, no lo haga —dije—. Todo está en orden. El Sr. Riggs me dio la tarjeta esta mañana con el PIN.

—Conozco al Sr. Riggs —respondió el detective—. Una breve llamada y podrá continuar con sus compras sin interrupciones.

Tan rápido como pude, guardé la tarjeta en mi bolso y me levanté. —No será necesaria una llamada. Gracias por su ayuda. Mejor nos vamos y miramos en otro lugar. —Con estas palabras, tomé la mano de Joanna y la arrastré conmigo.

—¡Ladrona! —Paige agarró mi manga e intentó detenerme—. Ayúdenme. Quiere huir —le gritó al detective. Pero él negó con la cabeza.

—No tengo ninguna razón para retener a estas dos mujeres aquí. Sus asuntos privados deben resolverlos fuera, ya se lo he dicho.

Temía que Paige me siguiera ahora afuera, pero no contaba con Joanna. —Déjanos en paz de una vez —gritó ella y apartó la muñeca de Paige de mi brazo. Paige miró a Joanna sorprendida.

—Vamos —me susurró Joanna y salimos tan rápido como pudimos por la puerta de la tienda. Eché un vistazo cauteloso por encima del hombro. Paige no nos seguía. Evidentemente, prefería no montar una escena en la calle.

—Qué mala suerte —jadeó Joanna mientras corríamos rápidamente por la 5ª Avenida—. Justo tenía que vernos entrar en esa tienda.

—Por suerte nos hemos librado de ella. —Miré por encima de mi hombro. No había señales de Paige. Suspiré aliviada.

Joanna se detuvo bruscamente para doblar por una calle lateral. —Aquí hay otra boutique genial, me lo contó una conocida. Venden diseños de jóvenes diseñadores de Nueva York. La conocida compró allí un vestido diseñado por una tal Rachel Hart. Me mostró una foto. Era una locura.

—Suena bien.

—Seguro que encontramos algo para ti. Y garantizado que no tan caro como en *Your Perfect Dress*.

—Vamos allá. —Sonreí y me pregunté qué diría Brent si me viera con un vestido de diseñador.

¿Le gustaría algo así?

Capítulo 17 - Brent -

Tiene una llamada, señor Riggs. —Mi secretaria asomó la cabeza por la puerta. Había cambiado el estudio de mi villa por la oficina de mi empresa y me encontraba en medio de una importante reunión con Logan.

—Ya dije que no quería que me molestaran, Cindy —gruñí algo irritado. Cindy solía ser extremadamente confiable y se aseguraba meticulosamente de que se siguieran mis instrucciones. ¿Qué pasaba hoy?

—Se trata de una de sus tarjetas de crédito, señor Riggs. Parece realmente urgente.

—Bien, páseme la llamada. —Miré a Logan y puse los ojos en blanco. ¿Apostamos a que no era tan urgente? ¿Qué podría pasar con mis tarjetas de crédito? Mi asesor bancario se encargaba de esas cosas. Logan solo se encogió de hombros. Cindy se apresuró a volver a su puesto. Menos de medio minuto después, el teléfono de mi escritorio zumbó.

—Brent Riggs.

—Buenas tardes, señor Riggs, soy Goran Summers. No sé si me recuerda... —Las conversaciones que empezaban así generalmente eran malas. Muy malas.

—No, no lo hago —respondí bruscamente. Quería terminar esta conversación lo más rápido posible.

—Soy detective en *Your Perfect Dress*.

—Ajá. —Recordaba ese nombre. ¿No era una boutique? Creo que Leticia había hablado maravillas de ella y había comprado allí varias veces con mi tarjeta de crédito. Probablemente tenía una cuenta de cliente allí sin haber pisado nunca la tienda.

—Antes procesábamos pagos a su nombre con frecuencia —dijo Goran Summers.

—Ya veo. —Así que esa era la tienda que Leticia frecuentaba. Pero todavía no tenía idea de qué quería Goran Summers de mí ahora. Todo eso había pasado hace mucho tiempo.

—Hoy apareció aquí una joven con su tarjeta de crédito. Nunca antes habíamos visto a esta dama, así que quería asegurarme de que todo estuviera en orden.

—Le di la tarjeta de crédito a mi esposa esta mañana. —Goran Summers me estaba irritando y quería deshacerme de él lo más rápido posible. ¿Con quién creía que estaba hablando? Yo era uno de los hombres más ricos de Nueva York y tenía tantas tarjetas de crédito de diferentes bancos que ni siquiera yo sabía exactamente cuántas eran. Y precisamente por eso, todas estas tarjetas estaban guardadas de forma segura. Alguien como yo no perdía una tarjeta de crédito en el metro sin más. Simplemente nunca entraba en él.

Logan arqueó las cejas al escuchar mis palabras.

—Su... su esposa. Oh, felicidades, señor Riggs. No había oído ni leído nada al respecto. Y su esposa no mencionó nada. —Las revistas de chismes de Nueva York solían informar sobre las bodas de hombres con fortuna. ¿Así que Goran Summers leía esos periódicos? Volví a poner los ojos en blanco.

—No, no puede haberlo leído todavía. Nos casamos en privado hace solo unos días.

—Lo felicito. —Goran Summers casi se deshacía en cortesías. Probablemente ya estaba calculando mentalmente con qué frecuencia mi esposa compraría en la tienda de su empleador y cuántas ventas pasarían por el mostrador. Bueno, podía olvidarse de eso. Se quedaría en esta única compra. Pero, por supuesto, no le diría eso a Goran Summers.

—Entonces, obviamente me equivoqué con mi sospecha y la tarjeta no está robada —dijo Goran Summers—. Sin embargo... hemos tenido aquí los intentos de fraude más increíbles. ¿Le importaría describir brevemente a su esposa?

—Es más bien baja, tiene el pelo castaño, ojos verdes muy llamativos y un lunar junto a la boca —dije. Un lunar que casi me volvió loco ayer cuando lo besé. Ante este recuerdo, mi miembro palpitó en mis pantalones.

—Sí, es ella.

—Bien, entonces espero que ahora pueda seguir comprando tranquilamente —dije, queriendo terminar la conversación. Goran Summers se me adelantó con sus palabras—. Desafortunadamente, ya ha dejado nuestra boutique sin comprar nada. Me temo que la hemos

puesto algo nerviosa con nuestras preguntas. Por favor, transmítale a su esposa mis mejores deseos y esperamos su próxima visita.

—Sí, gracias. —Colgué rápidamente antes de que Goran Summers pudiera seguir molestándome con sus palabras serviles. ¿Qué habría pasado allí para que Carly abandonara la tienda? Me encogí de hombros imperceptiblemente. Realmente no me interesaba. Todo parecía estar en orden.

Todo excepto una cosa.

—Boda —resoplé y noté cómo la irritación crecía dentro de mí.

—¿No se puede enviar a esta mujer de compras sin que llame la atención? Nadie más tiene que saberlo —refunfuñé.

—Felicidades por la boda, hermanito. ¿Cómo se siente uno? —Logan me sonrió con picardía al pronunciar estas palabras.

—Cierra la boca —gruñí, cada vez más molesto.

—¿Con quién te has casado entonces?

—Eso es lo que te iba a contar. La cuidadora de la casa fingirá ser mi esposa. —Todavía no había informado a Logan sobre el trato. Era... bueno, de alguna manera no quería seguir pensando en el acuerdo que regulaba la relación entre Carly y yo. Por eso había evitado hablar de ello.

—¿La cuidadora de la casa? —Logan silbó entre dientes—. Oh sí, es realmente guapa. ¿Y cuál es el problema si otros lo saben? Se supone que debe ser creíble, al menos eso me dijiste.

—Sí. —No dije nada más porque tampoco sabía cuál era el problema. O si realmente había alguno. Lo pensé. Podría haber uno, porque Ali y Abdallah no debían enterarse de ninguna manera de que apenas conocía a mi "esposa".

—¿Y cómo te sientes como recién casado? —La pregunta irónica de Logan interrumpió mis pensamientos.

Me siento genial. Esta mañana me desperté después de la noche más satisfactoria en mucho tiempo y me sentí completamente renovado. Si soy honesto, fue incluso la noche más satisfactoria de mi vida. Nunca había tenido un sexo así. Esta mujer tiene algo... Algo especial que podría poner en peligro mi decisión de no volver a involucrarme con nadie. Una noche con ella no fue suficiente. Ya sé que tengo que tenerla de nuevo.

No le dije nada de estos pensamientos a Logan.

—¿Mejor de lo que pensabas, eh?

—¿Qué? —Ahora me desperté definitivamente de mis ensoñaciones.

—Por tu cara, parece que estar casado se siente mejor de lo que pensabas —explicó Logan su frase. Apreté los dientes. No podía engañar a Logan. Me conocía demasiado bien. Después de todo, éramos hermanos.

Cuando llegue a casa esta noche, Carly estará allí.

—Supongo que puedo cancelar mi búsqueda, ¿no?

—¿Qué?

—Mi búsqueda. Me pediste que encontrara a una mujer que fingiera ser tu esposa. Ya había empezado, por supuesto. Acabas de decirme que ya encontraste a alguien por tu cuenta.

Es cierto. —Sí, puedes dejarlo.

—Sin embargo, tengo algunas candidatas interesantes. ¿Tal vez quieras conocer a alguna de ellas?

—No, gracias —rechacé muy decididamente.

—Eso puede ser después de que tu negocio esté cerrado y tu supuesta esposa haya dejado la casa.

—No, gracias —repetí con más dureza. La idea de que Carly dejara la villa no me gustaba en absoluto. Después de ni siquiera dos días completos, parecía haberme acostumbrado tanto a su presencia que no podía imaginarme sin Carly. ¿Qué me pasaba?

—No deberías cerrarte para siempre a la posibilidad de que haya una mujer para ti ahí fuera. Una que te ame y que no se acueste con tu mejor amigo en cuanto le des la espalda. —Logan había presenciado el drama con Leticia de cerca.

—Seguro.

—No lo descartes con tanta ironía. ¿O quieres envejecer solo?

—No es la peor manera de envejecer.

—Podría mostrarte algunas fotos de mis candidatas.

Ahora ya era suficiente. Logan era mi hermano, pero eso no significaba que no pudiera ponerme de los nervios. Probablemente por eso podía irritarme especialmente. —NO, maldita sea. Estoy satisfecho con la que acabo de encontrar. ¿Es tan difícil de entender? —La vena de mi sien palpitaba mientras le lanzaba estas palabras a Logan.

Me miró sin habla por un momento. Luego, la sonrisa familiar volvió a aparecer en el rostro de Logan.

—Ajá. Así que por ahí van los tiros. Estás satisfecho con ella.

—Sí —gruñí tan a regañadientes como antes.

—Mi hermano está satisfecho con una mujer. Eso sí que es algo nuevo.

—Cierra la boca. —No quería profundizar en este tema de ninguna manera. ¿Qué podría haber dicho? Ni siquiera yo sabía qué me pasaba. En ese momento, sonó mi teléfono y me liberó de tener que seguir respondiendo a Logan. Agradecido por la interrupción, miré la pantalla. Apareció el nombre de Abdallah.

Respiré hondo y contesté la llamada.

—Abdallah. Qué bueno que llamas.

—Brent. ¿Cómo estás? ¿Y tu esposa?

—Estamos bien —mentí. Las constantes preguntas sobre mi esposa me irritaban. ¿No podían Ali y Abdallah simplemente concentrarse en los negocios?

—Me alegro. Estamos muy emocionados de conocerla finalmente en nuestra cena.

—Ella también está emocionada. —¿Esto era solo un intercambio de cortesías o había algo más que decir?

—Necesito hablar contigo urgentemente, Brent.

—¿Qué pasa?

—Bueno, hoy Ali y yo tuvimos la última cita con el agente inmobiliario que contratamos para comprar todas las tierras. —Suspiré aliviado. Evidentemente, mi esposa y yo no seríamos el tema principal de esta conversación.

—¿Sí? —pregunté expectante.

—Hemos adquirido todo. Excepto una granja que está justo en el medio. Allí donde tendríamos que instalar la torre de perforación.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no compraron esa granja? —No podía imaginar que Abdallah y Ali cometieran errores de principiante como ese.

—Los propietarios no quieren vender. —Ahora Abdallah tenía toda mi atención.

—¿Qué significa eso de que no quieren vender?

—Exactamente eso. El agente inmobiliario nos lo dijo. Ofrecimos un buen precio, pero están apegados a su granja. Es el sueño de su vida. No quieren irse de allí.

Sentí que la vena de mi sien comenzaba a palpitar de nuevo. ¿El asunto aún no estaba cerrado? Ali y Abdallah me lo habían ocultado. Cuando estuve en Texas, sonaba muy diferente.

—Necesitamos esa tierra, Brent.

—Me queda claro. De lo contrario, podemos olvidarnos de todo el proyecto. —Si hace unos minutos temía que mi juego con Carly pudiera ser descubierto y poner en peligro mi participación en este proyecto, ahora me enfrentaba a problemas completamente diferentes. Posiblemente no habría ningún proyecto.

Pero yo quería este proyecto.

Lo necesitaba.

—Necesitamos tu ayuda, Brent. Este es tu hogar. Esta es tu tierra. ¿Qué podemos hacer para que estas personas vendan su tierra?

—Aumenten el precio —gruñí. ¿Tenía que darles a estos árabes lecciones básicas sobre cómo hacer negocios? ¡Realmente cualquiera debería pensar en eso por sí mismo!

—Eso hicimos. Aumentamos nuestra oferta dos veces. No hay nada que hacer. No quieren.

Lo pensé. —Bueno, esto es América. Todos son libres de vender o conservar su tierra como les plazca... Excepto...

—¿Sí? —La voz de Abdallah sonaba tensa.

—Bueno, podría investigar un poco sobre las circunstancias en las que viven los propietarios. Tal vez tengan mucho dinero, en cuyo caso vuestra oferta no les tentará, aunque la tripliquéis. Pero entonces podríamos encontrar otra forma de convencerles para que nos vendan la tierra.

—¿Qué quieres decir, Brent?

—Toda persona tiene un punto débil.

—Es cierto, Ali y yo lo decimos siempre.

—Envíame toda la información sobre la granja. Encontraré el punto débil de los propietarios. Entonces, solo será cuestión de tiempo hasta que la granja sea nuestra.

—Sabía que podíamos contar contigo. Eso mismo le dije a Ali. *Ali, hemos elegido al hombre adecuado, aunque aún no conozcamos a su esposa.*

—Por supuesto que sí. —Una vez más, me di cuenta de lo importante que era la cena para Ali y Abdallah. Pero primero tenía que ocuparme de otros asuntos.

—Nos vemos la semana que viene.

—Hasta pronto, Brent —se despidió Abdallah.

Colgué y me quedé mirando pensativamente la pantalla negra de mi móvil.

Los propietarios de esta granja no destruirían mi sueño. El sueño del trato perfecto que me haría inmortal. No. Encontraría a estos propietarios y los convencería de vender.

Por todos los medios.

Costara lo que costara.

Capítulo 18 - Carly -

¿Qué haces aquí, chica? —La voz de Mariana me sacó de mis pensamientos. Estaba sentada en la gran barra de madera de la cocina, hojeando algunos libros de cocina que había comprado hoy en la librería.

Joanna y yo habíamos tenido una exitosa jornada de compras. Me encantaba el vestido que finalmente habíamos elegido. Era de un discreto azul oscuro, por lo que era adecuado para ocasiones de negocios. Sin embargo, el cuello, las mangas y la falda tenían un patrón de formas geométricas en azul cobalto, lo que hacía que el vestido fuera todo menos aburrido. Al contrario, era un verdadero atractivo visual. El discreto escote redondo y la falda que llegaba por debajo de la rodilla aseguraban que se viera poca piel. Justo lo adecuado para algunos invitados conservadores. Todo parecía serio sin ser aburrido. También compramos zapatos a juego y unas medias.

Al final, arrastré a Joanna a una gran librería. No solo tenía que estar perfectamente vestida para la cena, sino que también debía servir un menú perfecto. Al menos, ese era mi propio estándar. Los espaguetis a la carbonara estaban bien, pero seguramente los socios comerciales importantes estaban acostumbrados a algo diferente, ¿no? En la cocina de Brent no había encontrado ni un solo libro de cocina, así que decidí usar su tarjeta de crédito también para esta compra. Después del final de nuestro "acuerdo", los libros se quedarían en la villa de Brent, así que era justo que él los pagara.

El final de nuestro acuerdo.

Prefería no pensar en que ese momento también se acercaba a medida que se acercaba la cena de negocios. En los últimos días, me había sentido tan cómoda como pocas veces antes en mi vida. Por primera vez desde que me fui de Texas, sentía algo parecido a un sentimiento de hogar. La villa me parecía un hogar.

Ahora levanté la cabeza. Mariana estaba frente a mí con las manos en las caderas otra vez. Me miraba con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido.

—Estoy tratando de hacer un plan de menú para la cena.

—¿Un plan de menú?

—Sí. Ya sabes, la importante cena de negocios que Brent mencionó. —Brent había hablado con Mariana sobre esta cena, ¿verdad? ¿No lo había mencionado yo misma incluso? De repente, ya no estaba segura. Habían pasado tantas cosas desde anoche que me costaba ponerlo todo en el orden correcto—. Vienen dos socios comerciales árabes para conocer mejor a Brent —añadí por si acaso.

—¿Y tú tienes que hacer el plan de menú? —Mariana seguía mirando con ligera irritación la pila de libros de cocina que se amontonaban en la barra. Me moví inquieta en mi taburete. La situación me resultaba un poco incómoda.

—¿Quién más debería hacerlo? —pregunté simplemente.

—Yo, por ejemplo. ¿O es que la vieja Mariana ya no es lo suficientemente buena para eso?

—Claro que sí —aseguré.

—Si Brent quiere que me vaya, puede decírmelo directamente.

—No, Mariana, lo oíste ayer. Seguro que no quiere que te vayas. Te necesita. —Le dediqué a la indignada ama de llaves mi mejor sonrisa—. Te necesitamos.

—¿Y por qué no hago yo el plan de menú entonces?

Ahora ya estaba harta. —¿Tal vez porque normalmente nunca cocinas?

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que no sé cocinar, eh? ¡Soy mexicana!

—No he dicho que no sepas cocinar —me defendí—. Pero en esta cocina nunca se ha cocinado.

—¿Cómo puedes saber eso? —Mariana no se daba por vencida fácilmente. En Texas vivían bastantes inmigrantes mexicanos y en ellos pensaba ahora. Usualmente hombres pequeños con rostros bronceados bajo sus sombreros, que hacían el trabajo pesado en las granjas y nunca parecían cansarse. Sí, los mexicanos probablemente rara vez se rendían rápido.

—Ni siquiera había vinagre, aceite, especias o hierbas aquí. ¿Cómo se puede preparar una comida decente sin todo eso?

—Madre mía, por supuesto que no se puede. —Ante estas palabras, miré a Mariana sorprendida. ¿Estaba admitiendo que nunca se había cocinado en esta cocina? ¿Entonces cuál era el problema?

—No debes conocer muy bien a tu marido todavía —dijo Mariana sacudiendo la cabeza—. ¿No sabes lo que come o no come durante todo el día?

—Yo... —En ese momento me vino un ligero ataque de tos, por el que estaba especialmente agradecida. No tenía ni idea de cómo terminar la frase sin que Mariana se diera cuenta de que tenía razón. En realidad, no conocía muy bien a Brent. Tosí y me puse roja, como siempre que me avergonzaba. Afortunadamente, mi rubor no llamó más la atención, ya que podía atribuirlo fácilmente a la tos.

—Comida basura, eso es lo que come. Nada más que comida basura. Podría haberse ahorrado esta cocina. —Mariana empezaba a enfadarse de verdad. Evidentemente, había estado reprimiendo su frustración por los hábitos alimenticios de Brent durante bastante tiempo—. Por la mañana sale de casa y va a Dunkin Donuts. Allí consigue su desayuno. Una caja de donas con un montón de químicos encima, chica, y un café. Por eso ni siquiera hay avena aquí.

Yo solo asentí. Ahora lo recordaba. Brent había mencionado su preferencia por la comida basura cuando critiqué la falta de equipamiento en la cocina. Lo había olvidado con todos los acontecimientos del último día. Pero Mariana estaba tan en su elemento que no quise interrumpirla.

—A mediodía pasa por Burger King o McDonald's y por la noche por Kentucky Fried Chicken. —Mariana soltó un resoplido despectivo—. Para él, variedad significa pedir una pizza o unos rollitos de primavera. No, no le importa la cocina refinada. Es un milagro que no engorde. O que no se enferme.

—Entonces ahora tenemos la oportunidad de convencerlo de lo bien que sabe una comida de verdad —volví a sonreír a Mariana. Quería tener a la temperamental mexicana de mi lado cuando se llevara a cabo la cena. Sola nunca podría lograrlo todo. Me sentía segura con la planificación del menú y podría cocinar los platos elegidos. Pero alguien tenía que servir los platos individuales, rellenar el vino de los invitados y conversar con ellos. Brent me había contratado como su esposa, no como cocinera o camarera.

Por supuesto, podría haberle pedido a Brent que trajera personal adicional de un servicio de catering para esta ocasión. Y no solo eso, el problema del menú también se habría resuelto de inmediato. Pero primero, me habría enemistado definitivamente con Mariana, y segundo, quería ofrecer a los socios comerciales de Brent una atmósfera auténtica. Debían venir a un hogar estadounidense y experimentar cómo se cocinaba y comía aquí. Todo lo demás también se podía encontrar en un restaurante.

Mariana estaba frente a mí, pensando. Podía ver que le gustaba mucho la perspectiva de hacer que Brent probara el sabor de las comidas caseras y nutritivas. Finalmente, rodeó el mostrador y se subió al taburete de la barra junto a mí.

—¿Qué has pensado hasta ahora, chica?

—Mira... —Hojeé con entusiasmo los libros de cocina—. Para el plato principal pensé, aunque no sea Acción de Gracias, ¿por qué no pechuga de pavo? Es típicamente estadounidense y es exactamente lo que nuestros invitados quieren comer. Con eso, una tarta de batata y un gratín de judías y champiñones como guarnición —Levanté la vista—. ¿Qué te parece?

—Suena excelente, chica. Ya me está dando hambre —Después de la discusión anterior, el elogio de Mariana me alegró especialmente, porque estaba segura de que lo decía en serio. Si mi sugerencia no valía nada, me lo habría dicho directamente.

—No estoy tan segura sobre el entrante... me parece que hace demasiado calor para una sopa, en pleno verano.

Mariana hojeó distraídamente los libros de cocina. —¿Qué te parece una ensalada Waldorf, chica? Solo el nombre ya dice que es algo estadounidense. Además, no contiene carne, así que no será un problema para nuestros invitados.

—Cierto. Con el pavo tenemos que asegurarnos de que la carne sea sacrificada según las reglas árabes.

—Déjamelo a mí —dijo Mariana con calma—. La abuela de Brent solía dar grandes fiestas y conozco bien el tema —La voz de Mariana sonaba animada. Debía haber cocinado a menudo y con gusto, y ahora echaba mucho de menos hacerlo para Brent.

—Oh, eso suena bien —dije—. ¿Entonces quizás también tienes una idea para el postre?

—Un crumble de manzana siempre cae bien. Tal vez podamos darle un toque especial.

—¡Oh, esa es una buena idea! —Le sonreí a Mariana—. Entonces hagamos una lista de compras para no olvidar nada y que todo salga bien.

Con entusiasmo, Mariana y yo empezamos a revisar los libros de cocina y hacer listas. ¿Quién tenía que conseguir qué? ¿Cuándo y dónde? El ama de llaves se emocionó y nos reímos juntas mientras escribíamos notas cada vez más largas.

Pavo.

Manzanas.

Servilletas.

Velas.

—¿Qué está pasando aquí? —La voz de Brent interrumpió nuestros alegres planes. Levanté la vista sorprendida. Estaba al otro lado del mostrador, justo frente a mí, apoyándose en la superficie de madera. No lo había oído llegar y cuando miré directamente a sus ojos oscuros y misteriosos, mis labios comenzaron a hormiguear inmediatamente. Dios, tenía tantas ganas de besar a este hombre.

¡Carly! Contrólate. Ni siquiera sabes exactamente qué es esto entre vosotros. Tal vez lo de ayer fue solo... ¿un desliz?

Con este pensamiento, sentí como si una mano fría apretara mi corazón. Rápidamente me concentré en el presente. En mi trabajo. Brent me había contratado para fingir ser su esposa frente a sus invitados. Y ese era exactamente el papel que iba a desempeñar ahora.

—Estamos planeando el menú para nuestros invitados —anuncié con fingida ligereza.

—Ajá. ¿Y?

—Bueno, para el entrante pensamos en... —empecé. Brent me interrumpió.

—¿Puedes continuar sola, Mariana? Tengo que hablar algo con Carly.

—Claro, mi niño. Ve nomás, chica —Mariana me sonrió. Esperaba haber ganado definitivamente su corazón. Cómo le explicaría que dejaría la villa en solo unos días, eso no lo sabía, pero...

No pienses en eso, Carly. Te ocuparás de eso cuando llegue ese día. Ahora puedes disfrutar de los buenos momentos. Además, es cosa de Brent explicárselo, ¿no?

—Ven conmigo al jardín —dijo Brent—. Creo que aún no lo has visto bien.

—No, no lo he visto.

Brent abrió la puerta que daba directamente de la cocina a la terraza y la cerró de inmediato detrás de él. Miré alrededor asombrada. Aparte de Brent, no conocía a nadie en Nueva York que tuviera una villa con jardín. Claro, en Texas todos tenían un jardín. Allí había tierra en

abundancia, mientras que en Nueva York el espacio era escaso.

Vale, Carly, seamos honestos: tampoco conoces a nadie que viva solo en su propio apartamento aquí. Pero esa gente existe. Simplemente no te mueves en sus círculos, y mucho menos en los círculos de Brent.

—¿Está todo bien? —preguntó Brent.

—Sí, todo está bien —dije.

En ese momento, Brent tomó mi mano y me llevó a la parte trasera del jardín. Con ese contacto, mi piel comenzó a hormiguear. Primero mis dedos y mi mano. Luego todo mi brazo. Después mi torso. Mis pechos parecían haber prendido fuego y podía sentir cómo mis pezones se endurecían bajo mi sujetador. Mi entrepierna comenzó a arder.

Y todo esto, solo porque Brent me estaba tomando de la mano.

—¿Qué te parece este lugar?

—¿Eh? —me sobresalté y miré alrededor. ¿De qué estaba hablando Brent? Estábamos al final del jardín en forma de L. Aquí, en la parte del jardín que no se podía ver desde la casa, había un jacuzzi fijo, aunque en ese momento no tenía agua. Junto a él había un pequeño pabellón con una mesa de hierro fundido, cuatro sillas a juego y una cómoda tumbona. Los setos protegían este rincón de miradas indiscretas. Era un pequeño pedazo de privacidad en la enorme metrópolis de Nueva York, donde uno nunca está solo.

—Oh, es maravilloso —dije honestamente después de mirar alrededor. Aún me costaba concentrarme en mi entorno porque la presencia de Brent captaba todos mis sentidos.

En ese momento, se puso frente a mí y tomó mi otra mano. La llevó a sus labios y comenzó a besar suavemente mis dedos, mordisqueándolos ligeramente. El hormigueo en mi cuerpo se intensificó hasta convertirse en un cosquilleo excitante. Metí mi dedo en la boca de Brent y disfruté cómo lo chupaba.

Por fin.

Eso era todo lo que podía pensar.

Brent sacó mi dedo de su boca, se acercó a mí y me besó apasionadamente. El beso fue tan intenso que sentí que me derretía. Rodeé el cuerpo de Brent con mis brazos y me presioné contra él. Froté ligeramente mis caderas contra las suyas y pude sentir que él también estaba muy excitado. Su mano se deslizó por mi espalda hasta la cintura de mi falda. Bajó la cremallera y la

falda cayó al suelo.

¿Aquí?

¿Ahora?

¿Brent me quería en su jardín?

La idea me excitó tanto que me aparté un poco de Brent, deslicé mis manos entre nuestros cuerpos y desabroché su cinturón. Pocos segundos después, los pantalones de Brent cayeron hasta sus tobillos. Metí mi mano en sus bóxers y agarré su miembro, que ya estaba duro. Comencé a masajearlo con devoción y disfruté sintiendo cómo Brent se ponía aún más duro con mis movimientos.

—Oh, Carly —murmuró mientras sus labios recorrían mi cuello. Con ese suave toque, me estremecí involuntariamente y masajeé a Brent aún más intensamente. Unos minutos después, se apartó de mi toque y me quitó la camiseta por la cabeza. Mi sujetador y mis bragas también cayeron al suelo. Brent cubrió uno de mis pechos con su mano, inclinó su cabeza y comenzó a chupar y mordisquear mi pezón. Al mismo tiempo, su otra mano encontró mi clítoris y comenzó a masajearlo suavemente.

Jadeé de excitación. Nunca antes había sentido sensaciones tan intensas. Agarré la cabeza de Brent y me moví rítmicamente arriba y abajo. Todo se volvió borroso ante mis ojos. Estaba a punto de llegar al orgasmo.

En ese momento, di medio paso atrás, miré a Brent a los ojos oscuros y seductores, lo que envió un escalofrío adicional por mi cuerpo, y me arrodillé frente a él. Le bajé los bóxers, rodeé suavemente su miembro con mis labios y comencé a chuparlo. Ahora era Brent quien puso sus manos en mi cabeza y movió sus caderas rítmicamente.

—Oh, Carly —gimió, esta vez un poco más fuerte que antes. Acaricié su miembro con mi lengua y pude sentir cómo se ponía cada vez más duro.

—Ven —murmuró Brent finalmente. Se quitó completamente los zapatos, los pantalones y los bóxers y se acostó en la cómoda tumbona que había notado antes. Luego me atrajo hacia él y entró en mí. Disfruté sintiendo su miembro dentro de mí y comencé a mover mis caderas de un lado a otro.

—Oh, sí —gimió Brent. Mientras cabalgaba sobre él, puse mi mano donde antes había estado la de Brent y masajeé mi clítoris.

—Me voy a correr —gemí después de poco tiempo. El placer se extendió desde mi cabeza hasta

la punta de mis pies y esta vez todo se volvió realmente borroso ante mis ojos mientras gemía en voz alta. Brent agarró mis caderas y me presionó profundamente contra su cuerpo. Cuando jadeó, sentí cómo él también llegaba al orgasmo y se derramaba dentro de mí.

Capítulo 19 ~ Brent ~

¡Buenos días, Cindy! —entré en la antesala de mi oficina con una sonrisa satisfecha.

—Buenos días, Sr. Riggs —respondió Cindy, mirándome un poco sorprendida. Rara vez llegaba a la oficina de tan excelente humor como hoy. Normalmente, mucho antes de cruzar la puerta, ya estaba pensando en todas las cosas que tenía que hacer ese día, en las próximas citas, conferencias y llamadas. Mientras tanto, solía meterme distraídamente una rosquilla en la boca y ya estaba ligeramente estresado. Seguramente hoy también me esperaban numerosas tareas. Pero en ese momento no pensaba en ello.

Mariana y Carly me habían sorprendido esta mañana con rosquillas caseras que sabían mil veces mejor que las que compraba todos los días en el autoservicio para desayunar. Masticaba con deleite los restos de la última rosquilla y estaba pensando cómo convencer a Carly para que me hiciera rosquillas de nuevo mañana. ¿O debería pedírselo a Mariana? Después de todo, ella era mi ama de llaves.

Carly era... bueno, ¿quién era Carly?

Ayer había querido mostrarle el jardín y cuando tomé su mano y la llevé afuera conmigo, ya no pude resistir su atracción. Simplemente tenía que tenerla, sin importar si existía el riesgo de que Mariana nos sorprendiera. Por cierto, eso me era completamente indiferente. Después de todo, una pareja casada tenía derecho a tener sexo, ¿no?

Pasé junto a Cindy y cerré la puerta de mi oficina detrás de mí. ¿Qué tareas tenía hoy? Distraídamente, encendí mi PC mientras miraba la pequeña nota adhesiva que siempre colocaba a la derecha, debajo del segundo monitor. Incluso mientras la PC arrancaba, podía prepararme mentalmente para lo que iba a hacer a continuación.

Identificar a los propietarios de la granja y organizar la venta.

Cuando leí esta nota, recordé la llamada de Abdallah de ayer. ¡Maldita sea! ¿Por qué tenían que estar involucrados unos granjeros tan idealistas precisamente en este proyecto? ¿No era suficiente que el segundo proyecto hubiera sido torpedeado por ecologistas? ¿Por qué nada podía ser fácil?

Respiré hondo, tomé el teléfono inalámbrico y marqué un número que conocía muy bien. Ayer, Abdallah me había enviado toda la información que había recibido del agente inmobiliario. La granja pertenecía a una pareja casada, el Sr. y la Sra. Moore. El agente inmobiliario no sabía si eran originalmente de Texas.

—Sr. Riggs, ¿qué puedo hacer por usted? —La voz al otro lado de la línea sonaba como siempre. Cortés y siempre dispuesta a hacerme un favor.

—Buenos días, Ryan. Se trata de una pareja casada que tiene una granja en su área. —Ryan Albertelli era el gerente de sucursal del *Texan Farming Bank* y mi empleado. Desde un negocio hace unos tres años, me pertenecía el 51% de las acciones de este banco. Hasta ahora no había prestado mucha atención a esta propiedad. Para ser honesto, incluso había considerado si debería deshacerme del banco. En tiempos de bajas tasas de interés, esta industria ya no era tan lucrativa como antes y las ganancias que obtenía parecían bastante magras en comparación con otras inversiones.

Pero ahora mis acciones en este banco me venían muy bien. Ryan Albertelli llevaba mucho tiempo ansioso por un ascenso y, por lo tanto, haría todo lo que estuviera en su poder para ayudarme con mi petición. Con su ayuda, tal vez incluso podría fortalecer mi posición frente a Ali y Abdallah. Si lograba que esta propiedad terminara siendo MÍA, entonces no podrían excluirme de sus negocios ni ahora ni más adelante.

—¿Qué pareja, Sr. Riggs? Tenemos bastantes en nuestra cartera de clientes.

—Para ser honesto, ni siquiera sé con certeza si son clientes nuestros, pero pensé que valía la pena intentarlo.

—Claro, claro.

—Sr. y Sra. Moore. Henry y Violetta Moore.

—Ah sí, los recuerdo. Tenemos varios Moore en el archivo, pero solo una pareja con esos nombres.

—¿Entonces son clientes nuestros?

—Oh sí, y lo han sido durante años. Básicamente desde que viven en la granja.

—Eso deben ser décadas más bien.

—En efecto. ¿Conoce usted al Sr. y la Sra. Moore?

—No personalmente, no. Sin embargo, uno de mis socios comerciales ha intentado comprarles la tierra recientemente. Sin éxito.

Ryan Albertelli emitió un sonido que estaba en algún punto entre una risita y un resoplido. —Me lo puedo imaginar vívidamente.

—¿En serio? —Ryan Albertelli resultó ser una buena fuente de información.

—Bueno, son dos idealistas. Aman la tierra, el aire, los animales. Si la granja genera ganancias o no es secundario para ellos. Lo hacen por pasión.

—Las ganancias y la pasión no tienen por qué excluirse mutuamente. Al contrario, creo que solo quien tiene pasión por lo que hace obtiene ganancias duraderas y sostenibles.

—Ciertamente, Sr. Riggs, estoy completamente de acuerdo con usted. Pero Henry y Violetta Moore no conocen las reglas del juego del mercado. No tienen idea de cómo administrar una granja de manera rentable. Y tampoco están interesados en aprender.

—¿Y cómo han podido sobrevivir en la granja durante décadas?

—Van de un préstamo a otro. —Me senté erguido. Ahora se ponía interesante. Ryan Albertelli continuó—: Incluso el préstamo actual apenas pueden pagarlo. Creo que si las cuotas aumentaran aunque sea 200 dólares al mes, la situación se vería mal. —Ahora estaba completamente despierto.

—¿Cuánto tiempo queda del préstamo actual?

—Bueno, es interesante que llame justo ahora, Sr. Riggs. El préstamo vence esta semana. Estamos en proceso de arreglar todo con los Moore para el préstamo siguiente. —Ryan Albertelli tenía toda mi atención.

—¿Ya se ha firmado algo?

—No, aún no, Sr. Riggs.

—Asegúrese de que las cuotas mensuales aumenten. Pero no 200 dólares al mes. Mil dólares al mes. Notifique a los Moore de inmediato. Si es necesario, incluso por teléfono. Y al mismo

tiempo, infórmeles que hay un comprador interesado en la granja. Si preguntan por el precio, no escatime. Puede ofrecer tranquilamente un 20% por encima del valor de mercado.

—Muy bien, señor Riggs. Es un placer servirle en este asunto —Ryan Albertelli sonaba tan pomposo que era evidente que quería el ascenso a gerente regional. Más que evidente. Haría todo lo posible para convencer a los Moore de vender.

—Espero su llamada inmediatamente en cuanto tenga más información.

—Por supuesto, señor Riggs.

Terminé la conversación satisfecho. Si mi estado de ánimo había sido excelente cuando llegué al trabajo, ahora me sentía simplemente invencible. Ahora podía abordar las otras tareas del día con toda tranquilidad.

—¿Brent? —Media hora después escuché mi nombre. Solo había una persona en esta empresa que asomaba la cabeza por la puerta sin preguntar. Todos los demás no se atrevían o eran detenidos a tiempo por Cindy. Levanté la mirada.

—Hola Logan.

—¿Tienes 10 minutos?

—Ahora mismo me viene bien.

—Verás, he asumido el proyecto de Los Ángeles y estoy atascado. Es lo siguiente: El...

El sonido del teléfono interrumpió las explicaciones de Logan. Mi PC me mostró el nombre de la persona que llamaba. Ryan Albertelli.

—Disculpa, pero tengo que contestar. Siéntate y espera aquí. —Asentí a Logan y él se dejó caer en una de las dos sillas frente a mi escritorio.

Ahora este día alcanzaría su punto culminante. No dudaba que Ryan Albertelli me informaría que los Moore estaban dispuestos a vender. ¿Sería posible retrasar un poco la cena con Ali y Abdallah para poder asistir a una cita con un agente inmobiliario en Texas?

Eso también me daría más tiempo con Carly...

Rápidamente aparté ese pensamiento y contesté la llamada.

—Brent Riggs.

—Señor Riggs, soy Ryan Albertelli.

—Me alegra que llame tan pronto. Bien, ¿cuál es la situación? —Me recliné relajado en mi silla de oficina y me preparé internamente para buenas noticias.

—Los Moore no quieren vender.

—¿Qué?

—No quieren vender —repitió Ryan Albertelli.

—No estoy sordo, Ryan —gruñí molesto al teléfono—. ¿Por qué los Moore no quieren vender? Usted mismo me dijo que la situación financiera de ambos era tan tensa que básicamente no quedaba otra salida si las cuotas del préstamo aumentaban.

—Es cierto, señor Riggs, eso dije. Y mantengo esa afirmación.

—¿Entonces cómo es que los dos no aceptan la venta? ¿Acaso están especulando para obtener una oferta aún mejor?

—No obtendrán una oferta mejor que la suya, señor Riggs.

—¡Pero no la han aceptado! ¡Y eso a pesar de que las cuotas del préstamo pronto aumentarán! —Golpeé furioso la superficie del escritorio.

—Así es, señor.

—¿Y con qué dinero pretenden los Moore pagar la próxima cuota?

—Eso tampoco me lo puedo explicar, señor Riggs. Los dos deben tener ayuda externa. Alguien que les esté dando dinero. Un familiar quizás.

—¿Sabe algo de padres ricos o algo similar?

—Los padres ya fallecieron. Los Moore tienen una hija que ahora vive en Nueva York. Sin embargo, no puedo imaginar que la chica gane suficiente dinero para ayudar a sus padres. Por lo que recuerdo, es bastante inteligente. Pero no pudo terminar la universidad porque sus padres no tenían dinero para la matrícula. Ya le digo, siempre han andado justos de dinero.

—¿Qué dijeron sobre las cuotas más altas?

—Oh, por supuesto que suplicaron y me pidieron que no aumentara las cuotas. Pero después de darse cuenta de que no había nada que hacer, se resignaron y me aseguraron que pagarían la próxima cuota puntualmente.

—Hm... Gracias Ryan. —Mi voz sonaba neutral, pero por dentro estaba hirviendo. ¿Cómo se atrevían estos granjeros a interponerse en mi camino? No querían vender, rechazaban una oferta realmente buena y afirmaban poder pagar las próximas cuotas a pesar de una situación financiera tensa. Resoplé molesto.

—Si puedo hacer algo más por usted, señor Riggs... —Ryan Albertelli no terminó su frase, pero yo sabía que siempre estaría a mi servicio, ahora incluso más. Después de todo, no había logrado resolver el asunto de los Moore a mi favor.

—¡Esto es el colmo! —Apenas había terminado la conversación, ya estaba dando rienda suelta a mi ira. Golpeé el escritorio con la palma de la mano, luego la cerré en un puño y volví a golpear la mesa hasta que sentí cómo el mueble temblaba bajo mi golpe.

—¿Qué pasa, hermanito?

—¿Es que aquí solo trabajan inútiles? ¿Cómo es posible que ese tipo no logre convencer a una pareja prácticamente en quiebra de vender una granja? ¿Y por una suma muy por encima del valor de mercado? —Mi voz se hacía cada vez más fuerte mientras disparaba estas preguntas a Logan. Sentía cómo la vena de mi sien comenzaba a latir.

—Vamos, cálmate. No puede ser tan malo. Tarde o temprano siempre has conseguido lo que querías.

—En este caso lo necesito antes, no después. ¡De lo contrario, el trato con los árabes se vendrá abajo!

—¿El trato del petróleo?

—Exacto. —Guardé silencio y cerré los ojos por un momento. Lo que había comenzado como un día maravilloso se estaba volviendo cada vez más complicado. ¿Qué opciones me quedaban?

Después de unos segundos, abrí los ojos de nuevo y chasqueé la lengua.

—Harry Python.

—¿El asistente personal del gobernador de Texas? —preguntó Logan.

—Exacto. Estás bien informado —dije con aprobación.

—Es parte de mi trabajo —sonrió Logan. A mi pesar, tuve que reír—. ¿Qué pasa con él? —preguntó Logan.

—Fuimos juntos a la universidad. Estábamos en la misma fraternidad. —Logan no dijo nada más. Me conocía lo suficientemente bien como para saber que en mi mente se estaba formando una idea que compartiría con él en los próximos minutos—. Si existe un gran interés público, el Estado puede expropiar una propiedad y venderla a un nuevo propietario —expliqué.

—¿Quieres decir...? —Los ojos de Logan se agrandaron.

—¿Crees que es de interés público que dos idealistas sigan malviviendo en su granja o que extraigamos valioso petróleo de esa tierra y creemos empleos para la población? —Miré a Logan de manera significativa.

—Astuto —murmuró él.

—Voy a llamar a Harry Python. Seguro que me ayudará. Ya le he hecho algunos favores. Sería el colmo si no consiguiera hacerme con esa granja. —Levanté el puño al aire con confianza. Hoy era un buen día y me aseguraría de que terminara bien.

—Pero eso lleva bastante tiempo —observó Logan, demostrando que aún tenía mucho que aprender.

—Normalmente sí. Pero para eso entra en juego Harry. Contactos, hermanito, contactos.

—Pero eso no se sostendrá ante un tribunal, ¿verdad?

—Eso solo te lo puede decir el juez. E incluso él no podría revertirlo todo si ya hemos creado hechos consumados y hemos comenzado la extracción.

—Entonces te dejaré solo. Mi pregunta puede esperar un poco. Volveré más tarde. —Logan se levantó.

Asentí mientras buscaba el nombre de Harry Python en la agenda de contactos de mi PC. Los Moore no frustrarían mis planes. Conseguiría esa granja. Costara lo que costara.

Capítulo 20 - Carly -

¿Está todo bien? —Miré nerviosamente dentro del horno. Mariana me dio una palmadita en la espalda.

—Por supuesto, chica, todo está perfecto. El pavo está prácticamente listo. Los invitados pueden venir. Aquí está todo preparado.

—Espero que lleguen pronto. Si no, la carne podría secarse demasiado.

—No te preocupes tanto —sonrió Mariana—. Todo saldrá bien. Por cierto, ¿quiénes son estos invitados tan importantes que te tienen dando vueltas como loca? He querido preguntártelo todo el tiempo.

—Son muy importantes para los negocios de Brent. —Y para mi propia situación financiera, añadí para mis adentros. Porque si esta noche no salía bien, probablemente podría olvidarme de los 5.000 dólares que Brent aún me debía. Tenía que causar una buena impresión y, bajo ninguna circunstancia, los socios de Brent podían descubrir que Brent y yo nos conocíamos desde hace poco tiempo.

Y que en realidad ni siquiera estábamos casados.

Como habíamos estado fingiendo ser una pareja casada frente a Mariana durante todos estos días, a veces yo misma olvidaba que no lo éramos.

Pero Brent también interpretaba su papel condenadamente bien, así que no era de extrañar que a menudo creyera que todo esto era real y no un juego que terminaría tan pronto como Brent firmara los contratos con sus socios comerciales.

No había vuelto a mencionar el momento en que me mudaría de la villa, y Brent tampoco había dicho nada al respecto. ¿Qué pensaría él sobre eso?

Suspirando, me enderecé.

—Todo saldrá bien, chica —dijo Mariana, que seguía creyendo que estaba preocupada por la cena de negocios que se avecinaba. Solo asentí. Sí, yo también deseaba que todo saliera bien, en todos los sentidos.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—Oh Dios, deben ser ellos —dije. Miré a mi alrededor nerviosa—. ¿Por qué no hay un espejo aquí? ¿Cómo me veo?

—Perfecta, chica. No necesitas un espejo —me aseguró Mariana.

En ese momento, Brent asomó la cabeza por la puerta. —¿Vienes, Carly? Ali y Abdallah ya están en el jardín delantero. Deberíamos recibirlos en la puerta. —No parecía ni remotamente nervioso al decir esto. Me levanté y lo seguí lentamente hacia afuera. Cuando abrió la puerta principal, tomó mi mano y esbozó una sonrisa. Frente a la puerta, vi a dos hombres con barbas negras, vestidos con túnicas blancas. Solo había visto algo así en la televisión, porque incluso en Nueva York, donde todo era posible, este tipo de vestimenta rara vez se veía en la calle.

Me sentí como en una película donde cada uno interpretaba su papel. Brent y yo fingíamos ser un matrimonio que no éramos, y estos dos caballeros parecían completamente irreales. Nerviosamente, reprimí una risita.

Contrólate, Carly. No cometas ningún error. Este es EL momento para el que Brent te contrató. Así que no lo arruines. Tal vez después de esta noche puedas poner en práctica la idea de Joanna y preguntarle a Brent si tiene otro trabajo para ti. Pero eso solo funcionará si todo sale bien.

¿Realmente quería este trabajo?

¿O en realidad quería algo completamente diferente?

No tenía tiempo para pensar en eso en este momento.

—Buenas noches, Brent. Señora Riggs. —El árabe de la izquierda nos sonrió con alegría. Examiné sus rostros. Brent me había dicho que eran hermanos y, de hecho, se parecían mucho. ¿Cómo iba a distinguirlos? Quería asegurarme de dirigirme a cada uno por su nombre correcto. Cualquier otra cosa habría sido descortés.

—Ali. Abdallah. Me alegro mucho de tenerlos aquí. —Brent saludó a ambos con un fuerte apretón de manos. Yo estaba insegura. ¿Podía darles la mano también? ¿O una mujer no hacía

eso en su cultura?

—Por favor, llámenme Carly. Es un placer tenerlos aquí. Brent me ha hablado tanto de ustedes y me alegro de conocerlos finalmente hoy —mentí con una sonrisa radiante.

El de la izquierda —Abdallah, al menos eso suponía— sacó un enorme ramo de flores de detrás de su espalda y me lo puso en la mano. Al menos eso resolvió la cuestión de si debía estrecharles la mano o no.

—Esto es para usted —sonrió Abdallah—. Lamentablemente, no podemos decir que Brent nos haya hablado mucho de usted, así que es aún más agradable ver finalmente en persona a su encantadora esposa. Nos preguntábamos si realmente existía. —Soltó una risita con estas palabras, mientras yo me esforzaba por mantener mi sonrisa. Para no delatarme sonrojándome, hundí mi rostro en la exuberante belleza floral que sostenía en mis brazos.

—Muchas, muchas gracias. Huelen maravillosamente —dije, contemplando el arreglo de claveles, rosas amarillas, bocas de dragón y algunas otras flores cuyos nombres desconocía—. Y también se ven hermosas. Como un arcoíris —añadí.

—Pasen, por favor —invitó Brent a Abdallah y Ali a entrar. Los dos entraron en el vestíbulo y miraron a su alrededor con curiosidad.

—Nunca hemos estado en un verdadero hogar estadounidense —anunció Ali—. Siempre en habitaciones de hotel y oficinas.

—Bueno, los hogares estadounidenses no son tan diferentes a los de otros países —rio Brent. Lo miré sorprendida de reojo. Nunca había notado una risa tan relajada en él—. Tenemos muebles normales —dijo, mientras guiaba lentamente a Ali y Abdallah por el vestíbulo.

—¿Tienen reliquias familiares? —preguntó Abdallah con interés.

—No muchas. Solo este reloj. Perteneció a mi abuela y lo aprecio mucho. —Brent señaló un reloj antiguo con esfera blanca, números romanos y elegantes agujas negras curvadas.

—Qué bonito —dijo Abdallah, examinando detenidamente el reloj. Me sorprendió un poco sus preguntas y su interés en un solo mueble. Pero tal vez era su manera de entender qué tipo de persona era Brent. De todos modos, agradecí la distracción.

En ese momento apareció Mariana. —Oh, qué flores tan hermosas —exclamó encantada.

—Esta es Mariana, nuestra ama de llaves —la presentó Brent. Ali y Abdallah seguían mirando el reloj. Al parecer, un ama de llaves no era algo digno de mención.

—Llevaré estas flores a la cocina y las pondré en agua —se ofreció Mariana. Luego miró a Brent —. ¿Puedo servir ya el entrante?

Brent asintió.

—Y una cosa más —dijo Mariana—. La clínica veterinaria acaba de llamar. Max está mejor. Podemos recogerlo mañana —sonrió radiante.

—Eso es maravilloso —dijo Brent aliviado—. La cena nos sabrá aún mejor.

Diez minutos después, estábamos todos sentados frente a una ensalada Waldorf bellamente presentada. Ali y Abdallah habían expresado su deseo de beber una Coca-Cola, lo que me pareció bastante extraño. ¿Acaso estábamos en *McDonald's*? Le había pedido especialmente a Mariana que comprara varios zumos para tener suficientes bebidas sin alcohol en existencia. Pero Ali y Abdallah habían declinado cortésmente e insistido en la Coca-Cola. Tal vez creían que era particularmente estadounidense. Brent y yo habíamos optado por agua.

—Esto está realmente exquisito —exclamó Ali radiante—. Nunca hubiera pensado que la cocina estadounidense tuviera algo así que ofrecer. ¿Lo has preparado tú, Carly?

—He diseñado el menú y cocinado junto con Mariana —respondí. Aunque los dos hombres no quisieran reconocer a nuestra ama de llaves, yo no iba a dejar de lado su contribución. Después de todo, ellos no habían insistido en ser invitados a una cena cocinada personalmente por la esposa de Brent. ¿O sí? Miré de reojo a Brent, quien comía su ensalada imperturbable.

Se produjo una pausa en la conversación. Me aclaré la garganta nerviosamente. ¿Quién debería decir algo ahora? ¿Se esperaba de mí que mantuviera la conversación?

—Cuéntanos algo sobre ti, Carly. ¿Eres de Nueva York? —Abdallah me sonrió alentadoramente. Su intento de iniciar la conversación estaba bien intencionado, sin duda, pero me hizo sudar frío. Solo quería terminar con esta cena y decir lo menos posible. Cuanto menos dijera, menos peligro habría de que me delatara de alguna manera.

—En realidad, soy de Texas —respondí con una sonrisa.

—Oh, Texas. Allí conocimos a Brent también. ¿Lo conociste cuando estaba allí en un viaje de negocios?

—No, fue aquí en Nueva York. —Esto era verdad por un lado, y por otro me parecía más seguro alejar la conversación de Texas. No tenía idea de qué negocios realizaba Brent allí. Tenía que ver con inversiones en petróleo, eso creía haber entendido. Pero con quién, dónde exactamente y qué, no tenía ni idea. Había estado demasiado ocupada con mis propios problemas financieros

como para pensar también en eso.

Y Brent también había ocupado mis pensamientos.

—¿Cómo se conoce la gente hoy en día en Nueva York? —Abdallah parecía muy interesado en el tema—. ¿Todavía hay personas en Estados Unidos que no se conozcan por Internet?

—Eh... —balbuceé impotente y miré a Brent. ¿Qué debía responder a eso? No teníamos una historia acordada sobre nuestra relación para los dos invitados y, para ser honesta, me parecían bastante intrusivas las preguntas de Abdallah.

—Me fascina la cuestión de cómo se conoce la gente —dijo Abdallah con una sonrisa de disculpa—. En nuestro país, generalmente uno se casa con una persona elegida por los padres y con la que a menudo incluso se tiene un parentesco lejano.

—Entre Carly y yo no existe ningún parentesco —explicó Brent. Podía ver que él también deseaba que este tema terminara lo antes posible—. Los matrimonios arreglados no son muy comunes en Estados Unidos.

Abdallah asintió. Parecía que aún tenía una pregunta en mente, pero en ese momento, afortunadamente, fuimos interrumpidos por Mariana, que vino a recoger los platos vacíos del entrante.

—¿Les ha gustado? —preguntó mientras hábilmente tomaba los cuatro platos en sus manos, colocando algunos en sus muñecas. Envidiaba esa habilidad. Tal vez debería pedirle que me enseñara cómo hacerlo. Así al menos tendría oportunidades de conseguir un mejor trabajo de camarera que en *McDonald's*, cuando mi compromiso aquí terminara. Fruncí el ceño ante este pensamiento.

—Estaba excelente —dijo Brent.

—Carly frunce el ceño. ¿Algo no está bien? —preguntó el atento Abdallah.

—No, no, todo está bien. Está maravilloso —le aseguré.

Mariana salió rápidamente y volvió poco después con los primeros platos llenos de pavo, tarta de boniato y verduras de judías y setas. Ali y Abdallah estaban llenos de elogios, aunque Ali no pudo en absoluto acostumbrarse a la salsa de arándanos y tuvo que tragar su primer bocado con un gran sorbo de Coca-Cola. Reprimí una sonrisa.

—Ninguno de los dos lleva anillos de boda —dijo Abdallah en ese momento. Me quedé helada. ¿Cómo habíamos podido pasar por alto Brent y yo un detalle tan tonto? Esperaba que esto no nos

causara problemas.

—Sí —se sumó Ali—. Ya habíamos notado en Texas que Brent no llevaba uno. Pensamos que tal vez tenía alguna alergia. Pero tú tampoco llevas uno, Carly. ¿No es cierto que todos los estadounidenses llevan anillos de boda? En realidad, solo los que no están casados no los llevan. —Con estas palabras, me empezó a sudar frío. ¿Nos descubrirían ahora? Si no inventábamos rápidamente una excusa creíble, Ali y Abdallah podrían descubrirnos. Pero, ¿qué razón sensata podría haber para no llevar anillos de boda? ¿Debería recurrir a la historia de la alergia? Simplemente no se me ocurría nada. Impotente, miré a Brent. Él miró brevemente su pavo y luego levantó la vista. Fijó su mirada en Ali y Abdallah.

—Bueno, la mayoría de los estadounidenses efectivamente lo hacen así y llevan anillos de boda. Es cierto. Carly y yo hemos decidido conscientemente no hacerlo. Mi abuela y mi abuelo tampoco llevaron anillos de boda y fueron muy felices toda su vida. Otros, que llevan su anillo con orgullo, a menudo se divorcian después de pocos meses. Por supuesto, Carly y yo no queremos eso.

Ali y Abdallah sonrieron efusivamente y por un momento parecían gemelos. ¿Acaso eran gemelos?

—Muy sensato, Brent, muy sensato. Seguramente tu querida esposa está muy contenta de haber encontrado un hombre tan inteligente. —Yo solo asentí.

—Y yo estoy muy contento de tener a mi esposa —dijo Brent en ese momento. Al principio, apenas podía creer lo que oía. Luego sentí cómo mis mejillas empezaban a arder. Ali y Abdallah me sonrieron.

—Sí, estamos muy felices de tenernos el uno al otro —logré decir finalmente.

El resto de la comida transcurrió con una charla trivial.

—Ayudaré a Mariana en la cocina —anuncié, después de que hubiéramos disfrutado satisfechos nuestras porciones de crumble de manzana.

—Entonces ahora podemos hablar del asunto en Texas, Brent —comentó Ali—. En cuanto al yacimiento de petróleo... —Me alejé lentamente, aunque me hubiera encantado quedarme. Después de que la cena había ido tan bien, ahora podía volver a centrarme en otros temas. De hecho, tenía que hacerlo. Aunque la generosa compensación de Brent me daba cierto margen para encontrar un nuevo trabajo, este dinero obviamente no duraría para siempre.

—¿Qué tipo de negocios hace exactamente Brent en Texas? —le pregunté a Mariana mientras guardaba los platos en el lavavajillas en la cocina. Mariana estaba en el fregadero, frotando los restos de masa pegados en el molde donde había preparado el crumble de manzana.

—¡Madre mía! ¿Por qué me preguntas a mí? ¡No tengo ni idea! Por eso te pregunté antes sobre esos socios. ¡Pensé que sabrías qué hace tu marido! —exclamó.

—No hemos hablado realmente de eso hasta ahora —admití en voz baja.

—¿Hasta ahora? —Mariana me miró fijamente—. ¿Cuánto tiempo hace que se conocen realmente?

—Ya hace un tiempo —respondí evasivamente.

—Son extraños —murmuró Mariana y volvió a su molde—. Ustedes los jóvenes hablan de todo, menos de lo que realmente importa. —Dejé que Mariana siguiera murmurando para sí misma y me abstuve de hacer más preguntas sobre los negocios de Brent. ¿Cómo había hecho su fortuna?

Ahora me daba cuenta de que debería interesarme más por ello. Si quería otro trabajo con Brent, primero tenía que averiguar en qué necesitaba ayuda. Tal como Joanna había sugerido.

Distraídamente, seguí llenando el lavavajillas. La conversación con Ali y Abdallah había ido realmente bien, a pesar de la pregunta sobre los anillos de boda.

Anillos de boda.

Y la felicidad de tenerme a su lado.

¿Brent lo habría dicho realmente en serio?

Cuando me hice esta pregunta, de repente sus negocios me importaron muy poco.

La verdad: quería quedarme en la villa. Con todas mis fuerzas intenté suprimir este pensamiento. Pero no lo logré.

Me sorprendí a mí misma esperando que los negocios de Brent con Ali y Abdallah no llegaran a su conclusión definitiva hoy. Ni mañana. Ni la próxima semana.

Capítulo 21 ~ Brent ~

Les avisaré en cuanto tenga noticias sobre la granja —Ali, Abdallah, Carly y yo estábamos en la puerta principal. Ali y Abdallah parecían satisfechos. Habían conocido a mi esposa, comido y bebido, y pasado una agradable velada.

Yo estaba medio satisfecho. La noche había ido bien, de hecho. Carly se había desempeñado bien y habíamos respondido satisfactoriamente incluso a las preguntas más difíciles de Ali y Abdallah. Nada se interponía en el camino del negocio. Excepto una cosa. Esa granja a la que los propietarios se aferraban obstinadamente. Había esperado sorprender a Ali y Abdallah esta noche con noticias sobre la expropiación, pero hasta ahora no había escuchado nada ni de Harry Python ni de mi abogado.

Quería esa granja. Desesperadamente. Si fuera mía, entonces estaría firmemente asentado en el negocio del petróleo con Ali y Abdallah, sin importar si tenía esposa o no. Hasta ahora no habíamos firmado ningún contrato. ¿Para qué? Aún no éramos dueños de toda la tierra. Así que, teóricamente, Ali y Abdallah aún podían dejarme fuera. Aunque era relativamente improbable. Sin embargo, era posible. Pero si la granja fuera mía, el negocio no podría concretarse sin mí.

Ante esta perspectiva, sonreí satisfecho y puse mi brazo alrededor de la cintura de Carly. Estrechamente abrazados, nos quedamos en la puerta abierta despidiendo con la mano a Ali y Abdallah. Aunque todo era una actuación, se sentía muy natural.

Más que eso. Se sentía maravilloso.

Dejé que mi brazo se deslizara ligeramente hacia abajo, de modo que mi mano descansara sobre el trasero de Carly y comencé a masajearlo suavemente. Mientras lo hacía, recordé las apasionadas horas que habíamos pasado juntos hasta ahora. Oh sí, Carly podía parecer tímida y reservada, pero en su interior dormía una mujer muy fácilmente excitable. Incluso ahora, no retrocedió cuando sintió mi mano. Sonreí aún más satisfecho. Mi polla comenzó a palpitar.

En ese momento, sentí una vibración en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Mi teléfono.

Algo molesto, aparté mi mano del trasero de Carly y saqué el móvil del bolsillo. ¿Quién me molestaba ahora, cuando acababa de anticipar un momento íntimo?

En la pantalla aparecía el nombre de Harry Python. Inhalé bruscamente y mi corazón comenzó a latir más rápido. ¿Recibiría ahora la noticia tan esperada? Rápidamente respondí la llamada.

—¿Harry? —No me molesté con largos preámbulos.

—Brent. ¿Tienes un minuto?

—Para ti, siempre —dije breve y concisamente. Asentí hacia Carly y me alejé con el teléfono en dirección a mi estudio. Prefería tener conversaciones importantes solo y sin interrupciones.

—Tengo buenas noticias —dijo Harry Python justo cuando cerraba la puerta de mi oficina detrás de mí. Mi ritmo cardíaco se aceleró aún más—. El gobernador ha aprobado tu solicitud. Considera que vuestro proyecto es inmensamente importante para el futuro económico de Texas. El hecho de que los propietarios de la granja se hayan negado repetidamente a vender y tampoco hayan aceptado la extracción de petróleo ha facilitado las cosas. Todo sucedió muy rápido. La propiedad ahora está en posesión del estado y lista para ser vendida a nuevos propietarios.

—¡Sí! —Lancé un puñetazo al aire y respiré profundamente. Hasta ese momento no me había dado cuenta de la tensión bajo la que había estado—. ¿Cuándo puedo adquirirla?

—Lo mejor sería lo antes posible. Seguramente habrá varios interesados, especialmente cuando se corra la voz sobre el hallazgo de petróleo.

—Estoy listo. ¿Dónde está su abogado?

—Normalmente aquí en Texas. Pero como sé que estás en Nueva York, le he pedido que encargue a uno de sus socios que prepare el contrato. El socio está en Long Island. Tiene una finca allí, pero también trabaja desde allí para clientes importantes cuando no está en su bufete en Manhattan. —Eso sonaba a un bufete de renombre, donde los abogados ganaban bien. Pero eso no me importaba. Lo principal era que todo saliera a mi favor.

—Puedo salir inmediatamente.

—¿Cuándo puedes estar allí?

—En poco menos de una hora, si puedo aterrizar allí con el helicóptero. —Me tomaría media hora llegar con el Porsche al helipuerto que normalmente usaba aquí en Nueva York.

—Suena bien. Nuestro abogado se llama Seymour Travers y hay un helipuerto muy cerca de su casa. —Esto último ya lo había imaginado, porque de alguna manera los ricos de la clase alta tenían que llegar rápidamente desde sus fincas a Manhattan cuando tenían una cita urgente.

—Perfecto —dije simplemente—. Por favor, envíame las coordenadas exactas a mi teléfono. O pídele a Seymour Travers que las envíe.

—De acuerdo. —Respiré hondo—. Gracias Harry —dije, y lo decía en serio—. Te debo una.

—No hay problema.

Terminé la llamada. Así es como funcionaba. Dar y recibir. Sabía que Harry me contactaría cuando necesitara a alguien que le hiciera un favor. ¿Por qué no? Justo ahora había demostrado una vez más que así se avanzaba considerablemente más rápido y se aseguraban los mejores tratos.

Rápidamente envié un mensaje a los técnicos de mi empresa de mantenimiento informándoles que necesitaría el helicóptero en media hora. Siempre había alguien de guardia allí y, por lo tanto, podían comenzar de inmediato a preparar mi helicóptero para el despegue.

Luego abrí la puerta de mi estudio. Carly ya no estaba en el vestíbulo. La encontré en la cocina con Mariana.

—Prepárate, vamos a hacer una pequeña excursión —. Ante mis palabras, Carly se dio la vuelta rápidamente.

—¿Adónde?

—Es una sorpresa —sonreí, imaginando la cara que pondría Carly cuando la sorprendiera con un vuelo en helicóptero. La vista de Manhattan sería fantástica; estaba seguro de que le encantaría. La noche había ido tan bien hasta ahora que no quería prescindir de la compañía de Carly.

Apenas media hora después, estacioné el Porsche en el Manhattan Financial District Heliport. Galantemente, abrí la puerta a Carly, quien salió con cuidado.

—Aún no te he dicho lo espléndida que te ves con ese vestido —le susurré al oído y la besé suavemente en el cuello. Ella puso una mano en mi hombro y se estiró hacia mí—. Estás preciosa —. Después de estas palabras, besé el lunar junto a su boca, que más de una vez me había vuelto loco.

—Gracias —susurró ella, sonrojándose una vez más. Esto le sucedía con bastante frecuencia, aunque realmente no había razón para ello. Se veía deslumbrante, se las arreglaba en todas partes y era obviamente no solo inteligente sino también muy adorable y encantadora. ¿Quién no la querría?

Quererla en este mismo instante.

Agarré a Carly y la presioné contra mi Porsche. Con la lengua acaricié su lunar, lo lamí y finalmente lo besé de nuevo. Luego, mis labios se desplazaron unos centímetros hacia un lado y encontraron su boca. Carly jadeó suavemente y se apretó contra mí mientras abría sus labios. Nuestras lenguas se encontraron y comenzaron una danza apasionada. Gimiendo suavemente, Carly empezó a frotar su pelvis contra la mía. Sentí cómo mi miembro se endurecía.

A regañadientes, solté a Carly y miré sus ojos. Todavía no podía decidir qué nombre darle a ese color. ¿Esmeralda? ¿Aguamarina?

—Tenemos que entrar. Nos están esperando —. Mi voz sonaba ronca y me costaba controlar mi excitación.

—¿Dónde nos esperan?

—En el helicóptero.

—En el helicóptero. ¿Y qué vamos a hacer allí? —Pude notar la sorpresa en la voz de Carly.

Me reí. —¿Qué se hace normalmente en un helicóptero? Se sube para volar a algún lugar.

—¿Volar? ¿En un helicóptero? —Los ojos de Carly se agrandaron.

—Exactamente —respondí—. Tengo que firmar urgentemente un documento con un abogado. Está en Long Island y vamos a volar juntos hasta allí. Vamos —. Con estas palabras, tomé a Carly de la mano y la llevé hacia el edificio.

Al entrar, Carly tragó saliva y preguntó en voz baja: —¿Realmente me necesitas para esta cita? Podría quedarme aquí y esperarte —. Miró al suelo, fijando la vista en las puntas de sus pies. Por eso, me era imposible adivinar lo que estaba pensando en ese momento.

—¿Necesitarte? Pensé que te haría feliz si te llevaba conmigo. ¿O prefieres no venir?

Carly caminaba lentamente a mi lado sin decir nada. ¿Qué pasaba ahora? Una vez más, no tenía idea. Las mujeres realmente podían volverme loco. ¿Tal vez ya tenía otros planes? Después de

todo, hoy terminaba oficialmente su compromiso. Nuestro acuerdo. Este hecho no me gustaba nada, pero antes de que pudiera pensar más en ello, Carly confesó en voz baja: —Tengo miedo a volar.

¿Miedo a volar?

Aliviado, solté una carcajada.

—Eso no es gracioso —comentó Carly, visiblemente herida.

—¿Qué? —Me contuve, me detuve y tomé la mano de Carly—. Oh, no, por supuesto que no es gracioso. Pero no nos pasará nada. Será un vuelo maravilloso. Ya es de noche y verás Manhattan desde arriba en su mejor momento. Un cielo nocturno que se oscurece, rascacielos iluminados... será hermoso —. Apreté la mano de Carly y le sonreí.

—Hmm... —murmuró ella, visiblemente indecisa.

—Confía en mí —. Finalmente, levantó la mirada y me miró. Sus ojos verdes escrutaron mi rostro y finalmente se detuvieron en mis ojos. Llevé la mano de Carly a mis labios, la besé suavemente y repetí—: Confía en mí.

Carly asintió vacilante. Caminamos lentamente por el edificio y finalmente salimos. Una noche perfecta nos recibió. La luz era maravillosa, tal como había dicho antes. La noche estaba cayendo y a nuestro alrededor, la iluminación de los edificios ya brillaba en los tonos más diversos de amarillo y blanco.

—Sr. Riggs, qué bueno que recién llega —. Con estas palabras me saludó el jefe del equipo de mantenimiento de mi helicóptero. Este estaba listo para despegar en el fondo y sentí una emoción anticipada ante la idea de que pronto estaría sentado en él. Hacía demasiado tiempo que no volaba.

—Acabamos de traer el helicóptero aquí. Hasta ahora estaba en el hangar. Una de las palas del rotor tenía una grieta y tuvimos que reemplazarla. Pero ahora todo está en orden.

Carly, a mi lado, contuvo la respiración bruscamente. —¿Una grieta? —susurró.

Apreté su mano. —No te preocupes, esto pasa a menudo. Es completamente normal.

—Todo está bien, señorita —dijo también el ingeniero de mantenimiento para tranquilizarla.

—No sé... —murmuró Carly dudosa.

Me detuve y puse mi mano bajo su barbilla. Así la obligué a mirarme a los ojos. —Mira —dije —. El helicóptero recibe mantenimiento regularmente, al igual que un automóvil se lleva al taller para revisión. Allí también se encuentran una que otra irregularidad y luego se soluciona el problema. Ese es exactamente el propósito del mantenimiento. En los helicópteros incluso con más frecuencia que en los automóviles. Sin el mantenimiento regular, a una aeronave ni siquiera se le permite volar después de un tiempo. Por eso es realmente más seguro que un automóvil.

Carly me miró por un momento, pensativa. El instante me pareció una eternidad y me moría de ganas de llevarla conmigo al helicóptero. Pero sabía que tenía que darle el tiempo que necesitaba.

—Vale... —dijo finalmente, aunque aún no sonaba del todo convencida.

—Todo saldrá bien —le dije, inclinándome hacia delante para darle otro beso suave en el lunar. Tuve que contenerme para no atraer a Carly hacia mí de nuevo.

Más tarde, Brent.

—Todo está en orden, señorita —dijo el ingeniero de mantenimiento. Me guiñó un ojo—. Simplemente síganme. —Nos guio hasta el helicóptero y nos ayudó a preparar la máquina para el despegue. Carly respiró hondo—. Tú puedes hacerlo —le aseguré, soltando su mano para subir al asiento del piloto.

Pocos minutos después, nos encontrábamos en el cielo nocturno sobre Manhattan. Las vistas eran incomparables.

—Puedes abrir los ojos tranquilamente —le dije a Carly, después de haber intercambiado toda la información necesaria con el control de tráfico aéreo y cuando finalmente llegó un momento de calma.

—¿Cómo sabes que tengo los ojos cerrados? —preguntó.

—Se nota. Por lo tensa que estás ahí sentada. Si abrieras los ojos, estarías mucho más relajada. La vista es fantástica.

Carly dudó unos segundos más, pero finalmente abrió los ojos. Cuando vio el panorama de Manhattan debajo de nosotros, soltó un pequeño grito de sorpresa—. Esto es una locura — susurró inmediatamente después.

—¿Ves? —sonreí—. No te había prometido demasiado.

En la creciente oscuridad, la península de Manhattan se perfilaba entre el río Hudson y el East River. Los dos brazos del río estaban oscuros, excepto por algunos barcos iluminados y los

puentes. En cambio, los rascacielos de Manhattan brillaban con más intensidad.

—El Chrysler Building, el One World Trade Center, el Empire State Building... —enumeró Carly entusiasmada. Me miró y, incluso en la penumbra, pude ver que sus ojos brillaban de emoción por la aventura—. Nunca soñé que los vería todos al mismo tiempo. Y desde arriba.

—Impresionante, ¿verdad?

—Mejor que cualquier imagen que haya visto jamás —confirmó Carly, inclinándose hacia adelante.

Volamos en silencio durante unos minutos antes de que yo preguntara—: ¿Todavía tienes miedo?

Carly me miró sorprendida—. No, ya no. Yo... es genial.

Sonreí satisfecho. Le había dado un momento de alegría a Carly. Y eso se sentía increíblemente bien.

—Me pregunto cómo se verá Texas desde arriba. La granja donde crecí —dijo Carly pensativa —. Es mi hogar. Me encanta estar allí. —Su voz adquirió un tono cálido que no había escuchado antes. De repente, sentí el deseo de traer aún más alegría a la vida de Carly.

—Creo que tendré que volver a Texas muy pronto para resolver algunos asuntos. Iré volando en mi Cessna. Si quieres, podemos hacer un desvío por la granja —me oí decir.

Le estaba ofreciendo a Carly llevarla conmigo a Texas.

No.

Quería llevar a Carly conmigo a Texas.

Así era.

Me miró con incredulidad—. ¿En serio?

—Sí, en serio —dije.

Capítulo 22 - Carly -

Estaba sentada junto a Brent en el helicóptero, maravillada. La noche que se aproximaba, dando al cielo un color único, me encantaba. Seguramente había disfrutado del atardecer muchas veces antes, tanto en Nueva York como en Texas, donde el cielo era amplio, infinito y libre. Pero desde esta perspectiva, todo parecía completamente diferente. ¿Siempre había sido tan clara la transición de un azul oscuro a un negro profundo en los bordes?

Debajo de mí, las luces de la gran ciudad pulsaban y también me fascinaban. Quien estuviera ahora en un coche en una de las calles de Manhattan, estaría rodeado de ruido y luz. Aquí arriba, en cambio, solo se oía el ruido del helicóptero. Nueva York pulsaba debajo de mí y al mismo tiempo parecía silenciosa, algo que la metrópoli nunca era en realidad.

Cerré los ojos y respiré profundamente una vez más. Hace apenas quince minutos, todo en mí se resistía incluso a subir al helicóptero. Había sufrido de miedo a volar desde que tenía uso de razón. Esto nunca había sido un problema, ya que mis padres normalmente no tenían dinero para vacaciones, mucho menos en avión. Una vez fuimos en coche a una cabaña junto a un lago. Todas las demás vacaciones las pasé en la granja. Mi mudanza a Nueva York fue el viaje más largo que había hecho jamás. Como solo llevaba una bolsa de viaje con ropa y algunos objetos personales, simplemente me subí al autobús.

Ahora admiraba el mundo desde arriba y me sentía libre por primera vez en mi vida. Más libre que nunca. Después de superar mis miedos y subir al helicóptero, mis temores se desvanecieron más rápido de lo que podía imaginar. Brent me había explicado todo lo que quería saber y me había asegurado con cariño que podía sentirme segura y cómoda con él. Y eso es lo que sentía ahora. Sí, no solo me sentía segura, sino también cómoda. Protegida.

Las palabras de Brent habían contribuido a ello. Acababa de insinuar que pronto me llevaría a Texas para que pudiera volver a ver mi hogar, y desde una perspectiva que aún no conocía. Pero sus palabras significaban más que eso. ¿O no?

Si iba a ir a Texas, eso solo podía significar que Brent no quería que dejara la villa pronto. No

tenía ni idea de si ahora íbamos a firmar el contrato decisivo con el abogado que cerraría el trato con Ali y Abdallah. Probablemente no, porque de lo contrario, seguramente habrían venido con nosotros. Pero la firma del acuerdo con ellos, que Brent esperaba con tanta urgencia, no podía tardar mucho más. Entonces terminaría también el acuerdo entre Brent y yo. Me pagaría 5.000 dólares y yo seguiría mi camino.

Pero ahora parecía que había otra posibilidad. La perspectiva de poder quedarme más tiempo con Brent hacía que mi corazón latiera más rápido. ¿Debería preguntarle qué quería decir con su comentario? ¿Iba a ir a Texas solo por negocios? ¿O realmente quería tenerme a su lado más tiempo?

Antes de que pudiera decir algo, Brent señaló hacia fuera con la mano.

—El Océano Atlántico.

Asombrada, miré hacia la infinita extensión. En el horizonte, el oscuro mar y el cielo negro ya no se distinguían. Sin embargo, la noche aún no había caído completamente y podía distinguir crestas de espuma aisladas en las olas. Solo había visto el mar una vez antes, cuando hice una excursión a la playa con Joanna. No estaba lejos, pero como siempre andaba escasa de dinero, me faltaba el efectivo para permitirme más a menudo un día relajado en la playa.

—Guau —dije en voz baja al ver el océano. En ese momento me faltaban las palabras.

—Y ya hemos llegado —anunció Brent mientras el helicóptero descendía cada vez más hacia el suelo.

—¿Ya? Qué rápido ha sido. —Me sorprendí lamentando que no voláramos más lejos. Yo, la que tenía miedo a volar. No me reconocía. Brent estalló en una risa cordial ante mi comentario.

—¿Ves? Así de rápido se puede superar el miedo a volar. Solo un vuelo y ya no quieres ni bajarte. Pero no te preocupes, aún nos queda el vuelo de vuelta.

—Es cierto —sonreí.

Cuando aterrizamos con seguridad en el helipuerto y las aspas del rotor se detuvieron, Brent se desabrochó el cinturón y abrió la puerta de su lado.

—Espera, voy a ayudarte. —Tras unos momentos, bajé del helicóptero de la mano de Brent y volví a tener suelo firme bajo mis pies.

—¿Señor Riggs? —preguntó una voz masculina. Me di la vuelta y vi a un hombre de estatura media con uniforme de chófer.

—Sí, soy yo —respondió Brent.

—Mi nombre es Walter Andersson. Soy el conductor de Seymour Travers y los llevaré a ambos a su casa lo más rápido posible, si me lo permiten. Está a solo cinco minutos en coche.

—Por supuesto.

Walter Andersson nos precedió y abrió la puerta de un gran Bentley. —Por favor. —Brent y yo subimos y nos acomodamos en el asiento trasero. Una vez más me quedé asombrada, porque nunca había estado en un coche así. El interior tenía todos los extras que uno pudiera imaginar y probablemente algunos que ni siquiera podía imaginar. Mamá y papá nunca tuvieron nada más que coches usados viejos que amenazaban con desmoronarse en cada viaje. Yo misma nunca había tenido un coche.

Brent presionó un botón incrustado en la consola entre los dos asientos delanteros. Observé asombrada cómo subía una mampara de cristal entre nosotros y el señor Andersson.

—Genial.

Brent sonrió. —No todo el mundo tiene que saber siempre lo que se habla en el asiento trasero de un coche.

Asentí y me sentí un poco inquieta, pero de una manera agradable. ¿Qué tenía Brent tan importante que decirme?

—Aquí en Long Island, muchos neoyorquinos ricos tienen sus casas de fin de semana. Yo también he pensado a menudo en comprarme una. Los lugares aquí son agradables, mucho más familiares y no tan anónimos, habría más espacio en el jardín y la playa no está lejos.

—Suena de ensueño —dije—. ¿Por qué no has comprado una casa todavía?

Brent se encogió de hombros. —Muchas razones. No busqué con la suficiente regularidad. Cuando lo hacía, no había nada en el mercado que realmente me gustara. O mi... mi situación de vida había cambiado y el proyecto ya no era tan importante para mí.

—Entiendo —dije, aunque en realidad solo había comprendido la mitad de lo que Brent me estaba diciendo. ¿A qué se refería con situación de vida? ¿Hablaba de otra mujer? Consideré preguntarle al respecto, pero decidí no hacerlo. Si Brent quería confiar en mí, seguramente lo haría en el momento adecuado.

Brent tomó mi mano y me sonrió. —¿Te gustaría eso?

—¿Gustarme qué? —pregunté algo despistada.

—Tener una casa de campo en Long Island —respondió Brent.

Me alegré de que estuviéramos rodeados de oscuridad, porque así Brent no vio cómo me sonrojaba. Su pregunta solo podía significar...

—Me encantaría —respondí apretando la mano de Brent. Nuestros dedos parecían fundirse.

Antes de que alguno de los dos pudiera decir algo más, el coche se detuvo. El señor Andersson nos hizo una señal a través del parabrisas. Había estado tan concentrada en Brent que ni siquiera me había dado cuenta de que ya habíamos llegado a nuestro destino. Frente a nosotros se alzaba una imponente casa construida con ladrillos, que contaba con varias alas y miradores. Una familia de diez personas podría haber vivido aquí cómodamente sin estorbarse demasiado. Pensé en la pequeña y estrecha granja de Texas donde crecí. Allí había poco espacio para las cosas, pero mucho para el amor, la risa y la unión. ¿Sería igual aquí?

El señor Andersson nos abrió las puertas del coche y Brent y yo salimos. En ese mismo momento, la puerta principal de la casa se abrió y un hombre pequeño y calvo con una barriga redonda apareció en el escalón superior.

—Señor Riggs, señora Riggs. Soy Seymour Travers. Bienvenidos a mi humilde hogar —nos sonrió radiante. Su calva me había recordado desagradablemente a mi antiguo jefe Emmett al principio, pero al escuchar las palabras de Seymour Travers, me di cuenta de que debía tener un carácter completamente diferente.

—Gracias por recibirnos tan tarde —respondió Brent—. Espero que no le moleste que haya traído a Carly.

—No hay problema. Me alegro de que estén ambos aquí. Desafortunadamente, debo pedirles que vayamos directamente a mi despacho y que nos apresuremos un poco. Mi esposa ha invitado a unos invitados y si me ausento demasiado tiempo por trabajo, se enfadará —esta declaración me hizo simpatizar aún más con Seymour Travers. Era un hombre que tenía en cuenta las necesidades de su esposa.

—Entonces no le entretendremos mucho tiempo —respondió Brent. Entramos en la casa, cuyo vestíbulo estaba amueblado con numerosas antigüedades, sin parecer anticuado ni sobrecargado.

—Mi esposa es diseñadora de interiores —explicó Seymour Travers al notar que admiraba la decoración. Abrió una puerta a nuestra izquierda. Ahora estábamos en una habitación que parecía completamente diferente. Un elegante escritorio de cristal, una silla de oficina moderna y una vitrina llamaron mi atención—. Sin embargo, aquí todo está decorado como yo quiero —añadió con un guiño.

Nos indicó dos sillas en una pequeña mesa de conferencias donde debíamos sentarnos. Brent y yo tomamos asiento. Seymour Travers se dirigió rápidamente al gran escritorio de cristal, donde había varios papeles. Los tomó y vino hacia nosotros.

—Bien, señor Riggs, ya he preparado todo. El contrato incluye lo habitual, pero lo más breve posible. Tómese su tiempo para leerlo todo con calma y luego necesito su firma aquí —Seymour Travers señaló el final del documento—. Y una firma en la segunda copia. Una es para usted, la otra para mí.

Brent leyó los papeles con calma, luego tomó la elegante pluma que el señor Travers había dejado sobre la mesa junto con el contrato y firmó en dos lugares.

—Con esto, la propiedad es suya —se alegró el señor Travers.

—Y el negocio puede finalmente comenzar —respondió Brent.

—¿Tengo que hacer algo yo también? —pregunté, porque no tenía idea de cómo funcionaban estas cosas con testigos o similares. Ni siquiera sabía qué acababa de firmar Brent.

—No, no —aseguró el señor Travers—. Todo está hecho.

—Acabo de comprar una propiedad al estado. De hecho, en Texas. Hoy alguien perdió su granja por expropiación. Quería asegurarla lo más rápido posible porque es importante para el éxito del negocio con Ali y Abdallah —explicó Brent.

—¿Hoy? —me sorprendí—. ¿Es posible que sea tan rápido?

—Si las condiciones son adecuadas y conoces a las personas correctas, sí —sonrió el señor Travers.

—Qué suerte que las conozcas —le dije a Brent sonriéndole. Todavía no tenía idea de qué se trataban exactamente sus negocios, pero tampoco me importaba tanto. Ahora estaba emocionada por el vuelo de regreso juntos y las horas siguientes.

Cuando entramos en la villa de Brent una hora más tarde, nos recibieron lentos y románticos sonidos de guitarra. Tambores, castañuelas y un instrumento que no conocía se unieron a la melodía, y finalmente se escuchó una voz masculina áspera y sensual que cantaba en español y me llegó directamente bajo la piel.

Brent rodeó mi cintura, me apretó contra él y bailó conmigo por el vestíbulo.

—A Mariana le encanta el bolero —explicó.

—Yo... yo no lo conocía —murmuré y presioné mi rostro contra su cuello. Inhalé su aroma herbáceo y masculino y deseé que este momento nunca terminara.

—No tienes por qué conocerlo —susurró Brent en mi oído. Cuando sentí su aliento rozar mi piel, el deseo despertó en mi cuerpo. Mi piel se calentó y comenzó a hormiguear agradablemente.

Brent soltó mi cintura y me llevó escaleras arriba. En el pasillo, volvió a rodear mi cintura y en un baile lento y provocativo nos movimos hasta la puerta del baño. Brent la abrió y me llevó adentro.

—Hoy te quiero en el jacuzzi —me susurró al oído—. Lo he deseado desde que te sorprendí allí a mi regreso. Dios, ese recuerdo me pone a cien. —Agarró mis caderas y las frotó contra su pelvis. Podía sentir que su miembro ya estaba duro y a mí también me excitaba el recuerdo de la noche en que Brent me había pillado. Gemí y noté que ya estaba húmeda. La mano de Brent recorrió mi espalda y bajó la cremallera del vestido estampado azul. Me lo quitó lentamente por las caderas. Hoy llevaba ropa interior de encaje negro que había comprado junto con el vestido.

Brent se relamió con deleite al verme así. Bajó un poco mi sujetador y estimuló mi pezón con el pulgar y el índice. Volví a gemir y cerré los ojos para entregarme por completo a la caricia. Después de unos segundos, Brent desabrochó mi sujetador y luego abarcó mi pecho con toda la mano. Lo amasó suavemente hasta que dijo:

—Desnúdate completamente y métete en el jacuzzi.

Excitada, obedecí. Mientras me metía en el jacuzzi, Brent se quitó la ropa. Observé su erección mientras me tumbaba de espaldas en el jacuzzi, de modo que Brent pudiera admirar mi cuerpo, como la primera noche. Lentamente, llevé mi mano al pecho que Brent acababa de acariciar y empecé a acariciarme yo misma.

—Oh, sí —gimió Brent mientras entraba al agua conmigo. Se acercó a mí, me agarró y besó el lunar junto a mi boca—. Este punto me vuelve loco —murmuró y pasó su lengua por la pequeña protuberancia. Finalmente, sus labios encontraron los míos y nos besamos apasionadamente. Después, rodeó mi cuerpo con sus brazos y me dio la vuelta.

—Necesito tenerte ahora —jadeó mientras me penetraba lentamente por detrás. Tan lentamente que casi me volvía loca. Impaciente, intenté ir a su encuentro con mis caderas. Una de sus manos se deslizó por mi vientre hacia abajo y encontró mi perla. Mientras Brent me follaba lentamente desde atrás, su pulgar acariciaba mi punto más sensible. En el agua, la fricción me parecía aún más intensa y se me escapó un fuerte gemido.

—Oh, sí, nena. —Brent también estaba excitado y empujaba cada vez más profundo dentro de

mí. Moví mis caderas al mismo ritmo y abrí mis piernas ampliamente para darle mejor acceso. Su mano encontró el punto más sensible de mi perla y en ese momento sentí como si volara por segunda vez esa noche.

Me corrí.

Intensamente.

Brent retiró su mano de mi perla, agarró mis caderas y empujó una última vez profundamente antes de encontrar también su alivio dentro de mí.

Capítulo 23 - Carly -

Me estiré con deleite en la cama king size que ocupaba gran parte del dormitorio de Brent. El sol se filtraba a través de las persianas. En los últimos días, el clima afuera se había vuelto cada vez más caluroso y bochornoso. Joanna lo describía como el típico clima veraniego de Nueva York. Como este era mi primer verano en Nueva York, aún no tenía experiencia con ello. Sin embargo, ya me había acostumbrado a despertar cada mañana en la cama de Brent. Desde que Mariana estaba aquí, solo había entrado una vez en la habitación de invitados donde me alojaba como cuidadora de la casa, y fue para sacar todas mis cosas de allí.

La cama a mi lado estaba fría. Brent solía levantarse muy temprano, hacía sus ejercicios en su gimnasio personal en el sótano de la mansión y luego se iba a la oficina. No nos veíamos hasta la noche, cuando terminaba su jornada laboral. Me levanté lentamente y miré a través de las persianas por la ventana. El sol que me había despertado subía cada vez más alto, pero junto a él también se formaban las primeras nubes cúmulos. En Texas, estas solían ser precursoras de una fuerte tormenta de verano. ¿Sería igual en Nueva York?

Esperaba que sí, porque el jardín necesitaba urgentemente lluvia. Todos los días regaba las plantas, las podaba y pensaba en cómo hacer que todo se viera aún más bonito. Además, ayudaba un poco a Mariana, pero aparte de eso no había mucho que hacer. No quería quitarle ninguna de sus tareas a Mariana y, honestamente, las tareas domésticas tampoco eran lo que más me llenaba.

Pero entonces, ¿qué me llenaba? El trabajo con Emmett había estado bien, pero no podía decir exactamente que fuera mi sueño profesional. ¿Cuál era mi sueño? Mientras me dirigía lentamente al baño y me preparaba para un nuevo día, pensé en la idea que había tenido cuando hice la ronda por varias agencias de empleo con mi currículum.

Una agencia de empleo propia. Pero no para personal de oficina, sino para personal doméstico. Para personal doméstico en círculos de alto nivel. Brent me había contado sobre sus dificultades para encontrar un reemplazo de vacaciones para Mariana. Eso fue lo que finalmente llevó a que yo terminara aquí como cuidadora de la casa. Sonreí al recordar ese pensamiento.

Encontrar un nuevo jardinero tampoco era tan fácil como Brent se había imaginado al principio. Hasta ahora, nadie había venido siquiera a ver el jardín. Por lo que había escuchado de Brent, a sus vecinos y amigos no les iba mejor. Eso significa que si lograba crear un archivo con personal adecuado, tendría una buena oportunidad de encontrar clientes y hacerme un nombre.

También tenía una idea de cómo lograrlo: Hasta ahora, todas las agencias perseguían el objetivo de colocar amas de llaves y jardineros capacitados con los clientes. Pero, ¿y si intentaba colocar a estudiantes universitarios? Ellos todavía estaban en formación y agradecerían cualquier oportunidad de ganar experiencia. Claro, no tenían todo el día libre, pero como mostraba el estilo de vida de Brent, muy pocos hogares realmente necesitaban a alguien que se ocupara de la casa y el jardín todo el día. Unas pocas horas eran suficientes. Para los niños había niñeras o au pairs, e incluso la limpieza a menudo la realizaba personal contratado específicamente para eso.

Sí, me gustaba la idea. Creía que tenía potencial. Emocionada, abrí la puerta del dormitorio, caminé por el pasillo y bajé las escaleras. Esta noche, cuando Brent llegara a casa, le preguntaría qué pensaba de ello. ¿Tal vez incluso estaría dispuesto a apoyarme en la creación de mi agencia?

Sonreí. Seguramente estaría dispuesto. Quería volar conmigo a Texas y me había preguntado si me gustaría una casa de campo en Long Island. Eso solo podía significar...

—¡Buenos días, Mariana! —grité hacia la cocina.

No hubo respuesta.

Caminé lentamente hacia la barra donde me gustaba sentarme y hojear libros de cocina. A menudo Mariana me hacía compañía. En los días previos a la cena con Ali y Abdallah, a Brent le habían gustado nuestros menús preparados en casa y cada vez comía menos en el camino a casa.

Fui a recoger a Max.

Mariana había colocado una nota adhesiva amarillo brillante en medio de la barra. La arranqué y la tiré a la basura. ¡Cierto! Con toda la emoción por el vuelo en helicóptero, había olvidado por completo que ayer la clínica veterinaria había llamado y nos había dado la buena noticia de que Max estaba completamente sano de nuevo y podíamos ir a buscarlo. Mariana se había ofrecido a hacerlo, ya que de todos modos iba de compras. Yo desayunaría primero.

Justo cuando abrí el refrigerador, sonó el teléfono. Miré a mi alrededor buscándolo. No era mi celular. ¿Dónde lo había dejado? No lo había visto desde la cena de anoche.

El teléfono seguía sonando y finalmente vi uno de los teléfonos móviles que pertenecían a la línea fija de Brent. Estaba medio oculto bajo un periódico en español que Mariana había dejado en la barra.

Tomé el teléfono. En la pantalla no aparecía un nombre, sino un número. Un número de Texas. Así que no podía ser ninguno de los conocidos o amigos de Brent. ¿Tal vez era una llamada de negocios importante? Después de todo, tanto el trato con Ali y Abdallah como el contrato de ayer tenían algo que ver con Texas.

Texas jugaba un papel importante en la vida de Brent.

Sonreí pensativa.

Luego contesté la llamada. Como secretaria de Emmett, había atendido sus llamadas todo el día, así que podría manejar esta también. Tal vez podría sorprender a Brent con una buena noticia.

—Residencia Riggs, hola, ¿en qué puedo ayudarle?

—Me gustaría hablar con Brent Riggs —dijo una voz femenina que tenía un marcado acento tejano y que nunca había escuchado antes.

—Lo siento, no está aquí. ¿Puedo dejarle un mensaje?

—Bueno, la información es más bien confidencial... —dudó la persona que llamaba.

—Soy su esposa —afirmé. Una vez más—. ¿Con quién hablo?

—Mi nombre es Casey Suarez, soy funcionaria del Servicio de Impuestos Internos. En Texas.

—Hola, señora Suarez. Me llamo Carly —saludé correctamente a mi interlocutora esta vez—. ¿De cuál de nuestros negocios en Texas se trata?

—Tengo un contrato de anoche. El señor Riggs compró una granja en Texas.

—Es cierto, yo estuve presente —confirmé.

—Solo quería preguntar quién pagará ahora el impuesto sobre la propiedad de la *Granja Familiar Moore*. El señor Riggs tiene tantas empresas a su nombre que no puedo asignarlo claramente por mí misma.

Apenas escuché la última frase. La sangre empezó a zumbar en mis oídos y mis rodillas se debilitaron.

El impuesto sobre la propiedad.

De la *Granja Familiar Moore*.

En Texas.

—Los antiguos propietarios aún viven allí, lo cual es comprensible. Todo sucedió tan rápido, no he visto nada igual en todos los años que llevo trabajando aquí —continuó Casey Suarez alegremente.

—Sí —fue lo único que dije.

Conocía la *Granja Familiar Moore* en Texas. La conocía como la palma de mi mano. Conocía la tierra reseca, los campos, los pastos, conocía el ganado, el huerto de hierbas y la pequeña y estrecha casa.

La *Granja Familiar Moore* era la granja de mis padres.

Más precisamente, había sido la granja de mis padres. Ahora pertenecía a Brent, que la necesitaba para algún negocio. Lentamente, me dejé caer en una de las sillas que estaban junto a la mesa del comedor. Mi corazón golpeaba contra mis costillas.

¿Qué había pasado anoche?

Brent había firmado un contrato y, como acababa de escuchar, todo había ocurrido inusualmente rápido. ¿Significaba eso que... había hecho algún negocio turbio para apoderarse del hogar de mis padres? ¿Para apoderarse de MI hogar?

—¿Está todo bien? —preguntó Casey Suarez.

—¿Cómo? —Me sobresalté cuando la voz con acento texano volvió a llegar a mis oídos.

—Dije, ¿está todo bien? —repitió Casey Suarez.

—Oh sí, disculpe, todo está perfecto —mentí. Desde que conocía a Brent, mentir parecía haberse convertido en un hábito. No podía decir que me gustara—. No estoy completamente al tanto de este asunto y lamentablemente no puedo responder a su pregunta —dije—. Pero lo discutiré todo con el señor Riggs y luego la llamaremos de vuelta.

Casey Suarez me dictó su número de teléfono y fingí anotarlo. En realidad, no escribí nada. Caminé de un lado a otro en la cocina con el teléfono inalámbrico, buscando frenéticamente mi celular porque quería llamar a mis padres con urgencia. ¿Tal vez todo esto era solo una mala broma? ¿Una coincidencia de nombres?

—Muchas gracias por su ayuda. Hasta pronto —se despidió Casey Suarez. Murmuré un vago saludo de despedida en el teléfono y lo dejé descuidadamente sobre la encimera de la cocina. Mi celular parecía imposible de encontrar.

¿Dónde podía estar?

Finalmente, tomé el teléfono inalámbrico de nuevo y marqué mi número de celular. Sonó, y tan fuerte que supe que mi celular no estaba lejos. Me acerqué más y más al sonido y al final saqué mi celular de detrás del frutero bien lleno. ¿Cómo había llegado allí?

Me encogí de hombros. Mi corazón latía con fuerza mientras ingresaba el PIN para desbloquear el dispositivo. Efectivamente, tenía varios mensajes nuevos.

Joanna.

Jason, mi amigo de la juventud de Texas.

Y mis padres.

Por favor, llámanos de inmediato.

El mensaje era de ayer, pero había estado tan ocupada con la visita de Ali y Abdallah que no había pensado en nada más.

Conocía a mis padres.

Este mensaje no significaba nada bueno.

Me dejé caer pesadamente de nuevo en una de las sillas de la mesa de la cocina.

Me moría por llamarlos, pero al mismo tiempo no quería nada más que cerrar los ojos ante la verdad que se me imponía.

Brent era un hombre de negocios sin escrúpulos que solo pensaba en su propio bienestar. Aparentemente no pensaba en las personas a las que dañaba con sus empresas, a las que les quitaba su sustento y les robaba su hogar. Y yo me había dejado cegar tanto por él que había ignorado todas las señales de advertencia. ¿No había hablado ayer de una expropiación? ¿O había sido Seymour Travers? Como sea, yo había sabido lo que estaba sucediendo, pero no había querido reconocerlo.

Y ahora la vida me arrojaba la verdad a la cara, de la manera más dolorosa.

Con el corazón pesado, tomé mi celular y marqué el número de mis padres.

—Carly. —La voz de mi madre sonaba llorosa y me partió el corazón.

—Mamá. ¿Qué ha pasado? —pregunté, aunque tenía una idea bastante buena de lo que estaba a punto de contarme. De nuevo tenía que mentir. Ahora incluso a mis propios padres. Odiaba la persona en la que Brent me estaba convirtiendo.

—Nos han quitado la granja —lloró mi madre.

—¿Cómo ha pasado esto? —quise saber—. ¿Y por qué?

—Que hay petróleo bajo la granja lo sabemos desde hace tiempo. Nunca quisimos hacer nada con ello. Ya sabes, la sostenibilidad es más importante para nosotros que cualquier otra cosa.

—Sí, lo sé, mamá.

—Nosotros... recibimos una... una oferta de compra la semana pasada. —La voz de mi madre sonaba entrecortada y apenas podía pronunciar sus palabras entre sollozos.

—Respira profundo, mamá —fue lo único que dije.

Mi madre tomó aire. —Era una oferta muy buena, de gente que quiere extraer petróleo. Pero, por supuesto, la rechazamos. Sabes que la granja es más que un hogar para tu padre y para mí. Es nuestro refugio y nuestra misión de vida. —Asentí. Estas palabras de mi madre describían bastante bien lo que significaba la *Moore Family Farm*. Ya habíamos hablado sobre la oferta de compra hace días, pero en ese momento no le di mayor importancia.

—¿Y? —pregunté ahora.

—Aumentaron la oferta, pero seguimos rechazándola. Luego subieron las cuotas del préstamo. Sabíamos que nos ayudabas, así que volvimos a rechazar. —Rechine los dientes al pensar en cuánta presión habían ejercido sobre mis padres.

—Anteayer llegó la notificación de que se iniciaba un proceso de expropiación por interés público. Y ayer ya estaba todo hecho. —Mi madre estalló en un llanto desconsolado.

—Esto no puede ser legal, mamá. Nadie es expropiado tan rápido. Nadie. Vamos a demandar y ganaremos. —Mi espíritu de lucha se había despertado. Y estaba segura de lo que decía. No, las cosas no se habían hecho correctamente.

—No tenemos dinero para un abogado o un juicio, cariño. —Mi madre se sonó la nariz audiblemente—. No podemos permitirnos algo así. La justicia hoy en día es, lamentablemente, también una cuestión de dinero. Y así la granja pasará a manos del señor Riggs.

Cuando mi madre pronunció ese nombre, mi corazón se detuvo por un segundo antes de volver a latir.

Así que era eso.

El señor Riggs.

Brent estaba detrás de este dudoso trato que dejaba a mis padres sin su hogar.

—¿Dónde está papá? —pregunté. Me hubiera encantado hablar con mi padre sobre si no deberíamos contratar a un abogado después de todo. No iba a entregar la *Moore Family Farm* así como así. No. Volví a rechinar los dientes.

—Salió a cabalgar. No tengo idea de cuándo volverá. Ya lo conoces. —Conocía a mi padre, en efecto. Cuando algo no le gustaba, podía pasar dos días sin volver a casa.

—Te volveré a llamar más tarde, mamá —dije.

—Hazlo, hija. Todavía tenemos algo de tiempo antes de que tengamos que mudarnos. Al menos eso es un consuelo en medio de la desgracia.

—Sí. —No sabía qué más decir—. Cuídate, mamá.

—Hasta luego, cariño.

Dejé caer mi teléfono sobre la mesa de la cocina y escondí mi cabeza entre mis brazos. ¿Con quién había compartido la casa estos últimos días? Y no solo eso, ¿con quién había compartido la cama estos últimos días? ¿Me había entregado al hombre responsable de que mis padres perdieran su obra de vida?

¿Qué debía hacer ahora?

Las lágrimas acudieron a mis ojos.

Necesitaba urgentemente a alguien que me escuchara. Una persona de confianza.

Capítulo 24 - Brent -

Me recliné satisfecho en mi silla de oficina. Como de costumbre, me había escabullido temprano de casa para ir al trabajo. Carly todavía dormía. Sonreí al recordar cómo me había separado de su cálido cuerpo y salido de la cama. A regañadientes, como siempre en los últimos días. Carly era la mujer más atractiva que jamás había conocido. Incluso dormida, se veía tan dulce que casi me quitaba el aliento. El lunar al lado de su boca siempre invitaba a besarlo, así que lo había rozado suavemente con mis labios antes de salir de la habitación. Carly había murmurado algo incomprensible en sueños y sonreído ligeramente.

Ayer había sido un día perfecto. La cena con Ali y Abdallah había salido bien. Después, había logrado adquirir esa granja en Texas y expulsar a los propietarios recalcitrantes. Y finalmente había hecho realidad mi fantasía y tenido sexo con Carly en el jacuzzi, con el que había soñado desde la noche en que la sorprendí allí.

Ahora tenía que actuar rápidamente. Era de esperar que los propietarios de la granja —o mejor dicho, los antiguos propietarios— protestaran contra la expropiación. Seguramente contratarían a un abogado. Mi abogado tendría que recopilar un montón de documentos que demostraran que la expropiación era inevitable y que necesitábamos urgentemente ese terreno para comenzar la extracción de petróleo en esa área. Lo que, a su vez, era de interés público. El petróleo significaba trabajo y una economía funcional. ¿Qué representaba una granja?

Extendí el brazo hacia el teléfono con la intención de marcar el número de mi abogado. En ese momento, sonó el móvil. La pantalla mostraba un número de Nueva York que no conocía.

—Brent Riggs al habla.

—Buenos días, señor Riggs. Soy Noah Nolan de la Policía Metropolitana. —Noah Nolan. Un nombre que quedaba grabado en la memoria. Definitivamente nunca lo había oído antes. Y no podía imaginar por nada del mundo qué quería ahora de mí la Policía Metropolitana. Seguramente no llamaban por la expropiación, ¿verdad? Después de todo, no era un delito, sino solo... Bueno, el aprovechamiento de buenas conexiones. Todo el mundo lo hacía, incluyendo la

Policía Metropolitana.

—¿Qué puedo hacer por usted? —pregunté.

—¿Conoce a una tal Carly Moore? —La voz de Noah Nolan sonaba tranquila al hacer esta pregunta. Los agentes de policía estaban entrenados para esto durante su formación.

—Sí, la conozco. —Pensé en el dulce rostro de Carly, en su lunar, en sus firmes pechos y en sus esbeltas piernas. Oh sí, conocía muy bien a Carly. Podría decirse que conocía cada centímetro cuadrado de su cuerpo. Pero me cuidé de contarle eso a Noah Nolan.

—Necesitamos hablar urgentemente con ella. ¿Puede decirnos dónde podemos encontrarla ahora?

—¿Hablar con ella? —repetí perplejo—. ¿Por qué? —Me pregunté si Carly habría sido testigo de algún crimen. Ella no había mencionado nada parecido.

—No puedo decírselo. —Eso no sonaba bien. Ahora, por supuesto, quería saber aún más qué quería este policía de Carly.

—Bueno, la señorita Moore es mi ama de llaves y tiene seguro de protección legal a través de mi empresa —mentí—. Si se trata de un asunto en el que debería proporcionarle un abogado, necesito saberlo.

Noah Nolan guardó silencio.

—Así que debería proporcionarle un abogado —concluí. Los pensamientos corrían por mi cabeza. ¿Qué había pasado? ¿Había hecho Carly algo ilegal? ¿Se trataba de una historia antigua? Después de todo, no nos conocíamos desde hace mucho tiempo. Y como me di cuenta en ese momento, aunque estaba familiarizado con cada centímetro cuadrado del cuerpo de Carly, sabía poco más sobre ella. Era de Texas. ¿Qué había hecho allí? ¿Cuáles eran sus deseos, sueños y objetivos?

De repente, se me ocurrió una idea. —¿Se trata del asunto de mi tarjeta de crédito?

—Ah, lo recuerda —dijo Noah Nolan. Su tono se volvió más afilado—. Entonces seguramente también recuerda que la señorita Moore es su esposa. ¿Por qué me dice entonces que es su ama de llaves?

Maldita sea. Noah Nolan debía haber hablado con el detective de la tienda. No recordaba ni el nombre del detective ni el de la tienda, pero sí que le había dicho que Carly y yo estábamos casados.

—¿Señor Riggs? —insistió Noah Nolan.

—Yo... eh... sí, bueno, la señorita Moore es de hecho mi esposa. Pero no queremos que se sepa generalmente, al menos no todavía. Por eso normalmente no se lo cuento a nadie.

—Ajá. —El tono de Noah Nolan era inexpresivo y no pude discernir si me creía o no. Pero al menos no preguntó más.

—¿Cómo sabe siquiera de este asunto de la tarjeta de crédito?

—¿Cuánto hace que conoce a la señorita Moore? —Noah Nolan no respondió a mi pregunta. Típico de la policía. Querer saberlo todo, pero no decir nada. Deseé que Noah Nolan estuviera aquí. Entonces sí habría obtenido la información que quería. Apreté el puño en el bolsillo.

—Unas pocas semanas —dije vagamente.

—Entonces fue una boda bastante espontánea —observó Noah Nolan.

—Eso suele pasar. —No tenía ganas de discutir mi vida privada con un policía.

—¿Ha habido incidentes inusuales desde que conoce a la señorita Moore?

—No, para nada. —A menos que uno considerara una gran cantidad de sexo excitante como un incidente inusual. Con este recuerdo, mi polla palpitó ligeramente en mis pantalones.

—Le pregunto esto, señor Riggs, porque tenemos una denuncia contra la señorita Moore. Normalmente no debería darle esta información, al menos no en este momento. Pero usted es un miembro muy apreciado de la sociedad de Nueva York y por lo tanto me siento obligado a advertirle. Nadie en la Policía Metropolitana quiere que sufra daños.

—¿Una denuncia?

—Sí. Una señora llamada Paige Miller ha denunciado a la Srta. Moore por robo. ¿Le suena el nombre de Paige Miller, Sr. Riggs?

—No. Nunca había oído ese nombre.

Noah Nolan guardó silencio, aparentemente esperando obtener más información de mí. Pero como no sabía nada, no podía decir nada.

—¿Qué pasó exactamente? —pregunté entonces. Apenas podía creer lo que estaba escuchando.

¿Carly habría robado a alguien? Todavía era escéptico, pero sentía que las primeras dudas se abrían paso en mi mente. Cualquiera podía ser víctima de una acusación falsa.

—La Srta. Moore era hasta hace poco la compañera de piso de la Srta. Miller. Hasta el día 14, para ser exactos. Ese día, por la noche, la Srta. Miller le pidió a la Srta. Moore que abandonara el apartamento y que no volviera. Había descubierto que le habían sustraído 100 dólares de su bolso.

—Oh. Pero uno siempre puede perder 100 dólares así sin más.

Noah Nolan se rio. —Quizás usted, Sr. Riggs. Para alguien como la Srta. Miller es una cantidad considerable, así que puede estar seguro de que tiene mucho cuidado con su dinero.

Este argumento me pareció lógico. Por supuesto, yo no era descuidado con mi dinero, de lo contrario no habría tenido tanto. Pero 100 dólares no era una cantidad cuya pérdida me doliera. Para la mayoría de la gente era diferente.

—¿Y la Srta. Miller está segura de que la Srta. Moore tomó el dinero?

—Ese día la Srta. Miller no salió y nadie más que ella y la Srta. Moore entró en el apartamento. —Maldición. Eso no sonaba bien. Carly estaba definitivamente en apuros.

—Bueno, se aplica la presunción de inocencia.

—Por supuesto, Sr. Riggs. Se aplica en todos los casos hasta que el juez dicte sentencia.

—Así es.

—La Srta. Miller ni siquiera quería presentar cargos al principio. Se culpaba mucho a sí misma, después de todo, ella había elegido a la Srta. Moore como compañera de piso. Sin embargo, cuando se encontró con la Srta. Moore en una tienda, decidió hacerlo. Entonces se enteró de que la Srta. Moore estaba en la tienda con su tarjeta de crédito y temió que la Srta. Moore ya hubiera encontrado otra víctima.

Noah Nolan añadió: —Además, ese día la Srta. Miller descubrió que unos días antes se habían retirado 1.000 dólares de su cuenta bancaria con su tarjeta de crédito. La propia tarjeta de crédito no fue robada, sino que estaba en el bolso de la Srta. Miller. De allí faltaban los 100 dólares.

¿Carly había robado a su compañera de piso?

Noah Nolan continuó: —La Srta. Miller también declaró que la Srta. Moore intentó... bueno...

ligar con el novio de la Srta. Miller. Ella cree que también a él se le iba a robar.

—¿Qué? —solté. Los pensamientos daban vueltas en mi cabeza.

—Así que, en este momento, debemos asumir que la Srta. Moore busca a sus víctimas en su entorno cercano.

Apenas podía creer lo que estaba oyendo. ¿Carly se acercaba a los hombres para conseguir su dinero?

—Como estos delincuentes suelen repetir su patrón, quería advertirle, Sr. Riggs. ¿Ha desaparecido algo de su casa?

—No. No que yo sepa.

—Entonces no puede decirlo con seguridad.

—No se ha robado nada. —Mi tono brusco enmascaraba mi inseguridad.

Noah Nolan preguntó entonces: —Y esta boda... bueno, perdone que me entrometa, pero es bastante inusual casarse después de tan poco tiempo de conocerse.

—Cada uno lo hace a su manera. —Quería deshacerme de Noah Nolan y poner en orden mis pensamientos. ¿Había contratado a una ladrona para que se hiciera pasar por mi esposa? Sería una catástrofe absoluta. Ali y Abdallah no debían enterarse de esta denuncia bajo ningún concepto. De lo contrario, nuestro negocio nunca se llevaría a cabo, independientemente de que la granja fuera mía.

Y Carly... ¿había buscado víctimas a las que robar disfrazada de cuidadora de casas? ¿Y luego se había topado conmigo? ¿Quién era ella realmente? No podía decir cómo me sentía ante la idea de que todo su afecto hubiera sido fingido. No podía ser. ¿O sí? No la había considerado una actriz especialmente experimentada. Se había sonrojado en cada ocasión apropiada e inapropiada y al principio se había mostrado muy tímida.

¿Y si eso era parte de su tapadera?

¿Y si actuaba tan bien que podía fingir timidez?

No se puede fingir sonrojarse, Brent.

¿O sí? Después de todo, los actores también podían derramar lágrimas que no tenían nada que

ver con la vida real, sino mucho con su papel.

Los actores podían fingir cualquier cosa.

Amor.

Deseo.

Sentimientos reales en la cama.

Un minuto antes de que Noah Nolan llamara, había pensado que no conocía muy bien a Carly.

¿Resultaba ahora que no la conocía en absoluto? ¿Que había caído en la trampa de una estafadora? ¡Tenía que averiguarlo! ¡Y de inmediato!

—¿Sabe dónde se encuentra la Srta. Moore, Sr. Riggs?

—En este momento no —mentí—. Ha alquilado una cabaña en Maine con una amiga. Iban a ir en coche. Probablemente estén en algún punto del camino.

—¿Sabe dónde está exactamente la cabaña?

—Lo siento, no tengo ni idea. Carly es mi esposa, pero no la controlo.

Por supuesto, Carly no estaba en Maine. Ni de camino. Probablemente estaba en mi villa, como en los últimos días. Noah Nolan podía querer hablar con ella todo lo que quisiera. YO hablaría con ella primero. Averiguaría quién era realmente. Lo que realmente sentía por mí. Lo que había hecho antes de venir de repente como cuidadora de mi casa.

Quería saber quién vivía en mi casa.

Quería saber a quién me había estado follando las últimas noches.

Si Carly me había mentido y engañado, entonces...

—Le ruego que se ponga en contacto con nosotros tan pronto como sepa algo de la señorita Moore. Estamos muy interesados en hablar con ella. También infórmenos si... si resulta que se ha robado algo y la señorita Moore no vuelve a aparecer.

—Tendrá noticias mías, señor Nolan —prometí y terminé la llamada.

Dejé el teléfono sobre mi escritorio y cerré el puño.

¿Quién era Carly?

¿Qué sentía por mí?

Eso era lo que iba a averiguar ahora.

Costara lo que costara.

Tomé mi móvil y me levanté para dirigirme a la mansión.

Mi corazón se sentía extraño.

Capítulo 25 - Brent -

Hirviendo de impaciencia, presioné el botón del control remoto que abría la puerta entre la calle y la mansión. ¿No podía ir más rápido, maldita sea?

En los últimos minutos, mi irritación había crecido y crecido. Quería llegar a casa lo antes posible, pero como era habitual a esta hora del día, las calles de Manhattan estaban atascadas. No es que alguna vez hubiera llevado el Porsche al máximo aquí, eso era imposible. Pero ahora apenas podía alcanzar la velocidad máxima permitida. Gracias a mi conocimiento de la zona, al menos había podido girar temprano hacia calles secundarias y evitar el peor atasco.

Por fin estaba en casa.

La puerta se abrió completamente y me colé pasando junto al SUV hacia el garaje. Así que al menos Carly no se había ido. A Maine o a donde fuera. Me reí. ¿No sería una ironía del destino si mi propia mentira resultara ser verdad?

Salí y cerré la puerta del coche con un fuerte golpe. Rápidamente me apresuré a entrar en la casa por la puerta de conexión. Cuando estuve en el amplio vestíbulo, respiré hondo. Demasiada agitación era poco útil cuando se trataba de averiguar si había algo de cierto en las acusaciones de la ex compañera de piso de Carly.

Podía oír la voz de Carly en la cocina. Parecía estar hablando por teléfono. Rápidamente crucé el vestíbulo de entrada y de repente me detuve en medio de la habitación.

El reloj.

El reloj de mi abuela.

Ya no colgaba de la pared.

En lugar de ver el reloj, ahora veía una mancha blanca.

Incrédulo, me acerqué un poco más, como para asegurarme de que no estaba sufriendo una ilusión óptica. La pared estaba vacía. La pared seguía vacía. El reloj de mi abuela había desaparecido.

¿Qué había dicho Noah Nolan?

Como este tipo de delincuentes suelen repetir su patrón, quería advertirle, Sr. Riggs.

¿Creía Carly que ya se había ganado mi confianza lo suficiente como para llevarse cosas? Pero entonces, ¿por qué seguía aquí? ¿La estaba pillando con las manos en la masa? ¡Entonces tenía que detenerla!

Con determinación, abrí la puerta de la cocina.

—...simplemente no sé qué hacer, Jason. —Carly estaba sentada a la mesa, con el teléfono en la oreja, sollozando tan fuerte que todo su cuerpo temblaba. Estaba de espaldas a mí y aún no me había notado. Entré silenciosamente. ¿Quién era Jason?

Carly escuchaba las palabras de Jason.

—Que me ames no me sirve de nada ahora.

Al oír estas palabras, sentí como si una mano fría agarrara mi corazón y lo apretara con fuerza. ¿Amor?

—Nos conocemos desde hace una eternidad. Sé que harías cualquier cosa por mí, Jason. De verdad. Eso es... seguramente no hay mejor persona en el mundo que tú.

Cuando escuché estas palabras, perdí el control. Di dos pasos hacia adelante, agarré la muñeca de Carly y la obligué a apartar el teléfono de su oreja. Asustada, se levantó de un salto y se dio la vuelta. Cuando me reconoció, creí ver algo parecido al alivio en sus ojos. Pero eso solo duró un milisegundo. Luego leí allí... ira.

¿Ira? ¿Por qué debería Carly estar enfadada conmigo? Si alguien tenía motivos para estar enfadado aquí, ese era YO. Pensé en lo que acababa de oír de Noah Nolan. En el cumplido que Carly acababa de hacerle a este Jason. Anoche le había puesto el mundo a sus pies y hoy llamaba al mejor hombre del mundo a un tipo que conocía desde hace una eternidad. Rechine los dientes.

—¿Quién demonios es Jason? —siseé.

—Yo... eh... —Carly dejó de sollozar de un momento a otro. Eso solo me hizo sospechar más. ¿También esta reacción emocional era fingida? En su lugar, ahora se sonrojaba una vez más. Pero esta vez no podía engañarme con eso. Intentó liberar su muñeca, pero la sujeté con firmeza. No se me escaparía tan fácilmente. Me respondería aquí y ahora.

—¿Quién es Jason? —repetí.

—Un... un viejo amigo del instituto —balbuceó Carly con los ojos muy abiertos. Solté su muñeca y solté una breve carcajada.

—Un viejo amigo del instituto. ¿Así se le llama ahora?

—¿Por qué entras aquí y me atacas así? —Carly intentó contraatacar.

—¿Esa es tu respuesta a mi pregunta? —dije más alto de lo que pretendía. Escuché mi voz. Oh, se sentía tan condenadamente bien dar rienda suelta a mis emociones.

—Realmente es solo un viejo amigo —balbuceó Carly.

—¿Y la mejor persona del mundo? ¿Después de todo lo que he hecho por ti? —Este comentario se me escapó antes de que pudiera pensarlo mejor. Las palabras de Carly me recordaron a Leticia. Había creído que disfrutaba infinitamente del sexo conmigo y luego tuve que ver cómo Owen se la follaba mientras ella gemía "Eres el mejor amante del mundo. ¡Dámelo!"

—No conoces toda la historia —respondió Carly, y de repente apareció un brillo desafiante en sus ojos.

—Oh, puede que no conozca todas las partes de la historia, pero sé mucho más de lo que crees —dije con desdén—. Sí, sé que robaste a tu antigua compañera de piso. La policía me llamó hoy por eso, para saber dónde estabas. Y me informaron sobre tus trucos.

—¿Policía? —Carly se puso blanca como la pared y sus misteriosos ojos verdes miraron asustados.

—Sí. ¿Creíste que podías seguir jugando tu juego eternamente sin ser atrapada? ¿Hasta que hubieras apartado suficiente dinero para un futuro sin preocupaciones con Jason? ¿O mejor dicho: ganado a base de sexo? —Al decir estas palabras, observé a Carly atentamente. Se puso aún más pálida.

—Te he recompensado verdaderamente generoso por tus servicios. Más que generoso. ¿Y aun así crees necesario robarme igual que a todos los demás a los que has traicionado antes que a mí?

—¡No he robado nada! —Ahora Carly también sonaba enfadada. Nunca había oído su voz así.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasa entonces con el reloj de mi abuela?

—¿Qué reloj?

—El que cuelga en la pared del vestíbulo. Ya no está allí.

—No tengo ni idea de qué le ha pasado.

—¿Quieres decirme que se le salieron piernas y se fue caminando sola? ¿O que Mariana se la llevó?

—No digo nada. Yo no la tomé.

Miré a Carly con furia. No lograba descifrar a esta mujer. Así como no podía decir qué color tenían sus ojos —¿esmeralda o aguamarina?—, tampoco podía decir qué pasaba por su mente. Cuáles de sus declaraciones y emociones eran honestas y cuáles fingidas. Al principio, me había parecido bien pagarle, como a todas las otras mujeres con las que me había acostado desde Leticia. Eso daba seguridad. Pero ahora parecía ser todo lo contrario. No estaba para nada seguro de lo que estaba pasando aquí.

—Y además, ¡mira quién habla de robo! —La voz de Carly estaba a punto de quebrarse.

—¿YO? ¿Qué se supone que he robado? ¿Tu ropa? ¿Tu inocencia? —Ante este pensamiento, volví a reír irónicamente.

—Tú robas a la gente su tierra. Los privas de su hogar. De lo que han trabajado duramente con sus propias manos.

La miré fijamente. Era la acusación más absurda que había escuchado jamás. ¿Que YO robaba a la gente? ¿YO? Tenía una empresa que generaba miles de millones y en la que numerosos empleados trabajaban día tras día para recibir su salario a fin de mes. Su salario justo, porque yo pagaba bien a mis empleados. Estaban AGRADECIDOS de poder trabajar para mí.

—Esa es la mayor tontería que he oído jamás. Nunca he robado nada. Me lo he ganado todo con mucho esfuerzo.

—¿Ah sí? ¿Y qué hay de la granja en Texas? ¿La que compraste ayer?

—Pagué el precio fijado por el gobierno por ella.

—Después de que despojaste a los propietarios de su tierra.

—Todo se hizo de manera legal. —Por supuesto que yo había intervenido en ello. Pero ¿cómo podía saberlo Carly? Y además, eso no era robo. Era un simple negocio. Cosas así pasaban en América todos los días. Quizás no a esta escala, pero definitivamente de esta manera. La gente con dinero y poder ganaba contra otras personas que tenían menos de ambas cosas. ¿Robo? No, esas eran las reglas del juego según las cuales se hacían los negocios.

—Eso no significa que fuera moralmente correcto hacer lo que hiciste.

—¿Y qué? El que no arriesga, no gana. —Sonreí satisfecho al pensar que hoy mismo podría decirle a Ali y Abdallah que no tenían que preocuparse por nuestro negocio. La tierra de la granja era mía. Pronto se levantarían las primeras torres de perforación allí.

—¿Y los que perdieron? —preguntó Carly. En su mirada había algo que no pude descifrar.

—No son mi problema —respondí—. Así es la vida. Siempre hay ganadores y perdedores.

—¡Abusas de tu poder para robar a otros!

—¿Precisamente tú dices eso? Eso es exactamente lo que has hecho en el pasado y estás intentando hacer aquí de nuevo.

—¡Eso no es cierto!

—¿Y dónde está mi reloj entonces?

Carly guardó silencio y me miró fijamente. Pensé en mi abuela y lo que ella había significado para mí. Que su reliquia familiar simplemente fuera robada y probablemente vendida en algún mercadillo me partía el corazón. Miré a Carly con frialdad.

—No puedo compartir cama y mesa con una ladrona. Recoge tus cosas y vete. No quiero volver a verte nunca más.

Carly abrió la boca para decir algo, pero no logró emitir sonido alguno.

—No seré tan malo. No presentaré cargos ni le diré a la policía que acabas de estar aquí. —No, no quería hacer eso, porque entonces habría tenido que admitir ante Noah Nolan que le había mentido antes cuando afirmé que Carly estaba en camino a Maine en un coche con una amiga.

Ahora las comisuras de los labios de Carly temblaron y ese maldito lunar junto a sus labios se

movió seductoramente. No era de extrañar que todos confiaran en ella. Parecía inocente y atractiva al mismo tiempo. ¿Habría aceptado el trabajo con Emmett porque también quería engañarlo a él? Después de todo, él no era precisamente pobre.

No importa, Brent. Eso ya no importa. Acepta que Carly no es ni un ápice mejor que Leticia. No hay mujeres que sean sinceras contigo. Eso lo sabes desde hace mucho tiempo y ahora se ha confirmado de nuevo. Mantente fiel a tus principios, porque ellos protegen tu corazón.

—Te doy un cuarto de hora para que recojas tus cosas. —Miré a Carly con insistencia. Cuanto antes terminara esto, mejor. El cuerpo de Carly comenzó a moverse. Me lanzó una última mirada y se dirigió lentamente hacia la puerta de la cocina. No me di la vuelta. A mis espaldas, escuché cómo sus pasos se hacían cada vez más rápidos. En el vestíbulo, empezó a correr. La puerta se abrió de golpe y volvió a cerrarse. El silencio reinó en la villa.

Carly se había ido.

Sin sus cosas.

Me encogí de hombros.

No necesitaba a Carly.

Siempre me las había arreglado mejor solo.

Capítulo 26 - Carly -

Con los ojos y el corazón ardiendo, abrí la puerta principal de la mansión y la cerré tras de mí tan rápido como pude. Corrí pasando el SUV hacia la puerta y presioné el botón en la columna de piedra junto a ella para abrirla. Observé con impaciencia cómo comenzaba a deslizarse lentamente hacia un lado. ¿No podía abrirse más rápido esta maldita cosa?

Quería irme de aquí, solo irme. Nada más que irme.

Miré sobre mi hombro con pánico para ver si Brent me seguía. Pero la puerta de la mansión permaneció cerrada. Eso me alivió en parte y en parte me decepcionó.

¡Carly! Siempre supiste que esto no era nada permanente. Ahora simplemente termina así. ¿Qué importa?

No importa nada.

Sí que importa. Secretamente esperabas que a Brent realmente le gustaras, que encontrara algo en ti y al final te eligiera. Estabas tan ciega como una adolescente enamorada que solo ve el mundo de color rosa. Interpretaste algunos gestos, que para un hombre como Brent no significan nada, absolutamente nada, como expresiones de afecto genuino.

La puerta hizo un ligero ruido y me volví hacia adelante. Lejos de la puerta cerrada de la mansión. Solo quería irme. Pisé la acera y corrí calle abajo tan rápido como pude.

El calor sofocante del verano, que había prevalecido durante días, era casi insoportable hoy. Después de solo unos pocos metros, estaba sudando tanto que mi camiseta se pegaba húmeda a mi cuerpo. Y eso que ni siquiera se veía el sol en el cielo. Sobre mí se amontonaban nubes oscuras y amenazantes que parecían casi surrealistas.

Me sentía como en una mala película. O como Cenicienta. La pobre Carly, que por casualidad

aterrizó en una casa rica y fue expulsada del paraíso después de unos pocos días. Pero no era solo eso.

Brent.

Al pensar en él, sollocé desesperadamente.

¡No llores por ese idiota, Carly! No vale la pena.

Mientras aún me prohibía mostrar emociones, las lágrimas brotaron de mis párpados y corrieron por mis mejillas. Me sentía traicionada y vendida.

Volví a sollozar.

Me había vendido a mí misma.

Por 10.000 dólares.

En ese momento, un relámpago destelló frente a mí desde las nubes oscuras y bajas, y un trueno aterrador retumbó por la calle. A pesar de la película de sudor que cubría mi piel, me estremecí y comencé a temblar.

Me había vendido a un mentiroso para quien no significaba nada. Solo me había utilizado como un medio para lograr sus objetivos profesionales. Para hacerse aún más rico de lo que ya era. Tenía más dinero del que jamás podría gastar. Mis padres ya no tenían nada. Pronto tendrían que dejar su hogar, mi querido hogar.

Me había vendido a un mentiroso que no creía en mí. Nunca había robado nada en toda mi vida. Mi madre siempre me había descrito como la niña más honesta de todo Texas, ya que ni siquiera robaba un pedacito de chocolate de la nevera a escondidas, como hacían tan a menudo otros niños. No era una ladrona. No había robado ni a Brent ni a nadie más. Nunca lo haría. Y ciertamente no vendería un reloj que significaba tanto para Brent porque era un recuerdo de su abuela.

¡Que me creyera capaz de eso!

Que no me creyera y me echara sin siquiera comprobar si sus sospechas eran ciertas.

¡No me dio ninguna oportunidad!

Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras me apresuraba por las calles. Pronto no tenía idea

de dónde estaba, porque apenas conocía esta zona de Nueva York. Antes de convertirme en cuidadora de la casa de Brent, nunca había puesto un pie aquí. Demasiado rico, demasiado refinado como para que yo comprara aquí o conociera a alguien a quien pudiera visitar.

Desde arriba, me golpeó la primera gota de lluvia. Me detuve y eché la cabeza hacia atrás. Las nubes oscuras flotaban amenazadoramente sobre mí. Otro relámpago destelló y casi simultáneamente retumbó un trueno. La tormenta estaba casi directamente sobre mí. Normalmente, las tormentas me asustaban, pero ahora la esperaba ansiosamente.

Alguien me empujó por detrás, haciéndome tropezar y casi caer de bruces. Apenas logré mantenerme en pie.

—¿No puede tener cuidado, señorita? ¿Por qué se queda parada en medio de la acera? —Me di la vuelta. Un hombre pequeño y gordo me miraba enojado—. Esto se llama acera, no parera.

—Lo siento —murmuré y di un paso al lado.

—La próxima vez debería tener más cuidado. Otras personas también quieren usar la acera. El mundo no gira solo alrededor de usted. —Con eso, el hombre pequeño se fue. Lo miré boquiabierta mientras se alejaba.

Así es la gente aquí en esta zona, Carly. No importa si es Brent u otro. Egoístas desconsiderados que siempre buscan la culpa en los demás y nunca cometen un error, al menos no en sus propios ojos. Este no es un lugar para ti.

Exacto. Este no era un lugar para mí.

Y Brent no era un hombre para mí.

Nunca quería volver a verlo.

Estaba mejor sola.

Pero ¿adónde iría ahora? Ya no tenía hogar. No tenía nada más que la ropa que llevaba puesta. Sostenía mi teléfono en la mano y en mi falda tenía algo de dinero, mi carnet de conducir y mi documento de identidad. Los había guardado antes porque quería ir al supermercado a comprar comida para Max y una botella de vino para Brent. Como regalo. Como muestra de mi gratitud.

Solté una risa burlona.

Las gruesas gotas que caían sobre mí desde las oscuras nubes se habían intensificado en los

últimos minutos y ahora el cielo abría definitivamente sus compuertas. Una densa lluvia de verano caía sobre mí, lavando la fina capa de sudor de mi piel. Era agradable. Me detuve de nuevo en medio de la acera. No me importaba quién me regañara. De todos modos, nunca volvería a esta zona.

Volvería a Texas. Allí era mi lugar. Ahora que mis padres estaban a punto de perder su hogar, quería y necesitaba estar con ellos. Aquí en Nueva York ya no me retenía nada.

Había perdido a Brent.

Había perdido mi apartamento, si es que se podía llamar apartamento a esa habitación destartalada en casa de Paige. De todos modos, nunca había encajado realmente en la mansión. ¿O sí? Rápidamente, aparté la duda que surgía en mí.

Nunca perteneciste a esa mansión, Carly.

Había perdido mi trabajo. En realidad, había perdido dos trabajos, uno con Emmett y otro con Brent. Sí, porque al final eso tampoco había sido más que un trabajo. Simplemente me había engañado a mí misma al respecto.

Una vez más, las lágrimas brotaron de mis ojos y una vez más la lluvia, que ahora caía incesantemente, las lavó.

Mejor así.

Había perdido dos trabajos y en ambos casos los jefes me habían despedido injustamente. Me habían culpado de sus propios errores. Emmett no había cuidado bien su proyecto y Brent, evidentemente, no cuidaba bien las posesiones que le importaban.

Así como tampoco cuidaba bien a las personas que le importaban.

¿Acaso le importaba alguien?

¿Por qué te preocupas por él, Carly? Es una pérdida de tiempo. Obviamente él no se preocupa por ti. ¿Aún no lo has entendido?

Mi teléfono vibró en mi mano. Miré la pantalla. Una llamada entrante de Joanna. Antes había intentado contactarla, pero no había contestado. En mi desesperación y porque necesitaba hablar con alguien, había llamado a Jason. Él siempre había estado ahí para mí. También hoy. Aunque, por supuesto, no podía hacer nada. Al igual que Joanna.

—Hola, Joanna —hablar con ella me haría bien de todos modos, aunque la situación fuera desesperada.

—Carly. ¿Qué pasa? Te oyes extraña —me había calmado en los últimos minutos bajo la lluvia torrencial, pero la cálida voz de Joanna trajo de vuelta todo lo que acababa de apartar con esfuerzo.

—¿Puedo pasar por tu casa? —contuve con dificultad un sollozo.

—Estoy de camino a casa del trabajo. En un cuarto de hora estaré de vuelta. ¿Dónde estás?

Miré a mi alrededor. —No lo sé —ahora ya no pude contener el sollozo y comencé a llorar.

—¿Carly?

—Yo... ay... Ay, Joanna.

—¿Qué ha pasado?

—Brent... —no pude pronunciar más que el nombre del hombre que tanto me había herido.

—¿Qué pasa?

—Él... yo... bueno... anoche... fuimos juntos... —me detuve.

—¿Juntos a dónde?

Con dificultad, tomé aire para poder contarle finalmente a Joanna lo que había pasado.

—Anoche estuvimos con un abogado. Fuimos juntos. En helicóptero.

—¿Pero?

—Firmó algo y hoy descubrí que se trataba de nuestra granja. Ha echado a mamá y papá de su casa, o casi. Y cuando llegó hoy del trabajo, me insultó. Dijo que era una ladrona. Me dijo que me fuera.

—Oh, Carly. No sé qué decir.

—No quiero volver a verlo nunca más.

—Me lo puedo imaginar. Y no tienes por qué hacerlo.

—Quiero irme, Joanna.

—Me encantaría decirte que vinieras a mi casa y te quedaras todo el tiempo que necesites. Pero ya sabes... —Joanna se calló.

—Lo sé —dije simplemente—. Tu compañero de piso. Aprecio mucho tu oferta de ayuda. Pero no quiero que tengas problemas por mi culpa.

—Podría prestarte algo. Para una habitación de hotel.

—Gracias —lo pensé un momento. La oferta de Joanna era generosa, pero ella tampoco tenía mucho dinero y tenía que cuidar mucho sus finanzas. No podría quedarme en una habitación de hotel más de una o dos noches, ni siquiera con su ayuda. Sí, Brent me había transferido 5.000 dólares recientemente, pero no quería tocar demasiado esa suma. Tal vez podría convencer a mamá y papá de contratar a un abogado después de todo. Entonces necesitaríamos ese dinero.

Usaríamos el dinero de Brent contra él. Ese pensamiento me hizo sentir un poco mejor al principio. Y luego inmediatamente peor.

—¿Quieres que reserve algo ya? Estoy a punto de llegar a casa y puedo buscar en internet.

Respiré hondo. Mi decisión estaba tomada. El lugar donde se necesitaba mi ayuda era también el lugar donde encontraría el consuelo que necesitaba ahora para sanar mi corazón roto.

—Voy a volver a Texas. ¿Puedes ayudarme a encontrar un billete barato? Preferiblemente en autobús.

—Por supuesto, Carly. Aunque preferiría que mi amiga se quedara aquí.

Sonreí con tristeza, algo que Joanna, por supuesto, no podía ver. —Nos veremos pronto, Joanna. Seguro.

—Veré qué ofrece Greyhound. Ya sé que no te gusta volar.

Ya no.

Pero eso no se lo dije a Joanna. De hecho, prefería viajar lentamente en autobús a Texas. Cualquier vuelo me recordaría demasiado a la noche con Brent.

—Gracias —dije en voz baja—. Y... ¿podrías prestarme algo de ropa limpia? No tengo nada y estoy empapada.

—Por supuesto. Solo ven.

—Vale. Hasta ahora.

Terminé la llamada y abrí Google Maps en mi teléfono para ver exactamente dónde estaba. La estación de metro más cercana estaba a solo cinco minutos a pie. Me puse en marcha.

La primera etapa de mi viaje a Texas.

La primera etapa hacia una vida nueva y a la vez antigua.

Una vida sin Brent.

Capítulo 27 ~ Brent ~

Todavía furioso, me quedé mirando fijamente la puerta por la que Carly acababa de desaparecer.

Que se vaya al diablo. Que se vaya a freír espárragos. ¿Quién se cree que es para traicionarme así y abusar de mi confianza? ¿Por quién se toma? ¿Y por quién me toma a MÍ?

Palabras y frases llenas de ira atravesaban mi mente. Me habría encantado abandonar la villa de inmediato, pero entonces podría encontrarme con Carly de nuevo. ¡Que ni se le ocurriera pensar que iba a ir tras ella! ¡De ninguna manera lo haría!

Apreté los dientes hasta que mi mandíbula crujió y golpeé el mostrador con el puño hasta que el suelo tembló bajo mis pies.

Así.

Ahora me sentía un poco mejor.

En ese momento, sonó mi teléfono móvil. Rápidamente lo saqué del bolsillo y me detuve bruscamente. Con el primer timbre, mi corazón había dado un vuelco y alguna parte idiota de mí, que no tenía completamente bajo control, esperaba que fuera Carly quien me estaba llamando. Que quisiera darme una explicación razonable y pedirme perdón.

¡BRENT! Recuerda lo que acaba de pasar. Si ella llama, no contestarás. Le transferirás los 5.000 dólares que aún le debes. Terminarás el asunto. Y eso es todo.

Asentí para reafirmarme a mí mismo.

Sí, ahora me tenía bajo control de nuevo.

Miré la pantalla. Se mostraba el nombre y número de Abdallah. ¿Por qué sentía aun así una ligera decepción?

—Abdallah, ¿qué puedo hacer por ti? —saludé a mi socio. Que llamara me venía bien, así podría pedirle una reunión para darle a él y a Ali la buena noticia de que la granja era mía y que ya no había nada que se interpusiera en nuestro camino.

—Brent. ¿Estás en casa? Necesitamos hablar contigo urgentemente —dijo Abdallah, sin usar las cortesías habituales. Su voz sonaba seria.

—Sí, estoy en casa.

—Excelente. Estamos entrando en tu calle. ¿Te parece bien si estamos allí en dos minutos?

—Yo... eh... sí, si ya estáis aquí de todos modos. —Estaba confundido. ¿Qué clase de socios comerciales se presentaban sin anunciarse en mi casa? Estas eran costumbres completamente desconocidas para mí.

—No vendríamos si no fuera realmente urgente —explicó Abdallah a modo de disculpa—. Salimos de Nueva York en dos horas y tenemos que decírtelo en persona sin falta.

—Bien. —En ese momento sonó el timbre, indicando que alguien estaba fuera en la calle frente a mi villa.

—Ya estamos aquí.

—Hasta ahora. —Colgué y fui a la puerta de entrada para abrir la verja a Ali y Abdallah. Poco después, los dos subieron las escaleras y me saludaron con una ligera inclinación del torso.

—Salam aleikum, Brent. —Ambos hablaron al unísono. Seguramente lo habían practicado durante años.

—Aleikum salam. —Yo también me incliné.

—¿Cómo estás? ¿Está todo bien? —quiso saber Abdallah.

—Todo perfecto —respondí—. Pasad.

—Acabamos de ver a una mujer corriendo calle abajo. Se parecía a tu encantadora esposa. ¿Hay algún problema?

—No, ningún problema.

—¿De verdad? Parecía bastante confundida y creo que incluso estaba llorando.

—Debe ser una confusión. No puede haber sido Carly. Ella se fue de compras con una amiga y seguramente en este momento esté tomando tranquilamente un café latte en algún lugar, con un montón de bolsas de compras a su lado —mentí, ligeramente molesto. ¿Por qué Ali y Abdallah se entrometían en mis asuntos privados? ¡Yo no les preguntaba cómo iban las cosas en sus casas! Seguramente cada uno tenía varias esposas que se peleaban regularmente. Y a mí me daba completamente igual.

—Nos alegra oír eso, Brent —dijo entonces Ali—. Nuestras familias son un gran apoyo en las decepciones y los reveses, por eso es importante que todo esté bien allí.

Asentí. ¿De qué demonios estaba hablando este tipo? No tenía ni idea de lo que quería decir. Este tipo de charla trivial no se me daba nada bien, pero no lo dejé ver.

—Vayamos al despacho.

—Lamentablemente tenemos que irnos enseguida, Brent. Solo queríamos decirte algo rápidamente en persona. Podemos hacerlo aquí, siempre que nadie más nos escuche.

—Estoy solo en casa.

Ali miró a Abdallah y asintió. Abdallah tomó aire profundamente. —Tengo dos noticias: una buena y una mala. ¿Cuál quieres escuchar primero?

—Te lo dejo a ti. —¿Una mala noticia? Solo podía esperar que no pesara mucho en comparación con la buena noticia. Después de enterarme de la traición de Carly, ya había tenido suficiente con las malas noticias por hoy.

—La buena noticia es que ya no tienes que esforzarte más por adquirir esa granja. Ya sabes, esa cuyos dueños no querían vender.

—Ajá. —No pude decir más. Ya había adquirido la granja hace tiempo, así que en realidad esa no era una buena noticia. En el mejor de los casos, no era mala, pero solo podría juzgarlo cuando hubiera escuchado todo lo que Ali y Abdallah tenían que decirme—. Continúa —dije simplemente.

—La mala noticia es que lamentablemente tenemos que retirarnos de nuestro proyecto.

La mala noticia es que lamentablemente tenemos que retirarnos de nuestro proyecto.

Me quedé completamente inmóvil y en silencio hasta que este mensaje se filtró en mi mente.

—¿QUÉ? —Mi rugido se escuchó por toda la mansión y pareció rebotar en las paredes del vestíbulo.

—Lo sentimos, Brent —Ali tomó la palabra—. Nos habría encantado hacer negocios contigo, pero ya no es posible. Tenemos que cancelar el proyecto.

—¿Pero por qué? —Para entonces, me había calmado un poco, así que hablaba casi en mi tono normal. Gritar no me llevaría a ninguna parte.

—Se suponía que llevaríamos a cabo este proyecto en nombre de nuestro gobierno.

—Eso me dijeron —asentí.

—Te invitamos a participar porque queríamos tener a un estadounidense involucrado. Nunca se sabe cómo puede evolucionar el clima político.

Volví a asentir. Todo esto lo habíamos discutido en nuestra primera reunión, así que ya lo sabía.

—Desafortunadamente, ahora vino la orden desde arriba de cancelar este negocio.

—¿Desde arriba? —No estaba seguro de haber entendido correctamente a Abdallah.

—Los líderes políticos de nuestro país han decidido no extraer petróleo en los Estados Unidos por el momento.

Al principio, miré a Ali y Abdallah con incredulidad. En las últimas semanas no había habido eventos mundiales significativos ni incidentes diplomáticos. ¿Cómo podía un liderazgo político simplemente decidir congelar proyectos económicamente rentables?

Claro que pueden, Brent, lo estás viendo.

En ese momento, tuve una idea. El proyecto era rentable, de eso no tenía la menor duda. Si Ali y Abdallah se retiraban, yo adquiriría la tierra y llevaría a cabo el asunto por mi cuenta.

—¿Qué van a hacer con la tierra? —pregunté casualmente. No demasiado interesado, pero hombres de negocios astutos como Ali y Abdallah seguramente se darían cuenta de que no preguntaba por mera cortesía.

—Se quedará en nuestra posesión.

—¿Y eso por qué? —Ahora estaba completamente desconcertado.

—Órdenes de nuestro gobierno. —Abdallah se encogió de hombros.

—Pero sin extraer el petróleo, la tierra es prácticamente inútil. ¿Qué piensan hacer con ella?

—¿Nosotros? Nada. Simplemente mantenemos la tierra en nombre de nuestro gobierno.

—Hay algo detrás de esto. No pueden tomarme por tonto. —Miré a Ali y Abdallah con desconfianza. Los dos árabes vestidos de blanco no movieron un músculo. Debían ser jugadores de póker exitosos.

—No te estamos tomando por tonto, Brent. Es una orden de nuestro gobierno. Así es como funcionan las cosas para nosotros. —Abdallah levantó las manos en señal de disculpa.

—Puede ser, pero la tierra que les pertenece está en América. Aquí las cosas funcionan de manera diferente.

—Somos los propietarios. Así que se aplican nuestras reglas.

Me contuve de decir "Lamentablemente" y los miré furioso. ¿Acaso creían que podían hacer lo que quisieran?

—Tenemos que irnos, Brent.

Asentí de nuevo, me despedí de Ali y Abdallah, abrí la puerta, los vi desaparecer por el portón y finalmente cerré la puerta de golpe después de asegurarme de que estaban fuera del alcance del oído.

—¡MIERDA! —grité tan fuerte como pude. Una vez más, un eco rebotó en las paredes del vestíbulo.

¿Qué diablos era esto? Hoy realmente todo salía mal. Nada de Carly. No solo eso, ni siquiera habría necesitado a Carly. ¡Podría haberme ahorrado todo este teatro! Todo había sido para nada. La cena con Ali y Abdallah no había servido de nada. Y solo para eso había contratado a Carly como mi supuesta esposa.

¿Qué había sacado de todo esto?

Tenía una granja en Texas que no podía ni quería usar. El reloj de mi abuela había desaparecido, al igual que Carly.

Al final, este negocio no me había traído más que problemas.

Al final, ni siquiera era un negocio.

Cerré mis manos en puños y escuché cómo crujían los nudillos. Había eliminado el boxeo de mi plan de entrenamiento hace un tiempo, pero ahora me alegraría tener un oponente adecuado.

—¡MIERDA! —repetí, aunque algo menos fuerte que antes.

¡Brent! Contrólate. Después de una oportunidad perdida vendrán muchas nuevas que te traerán aún más dinero.

—Sí, pero no en el negocio del petróleo —dije en voz alta—. Y no en los próximos días.

¿Cómo puedes saberlo? El asunto con Ali y Abdallah también surgió de repente.

—Y se canceló igual de repentinamente.

Detrás de mí, la llave giró en la puerta. Me di la vuelta. Mariana entró, con una cesta llena de hierbas y un Max que parecía sano y feliz atado con una correa. Ladró fuerte y jadeó alegremente cuando me vio.

—¡Brent! ¿Qué haces aquí a esta hora? —Sonrió—. ¿Extrañabas un poco a tu esposa?

El intento de Mariana de provocarme falló por completo. —No —gruñí—. No, no la extrañaba. Tampoco la extrañaré.

—¿Ha pasado algo, mi niño? —Ahora Mariana sonaba preocupada. Se inclinó y soltó a Max de la correa. El labrador corrió hacia mí y se frotó contra mi pierna. Lo acaricié brevemente, me enderecé y miré a Mariana con severidad.

—Nunca vuelvas a preguntarme por Carly.

—¿Dónde está ella ahora? —Mariana nunca había seguido mis instrucciones y esta vez no fue diferente.

—No lo sé.

—¿Se han peleado?

—Ya no hay mujer —dije, evitando mirar a Mariana mientras pronunciaba estas palabras. Me sentía como si estuviera confesando una travesura infantil a mi abuela y esperaba la tormenta que se avecinaba.

—¿No hay mujer? ¡Están casados!

—Eso fue... —Tragué saliva—. Eso fue solo una mentira. Necesitaba a alguien que fingiera ser mi esposa para esa cena con los socios árabes. Y esa fue Carly.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Cómo? —Mariana estaba fuera de sí y parecía no comprender lo que yo decía.

—No estamos casados, Mariana.

—Pero se gustan. ¿Por qué se fue?

—No quiero hablar de eso —dije—. Simplemente no vuelvas a mencionar su nombre nunca más.

Mariana negó con la cabeza. —Así nunca encontrarás una mujer. ¿Por qué la dejaste ir? Hasta un ciego podía ver que se amaban. La forma en que ella te miraba. Y tú a ella.

—Algunas personas pueden actuar muy bien. —Me encogí de hombros—. Ven Max, viejo amigo, hace tiempo que no nos vemos. Daremos un paseo hasta mi oficina. —Max ladró alegremente. Abrí la puerta de entrada, lo seguí afuera y dejé a Mariana sola.

Iría a la oficina con Max.

Al menos allí tendría paz lejos de todas estas preguntas.

De las preguntas de Mariana.

Y de las preguntas que se amontonaban en mi interior.

El trabajo seguramente me distraería.

Hasta que olvidara a Carly.

Capítulo 28 - Carly -

Una semana después.

—Gracias por la invitación, Jason, pero no saldré esta noche. Todavía estoy muy cansada por el viaje —le dije a mi amigo de la infancia, que estaba apoyado en el poste de la cerca frente a mí. Se había alegrado mucho cuando me bajé del autobús en Texas hace casi una semana.

Me sentía completamente agotada. Todo mi cuerpo me dolía de una manera que nunca había experimentado antes. ¿Cómo podía ser? Hace unos meses había viajado a Nueva York, también en autobús, y estaba cansada cuando llegué. Pero eso pasó rápido. Tal vez porque en ese momento estaba emocionada y ansiosa por un nuevo comienzo. Ahora, incluso después de una semana, no sabía cómo seguir adelante. Mis padres no me hacían preguntas al respecto. Mamá me había suplicado durante mucho tiempo que volviera a Texas y ahora simplemente estaba feliz de que estuviera de vuelta, especialmente en un momento tan difícil.

—Qué lástima —lamentó Jason, mirándome profundamente. Sus ojos eran azules. Azul hielo como... sí, como me imaginaba el mar polar. Y al mirar esos ojos, no sentí el más mínimo sentimiento. Ni un atisbo de calidez. Ni un hormigueo, como el que había sentido en mi piel cuando vi por primera vez los ojos oscuros de Brent.

¡Carly! Olvida a Brent. Simplemente olvídalo. Te ha dejado muy claro lo que quiere de ti. Nada. No te quiere. No significas nada para él. Nunca significaste nada para él. Todo fue pura imaginación. Una ilusión. Un producto de tu fantasía.

—Sí, es una lástima —respondí mecánicamente. Aunque no debería ni quería seguir pensando en Brent, eso no significaba en absoluto que estuviera lista para empezar algo con Jason aquí. Entre nosotros había existido una estrecha amistad. Por parte de Jason probablemente había sido algo más, después de todo, me había pedido que me casara con él antes de irme a Nueva York. Yo había rechazado y ahora no quería volver a tocar ese tema de ninguna manera. Me resultaba incómodo.

Después de todo lo que había vivido con Brent, no podía imaginarme pasar mi vida con alguien a quien no amara sinceramente. Y que no correspondiera ese amor de todo corazón, pensé con amargura.

Sí, había cometido un error al entregar mi corazón precipitadamente a Brent, pero aprendería de ello. En el futuro, sería menos crédula y me cuidaría más.

—¿Estás segura de que estás bien? Te ves diferente a lo habitual —Jason estaba conmovedoramente preocupado por mí.

—Todo está bien —desestimé. No quería de ninguna manera entrar en una discusión sobre cómo me sentía. Menos aún quería contarle a Jason sobre el cansancio plomizo del que simplemente no podía deshacerme y que no se parecía en nada al cansancio que normalmente sentía. Ni siquiera me había sentido tan extraña cuando tuve gripe. Ahora simplemente estaba exhausta y podría haber dormido todo el tiempo.

Pero no me lo permitía. En los últimos días, había empacado muchas cosas en cajas. Mamá y papá pronto tendrían que mudarse y entonces yo tampoco tendría un hogar. Mamá y papá se quedarían inicialmente con la hermana de mamá, mi tía Fanny. Pero yo misma no me llevaba muy bien con la tía Fanny. Cada vez que la veía, parloteaba sin parar sobre mis tres primas, todas ya casadas y con hijos, y por supuesto, con estudios universitarios completos. —¿Y tú, Carly? — solía decir entonces, mirándome con ojos grandes, mientras yo me quedaba sin respuesta.

No, gracias. Podía prescindir de eso.

Usaría parte del dinero de Brent para comprarme un billete de autobús a San Francisco y buscarme un apartamento allí. Había oído muchas cosas buenas sobre la ciudad. Relajada, ligera, alta calidad de vida, muchos trabajos. Seguramente habría algo para mí allí también. Y además, San Francisco estaba tan lejos de Nueva York como era posible.

Y también lejos de Texas. Me habría dolido demasiado pasar todos los días por la granja y pensar que una vez fue mi hogar. Sin importar qué planes tuviera Brent para la granja, ya no sería como ahora.

Había intentado convencer a mamá y papá varias veces de contratar a un abogado. Había pedido, suplicado e implorado. Pero en vano. Se habían mantenido firmes. —El otro lado tiene más dinero y al final siempre ganan, Carly. Ya encontraremos algo para nosotros. —Después de que mamá y papá se resignaran a las cosas, estaban sorprendentemente optimistas sobre el futuro. Deseaba poder sentir lo mismo. Seguramente era mejor que buscar venganza y embarcarse en un proceso judicial que podría durar años. Porque no dudaba en lo más mínimo que los abogados de Brent usarían todos los trucos imaginables.

Brent.

Al final, él lo tenía todo y yo nada.

Ni siquiera una casa paterna.

En ese momento, una ola de náuseas me invadió.

—Disculpa, Jason, he comido algo que me ha sentado mal —dije con dificultad y luego simplemente lo dejé en la puerta. Corrí hacia la casa tan rápido como pude, pasando por cajas y cartones, y me precipité al baño. Cerré la puerta de golpe detrás de mí y me desplomé de rodillas frente al inodoro, sudando. Arcadas y más arcadas.

¿Qué era esto? Apenas había desayunado, ya que me había sentido mal por la mañana. De hecho, me había sentido mal cada mañana durante los últimos tres días. ¿Sería que ya no toleraba el desayuno de la granja texana y ahora me sentía mal solo de pensarlo?

Volví a tener arcadas y finalmente escupí algo de bilis amarga. Exhausta, me limpié el sudor de la frente.

—¿Estás ahí dentro, Carly? —Mi madre golpeó la puerta desde fuera.

—Sí, mamá. Ya salgo.

—¿Está todo bien?

—Solo tengo un poco de náuseas.

—Últimamente te pasa muy a menudo.

—Probablemente sea solo un virus. O el estrés. Ya pasará. —Abrí el grifo, cogí agua fría con ambas manos y me la eché en la cara. Eso se sentía bien. Me refrescó y me reanimó. Me sentí mucho más despierta de inmediato. Unos días más y volvería a ser la de siempre, estaba segura de ello.

—Solo me sentí mareada constantemente una vez en mi vida. Fue cuando estaba embarazada de ti —escuché decir a mi madre a través de la puerta del baño.

—Hace unas semanas en Nueva York tuve un virus similar. Me dieron un antibiótico —dije.

En ese momento, me quedé inmóvil.

¿Qué había dicho mamá?

¡EMBARAZADA!

La palabra empezó a afianzarse en mi mente.

No podía estar embarazada. Llevaba años tomando la píldora. Desde que tenía 14. En aquel entonces, sufría dolores tan intensos cuando me venía el periodo que no podía mantenerme en pie. Mamá finalmente me había arrastrado a la ginecóloga y ella me había recetado la píldora. Y la había estado tomando hasta el día de hoy. Puntual y regularmente.

Así que no podía estar embarazada.

Otra oleada de náuseas me invadió.

¿Qué era esto? Ya no me quedaba nada en el estómago.

¿Podría estar embarazada después de todo?

Me eché otra rociada de agua en la cara. Luego saqué mi teléfono del bolsillo trasero del pantalón y abrí la aplicación donde llevaba el registro de mi ciclo.

Retrasada.

Miré la pantalla con incredulidad. ¿Cómo no me había dado cuenta? Sobre todo porque tomaba la píldora. La ventaja era precisamente que el periodo venía puntual y regularmente. ¿Por qué no me había percatado antes de que esta vez no había llegado?

Porque estabas pensando en Brent. Porque te has esforzado mucho en olvidar y reprimir todo lo relacionado con él.

Y entonces recordé: me habían dado un antibiótico. Eso podía afectar la eficacia de la píldora.

Carly, idiota. ¿Cómo has podido olvidarlo? Olvidas lo que deberías saber y recuerdas lo que preferirías olvidar.

Solté un gemido audible.

—¿Está todo bien?

—Sí, mamá, no te preocupes. Voy a coger el coche un momento para ir al pueblo. Quiero echar una tarjeta para Joanna, mañana es su cumpleaños —Tras estas palabras, abrí la puerta del baño. Mamá estaba frente a mí.

—Pero estás muy pálida —me examinó preocupada—. Puedo llevarte yo.

—Gracias, eres muy amable. Pero no hace falta. Ya me siento mejor. Es solo la impresión —No quería de ninguna manera que mamá viniera conmigo. El cumpleaños de Joanna había sido hace ocho semanas y tampoco necesitaba comprar una tarjeta. Quería ir a una de las farmacias en las afueras del pueblo, preferiblemente una donde no compraran los dueños de las granjas. Allí nadie me conocería y no habría peligro de toparme por casualidad con la mejor amiga de mamá o la prima de su mejor amiga. O peor aún, con tía Fanny.

Eso sería lo último que me faltaba.

Agarré mi bolso y las llaves del coche y me fui.

Ahora quería saberlo. TENÍA que saberlo. ¿Estaba embarazada? Quería comprar una prueba de embarazo.

Mientras conducía el coche por la polvorienta carretera rural, mi corazón latía cada vez más rápido. ¿Qué haría si estaba embarazada? NO PODÍA estar embarazada. De ninguna manera.

Todo menos eso.

Sin aliento, me detuve frente a un centro comercial unos minutos después. Sí, este lugar era bueno. Aquí no solo había una farmacia, sino también baños públicos. Podría hacer la prueba de inmediato. Y además había un Burger King, por si me daban antojos de nuevo.

Antojos.

Gemí y me detuve.

Antojos.

Náuseas.

Cansancio.

¿Y no me habían dolido un poco los pechos ayer?

Me puse en movimiento de nuevo. Ahora necesitaba certeza.

Pocos minutos después, en el baño público, abrí el paquete de la prueba de embarazo y la sostuve en el chorro de orina. Ahora tenía que esperar unos minutos hasta que se mostrara el resultado.

Durante este tiempo, repetí el procedimiento con una segunda prueba. Por precaución, había comprado dos, porque las pruebas positivas que en realidad son falsas ocurren de vez en cuando, ¿no? O tal vez también las falsas negativas.

En cualquier caso, quería estar segura. Si ambas pruebas mostraban el mismo resultado, entonces tenía que ser correcto. Observé con atención cómo aparecía una línea en la ventana de la primera prueba. Así que la prueba funcionaba correctamente. Lo mismo sucedió en la ventana de la segunda prueba.

Por favor, por favor, que no aparezca una segunda línea. Por favor, que no esté embarazada.

Conteniendo la respiración, me quedé de pie en el cubículo del baño. Mi frente estaba cubierta de un ligero sudor.

Esperé y esperé. Parecían ser los minutos más largos de mi vida.

Carly, respira. Pase lo que pase, respira.

En la ventana de la primera prueba apareció una segunda línea. Gruesa. Gorda. Rosa. Inconfundible.

Tal vez esta sea una de esas pruebas falsas positivas.

Intenté darme ánimos y cerré los ojos un momento para enviar una plegaria al cielo.

Cuando los abrí de nuevo, también había aparecido una gruesa línea rosa en la ventana de la segunda prueba.

Estaba embarazada.

Cerré los ojos de nuevo. La desesperación se apoderó de mí. Estaba embarazada de un hombre que había despojado a mis padres de su hogar. Que me había llamado ladrona y me había echado de su casa. Estaba embarazada de un hombre cuya esposa había fingido ser. Que me había pagado por ello.

Estaba embarazada de un hombre con el que había pasado las horas más apasionadas de mi vida.

Erróneamente había creído que eso significaba algo.

Estaba embarazada de un hombre que no me quería y que me había roto el corazón.

La desesperación me invadió.

¿Qué iba a hacer ahora?

Capítulo 29 - Brent -

____ ¿Qué te pasa hoy? —refunfuñó Logan a mi lado.

—¿Por qué? Todo como siempre —respondí jadeando.

Corríamos juntos por Central Park, como cada miércoles por la mañana. Nuestro entrenamiento de carrera era una parte fija de mi horario semanal. Mientras que normalmente manteníamos un ritmo moderado para entrenar nuestra resistencia básica y discutir estrategias de negocios, hoy íbamos considerablemente más rápido. Yo había forzado el ritmo y Logan no tuvo más remedio que seguirme.

—Corres por el parque como si te persiguieran —gruñó Logan.

—¿Y qué? Un pequeño desafío no nos hace daño.

—¿Un pequeño desafío? —jadeó Logan—. Estás de broma. Doblar el ritmo de repente no lo llamaría yo un "pequeño" desafío. Esto es tortura. Un castigo personal. ¿De qué quieres castigarte?

No dije nada y seguí corriendo, sin disminuir el ritmo ni un poco. Hoy sentía una inquietud interna que nunca antes había experimentado. Era como si algo dentro de mí gritara "corre, corre, corre". Pero, ¿hacia dónde? No lo sabía, así que simplemente corría cada vez más rápido. ¿Cómo podría explicarle esto a Logan?

—Todo me pone de los nervios —gruñí y aumenté aún más el ritmo con esta declaración.

—¿Qué es todo? —quiso saber Logan.

—Esos árabes. Vienen aquí, compran medio Estados Unidos, creen que pueden hacer negocios y

luego se van sin haber hecho nada. ¡No se puede hacer eso así como así!

—Aparentemente sí. De lo contrario, no lo habrían hecho.

Le lancé una mirada furiosa a Logan. —Te crees muy gracioso, ¿verdad?

—Esa no era mi intención.

Apreté los dientes y seguí corriendo por Central Park. Mi camiseta estaba tan empapada de sudor que probablemente tendría que colgarla primero para que se secara antes de que Mariana pudiera lavarla. ¿Se hace así? No tenía ni idea de cómo lavar la ropa de la mejor manera. Nunca me había ocupado de esas cosas.

—Vamos, Brent, este no es el primer negocio que se te escapa.

—Pero sí el más importante. Habría sido un mega trato. Con eso finalmente lo habría logrado, convertirme en uno de los hombres más ricos de Estados Unidos.

—Lo lograrás incluso sin este negocio. Ya verás, en medio año vendrá alguien más y te ofrecerá otro trato. O encontrarás un mejor trato y le ofrecerás a alguien la participación. O lo harás solo.

—Tal vez —murmuré. En el fondo, sabía que Logan tenía razón. Siempre había sido así. Este no era el primer revés profesional que tenía que afrontar. A lo largo de mi carrera había asumido muchos riesgos y, por lo tanto, también había tenido que encajar alguna que otra derrota. Pero estas derrotas nunca habían sido duraderas. Al contrario, a menudo había celebrado mis mayores éxitos justo después.

¿Por qué no me iba a pasar también ahora?

Probablemente pasaría.

Pero entonces, ¿por qué la idea no me animaba ni un poco?

—Hay algo más —jadeó Logan en ese momento y se limpió el sudor de la frente con la manga —. Solo por un trato fallido no me perseguirías por Central Park como un negrero.

—Negrero —gruñí. Después de una pausa, añadí—: Quiero llegar al trabajo lo antes posible para ocuparme de nuevos negocios.

—Ja. Como si unos minutos importaran. Además, así no ahorras tiempo. Si corres más rápido, sudas más y luego estás más tiempo en la ducha. Eso es todo. ¡Y ahora dime de una vez qué es lo

que realmente pasa! —Con estas palabras, Logan me adelantó y se plantó en medio del camino, obligándome a detenerme. Lo miré furioso.

—¿Qué significa esto?

—Eres mi hermano. Te conozco lo suficientemente bien como para saber que el trato fallido no es la razón por la que estás de tan mal humor hoy.

Miré fijamente a Logan. —No pasa nada.

Logan me miró implacable. —¿Es por Carly?

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo te atreves a hacer esa pregunta?

—¡Así que es por ella!

—¡NO! Acabo de decirlo. Esa mujer no me interesa lo más mínimo. Solo la había contratado para que fingiera ser mi esposa porque era necesario para ese trato petrolero. Ahora el trato se ha ido al traste y ella se ha ido. Así de simple.

—Claro. Y por eso mi pregunta te pone tan agresivo. —Logan puso los ojos en blanco para mostrar que no me creía.

—¿Te apartarás ahora del camino para que podamos seguir corriendo?

—La última vez que estuviste tan de mal humor y corriste como un loco por Central Park, también retomaste el entrenamiento de boxeo. Fue después de la ruptura con Leticia. —Logan sonaba tranquilo. Lo miré furioso.

—No quiero volver a oír hablar de Leticia. Ni sobre ella.

—¿Pero tal vez de Carly?

Solo resoplé.

—Así que sí.

Volví a resoplar.

—¿Dónde está ella? ¿No puedes simplemente llamarla?

—No. Se llevó el reloj de la abuela.

—Eso no lo sabes, Brent.

Lo pensé por un momento. —Es cierto. Pero tengo la sospecha fundada de que es así.

Logan volvió a despejar el camino. Me había calmado y así caminamos lentamente uno al lado del otro hacia la salida de Central Park. El Porsche estaba en un aparcamiento no muy lejos de allí.

—No todas las mujeres son como Leticia. En ese caso tenías pruebas claras de que te era infiel. Esta vez no es así.

—El robo es traición.

—Una vez más, Brent: No tienes pruebas de eso. —Logan me miró fijamente—. ¿Quieres que Carly vuelva o no?

—Ni siquiera sé dónde está.

—Llámala. Ahora —Logan volvió a interponerse en mi camino y me miró fijamente hasta que saqué mi teléfono del bolsillo del brazo y marqué el número de Carly.

Después de un timbre, escuché una voz. Por un segundo, mi corazón dio un salto hasta que me di cuenta de que era un mensaje automático. Colgué la irritante voz.

—No está disponible. Ya no quiere tener nada que ver conmigo.

—No se le puede culpar.

—¿Entonces cómo puedo encontrarla? —Por alguna razón, la idea de que Carly hubiera desaparecido completamente de mi vida y que ni siquiera pudiera llamarla me puso nervioso de repente. ¿Qué era esto? ¡Si yo la había echado!

¿Por qué no me daba igual si ahora ella tomaba la misma decisión y cortaba cualquier conexión entre nosotros cambiando su número de teléfono?

Porque últimamente había estado reprimiendo los pensamientos sobre ella y ahora Logan estaba sacando todo a la luz.

—¿Dónde vive? ¿Quiénes son sus amigos? —Logan no se rendía.

Me encogí de hombros. —No tengo ni idea. Tiene una amiga llamada Joanna. Y originalmente es de Texas. Eso es todo lo que sé de ella —De repente me di cuenta de lo poco que conocía a Carly.

—Y una vez trabajó para Emmett —añadí.

—Pregúntale por sus datos —sugirió Logan.

—¡No! —exclamé. ¿Qué acababa de hacer? Había dejado que Logan me convenciera de llamar a Carly. Debía estar completamente loco—. ¡Es una ladrona! No quiero tener nada más que ver con ella. ¡No le preguntaré a Emmett ni a nadie más!

—¿Por qué no?

—¡Porque así lo quiero! —Logan me estaba volviendo loco con sus preguntas. ¿No podía simplemente tomar una decisión y que él la respetara? ¿Por qué no era posible?

—¿Puede ser que tengas miedo? —Logan me miró un poco desafiante al hacer esta pregunta.

—¿Miedo? —Ni siquiera sabía cómo se sentía el miedo. Yo, Brent Riggs, ¿tener miedo? Me lanzaba valientemente a nuevas situaciones, ocasionalmente realizaba maniobras bastante arriesgadas con mis aviones y también asumía riesgos en mis negocios. No, yo no tenía miedo—. ¿De qué debería tener miedo?

—De que te vuelva a pasar lo mismo que con Leticia —Logan sonaba tranquilo, pero me miró fijamente.

—No me volverá a pasar lo mismo.

—No, claro. Lo estás evitando bastante hábilmente.

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente ya no confías en nadie.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Sí, ¿por qué? ¿Alguna vez has pensado en todo lo que te estás perdiendo? ¿Amor, felicidad, alegría y cosas así?

—No necesito eso —gruñí.

—¿Ah, no? Hace un momento llamaste a Carly. ¿Por qué? ¿Porque no quieres encontrarla?

Guardé silencio.

Logan continuó sin piedad: —Te diré algo, viejo amigo. Tienes miedo. De que te traicione. Y por eso has sacado conclusiones precipitadas. Tomemos el reloj de la abuela.

—El reloj ha desaparecido. ¡Y Carly robó 100 dólares de una cartera y luego retiró 1.000 dólares con una tarjeta de crédito ajena!

—Hasta ahora eso es solo una sospecha. No sabes nada al respecto. ¿Qué tal si ahora vamos a casa y luego llamas a tu viejo amigo Antony? Él trabaja en el FBI y si Carly es una estafadora profesional, seguramente tendrá alguna información al respecto.

—Que entonces no podrá darme. ¿Has oído hablar alguna vez de la protección de datos?

Logan puso los ojos en blanco. —Por favor, no te desanimes tan fácilmente. Eres una víctima potencial que busca ayuda. Él puede decirte perfectamente si existe un peligro o no. No quieres resultados de investigación.

Para entonces, habíamos llegado a mi Porsche. Logan me miró expectante. Le lancé una mirada furiosa.

—Está bien. Cuando lleguemos a casa, llamaré a Antony. Pero solo para demostrarte que tengo razón —Entré decidido. No tenía miedo. Simplemente sabía que el mundo no era tan bueno como todos creían. Y las mujeres que conocía, mucho menos.

Cuando entramos en mi villa, me detuve tan abruptamente que Logan chocó conmigo.

—¿Qué pasa? ¿Has cambiado de opinión?

En silencio, señalé la pared opuesta del vestíbulo. Allí colgaba el reloj de la abuela, haciendo tictac como si nada hubiera pasado. Como si siempre hubiera estado colgado allí. Como si nunca se hubiera ido.

—Así que Carly no lo tomó —se alegró Logan.

Asentí.

En ese momento, se escuchó un ladrido desde la cocina.

—¡Sujeta a Max, Mariana. Logan está aquí! —grité. La puerta de la cocina se abrió y apareció Mariana. Sujetaba firmemente a Max por el collar mientras este se resistía.

—Hola, mi niño. Logan —Parecía un poco tensa. Pero no podía preocuparme por eso ahora.

—El reloj, Mariana. ¿Dónde estaba? —Señalé la pared.

Mariana me miró con aire culpable. —Brent, mi niño. Quería decírtelo desde hace un tiempo, pero siempre estabas tan ocupado. Se me cayó el reloj mientras limpiaba. Por suerte no se rompió. Pero dejó de funcionar. Y por eso lo llevé al relojero.

La miré con la boca abierta.

—Afortunadamente, pudo arreglarlo rápidamente. Y entonces... ahora funciona de nuevo y está como nuevo —Nos sonrió radiante. Como no dije nada, preguntó con cautela—: ¿Espero que no estés enfadado conmigo? Sé lo que significa el reloj para ti. Pero realmente no ha pasado nada, está como nuevo.

Seguía sin poder decir nada.

—Gracias, Mariana, eres un encanto —le gritó Logan mientras me arrastraba hacia el despacho —. Tenemos que hacer unas llamadas urgentes.

—Claro, no los molestaré, ya lo sé. Prepararé un bocadillo para ti en la cocina. Y para Brent también, si quiere. ¿O ahora solo come hamburguesas?

—Creo que él también tomará un bocadillo.

Los dos hablaban de mí como si no estuviera presente.

—Sí, ÉL también tomará un bocadillo —dije enfadado.

—Vaya, así que todavía puedes hablar —se alegró Logan, empujándome hacia el despacho y cerrando la puerta tras nosotros.

—¡Por supuesto que puedo hablar!

—Vamos, no te enfades de nuevo.

Respiré hondo. —Sí, tienes razón. Probablemente solo estaba enfadado conmigo mismo. Por haber sido tan tonto y no haber confiado en Carly.

—Al menos en lo que respecta al reloj, podrías haber confiado en ella. Y ahora, averigüemos qué hay detrás de esas otras acusaciones.

Asentí.

¿Qué había hecho yo?

¿Y qué había hecho Carly?

¿O qué no había hecho?

¿Y por qué mi corazón latía de forma tan extraña al pensar en ella?

Capítulo 30 - Carly -

Abrí lentamente la puerta del cubículo del baño y miré alrededor con cautela. Aunque me encontraba en una zona a la que normalmente nunca iba y que, hasta donde yo sabía, ninguno de mis amigos y conocidos frecuentaba, no quería correr el riesgo de encontrarme con alguien que pudiera reconocerme, ni siquiera remotamente. Los otros cubículos estaban vacíos, así que me deslicé con cuidado hacia la antesala.

En el espejo me devolvió la mirada un fantasma. Estaba pálida como el papel. Mis ojos parecían enormes y debajo de ellos había sombras oscuras. Me veía tan cansada como me sentía.

¿Qué iba a hacer ahora?

Esta pregunta daba vueltas en mi cabeza desde que había sostenido las dos pruebas de embarazo positivas en mis manos. Las había desechado cuidadosamente en el bote de basura del cubículo del baño.

En ese momento, alguien abrió la puerta. Una mujer de unos cuarenta años entró al baño, seguida de dos niñas, una en edad de primaria y la otra de jardín de infantes.

—Jeanie, ya basta. Deja de molestar a tu hermana y mejor ayúdala. Queremos llegar a casa hoy, vuestro padre está esperando allí —Sin prestarme atención, las tres entraron al área interior con los cubículos.

—Mami, que deje de tirarme del pelo todo el tiempo —escuché decir a una vocecita chillona antes de salir del baño. La imagen de una familia normal era demasiado para mí.

Estaba embarazada.

¿Pero alguna vez tendría una familia normal?

¿Una en la que un padre me esperara en casa a mí y a nuestro hijo?

Respiré hondo y me sumergí en el bullicio del centro comercial. Aquí había principalmente mujeres con sus hijos, lo que me recordaba constantemente lo que más quería olvidar.

Estaba esperando un bebé.

Y de ninguna manera quería criarlo con su padre. Con su progenitor. Brent me había dejado muy claro lo que pensaba de mí. Para él, yo era una ladrona. Y yo sabía lo que pensaba de él. Había despojado a mis padres de su hogar. Él era la razón por la que llevaba días ayudando a mamá y papá a vender sus pertenencias o a empacarlas en cajas que luego llevaríamos al granero de mi tía Fanny.

¿Qué dirían mamá y papá cuando se enteraran de que estaba embarazada? Ni siquiera quería imaginármelo. Mamá y papá eran tolerantes, sin duda. Pero querrían saber quién era el padre. Esa era una pregunta que no quería responder de ninguna manera.

No podía contar con su ayuda. Tendrían suficiente con la mudanza en los próximos días y semanas. Tendrían que pensar dónde querían pasar los siguientes años de su vida juntos.

Este pensamiento me hizo brotar lágrimas en los ojos.

Juntos.

No importaba cuánto hubieran perdido, todavía se tenían el uno al otro.

Yo, en cambio, no tenía a nadie.

No tenía a nadie que cuidara de mí. En su lugar, ahora tenía a alguien que me necesitaba. Alguien de quien tenía que cuidar. Un bebé. De manera protectora, puse mi mano sobre mi vientre. Deseaba tanto poder contárselo a alguien. Poder confiar en alguien. Hablar de mis preocupaciones y necesidades, recibir un consejo y llorar en un hombro fuerte. Lentamente, seguí caminando por el centro comercial hacia la salida.

—¿Carly?

Al oír mi nombre, miré alrededor buscando. —Jason.

Me sonrió radiante con esos ojos azules que seguramente tenían un efecto devastador en las mujeres. Solo que no en mí. —Qué bueno verte tan pronto.

—Sí, es genial —dije mecánicamente. Mi estrategia no había funcionado. Había venido aquí porque pensé que no me encontraría con nadie. Y ahora estaba frente a Jason, de todas las personas.

—Todavía te ves un poco pálida. Ven, tomemos un café —Jason ni siquiera esperó mi respuesta, sino que me guió hacia una cafetería a la vista, que tenía algunas sillas y mesas colocadas justo detrás y delante de la entrada y salida del centro comercial.

¿Café? ¿Las embarazadas siquiera deberían beber eso? Sabía que ahora había algunas cosas que era mejor no hacer o comer. No fumar, claro. Nada de alcohol, claro. Nada de carne cruda. ¿Pero café?

Apenas nos sentamos en una de las mesas redondas, apareció una camarera diligente con un vestido negro y delantal blanco. —Tomaré un té de manzanilla —pedí.

—¿Aún te molesta el estómago? —preguntó Jason. Sus ojos azules me miraron inquisitivamente.

—Todavía me siento un poco mal —dije evasivamente—. ¿Y cómo estás tú? —pregunté para cambiar de tema.

—Oh, estoy excelente. Como siempre en tu presencia. Eso no ha cambiado en los últimos diez años.

Me reí para disimular la incomodidad que me invadía ante los cumplidos de Jason. —Diez años. En ese entonces éramos muy jóvenes e inexpertos.

Jason también se rió. —Es cierto —Luego, de repente, se puso serio—. Me alegré mucho cuando me enteré de que habías vuelto, Carly. Simplemente no es lo mismo aquí sin ti.

—Bueno, no nos quedaremos mucho tiempo. Ya sabes, tenemos que mudarnos.

—Sí. Es realmente una vergüenza lo que os están haciendo. ¿Estáis seguros de que no queréis contratar a un abogado? Puedo recomendaros a alguien.

—YO contrataría a uno inmediatamente, pero mamá y papá no quieren. Es su granja y su decisión —Me encogí de hombros.

Jason asintió y miró pensativamente la superficie de la mesa. —Pero espero que no te vayas muy lejos.

—Estaba pensando en San Francisco —dije a la ligera. Al menos, eso había pensado antes de

enterarme de que estaba embarazada.

—¿San Francisco? —En la voz de Jason se percibía un ligero horror—. ¡Eso está tan lejos como Nueva York!

—Sus bebidas —nos interrumpió en ese momento la camarera y unos segundos después colocó dos tazas sobre la mesa. El té de manzanilla olía demasiado saludable. Pero me haría bien. La camarera se alejó de nuevo y yo alcancé mi taza. En ese instante, Jason puso su mano sobre la mía, impidiéndome levantarla. Me miró fijamente a los ojos.

—Te amo, Carly. Siempre lo he hecho. Lo sabes.

Ahora era yo quien miraba la superficie de la mesa. Esto era lo último que necesitaba.

—Te he amado desde la secundaria. Nunca he amado a otra mujer.

Si tan solo estas palabras despertaran algo en mí. Entonces todo estaría bien. Todos mis problemas se resolverían de golpe.

¿Todos?

Bueno, no del todo. Estaba embarazada del hijo de Brent. Jason me estaba declarando su amor.

—Cásate conmigo. Quédate conmigo en la granja. Forma una familia conmigo.

Dios mío, esto era lo último que necesitaba.

—¿Carly? —Cuando no respondí, Jason soltó mi mano—. No me quieres.

Dios mío, ¿qué se suponía que debía decir?

—Mira, sé que no me amas, pero el amor puede crecer. Poco a poco. —Jason intentaba desesperadamente que le diera una respuesta. Una respuesta positiva.

—Estoy embarazada. —La noticia salió de mí antes de que pudiera considerar si era prudente decírselo a Jason ahora o no. Jason soltó mi mano y se echó hacia atrás como si se hubiera quemado.

—¿Embarazada?

Por fin levanté la mirada. Los ojos de Jason seguían siendo azules, pero esta vez tenían una expresión diferente. ¿Estaba decepcionado? ¿Herido?

—Sí —confirmé simplemente.

—¿Es por eso que has vuelto?

—No, no directamente. Me acabo de enterar hoy. No se lo he contado a nadie todavía.

Ojalá no hubiera dicho eso, porque ahora Jason sonreía de oreja a oreja. —Oh Carly, qué honor. Me alegro tanto de ser el primero en saberlo.

Solo asentí. No era eso lo que quería decir, pero no quería herir a Jason de ninguna manera.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé.

—Ven conmigo a la granja. Sé mi esposa. Conmigo estaréis bien. El niño tendrá todo lo que necesite y te prometo que lo amaré como si fuera mío. No tendrías de qué preocuparte.

Miré a Jason con la boca abierta. Ciertamente no me esperaba esto. Sospechaba desde hacía tiempo que me amaba. Pero querer criar al hijo de otro hombre era algo completamente diferente. Era... desinteresado.

Y era una oferta tentadora. Porque no tenía idea de qué hacer. Tenía algo de dinero de Brent, pero eso era todo. No sería suficiente para mantenernos a mí y al bebé por mucho tiempo. Por no hablar de los costos de una buena escuela, ropa y juguetes. Jason no era rico. Pero tenía suficiente. Sabía que no nos faltaría nada.

Al niño no le faltaría nada.

Pero ¿qué hay de mí?

¿Qué hay de los latidos del corazón que sentí cuando miré a los ojos de Brent? Pero ¿eran tan importantes esos latidos? ¿No debería pensar ahora en lo que sería mejor para mi hijo?

—¿Quién es el padre? —preguntó Jason en ese momento.

—Alguien que conocí en Nueva York —dije evasivamente. No quería hablar de Brent.

—Alguien que no supo apreciar su suerte —dijo Jason con amargura—. Alguien que no quiere cuidar de su hijo.

—Él no sabe nada del bebé. Te he dicho que eres el primero al que se lo cuento. —¿Debería no haberle dicho nada a Jason? En ese momento me sentía aún más confundida que antes. Hace unos minutos no tenía perspectiva y ahora Jason venía y me ofrecía una. Pero no era la perspectiva que me había imaginado.

En Nueva York, rara vez pensaba en Jason. En realidad, casi nunca. Y cuando lo hacía, nunca era con ese anhelo que ahora me invadía a veces cuando veía a un hombre que se parecía a Brent de lejos. Entonces mi corazón daba un vuelco y esperaba por un momento que hubiera venido a buscarme. Que aclararía el asunto de la granja. Que todo saldría bien.

—¿Se lo vas a contar? —Jason obviamente había notado que las cosas entre el padre del niño y yo no iban bien. O tal vez simplemente lo había adivinado. Si hubiera estado felizmente enamorada en Nueva York, probablemente no estaría sola en Texas ahora, ¿verdad?

—No lo sé. No sé nada.

—Cásate conmigo, Carly —repitió Jason.

—Tú... bueno, eres realmente un buen amigo para mí, Jason. Siempre lo has sido. No podría haber deseado uno mejor. Pero no te amo. —Me odiaba por tener que decir estas palabras. ¿No había sido el día lo suficientemente malo ya? ¿Tenía que romperle el corazón a Jason también?

Pero contrario a lo esperado, sonrió. —Lo sé, Carly. Pero yo te amo y estoy seguro de que puedo cuidar bien de ti y del niño. Siempre estaré ahí para ustedes. Nunca te abandonaré como lo hizo ese tipo en Nueva York, quienquiera que sea. —En la última frase, la voz de Jason sonó enojada y amarga a la vez.

—Lo sé. Serías bueno con nosotros.

—No puedes pensar solo en ti ahora, Carly. A partir de ahora siempre tienes que pensar también en el niño —dijo Jason, expresando mis pensamientos. Si solo se tratara de mí, habría rechazado a Jason sin dudarlo. No lo amaba y después de haber experimentado cómo era amar y desear ardientemente a alguien, no podía imaginarme pasar mi vida con alguien por quien no sentía eso. Pero ya no se trataba solo de mí. Jason sería un buen padre y esposo ejemplar. De eso estaba segura.

Simplemente no lo amaba.

—Piénsalo, Carly. No digas que no ahora. Piénsalo y dame tu respuesta en unos días. —Jason

me miró intensamente.

Asentí. —Está bien. —Luego me levanté—. Tengo que irme ahora.

¿Por qué demonios deseaba que Brent estuviera sentado frente a mí haciéndome una propuesta de matrimonio?

Capítulo 31 ~ Brent ~

___ Vamos —dijo Logan—. Llámalo ya. ¿A qué estás esperando?

Llevaba todo el rato con el móvil en la mano. Logan y yo seguíamos con la ropa de deporte puesta.

—Nada —contesté, mirando fijamente la pantalla del teléfono.

—¿Entonces por qué dudas?

—¿Y si Carly es culpable en este caso? —pregunté vacilante. De repente, me di cuenta de que no deseaba nada más que Carly fuera absuelta de todos los cargos. Que no fuera una ladrona. Así podría creer que también había sido sincera conmigo.

—Ajá —sonrió Logan—. Así que sí te importa.

—Sí —mi voz sonó reacia, pero lo decía en serio.

—Si sigues dudando, no va a mejorar. Llama a Antony.

Respiré hondo. Logan tenía razón. —De acuerdo. Vamos a averiguar qué pasa con todo esto —dije con determinación mientras marcaba el número de Antony.

—Hola, Brent —me saludó después del primer tono.

—Hola, Antony. ¿Cómo van las cosas en el FBI?

—Todo va de maravilla por aquí. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito información.

—Me lo imaginaba —Antony se rio—. Rara vez llamas por otros motivos.

—Deberíamos ir a tomar algo otra vez.

—Claro, claro. ¿En qué puedo ayudarte ahora?

—La Policía Metropolitana me ha llamado. Por una tal Carly Moore. Supuestamente robó a su compañera de piso y sacó dinero con una tarjeta de crédito ajena.

—Ah, sí.

—La contraté como cuidadora de mi casa y por eso me gustaría saber si esas acusaciones son ciertas.

—Trabajo en el FBI, amigo mío. No en la Policía Metropolitana. No me ocupo de esas minucias.

—Lo sé, lo sé. Pero ¿no puedes averiguar de alguna manera si hay algo de cierto en eso?

—Bueno... normalmente no.

—Normalmente.

—Hay ciertos medios y formas.

—¿Entonces? —insistí.

—¿Cómo se llama?

—Carly Moore. Supuestamente robó a una tal Paige Miller.

—¿Y eso fue hace poco?

—No puede hacer más de seis semanas —¿Cuánto tiempo había pasado desde que Carly se mudó conmigo? Me parecía que nos conocíamos desde siempre.

Oí teclear al otro lado de la línea.

—Carly Moore... —murmuró Antony y continuó—: Bien, tengo un archivo aquí. Hmmm... Por lo que veo, el caso está cerrado.

—¿Cerrado?

—Sí. Las acusaciones son infundadas. No se puede probar si alguna vez le robaron 100 dólares a Paige Miller. Por supuesto, la Policía Metropolitana podría interrogar a Carly Moore al respecto, pero los compañeros parecen haber prescindido de ello debido a su sobrecarga de trabajo, sobre todo porque no se pudo localizar a Carly Moore.

—¿No se interroga a los acusados por sobrecarga de trabajo? —apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—Bueno... —a Antony se le notaba incómodo hablando de ello—. En realidad no. Pero en este caso, el investigador decidió archivar el caso sin más.

—¿Y por qué?

—Eso es lo que te iba a explicar —Antony respiró hondo—. Los 1.000 dólares fueron retirados por un hombre que Miller conocía.

—¿Que ella conocía?

—Aparentemente su novio. O tal vez ahora su ex novio.

Digerí esta noticia.

—Probablemente él también se llevó los 100 dólares. Parece un caso de calumnia —concluyó Antony.

—Gracias. Me has ayudado mucho —fue todo lo que pude decir.

—De nada. Pero oye, me debes una.

—Claro. Hasta luego.

Apenas había terminado la conversación cuando Logan me miró.

—¿Y bien?

—Carly no ha hecho nada malo —no dije nada más, pero para Logan fue suficiente.

Dio una palmada.

—Pues venga, en marcha.

—¿En marcha adónde?

—¡Brent! ¿Cuántas tablas tienes en la cabeza que tengo que agujerear por ti?

Miré a Logan sin entender. —¿Qué demonios quieres decir?

—Quieres que Carly vuelva y ella es inocente. ¿Qué te detiene entonces?

—Ni siquiera sé si ella me quiere de vuelta —se me escapó.

—No lo sabrás hasta que se lo preguntes —Logan me miró expectante.

—Supongo que tienes razón —admití.

¿Querría Carly que volviera? Después de todo, la había acusado de robo y la había echado de casa. Por miedo a ser engañado otra vez, había juzgado a Carly precipitadamente. Ahora veía claramente que ella no era el tipo de persona que roba. E incluso aquel día, cuando la sorprendí en la cocina, podría haber reconocido que no tenía sentido robar un reloj así. Había muchos objetos mucho más valiosos en la casa, como el abrecartas de plata en mi despacho o el cuenco antiguo en la mesita de la entrada. ¿Por qué iba Carly a llevarse un reloj y dejar esas cosas en su sitio? No había razón para ello.

Había perdido el juicio cuando oí a Carly hablar con un hombre desconocido. Mis viejos fantasmas me habían atormentado. Esa era la verdad.

—Bueno, entonces llámala.

—No contesta a su móvil.

—¿Y realmente no tienes otros datos de contacto? —preguntó Logan.

—No.

—¿Qué hay de Emmett? Ya habíamos pensado en eso antes.

—Seguro que él también solo tiene su número de móvil. Y la dirección donde ya no vive. Donde está la compañera de piso que afirma que Carly la robó.

—Tengo una idea —murmuró Logan mientras abría el bolsillo del brazo donde guardaba sus objetos de valor durante nuestras sesiones de jogging. Sacó su teléfono y comenzó a deslizar y tocar la pantalla.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy revisando qué datos están registrados en el perfil del sitio web de cuidadores de casas. Aunque no sea el suyo, tal vez así descubramos algo nuevo o encontremos una pista sobre dónde podría estar.

Asentí con aprobación. La idea no era nada mala.

Logan levantó la vista. —Aquí hay dos números de teléfono móvil. —Me acercó su smartphone para que pudiera leer lo que se mostraba en la pantalla.

—El de abajo es el de Carly. El que acabo de llamar. Ya no funciona.

—Entonces ahora intentas con el de arriba. —Logan ya no se podía contener. Respiré hondo, tomé mi teléfono y marqué los números. Me costó hacerlo, pero no quería que Logan lo notara. ¿Quién contestaría? ¿Y cómo me recibirían? ¿Escucharía la voz de Carly de inmediato?

Me llevé el teléfono al oído.

Sonó.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

—Joanna Abbott. —Debía ser la amiga de Carly.

—Hola Joanna, no me conoce. Mi nombre es Brent Riggs.

—Oh, señor Riggs. —Cuando Joanna dijo eso, su voz sonó repentinamente varios grados más fría que cuando había contestado el teléfono.

—Estoy buscando a Carly Moore.

—Aquí no está. —Esperé a que Joanna continuara hablando, pero no lo hizo.

—¿Sabe dónde está?

Joanna dudó. —Sí —respondió finalmente.

—¿Pero no quiere decírmelo? —pregunté.

—¿Por qué debería hacerlo?

Tragué saliva.

—Yo... eh... nos peleamos. Quiero disculparme con Carly. Por eso me gustaría saber dónde está. He intentado llamarla, pero su número de teléfono parece ya no funcionar.

—Ajá. —Joanna no dijo nada más.

—Mire, entiendo si no quiere decirme nada. Pero necesito verla urgentemente.

—Creí que usted nunca más quería volver a ver a Carly. —Joanna parecía estar al tanto de todos los detalles de la pelea entre Carly y yo.

—Eso fue un error.

—Qué bueno por usted.

—Por favor...

—No creo que Carly quiera volver a hablar con usted nunca más. Ni siquiera saber de usted. Después de todo lo que le hizo a los padres de Carly.

—¿Los padres de Carly? —No podría haber estado más sorprendido—. Ni siquiera los conozco.

—No. Pero sí su granja.

—¿Su granja?

—En Texas. —Joanna seguía siendo escueta.

—Su granja en Texas —repetí. Y de repente todo encajó. Por supuesto. La *Moore Family Farm*. De eso debía estar hablando Joanna. Era la única granja en Texas que conocía y con la que tenía relación. Moore era el apellido de Carly. ¿Era esa la granja de sus padres?

—Tengo que colgar ahora, señor Riggs. Debo ir a trabajar. Le deseo lo mejor. Y recuerde: Carly no quiere verlo. —Joanna colgó y solo escuché el tono de línea.

—¿Ninguna dirección? —preguntó Logan.

—Bueno... —dije vacilante.

—¿Qué pasa?

—Esa granja en Texas de la que te hablé...

—¿Sí?

—Es la granja de los padres de Carly.

Logan me miró fijamente. No dijo nada, pero pude ver que estaba pensando lo mismo que yo: los padres de Carly estaban perdiendo su hogar. Por mi culpa. Yo había hecho que expropiaran a los padres de Carly.

Ahora también entendía por qué Carly me había llamado ladrón durante nuestra pelea. Así que ya sabía en ese momento lo que había sucedido. Que nuestra visita a Seymour Travers había sido por la granja.

¿Qué debía hacer ahora?

¿Me perdonaría alguna vez?

—¿Qué quieres hacer ahora? —Logan expresó mis pensamientos en voz alta.

—No tengo ni idea. —Odiaba pronunciar esa frase. Casi no había frase que detestara más. No tener idea era lo peor. Eso no podía ser. Sin importar cuál fuera el problema, yo, Brent Riggs, era quien tenía una solución. Excepto en este caso.

—Bien, entonces quita el "hacer". ¿Qué quieres ahora?

La pregunta era más sencilla. —Quiero ir con Carly. Quiero recuperarla. Pero probablemente ella ya no me quiera.

—Brent. No seas tan poco imaginativo. —Logan puso los ojos en blanco una vez más.

—¿Qué quieres decir?

—Te pertenece la granja de sus padres.

—Exactamente por eso temo que no me quiera de vuelta.

—Precisamente con eso podrías aumentar considerablemente tus posibilidades de reconciliación. ¿Para qué necesitas esa tierra ahora?

—No lo sé. No he pensado más en ello.

—¿Entonces? ¿Por qué no simplemente se la devuelves a sus padres?

Miré a Logan con la boca abierta. Una idea tan simple. Y no se me había ocurrido.

—Así recuperan su hogar y además libre de deudas. Estarán en mejor situación que nunca.

—¿Quieres decir... que se las regale?

—¡Brent! Incluso sin esa granja, tienes más que suficiente dinero. No necesitas esa cosa para nada. Pero para ellos probablemente lo significa todo.

Pensé un momento en las palabras de Logan.

—Tienes suficiente, ahora es el momento de devolver algo —añadió Logan.

Devolver. Y con suerte ganarme a Carly. Por supuesto, todavía existía la posibilidad de que no me quisiera, incluso si le regalaba la granja a sus padres. Esa perspectiva no me gustaba nada. Pero tenía que vivir con ese riesgo.

Y aun así habría hecho algo bueno. Le habría regalado la felicidad a los padres de Carly. Esa perspectiva me satisfacía sorprendentemente.

—Ni siquiera estoy seguro de que esté en Texas —presenté mi última objeción.

—Entonces llama.

—Su teléfono no funciona.

—La granja seguramente tiene una línea fija, como todas las granjas antiguas en el campo.

Asentí. En cinco minutos había encontrado el número y llamé a Texas.

—Moore —respondió una voz femenina. Tenía que ser la madre de Carly.

—Sí, hola. ¿Está Carly? —No quise dar mi nombre.

—Acaba de ir a la ciudad. ¿Quiere dejarle un mensaje?

—No, llamaré más tarde. Muchas gracias.

Colgué y miré a Logan. —Está allí, pero no en casa ahora mismo.

—¿Lo ves?

Asentí.

—La Cessna debería estar lista para despegar. Me cambio rápido y me voy directo al aeropuerto.

Texas me esperaba.

Pero, ¿me esperaría Carly también?

Capítulo 32 - Carly -

Dios, ¿qué tan estúpida podía ser? ¿Cómo pude haberle contado a Jason que estaba embarazada?

Si me había preguntado qué hacer cuando vi la prueba de embarazo positiva, ahora estaba en una situación aún peor. No tenía la más mínima idea de qué era lo correcto o lo incorrecto, para mí y para mi bebé. Por primera vez en mi vida, parecía estar en una situación en la que realmente solo podía equivocarme.

¿Despedida por Emmett? ¿Echada por Paige? ¿Acusada injustamente y echada por Brent, además con el corazón roto?

Todo eso me parecían pequeñeces en comparación con la situación actual.

—Carly, alguien te llamó —me recibió mi madre con este mensaje cuando volví a entrar por la puerta de casa.

—Oh, tal vez fue Joanna. Quería ponerme en contacto con ella desde anteayer, pero mi teléfono se quedó sin saldo. Acabo de recargarlo en la ciudad —Un teléfono caro con contrato no me lo podía permitir, así que aquí solo tenía un smartphone viejo con una tarjeta prepago.

—No, era un hombre —respondió mi madre.

—¿¿¿Un hombre??? —Miré a mamá asombrada. ¿Quién podría haber sido? —¿Dijo cómo se llama?

—No, solo preguntó por ti. Dijo que volvería a llamar más tarde.

—Ajá.

—Tenía acento neoyorquino —Mamá me miró ahora con curiosidad—. ¿Has hecho algún buen amigo allí del que aún no sepamos nada?

¿Acento neoyorquino? En mi cabeza, los pensamientos empezaron a correr y a dar vueltas.

¿Brent?

¿Podría haber sido realmente Brent?

¿Quién más?

¿Qué otro hombre de Nueva York me llamaría?

—¿Un buen amigo? No, la verdad que no —me oí decir. Mi voz parecía venir de muy lejos—. No tengo idea de quién podría haber sido —Me encogí de hombros.

—Bueno, ya lo sabrás, volverá a llamar —repitió mamá el mensaje.

Asentí y desaparecí en mi habitación. Mi corazón latía como loco en mi pecho y mis mejillas ardían como si me hubiera quemado con el sol.

¿Brent?

¿Había llamado Brent aquí?

¿Qué quería?

Aparté ese pensamiento y marqué el número de Joanna.

—¡Carly! —Se oyó un grito de alegría al otro lado de la línea—. ¡Por fin! He esperado tanto tu llamada.

—Lo siento. Tuve un problema con el teléfono.

—Ah, ya veo. Y yo pensando que necesitabas tiempo para calmarte.

—Eso también —confirmé.

—¿Y? ¿Cómo estás ahora? ¿Cómo es Texas? ¿No quieres volver a Nueva York? —Joanna me disparó una avalancha de preguntas que no podía contestar tan fácilmente. ¿Cómo estaba yo?

—Ay, yo... No lo sé, Joanna —Si con Jason había soltado de golpe la noticia de mi embarazo, curiosamente dudaba en contárselo a Joanna. Era como si la noticia solo se volviera realmente verdadera entonces. Realmente real. En ese momento, me invadió otra vez una ola de náuseas. Eso sí que era demasiado real.

—¿Qué pasa, Carly? —Joanna tenía un sexto sentido. Sabía que algo no estaba bien. No podía estarlo. Tragué saliva y esperé que las náuseas se fueran. Pero desafortunadamente no fue así. No quería correr al baño otra vez. Luego, respiré hondo e intenté respirar lo más tranquilamente posible. Poco a poco sentí cómo mi estómago se calmaba.

—¡Estoy embarazada! —solté de repente.

—¿¿¿QUÉÉÉÉ??? —El grito de Joanna fue tan fuerte que temí que incluso mi madre lo oiría y entraría enseguida para preguntar qué pasaba.

—Estoy embarazada —repetí, aunque estaba segura de que Joanna me había entendido perfectamente.

—¿Cómo pasó?

Ahora Joanna me hizo reír a pesar de la complicada situación. —¿Cómo crees? —me reí entre dientes. Joanna se unió a mi risa y después de unos segundos me sujetaba el costado de tanto reír —. No será un parto virginal —seguí riendo.

Pero con esta frase me puse seria de golpe.

Parto.

Dios mío, Dios mío, Dios mío.

Ya tenía miedo.

¿Cómo iba a traer al bebé al mundo, y encima sola?

Necesitaba a Brent.

Quería a Brent.

Mi corazón me lo había dejado claro varias veces en los últimos días.

Él te echó, Carly.

—¿Embarazada de Brent? —Joanna parecía tener una idea bastante buena de todo lo que debía haber pasado, pero ahora quería confirmación.

—Sí —Volví a respirar hondo, aunque las náuseas ya se habían ido por completo. ¿Sería por el ataque de risa?—. Él es el padre. ¿Qué voy a hacer, Joanna? No tengo nada, solo el dinero que él me dio. No durará mucho.

—¡Carly! —El tono de Joanna sonaba severo—. Estás esperando un hijo de un hombre asquerosamente rico. Él puede perfectamente pagar la manutención y asegurarse de que los dos estén bien.

—Eso... ni siquiera lo había pensado.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace unas horas o así —Había perdido toda noción del tiempo. ¿Cuánto tiempo había estado sentada en el baño del centro comercial? ¿Cuánto tiempo había hablado con Jason?

—Quiere casarse conmigo —solté de repente.

—¿Quién? ¿Brent?

—No, él todavía no sabe nada. Jason quiere casarse conmigo. Mi amigo de la juventud, Jason.

—Ya no te sigo, Carly. ¿Por qué sabe tu amigo de la juventud que estás embarazada?

—Ah, fui al centro comercial a comprar una prueba —que habían sido dos pruebas, preferí guardármelo para mí—. Y allí me lo encontré. Estaba tan confundida que se lo conté. Dice que me ama y que cuidará bien de mí y del bebé.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Lo amas?

—No —mi respuesta fue rápida y espontánea. No amaba a Jason. Nunca lo había amado. Si alguna vez hubo un hombre por el que tuve sentimientos más profundos, ese fue Brent. ¿Tuve? Si era completamente honesta conmigo misma, aún tenía esos sentimientos.

—Bueno, entonces todo está claro, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—No querrás pasar tu vida con un hombre al que no amas solo porque estás embarazada, ¿verdad?

—Yo... no —de la forma en que Joanna lo decía, todo sonaba muy lógico.

—Brent se ha portado como un imbécil contigo, pero eso no debería impedirte tomar su dinero. Al fin y al cabo, no hiciste ese bebé tú sola. ¿O acaso te embarazaste a ti misma?

Volví a reír. —No, claro que no.

—Ya ves. Mueve el trasero a Nueva York, nena. Aquí es donde siempre quisiste estar. ¿O quieres que Brent te patrocine una cabaña en tu Texas natal?

No quería eso. Pero por razones diferentes a las que Joanna suponía.

—¿Carly? —preguntó Joanna cuando no respondí de inmediato.

—Yo... no, no quiero quedarme en Texas —respondí.

—Eso pensé.

—Amo a Brent —solté de repente.

—¿QUÉ? —Joanna gritó tan fuerte al teléfono que pensé que se me caería la oreja. Probablemente mamá entraría en cualquier momento para preguntar qué pasaba.

—Lo amo —repetí.

—Te traicionó y te vendió, en más de un sentido.

—Sí, lo sé —dije simplemente. ¿Qué más podía decir? Amaba al hombre que le había quitado el hogar a mis padres. Estaba embarazada de él. Y él creía que yo era una ladrona.

—Ajá, así que lo amas —murmuró Joanna, aún incrédula—. ¿A pesar de todo lo que te ha hecho?

Guardé silencio. No había nada que decir al respecto.

Joanna suspiró profundamente. —Mueve el trasero a Nueva York, nena —repitió finalmente.

—¿Tú crees?

—Sí. Si no estuvieras embarazada, te diría que te olvidaras de ese amor. Que te mudaras a California y encontraras un tipo mejor. Pero Brent es el padre. Y ahora te voy a decir algo más. Algo que en realidad nunca quise decirte. Me acaba de llamar preguntando dónde estás.

—¿Te llamó? —Incrédula, repetí las palabras de Joanna.

—Sí.

—¿De verdad te llamó?

—Te lo estoy diciendo.

Volví a guardar silencio. Tenía que asimilar esta noticia.

—¿Qué quería? —pregunté entonces.

—Ya te lo dije. Te está buscando. Pero como pensé que no querías volver a verlo, no le dije dónde estabas.

—Creo que también llamó aquí —dije, pensando en el hombre con acento neoyorquino que había preguntado por mí a mamá.

Todo daba vueltas en mi cabeza. Brent me estaba buscando.

¿Y yo?

Lo quería, sin duda. Pero ahora tenía que ser fuerte. Muy fuerte. Por el bebé. Inconscientemente, puse una mano sobre mi vientre. Había alguien a quien tenía que proteger. Tenía que tomar la decisión correcta por el bien del bebé. Si mi corazón se rompía de nuevo, sobreviviría. Pero no quería que nadie lastimara a mi hijo. Ni física ni emocionalmente.

—¿Sigues pensando que debo ir a Nueva York?

—Sí —respondió Joanna—. Tienen algunas cosas que aclarar.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De que no me quiera si estoy embarazada. De que me vuelva a decir que soy una ladrona, peor que antes, porque ahora también quiero su dinero. Para el niño.

—No dirá eso si tiene aunque sea una pizca de honor —respondió Joanna—. Y si lo dice, al menos sabrás a qué atenerte con él. Tendrás claridad. Para eso vas a Nueva York.

Suspiré. Sí. Para eso iba a Nueva York.

—De todos modos, tendrá que pagar la manutención.

—¿Y la granja? —Brent aún le había quitado el hogar a mis padres.

—Si se muestra intransigente, simplemente le exiges la granja. Al fin y al cabo, esa sería también una forma de pagar la manutención.

Lo pensé. —No lo había visto así —Ahora tenía la oportunidad de devolverles su hogar a mamá y papá. De salvar nuestra granja. Pero, ¿renunciaría Brent a este importante negocio por su hijo?

—Se me acaba de ocurrir.

—Es una buena idea.

—Entonces mueve el trasero a Nueva York, nena —dijo Joanna por tercera vez—. Acabo de buscar en Google. Hay un vuelo a Nueva York en seis horas. Con escala en Dallas. Te compraré el billete ahora mismo, antes de que cambies de opinión. Esto es urgente y estás embarazada. No vas a sentarte durante horas en un autobús destartalado.

—Joanna...

—Ya está hecho. Tendrás el billete en tu bandeja de entrada en unos segundos —Un zumbido de mi teléfono indicó que había sido más rápido que unos segundos.

—¿Qué les digo a mis padres?

—Diles que vuelves porque necesito urgentemente tu ayuda. Todo lo demás puedes contárselo más tarde.

Asentí.

—Sí. Es una buena idea —Mientras hablaba, saqué una pequeña bolsa de debajo de mi cama. Me había escapado de Nueva York sin ropa, sin nada. Solo con algunas cosas prestadas de Joanna. Ahora podría devolvérselas. Mis cosas debían estar todavía con Brent. Pasara lo que pasara, al menos podría recoger estas cosas.

Pasara lo que pasara.

Quería...

Sí, quería mi propio final feliz.

Quería que lo imposible se hiciera realidad.

Quería a Brent.

Capítulo 33 - Brent -

Aterricé bruscamente la aeronave en la pista del aeropuerto del oeste de Texas. Me parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que había aterrizado aquí. Sin embargo, en realidad solo habían transcurrido unas pocas semanas. En aquel entonces, no tenía nada más en mente que el petróleo y los negocios. Ahora, no tenía nada más en mente que a Carly. Tenía que encontrarla. Durante el largo vuelo desde Nueva York hasta aquí, había tenido tiempo para reflexionar. Ver el paisaje desde arriba me había ayudado a despejar la mente.

Realmente había sido un idiota.

Un idiota bastante grande.

Este resultado de mis reflexiones no me complacía particularmente. Pero por otro lado, en este momento no podía engañarme a mí mismo de ninguna manera. Si quería reconquistar a Carly, tenía que ser honesto y convencerla de que a partir de ahora estaría a su lado, pasara lo que pasara.

Estacioné mi Cessna y esperé hasta recibir la autorización de la torre para desembarcar. Luego me apresuré lo más rápido posible a través del aire caliente y desértico hacia la terminal, donde me presenté en uno de los numerosos mostradores de alquiler de coches. Logan le había pedido a Cindy que lo arreglara todo para mí. De hecho, me esperaba una amable señora de mediana edad que me entregó las llaves de un Mercedes de gama media. No era exactamente el coche al que estaba acostumbrado, pero supongo que no podía esperar más aquí en la provincia. Bueno, serviría para unas pocas horas. Esperaba no tener que quedarme más tiempo.

Mientras caminaba hacia el estacionamiento de alquiler de coches frente a la terminal, noté a un vendedor ambulante de flores. Parecía un inmigrante de México que intentaba ganar algo de dinero ilegalmente aquí. Ya casi había pasado de largo, pero luego decidí dar media vuelta.

Las flores nunca habían hecho daño, ¿verdad?

Me acerqué al puesto.

—Hombre, ¿qué puedo hacer por usted? —me saludó el florista.

—Necesito algunas flores.

—¿Para su dama? ¿O para su madre? —Este hombre obviamente se tomaba su trabajo en serio y no intentaba venderme el primer ramo o el más caro. Eso me gustó.

—Para... —dudé—. Para mi dama —dije entonces.

—Ahhh... —El mexicano sonrió con complicidad—. Entiendo. Todavía no es su dama, pero le gustaría que lo fuera.

Asentí con aprobación. Si el mexicano sabía algo sobre flores, hasta ahora no podía juzgarlo, pero definitivamente tenía buen ojo para la gente. Esa era una condición indispensable para el éxito en casi cualquier trabajo.

—Mister, nada supera las rosas rojas. Absolutamente nada.

—¿No cree que es un poco exagerado?

—Mister, en este momento no puede exagerar lo suficiente —me aseguró el mexicano con un fuerte acento. Hacía rodar sus erres que era un verdadero placer. El español era claramente su lengua materna.

—Hmm... —murmuré.

—Mister, confíe en mí. Llevo treinta años felizmente casado y sé lo que alegra el corazón de las mujeres. Mis tres hijos también están casados y son muy, muy felices. Les he revelado mis secretos. Saben lo que importa. Y ahora le revelaré cómo conquistar el corazón de su dama. —El hombrecito me miró con sinceridad con sus ojos marrón oscuro.

—Bueno, entonces confiaré en usted —dije. Como no lo sabía mejor, bien podía seguir el consejo de un vendedor.

—Una excelente decisión, hombre —me sonrió radiante el mexicano y sacó un ramo de rosas de tallo largo de uno de los cubos de plástico que estaban en su pequeño carro—. ¿Le basta con un ramo o quiere dos?

—¿Qué opina usted? —me oí preguntar.

Brent. ¿Acabas de pedir consejo a un vendedor ambulante?

—Bueno, yo me quedaría con un ramo. Dos ramos podrían parecer un poco recargados. O como dicen ustedes los americanos, ¿insistentes, creo? O no: demasiado, sí, eso es lo que quería decir.

El vendedor había ganado definitivamente mi confianza, pues parecía sinceramente interesado en ayudarme a alcanzar mi objetivo, aunque eso significara que hacía menos ventas de lo posible. Envolvió el ramo en papel blanco y me lo entregó. Le di una generosa propina.

—Muchas gracias, Señor, que Dios lo bendiga. Y buena suerte con su dama. —El mexicano me despidió con la mano mientras continuaba hacia el estacionamiento de alquiler de coches.

Una vez allí, arranqué el motor del Mercedes lo más rápido posible y puse el aire acondicionado al máximo. Aquí en Texas hacía varios grados más de calor que en Nueva York y la breve charla con el vendedor había bastado para hacerme sudar. Comprobé mi aspecto en el espejo retrovisor y me limpié las gotas de sudor de la frente. No quería parecer nervioso de ninguna manera.

Espera, Brent. ¿Por qué es malo que note que estás nervioso? El nerviosismo significa que se trata de algo importante. Eso es bueno.

¿Era bueno?

Probablemente sí.

Carly debería darse cuenta de que era importante para mí. De lo contrario, existía la posibilidad de que tuviera que volver a casa sin ella.

Introduje la dirección de la *Moore Family Farm*, que conocía perfectamente por los contratos, en el navegador del Mercedes y salí lentamente del estacionamiento. Hace solo unos minutos, apenas podía esperar para aterrizar, pero ahora... sí, por un lado quería llegar y ver a Carly, por otro lado, justo al pensar en ello, de repente me sentía un poco inquieto.

¿Qué pasaría si no salía bien?

—Todo saldrá bien —me dije para darme ánimos y aceleré hasta la velocidad máxima permitida mientras atravesaba el paisaje polvoriento que había observado desde la ventanilla de una limusina hacía pocas semanas. Aunque debía admitir que en aquella visita había prestado poca atención al entorno y me había concentrado más en la conversación con Ali y Abdallah.

Siguiendo las indicaciones del GPS, giré de la carretera principal a un camino de grava lleno de baches. Por suerte, el Mercedes estaba construido de manera robusta. Definitivamente, no había pasado por aquí con Ali y Abdallah.

Después de dos kilómetros, volví a girar, esta vez hacia un camino de tierra en peores condiciones. Pero no tuve que conducir mucho hasta que finalmente apareció una casa frente a mí.

—Ha llegado a su destino —anunció la voz del GPS.

Así que esta era la *Moore Family Farm*.

Mi propiedad.

El hogar de Carly.

Tragué saliva.

Luego respiré profundamente, agarré el ramo de rosas que emanaba un aroma embriagador desde el asiento del copiloto y salí del coche. El calor de Texas me golpeó como un mazazo. ¿Cómo podía esta gente vivir aquí todo el año? ¿El invierno sería tan frío como caluroso era ahora, o sería la única estación con temperaturas soportables?

Caminé lentamente por el sendero de grava hacia la granja. Muy lentamente, porque quería pensar en algunas palabras y, sobre todo, no empezar a sudar de nuevo. La casa era vieja, pero tenía un aspecto cuidado. Tuve que reírme de mí mismo. Cuando hasta ahora había comprado inmuebles, siempre había encargado extensos informes y peritajes, pero con esta granja ni siquiera me había informado sobre el número de edificios o su estado antes de firmar el contrato.

A ambos lados del camino había cactus y suculentas plantados en lechos de piedra. Todo parecía tan cuidado como la casa. Alguien había diseñado este jardín con mucho esfuerzo y amor, convirtiendo este pedazo de tierra en un hogar.

Ahora estaba frente a la puerta de madera oscura. Un timbre anticuado estaba instalado a la derecha, sobre una placa con el nombre "Moore". Presioné el botón y un ensordecedor repique sonó desde el interior. Nunca había oído algo así. Nadie en Nueva York tenía un timbre como ese. Bueno, probablemente era sensato poder oír el timbre también en los edificios anexos de una granja.

Sin embargo, después de unos pocos segundos, la puerta se abrió justo frente a mí. Una mujer de mediana edad estaba ante mí. ¿Mediana edad? O bien la señora Moore había sido madre muy joven o se había conservado muy bien. ¿O tal vez ambas cosas?

—¿Sí? —Una mirada interrogante me atravesó. Conocía esos ojos. El color era indefinible. Esmeralda o aguamarina, ¿quién podría decirlo con exactitud? Así que Carly no era la única persona en el mundo con esos ojos. Involuntariamente, mi mirada recorrió el rostro de la señora

Moore. No tenía un lunar junto a la boca.

—Yo... eh... mi nombre es Brent Riggs. —La señora Moore no se movió de su sitio. Evidentemente, mi nombre no le decía nada. Eso era una buena señal. Si hubiera sabido que yo estaba detrás de la expropiación, probablemente me habría cerrado la puerta en las narices. Yo, al menos, lo habría hecho en su lugar—. ¿Está Carly? —pregunté finalmente.

—Lo siento, no.

Respiré profundamente. ¿Estaba aliviado o decepcionado?

—¿Sabe cuándo volverá? —Difícilmente podía pedirle a la señora Moore que me permitiera esperar aquí a Carly, ¿verdad?

—No tengo idea. —La señora Moore me examinó—. Habla con acento neoyorquino. ¿Es usted el que llamó hace unas horas preguntando por Carly?

—Yo... eh, sí, fui yo. —¿Era eso bueno o malo? No tenía ni idea y sentía cómo se formaba una fina capa de sudor en mis manos.

—Debe tener mucha urgencia por hablar con Carly —dijo la señora Moore, contemplando pensativamente el ramo de rosas que sostenía en mi mano.

—Eso... bueno... yo...

—Se ha ido al aeropuerto. Quiere ir a Nueva York —dijo entonces la señora Moore, fijando en mí sus ojos verdes que tanto me recordaban a Carly—. Si se da prisa, quizás aún pueda alcanzarla.

—¿Aeropuerto? ¿Nueva York? —Los pensamientos se agolpaban en mi cabeza.

La señora Moore se encogió de hombros. —No me dijo qué piensa hacer allí ni cuánto tiempo se quedará. Algo relacionado con su amiga Joanna. Pero si me pregunta, todo eso es solo una excusa.

—Yo... muchas gracias. —¿Podría ser que Carly estuviera de camino a Nueva York porque quería verme? Ante ese pensamiento, mi corazón dio un salto.

—Buena suerte. —La señora Moore me sonrió e hizo ademán de cerrar la puerta.

—Un momento —dije entonces. La señora Moore me miró interrogante—. Veo que está

empacando.

—Sí, desafortunadamente tenemos que dejar la granja. Alguien más la ha comprado.

—Ese alguien fui yo. Desempaque todo. Este es su hogar y aquí pueden y deben quedarse. —La señora Moore me miró boquiabierta. Añadí—: Se lo explicaré todo más tarde. Ahora tengo que ir al aeropuerto. —Asentí hacia la señora Moore y volví por el camino hacia donde había estacionado el Mercedes.

—Buena suerte —oí a la señora Moore gritar por segunda vez detrás de mí.

Si al principio del viaje había conducido más bien despacio, ahora pisaba a fondo el acelerador. Me importaba un bledo si los amortiguadores del Mercedes se dañaban por el camino de grava. Solo tenía un pensamiento: tenía que ver a Carly. Tenía que alcanzarla antes de que abordara el avión a Nueva York.

Maldición, Brent. Deberías haberle preguntado a su madre por el número de vuelo. ¿Cómo vas a encontrar a Carly si no?

La perspectiva de tener que buscar a Carly durante mucho tiempo me hizo pisar aún más el acelerador. Pronto el aeropuerto apareció a la vista. Rápidamente estacioné el Mercedes en el lugar destinado a los coches de alquiler, tomé el ramo de rosas del asiento del copiloto por segunda vez ese día y corrí tan rápido como pude hacia la terminal.

—Eh, señor. Ha vuelto usted muy rápido. ¿No ha tenido suerte? —El florista mexicano se interesaba vivamente por mi destino. Pero ahora no tenía tiempo para charlar con él. Seguí apresurándome. Justo delante de mí, varias personas bajaban de un autobús urbano que debía haber llegado de la estación de tren. Intenté abrirme paso lo más rápido posible entre la multitud, cuando de repente me detuve en seco.

Esa mujer delante de mí.

Ese cabello castaño.

Esa figura.

—Carly —mientras decía su nombre, me abrí paso hacia adelante, de modo que estaba justo detrás de ella cuando se dio la vuelta. Me vio y sus ojos se agrandaron. Y cambiaron de color, de esmeralda a aguamarina. ¿Qué podría significar eso?

Al menos no huía de mí.

Una buena señal.

¿O no?

—Brent —dijo Carly en voz baja—. ¿Qué haces aquí?

—Yo... eh... tu madre me dijo que estabas aquí. Para volar a Nueva York.

—¿Mi madre? —Había interrogantes en los ojos de Carly. El gentío que nos rodeaba hace unos segundos se había disipado. Los pasajeros del autobús habían desaparecido en la terminal con sus maletas. El conductor arrancó el motor y continuó su viaje para recoger a los pasajeros que llegaban en la siguiente parada. Carly y yo nos quedamos solos en la acera frente a la terminal.

—Sí, estuve en vuestra granja. —Carly no dijo nada—. Le dije a tu madre que desempacara las cajas que estaban frente a vuestra puerta. La granja sigue siendo vuestro hogar.

Esperé ansiosamente una reacción de Carly. Ella miró al suelo y fijó la vista en las puntas de sus pies. Finalmente, tomó una profunda respiración. —¿Crees que puedes simplemente aparecer aquí, devolverle la granja a mis padres y que todo esté bien en cuestión de segundos?

—No, por supuesto que no —mentí.

Sí.

Eso era lo que esperaba.

—Pero... me di cuenta de lo terriblemente injusto que fui. Simplemente me apoderé de la granja. Y sé que no eres una ladrona, Carly.

Carly seguía mirando obstinadamente al suelo. —¿Cómo lo sabes?

—El reloj ha vuelto... pero ya lo sabía antes. No eres el tipo de persona que roba a otros. Nunca. —Tragué saliva—. Lamento cómo me comporté. Fui realmente un idiota. Un completo idiota.

Ahora al menos Carly me miraba. —Sí. Sí, lo fuiste —confirmó.

Esperé, pero ella no dijo nada más.

—Tenía miedo, Carly. Mi ex me mintió y engañó terriblemente, y cuando siquiera pensé que podría pasarme de nuevo... no sabía qué hacer. Fue un cortocircuito mental. —Tomé una respiración profunda—. Maldita sea, cuando pude pensar con claridad, te eché tanto de menos, ni

siquiera sabía que era posible extrañar tanto a alguien.

—¿A mí? ¿O a nuestro sexo? —Los ojos de Carly volvían a ser color esmeralda cuando me hizo esta pregunta. Cómo demonios podían cambiar de color en cuestión de segundos.

—Te extrañé a ti, Carly. A ti. Cómo te ríes y hablas y lo que dices y... —Me detuve—. ...simplemente todo de ti. Sí, te extrañé. —Después de otra breve pausa, añadí—. Por supuesto que también extrañé nuestro sexo. Mentir sobre eso sería falso.

Con esta declaración, al menos le saqué una sonrisa a Carly. —Al menos eres honesto.

—Si no ahora, ¿cuándo?

—Si no ahora, ¿cuándo? —repitió Carly. Luego tomó una respiración profunda—. Bien. Tengo que decirte algo. Las cosas han cambiado. No son como eran cuando dejé Nueva York.

—¿Algo ha cambiado? —No tenía idea de qué hablaba Carly. ¿Hablaba de sus sentimientos por mí? Un presentimiento ominoso me invadió.

—Sí. —Carly me miró fijamente, como si quisiera grabar para siempre mi reacción a lo que iba a decir ahora.

—Estoy embarazada.

Las palabras me golpearon como un mazazo. Embarazada.

—Vas a ser padre.

—¿Padre? —balbuceé sin saber qué me pasaba. Iba a ser padre. Se sentía como si mi vida estuviera dando un vuelco.

—Iba a volar a Nueva York para decírtelo. Es tu hijo y tendrás que pagar la manutención.

—¿Manutención? —¿De qué hablaba Carly?

—Por supuesto que quiero tener al bebé. Debe crecer en un entorno estable y no debe faltarle nada. Por eso debo insistir en tu contribución.

Las palabras se formaron lentamente en mi cabeza antes de que las pronunciara. —No quiero pagar la manutención. —Los ojos de Carly se entrecerraron. Con mi mano libre, tomé la suya—. No, no quiero pagar la manutención. Esto... Tú eres lo mejor que me ha pasado, Carly. Y...

bueno, no esperaba convertirme en padre, pero ahora que ha sucedido... quiero ser padre. Por favor, perdóname. Por favor, vuelve conmigo a Nueva York y... Quiero criar a este niño contigo.

Esperé tenso la respuesta de Carly. Ella se mordió el labio inferior y finalmente me sonrió con vacilación.

—Sí —dijo simplemente.

Di un paso hacia ella, la rodeé con mi brazo y la atraje hacia mí. Un aroma como el de un prado de flores en verano me envolvió. Nuestros labios se encontraron y se fundieron en un beso apasionado.

—Por fin, señor —escuché una voz con acento mexicano detrás de mí.

Saboreé el gusto de Carly una vez más antes de soltarla.

—Ven —dije.

Le guiñé un ojo al florista.

Carly y yo entramos en la terminal tomados de la mano.

Capítulo 34 - Carly -

Aproximadamente cinco meses después.

Con un gruñido, me apreté detrás del volante del cómodo SUV. Mi embarazo había avanzado tanto que la curva de mi vientre era claramente visible. Afortunadamente, Brent me había dejado el SUV, por lo que los viajes hacia y desde el trabajo seguían siendo manejables para mí. En unas semanas, le entregaría todo a mi reemplazo y me concentraría principalmente en mí misma y en nuestro bebé por un tiempo, pero me había preparado una oficina en la mansión justo al lado de la de Brent y, por lo tanto, también me ocuparía regularmente de los asuntos de mi empresa desde casa.

Mi empresa.

Después de nuestra reconciliación en el aeropuerto, Brent y yo habíamos regresado juntos a Nueva York. Pero después de solo una semana, volamos de vuelta a Texas para darles a mis padres un montón de buenas noticias: realmente podían quedarse en la granja, para siempre, había encontrado a un hombre al que amaba y se convertirían en abuelos. Después de que mis padres se recuperaron de su sorpresa, estaban encantados y felices. Recordé la sonrisa en sus rostros y un sentimiento cálido se extendió dentro de mí.

En ese preciso momento, sentí un pequeño movimiento en mi vientre. El bebé se estaba haciendo notar y me decía que ya era hora de volver a casa, donde Brent y Mariana me esperaban. Encendí el motor del SUV y salí del estacionamiento subterráneo en Lower Manhattan, donde mi empresa tenía su oficina.

Housekeepers for You.

Cuando había entregado mi currículum en las diferentes agencias de empleo, había soñado con dirigir algún día mi propia agencia. Y eso es exactamente lo que estaba haciendo ahora. Con el apoyo de Brent, había fundado una agencia para la colocación de personal doméstico. Desde

amas de llaves hasta personal de limpieza y jardineros, teníamos todos los oficios en nuestro archivo que se necesitan para tener un hogar limpio y acogedor.

Como lo había planeado una vez, nuestro personal principal eran estudiantes que querían ganar algo de dinero extra. Había hecho mucha publicidad en escuelas y universidades, por lo que mi archivo estaba bien lleno. Tampoco me faltaban clientes. Era difícil encontrar personal bueno y asequible, por lo que los neoyorquinos más ricos apreciaban mucho mi servicio. Brent me había animado mucho y me había dejado claro que no se necesitaba un título universitario para dirigir tu propia empresa. Él tenía razón.

Mientras conducía por Manhattan, sonó mi teléfono. Contesté la llamada a través del sistema manos libres. Después de haber conducido durante años en Texas en autos viejos o en autobús, disfrutaba de la comodidad que me ofrecía este auto.

—Hola Carly.

—Hola Joanna. ¿Todo bien?

—Todo perfecto. Solo quería preguntar si nuestra cita de mañana sigue en pie. ¿Cócteles sin alcohol y una película?

—¿Mañana? Pensé que era pasado mañana.

—En realidad habíamos quedado para mañana, pero puedo también pasado mañana —dijo Joanna.

—Lo siento, debo haberlo confundido. Dicen que les pasa a menudo a las embarazadas. —Me reí entre dientes—. Pasado mañana sería mucho mejor. Mañana tenemos invitados a cenar, algunos nuevos socios comerciales de Brent. Pero pasado mañana tiene que ir a Chicago por negocios y se quedará allí durante la noche. Es ideal.

—Entonces hagámoslo así. Ya estoy ansiosa por tus novedades.

Me reí de nuevo. —Tengo que contarte dos novedades de inmediato, no pueden esperar hasta pasado mañana. Adivina qué pasó hoy en el trabajo. —Volví a reírme.

—No tengo idea —dijo Joanna desconcertada—. Hmm... si te ríes así... Te nominaron para un premio. Agencia del año o algo así.

—Totalmente equivocado —dije y me reí aún más—. No, adivina quién estuvo allí y quería ser incluida en el archivo.

—¿Quién estuvo allí? Debe ser alguien que ambas conocemos.

—Exacto.

Joanna pensó por un momento. —No se me ocurre —admitió finalmente.

—Paige.

—¿Paige? —La exclamación incrédula de Joanna resonó en el interior del SUV.

—Paige —confirmé.

—Vaya. Realmente uno siempre se encuentra dos veces en la vida.

—Eso parece. Estaba bastante sorprendida de estar sentada frente a mí.

Ahora era Joanna quien se reía. —Me lo puedo imaginar. ¿No se fue simplemente?

—No, hay que reconocérselo. Incluso se disculpó conmigo.

—¿Se disculpó? Debe estar realmente desesperada por un trabajo.

—Sí. Se separó de John.

—Vaya.

—Aparentemente, no la trataba muy bien. Ella tiene la fuerte sospecha de que fue él quien tomó los 100 dólares. Al parecer, no era la primera vez que el dinero simplemente desaparecía. Él también retiró el dinero de su cuenta, con su tarjeta de crédito.

—Vaya. ¿Y ella nunca le preguntó cuando desaparecía dinero antes?

—Supongo que tenía miedo de perderlo.

—¿Prefería que la robaran? Pero entonces, ¿por qué te acusó a ti?

—Celos —dije simplemente—. John aparentemente le dio a entender varias veces que me encontraba... bueno... más atractiva que a ella. Y por eso quería sacarme del apartamento.

Joanna suspiró. —Menos mal que se libró de ese imbécil. —Después de pensar un momento, añadió—: Pero entonces, ¿por qué Paige presentó una denuncia a la policía? Ya estabas fuera del apartamento, así que logró su objetivo.

—Si entendí bien a Paige, John aparentemente se arrepintió de inmediato de haberla ayudado a echarme y después no la dejó en paz. Quería mi número de teléfono. Entonces ella llegó a la conclusión de que se necesitaba más para alejar a John de mí.

—Qué historia —dijo Joanna.

—Sí. Por suerte, la investigación se archivó de inmediato. No había pruebas y en las imágenes de la cámara de seguridad se veía que John había retirado el dinero. Y ahora Paige me ha confesado toda la verdad.

—Oh, entonces realmente está todo en orden —Joanna guardó silencio un momento y luego preguntó—: ¿Y ahora qué? ¿Está Paige en tu lista?

—No, no pude hacerlo. No guardo rencor contra ella, pero necesito personal en quien pueda confiar absolutamente y que se preocupe por la limpieza. Seguro que tú también recuerdas el chiquero que era el piso compartido. No, las tareas domésticas no son el trabajo adecuado para Paige. Aunque hoy parecía limpia y ya no olía a agrio como antes en el piso, le dije que lamentablemente no tenía nada para ella en este momento y la mandé a buscar en otro lado. Tengo que cuidar mi reputación.

—Eres demasiado buena para ser verdad. Otros le habrían tirado la solicitud a la cara.

—Lo pensé por un momento. Pero, ¿qué habría ganado con eso? —Después de un instante, volví a reír—. Debo admitir que por una milésima de segundo consideré incluirla en la lista.

—¿Y eso por qué?

—Esa fue la segunda cosa graciosa de hoy. Tuve una solicitud de un cliente que sería perfecta para Paige.

—¿Quién podría ser? ¿Acaso lo conozco yo también?

—No personalmente. Pero ya has oído hablar de él varias veces.

Joanna lo pensó. —No tengo idea —dijo—. Hoy estás llena de sorpresas.

—Bueno, puedes creerme que yo también me sorprendí bastante cuando Emmett llamó porque

estaba buscando una ama de llaves. —Volví a reír.

—¿Emmett? ¿Tu antiguo jefe, el que te despidió?

—Exactamente ese.

Ahora Joanna también rió. —La venganza es dulce. ¿Qué le dijiste?

—Que lamentablemente no tenía a nadie para él y que debería buscar en otro lado —respondí con gran satisfacción.

—¿Qué dijo él?

—No es el tipo de persona que admitiría haber estado equivocado alguna vez. Dijo que mi agencia no debía ir tan bien si no tenía personal, como todos los demás.

—Un imbécil siempre será un imbécil.

—Cuando llegó Paige, consideré llamar a Emmett y enviársela. Se merecería tener una ama de llaves que ni siquiera quiere lavar los platos o cargar el lavavajillas. —Volví a reír ante la idea—. Pero luego lo dejé estar. Simplemente no quiero seguir ocupándome de ellos dos. Demasiada energía negativa.

—Lo entiendo. Eso ya es pasado. Has logrado dejarlo atrás y tienes muchas cosas por las que alegrarte.

—Es cierto.

—Entonces, ¿nos vemos pasado mañana?

—Exacto.

—Ciao, Carly.

—Ciao.

En ese momento, giré hacia nuestra calle y presioné el botón del control remoto que abría la puerta de nuestra villa. Aparqué el SUV en la pequeña entrada. El garaje estaba abierto y ya podía ver el Porsche de Brent dentro. Hoy trabajaba desde casa. Le gustaba hacerlo en días en los que tenía mucho que hacer. Tomé mi bolso y salí del coche. La puerta de la villa se abrió de golpe y Mariana vino corriendo hacia mí.

—Chica, dame ese bolso inmediatamente. Te he dicho que no cargues cosas tan pesadas. —Me miró con reproche.

—El bolso no pesa tanto, Mariana —dije. Pero no tuve oportunidad. Mariana llegó a mí en un abrir y cerrar de ojos y me quitó el bolso de la mano.

—Déjame hacer esto, chica. Ya trabajas demasiado.

—Pero me gusta. Y me siento bien, muy cómoda. El médico acaba de decirme que todo está bien y que el bebé se está desarrollando como debe. —Volví a sentir un movimiento en mi vientre. Sonreí. El niño obviamente estaba de acuerdo conmigo.

—Si tú lo dices...

—Sí, eso digo, Mariana. Ahora, en lugar de discutir, mejor repasemos el menú para mañana. La gente que viene es muy importante para Brent.

—Ya revisé el plan con Brent.

—¿Con Brent?

—Sí, chica. Desde que estás aquí, se interesa por lo que come. Ahora incluso se preocupa de que sus invitados estén bien atendidos.

—Entonces... no me queda nada por hacer. —Seguí a Mariana por las escaleras hacia la villa.

—No, chica. Puedes cuidarte a ti misma. Justo como deberías.

Justo como debería.

Por primera vez en mi vida, me estaban cuidando y mimando.

—De todos modos, te acompaño a la cocina —anuncié—. Tengo mucha hambre.

—Queda empanada del almuerzo.

—Eso suena genial.

Mariana y yo atravesamos el vestíbulo. De la cocina salía un aroma tentador que inhalé con deleite. Así olía un hogar. El bebé volvió a moverse.

Había llegado a casa.

Capítulo 35 ~ Brent ~

____ ¿Entonces, cuál es la situación? —pregunté.

—Todo va según lo planeado —anunció Logan—. Aquí en Texas el clima es maravilloso, perfecto para nuestro proyecto. Será óptimo, Brent. Absolutamente óptimo.

—Ya hablas como un texano —refunfuñé.

Logan se rio. —La gente aquí es muuuuy acogedora.

Me puse alerta. —¿Has conocido a una mujer?

Logan volvió a reír. —Vaya cosas que piensas. Desde que estás con Carly, quieres emparejar a todo el mundo. De repente, para ti la felicidad suprema está en una relación. ¿Quién hubiera pensado que mi hermano se volvería así alguna vez?

—Hm —dije. Logan tenía razón, pero eso no significaba que me gustara admitirlo.

—Pero para responder a tu pregunta: No, no he conocido a nadie. Estoy disfrutando de mi libertad aquí y de la comida mexicana. Es mucho mejor que en Nueva York.

Todavía no estaba convencido. Probablemente la comida mexicana la cocinaba una mexicana que mimaba a Logan en todo. Pero qué más daba. Se lo había ganado honestamente. En las últimas semanas había hecho un gran trabajo en Texas.

Después de darles a los padres de Carly la feliz noticia de que podían quedarse en la granja y que ahora les pertenecía, había sugerido echar un vistazo más de cerca a los negocios de la granja. ¿Cómo era posible que hubieran estado trabajando duro aquí durante años, incluso décadas, y siempre estuvieran al borde de la subsistencia? ¡Seguro que se podía hacer algo al respecto!

Contraté a un consultor especializado en granjas pequeñas y medianas. Al mismo tiempo, le encargué a Logan que buscara modelos de negocio que pudieran ser una alternativa al petróleo. El proyecto con Ali y Abdallah estaba definitivamente muerto para mí. Incluso si algún día cambiaran de opinión: la granja nunca les pertenecería y, por lo tanto, nunca podrían extraer el petróleo. A menos que encontraran otro socio comercial y lograran otra expropiación.

Le confié este temor a Logan. De hecho, fue él quien vino con una solución pocos días después: si podíamos usar la granja de otra manera para la industria energética, nadie podría expropiarnos. ¿Por qué no instalábamos allí un parque solar? En Texas el sol brilla casi todo el año. Esta propuesta se volvió aún más atractiva cuando el consultor contratado nos explicó que el suelo de la granja era todo menos ideal para la agricultura. Con métodos sostenibles, los rendimientos no aumentarían y, por lo tanto, la granja nunca sería realmente rentable.

Así que la energía solar era la palabra mágica. Y después de que Logan elaborara un plan de negocios y presentara las primeras cifras, decidí no limitar el negocio solo a la granja de los padres de Carly. Comenzaríamos allí, pero más tarde construiríamos más parques. Les hice una propuesta a los padres de Carly que preveía usar solo la mitad de su terreno para la agricultura. El resto se convertiría en un parque solar. Ambos aceptaron rápidamente, ya que el proyecto estaba en línea con sus valores y principios. Así que envié a Logan a Texas. Debía supervisar todo el asunto y encontrar más áreas adecuadas.

Y ahora estaba entusiasmado con el proyecto. Lo estábamos llevando a cabo solos. Aunque Emmett Kershaw había preguntado repetidamente si no estaría dispuesto a realizar un proyecto conjunto, lo había rechazado cada vez. El tipo era simplemente imposible. Afortunadamente, ahora parecía que finalmente nos dejaría en paz.

—Hermano, ¿sigues ahí? —preguntó Logan ahora.

—Sí, disculpa. Estaba con la mente en otra parte.

Logan gimió. Luego se rio. —¿Cómo será cuando seas padre? —me provocó—. Entonces te olvidarás completamente del trabajo.

Padre.

No faltaba mucho para que nuestro hijo naciera.

Carly me había sorprendido completamente con esta noticia. Antes nunca había pensado en tener mis propios hijos. Pero ahora tenía que admitir honestamente que lo esperaba con ansias. Un ser humano al que vería crecer y al que podría enseñarle lo que mi abuela me había enseñado a mí.

—Por supuesto que no me olvidaré del trabajo —dije, antes de que Logan pudiera burlarse de mí de nuevo—. Pero también disfrutaré el tiempo con mi familia. Más aún sabiendo que tú te

encargarás excelentemente de todo.

—Lo haré, hermano. Como dije: Todo va según lo planeado. Ayer el parque de la *Moore Family Farm* se conectó a la red. Mañana comienzan los trabajos en el segundo terreno a unos 60 kilómetros de aquí. Y pasado mañana iré a ver un potencial tercer terreno.

—Excelente. Entonces puedo terminar mi jornada tranquilo.

—¿Tienes planes? —En la voz de Logan se percibía otra vez una risa.

De hecho, los tenía. Pero eso aún era un secreto. Logan se enteraría lo suficientemente pronto de lo que había ocurrido hoy.

—Hasta mañana, Logan —me despedí.

Me levanté y me dirigí a la cocina. En el camino pasé por la puerta del despacho de Carly. Estaba orgulloso de todo lo que había logrado desde que decidió fundar la agencia. Era capaz de mucho más de lo que pensaba. Como secretaria de Emmett había estado completamente fuera de lugar, y como cuidadora de casas también se desperdiciaban sus talentos. En Carly dormía una empresaria.

Una empresaria a la que encontré en la cocina discutiendo con Mariana el menú para mañana por la noche. Tuve que sonreír. Después de descubrir que la comida chatarra era solo una pálida imitación de una verdadera comida, me había interesado cada vez más en la cocina y la planificación de menús. Pero Carly y Mariana todavía no confiaban del todo en mí y siempre examinaban críticamente mis decisiones sobre los planes de comidas. Me alegraba dejarles ese placer. Por lo general, no encontraban nada que objetar a mi selección.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? ¿Cómo fue tu día? —Carly ni siquiera había oído cómo entraba en la cocina y solo se dio la vuelta cuando le di un beso en la nuca.

—Brent —exclamó radiante y me besó en la mejilla.

—¿Cómo están los dos? —pregunté mientras acariciaba su vientre cada vez más abultado.

—Todo perfecto —respondió Carly.

—¿Tienes un momento? Seguro que Mariana puede prescindir de ti un rato.

—Ya casi hemos terminado, cariño —dijo Mariana. Ella estaba al tanto de una parte de mi secreto.

—Entonces ven conmigo. —Antes de que Carly pudiera decir algo, tomé su mano y la levanté de la silla. La guié por el vestíbulo y subimos las escaleras. Allí abrí la primera puerta a la izquierda. La puerta de la habitación de invitados, donde Carly había dormido al principio.

O mejor dicho: La puerta de la antigua habitación de invitados.

—Cierra los ojos —ordené justo antes de cruzar el umbral. Carly obedeció. Tomé su otra mano y la conduje dentro de la habitación. Solo cuando estuvo en el centro, dije—: Ahora puedes abrirlos.

Carly hizo lo que le pedí.

—¡Oh, Brent! —Después de esta exclamación encantada, giró sobre sí misma y lo examinó todo detenidamente—. Es precioso —suspiró finalmente. Dio un paso hacia mí y me besó en los labios—. ¿Cuándo has hecho todo esto?

—Ese es mi pequeño secreto —sonreí satisfecho. Rodeé a Carly con un brazo y miré alrededor. Las paredes de la habitación estaban pintadas de un amarillo suave y soleado, decoradas con pequeñas pegatinas de ositos de peluche. Una cuna con un dosel a juego estaba lista, por supuesto con ruedas, ya que seguramente el bebé pasaría las primeras noches con nosotros en el dormitorio. Para más adelante, ya había una cuna con barrotes, justo al lado del cambiador. Cajones y estanterías esperaban ser llenados con juguetes, y el armario para la ropa del bebé también estaba listo. Bajo nuestros pies había una alfombra beige decorada con pequeños elefantes azules y rosas. Aún no conocíamos el sexo de nuestro bebé, ya que en la última visita al médico solo se había visto la espalda en la ecografía. Yo esperaba una niña, Carly deseaba un niño. Pero estábamos de acuerdo: fuera lo que fuera, estábamos emocionados por nuestro bebé. Sería amado y cuidado.

Mi felicidad era perfecta.

Casi.

Faltaba una cosa más.

—Cierra los ojos —ordené de nuevo.

—¿Otra sorpresa? —preguntó Carly asombrada.

—Cierra los ojos —repetí. Cuando Carly finalmente obedeció, quité el brazo de sus hombros y me alejé un poco de ella.

—Abre los ojos —dije después de unos segundos.

Carly abrió los ojos. Yo estaba arrodillado frente a ella. Cuando me miró, saqué la mano de detrás de mi espalda.

—Te amo más que a nada y quiero pasar el resto de mi vida contigo. ¿Quieres ser mi esposa?

Carly no respondió de inmediato, lo que me puso nervioso. Observó el anillo que tenía en la mano.

—Es precioso —susurró finalmente. Una esmeralda. Y un aguamarina. Lo que se veía en los ojos de Carly, en el futuro también se vería en su dedo. Al menos eso esperaba.

—¿Eso es un "sí"? —pregunté.

—¿Qué? —Carly me miró confundida—. Oh. Sí. Por supuesto. Por supuesto que sí, Brent. No deseo nada más que eso. —Parpadeó. Una lágrima se abrió camino y quedó colgando de sus pestañas. Me levanté y besé suavemente a Carly justo en ese lugar. Solo quería que derramara lágrimas de alegría, e incluso esas quería borrarlas con besos.

Carly tomó mi cabeza entre sus manos y me besó en los labios. Con ternura. Con pasión. Le devolví el beso y nuestras bocas y cuerpos se fundieron en uno solo.

Mi felicidad era perfecta.

FIN